

Lucia Berlin

Una noche
en el paraíso



Hace pocos años, una colección de relatos de una escritora ya desaparecida y casi olvidada sacudió el panorama literario mundial. Era *Manual para mujeres de la limpieza*, de Lucia Berlin, quien alcanzó entonces el lugar que le correspondía: se convirtió en la escritora favorita de la prensa y los lectores, el título fue libro del año para los medios y su peculiar estilo se vio comparado con el de Raymond Carver o Charles Bukowski.

La singular capacidad de Berlin para representar la belleza y el dolor de las rutinas de nuestra vida, su extraordinaria honestidad, su magnetismo, la familiaridad de sus personajes, su sutil pero abrumadora melancolía... Todo ello se encuentra nuevamente y con gran intensidad en *Una noche en el paraíso*, una compilación que es un acontecimiento y un regalo para todos los lectores ansiosos por seguir leyendo al indiscutible fenómeno que es Lucia Berlin. Este volumen indispensable, preparado por su hijo, Mark Berlin, contiene veintidós relatos inéditos en español y está lleno de obras maestras de la literatura reciente.

LUCIA BERLIN

Una noche en el paraíso



 CARLOSGRAPHIC
EDITORIAL

Título original: *Evening in Paradise: More Stories*

© 2018, Literary Estate of Lucia Berlin LP

Publicado según acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, New York

© 2018, Eugenia Vázquez Nacarino, por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Edición digital: © 2018, Carlosgraphic

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

PRÓLOGO

La historia es lo que cuenta

Mark Berlin

Lucia, bendita sea, era una rebelde y una mujer con un arte extraordinario, y en su día su vida era un baile. Ojalá pudiera contar todas sus anécdotas, como aquella vez que recogió a Smokey Robinson en la Avenida Central de Albuquerque, y lo llevó fumando un canuto al concierto que daba en el Tiki-Kai Lounge. Llegó tarde a casa, con restos de Chanel bajo el olor a humo y sudor. Fuimos a una danza sagrada en Santo Domingo, Nuevo México, por invitación de un anciano de la tribu. Uno de los bailarines se cayó y Lucia pensó que ella tuvo la culpa. Desgraciadamente, el pueblo entero pensó lo mismo, porque éramos los únicos forasteros. Durante años ese fue nuestro tótem de la mala suerte. En la familia, todos aprendimos a bailar en la playa, en los museos, en restaurantes y clubes como si fuéramos los dueños del lugar, en centros de desintoxicación y cárceles y galas de entregas de premios, con yonquis, chulos, príncipes e inocentes. El caso es que si intentara contar las peripecias de Lucia, incluso desde mi punto de vista (ya fuera o no objetivo), pasaría por realismo mágico. Nadie se creería esas movidas.

Mi primer recuerdo es la voz de Lucia, leyéndonos a mi hermano Jeff y a mí. No importa qué cuento fuera, porque cada noche traía una historia con su dulce tonada, un acento mezcla de Texas y Santiago de Chile. Canciones, como «Red River Valley». Culto, pero llano... y que por suerte no heredó de su madre el deje nasal de El Paso. Quizá soy la última persona que habló con

ella y, una vez más, me leyó. No recuerdo qué (¿una reseña, un fragmento de los cientos de lecturas que le pedían, una postal?), solo su voz clara, amorosa, volutas de incienso, destellos de crepúsculo, y que después los dos nos quedamos en silencio contemplando sus libros. Sabiendo el poder y la belleza de las palabras que guardaba en esas estanterías. Algo que saborear y ponderar.

Junto con el humor y el gusto por escribir, heredé sus dolores de espalda, y gruñíamos y se nos escapaba la risa al unísono o en armonía cada vez que alargábamos el brazo para coger más cambozola, una galleta salada o uvas. Quejándonos de los medicamentos y los efectos secundarios. Nos reíamos del primer precepto budista: la vida es sufrimiento. Y de la actitud mexicana de que la vida no vale mucho, pero desde luego puede ser divertida.

Recuerdo a mi madre muy joven, paseándonos por las calles de Nueva York: nos llevaba a museos, a visitar a otros escritores, a ver una linotipia en marcha y a pintores trabajando, a oír jazz. Y entonces de pronto estábamos en Acapulco, luego en Albuquerque. Las primeras paradas de una vida itinerante, con un promedio de nueve meses en cada escala. Aun así, el hogar era siempre ella. Vivir en México le daba terror. Escorpiones, lombrices intestinales, cocos que caían de las palmeras, policía corrupta y astutos traficantes de droga; pero como recordamos el día antes de su cumpleaños, de algún modo habíamos sobrevivido. Lucia sobrevivió por lo menos a tres maridos y sabe Dios a cuántos amantes... ¡y eso que a los catorce años los médicos le dijeron que nunca podría dar a luz y que no pasaría de los treinta! Trajo cuatro hijos al mundo, de los que soy el mayor y el más problemático, y criarnos le costó horrores. Pero lo hizo. Y bien.

Mucho se han cargado las tintas en su alcoholismo y ella tuvo que luchar contra la vergüenza de ese estigma, pero al final vivió casi dos décadas sobria, en las que produjo lo mejor de su obra, y además inspiró a buena parte de la nueva generación con sus clases. Eso no sorprende, porque desde los veinte años enseñaba de manera intermitente. Hubo momentos duros, incluso peligrosos. A veces se preguntaba en voz alta por qué no vino nadie a sacarnos de allí cuando éramos unos críos y ella tocó fondo. No sé, salimos adelante. Todos nos habríamos marchitado en un barrio residencial; éramos la banda de los Berlin. «El mundo está erizado de peligros» era una de las frases

a las que mamá echaba mano últimamente. Vivo en la calle, y aunque a ella le gustaba oír algunas de mis anécdotas de los bajos fondos, le preocupaba imaginarme durmiendo a la intemperie con adictos al crack, esquizofrénicos y borrachos (aunque esa fauna sea solo un diez por ciento de los campistas urbanos). Las madres se preocupan, y Lucia era una gran madre. También sabía que yo sobreviviría, que continuaría escribiendo y creando.

Buena parte de nuestras experiencias son increíbles. La de historias que ella podría haber contado. Como cuando se bañó desnuda en Oaxaca con un amigo pintor después de tomar setas. Fliparon al salir del agua, verdes de los pies a la cabeza por el cobre del arroyo. ¡Me la imagino así, toda verde, con su rebozo rosa! Ni siquiera intentaré dar una pincelada de la colonia de rehabilitación en las afueras de Albuquerque (basta con leer su cuento «Perdidos»), pero imaginad a Luis Buñuel y Quentin Tarantino haciendo una película dentro de una película en la que aparecen seis exheroínómanos, Angie Dickinson, Leslie Nielsen, una docena de zombis de ciencia ficción, y la mencionada banda de los Berlin. Mi recuerdo favorito es una puesta de sol en Yelapa centelleando en el saxofón de Buddy Berlin, remolinos de bebop y humo de leña mientras mamá preparaba la cena en un comal, su cara radiante bajo la luz coral, flamencos pescando sobre un solo zanco en la laguna, el rumor de las olas y el croar de las ranas, mientras nosotros hacíamos los deberes a la luz de un farol oyendo discos rayados de Billie Holiday, descalzos en la arena gruesa.

Mi madre escribía historias verdaderas; no necesariamente autobiográficas, pero por poco. Las historias y los recuerdos de nuestra familia se han ido modelando, adornando y puliendo con el paso del tiempo, hasta el punto de que no siempre sé con certeza qué ocurrió en realidad. Lucia decía que eso no importaba: la historia es lo que cuenta.

Los joyeros musicales

«Oye la instrucción de tu padre y tu madre, porque adorno de gracia serán a tu cabeza y collares a tu cuello. Si los pecadores te quisieran engañar, no consientas.»

Mamie, mi abuela, lo leyó dos veces. Intenté recordar qué instrucción me habían dado. No te hurgues la nariz. Pero yo quería un collar, uno que tintineara cuando me riera, como el de Sammy.

Me compré una cadena y fui a la terminal de autobuses, donde había una máquina que grababa letras en discos de metal... con una estrella en el centro. Escribí LUCHA y me lo puse de colgante.

Fue a finales de junio, en 1943, cuando Sammy y Jake nos metieron en el tinglado a Hope y a mí. Estaban hablando con Ben Padilla y al principio nos dijeron que nos largáramos. Cuando Ben se fue, Sammy nos llamó desde el porche.

–Sentaos, queremos que estéis en el ajo.

Sesenta cartones. Arriba, en cada cartón, había una imagen a color de un joyero musical y un sello rojo que decía NO ABRIR. Al rasgar la pestaña aparecía uno de los nombres del cartón. Treinta nombres de tres letras con una línea al lado. AMY, MAE, JOE, BEA, etcétera.

–Cuesta cinco centavos la apuesta. Al lado del nombre escribes el de la persona que lo compra. Cuando están todos vendidos, abrimos el sello. La persona que escogió ese nombre gana el joyero.

–¡Joyeros a mansalva! –dijo Jake con una risita.

–Cállate, Jake. Consigo estos cartones de Chicago. Con cada uno se saca

un pavo y medio. Mando un dólar por cartón y me envían los joyeros. ¿Lo pilláis?

–Sí –dijo Hope–. ¿Y?

–Pues vosotras os lleváis un cuarto de dólar por cada cartón vendido, y nosotros nos llevamos otro cuarto. O sea que iremos a medias.

–No podrán vender todos esos cartones –dijo Jake.

–Claro que podemos –contesté. Detestaba a Jake. Gamberro adolescente.

–Claro que pueden –dijo Sammy. Le dio los cartones a Hope–. Lucha queda a cargo del dinero. Son las once y media. Poneos en marcha, os cronometraremos.

–¡Buena suerte! –nos gritaron. Se empujaban uno a otro en la hierba, riéndose.

–Se ríen de nosotras, ¡creen que no lo conseguiremos!

Llamamos a la primera puerta... Abrió una señora y se puso las gafas. Compró el primer nombre. ABE. Escribió su nombre y dirección al lado, nos dio cinco centavos y nos regaló su lápiz. Primores, nos llamó.

Fuimos casa por casa siguiendo la acera de Upson Drive. Cuando llegamos al parque, habíamos vendido veinte nombres. Nos sentamos en el muro del jardín de los cactus, sin aliento, triunfales.

A la gente le parecíamos adorables. Las dos éramos muy pequeñas para nuestra edad. Siete años. Si abría una mujer, hablaba yo. Mi pelo rubio y rizado abultaba el doble que mi cabeza, parecía un rastrojo rodante amarillo.

–¡Algodón de azúcar dorado!

Estaba mellada y sonreía sacando la punta de la lengua, como si fuera tímida. Las señoras me daban palmaditas y se agachaban para oírme.

–¿Cómo dices, cielo? ¡Vaya, me encantaría!

Si era un hombre, le tocaba a Hope.

–Cinco centavos..., elija un nombre –decía arrastrando las palabras, y les entregaba el cartón y el lápiz antes de que pudieran cerrar la puerta. A los hombres les gustaba su temple y le pellizcaban las mejillas morenas y huesudas. Ella los miraba con sus ojos centelleantes a través del tupido velo de pelo negro.

Ahora solo nos preocupaba el tiempo. Resultaba difícil saber si había alguien en casa. Llamábamos al timbre, esperábamos. Lo peor llegaba cuando

éramos las únicas visitas «desde hacía una eternidad». Eran todos muy viejos. La mayoría debieron de morir pocos años después.

Además de los que se sentían solos y de los que se enternecían al vernos, había algunos –dos aquel día– que realmente creían que el azar llamaba a su puerta ofreciéndoles una oportunidad, una elección. Se tomaban su tiempo, pero no nos importaba... Esperábamos también con emoción contenida, mientras hablaban consigo mismos. ¿Tom? Condenado Tom. Sal. Mi hermana me llamaba Sal. Tom. Sí, me quedo con Tom. ¿Y si gana?

Ni siquiera cruzamos a la acera de enfrente. Vendimos el resto en los apartamentos del otro lado del parque.

La una. Hope le entregó el cartón a Sammy, yo vacié el dinero sobre su pecho.

–¡Dios! –dijo Jake.

Sammy nos dio un beso. Estábamos radiantes, sonriendo en el césped.

–¿Quién ha ganado?

Sammy se incorporó. Tenía las rodilleras de los Levi's verdes y mojadas, los codos teñidos de hierba.

–¿Qué pone? –Hope no sabía leer. Había suspendido el primer curso.

ZOE.

–¿Quién? –nos miramos–. ¿Cuál era ese?

–Es el último del cartón.

–Oh.

El hombre del ungüento en las manos. Psoriasis. Fue una desilusión, había dos personas encantadoras que nos hubiera gustado que ganaran.

Sammy dijo que podíamos quedarnos los cartones y el dinero hasta rifarlos todos. Saltamos la cerca y nos los llevamos al porche. Encontré una vieja panera donde guardarlos.

Cogimos tres cartones y salimos por el callejón de atrás. No queríamos que Sammy y Jake pensarán que estábamos demasiado ansiosas. Cruzamos la calle y corrimos de casa en casa, llamando a las puertas del otro lado de Upson hasta el final. Luego seguimos por una de las aceras de Mundy hasta el colmado Sunshine.

Habíamos vendido dos cartones enteros... Nos sentamos en el bordillo a tomar una gaseosa de uva. El señor Haddad nos metía las botellas en el

congelador, así que salía granizada... como un polo derretido. Los autobuses tenían que hacer un giro cerrado en la esquina, pasándonos muy cerca, y tocaban el claxon. A nuestras espaldas el polvo y el humo se levantaban alrededor de la sierra del Cristo Rey, espuma amarilla en el atardecer de Texas.

Yo leía los nombres en voz alta, una y otra vez. Poníamos una X al lado de nuestros favoritos, una O al lado de los que nos caían mal.

El soldado descalzo. «¡Necesito un joyero musical!» La señora Tapia. «¡Bueno, pasad! ¡Cómo me alegro de veros!» Una chica de dieciséis años, recién casada, que nos enseñó cómo había pintado la cocina de rosa, ella sola. El señor Raleigh, que nos dio miedo. Mandó callar a dos dogos, a Hope la llamó «bomboncito».

—Oye... Podríamos vender mil nombres cada día si tuviéramos unos patines.

—Sí, necesitamos unos patines.

—¿Sabes cuál es el problema?

—¿Cuál?

—Siempre decimos: «¿Quiere elegir un nombre para la rifa?». Deberíamos decir «nombres».

—¿Y qué tal «quiere todo el cartón»?

Nos reímos, contentas, sentadas en el bordillo.

—Vamos a vender el último.

Doblamos la esquina, la calle por debajo de Mundy Drive. Era oscura, tupida de eucaliptos, higueras y granados, jardines mexicanos, helechos, adelfas y cinias. Las viejecitas no hablaban inglés. «No, gracias»,^[1] y cerraban la puerta.

El cura de la parroquia de la Sagrada Familia compró dos nombres. JOE y FAN.

Después había una manzana llena de mujeres alemanas, con las manos embadurnadas de harina. Cerraban de un portazo. ¡*Tsch!*

—Vámonos a casa... Aquí no hay nada que hacer.

—No, subiendo por el Colegio Vilas hay muchos soldados.

Hope tenía razón. Los hombres estaban fuera, en pantalones militares y camiseta, regando la grama amarillenta y bebiendo cerveza. Le tocó a ella. Su

pelo caía ahora en hebras lacias sobre la tez siria aceitunada, como una cortina de abalorios negros.

Un hombre nos dio un cuarto de dólar y su mujer lo llamó antes de que le devolviéramos el cambio.

–¡Dadme cinco! –nos gritó a través de la puerta mosquitera.

Empecé a escribir su nombre.

–No –dijo Hope–. Podemos venderlos otra vez.

Sammy rasgó los sellos.

La señora Tapia ganó con SUE, el nombre de su hija. Le habíamos puesto una X, era majísima. La señora Overland ganó el siguiente. Ninguna de las dos recordábamos quién era. El tercer ganador fue un hombre que compró LOU, cuando en realidad quien merecía el premio era el soldado que nos había dado el cuarto de dólar.

–Deberíamos dárselo al soldado –dije.

Hope se levantó el flequillo para mirarme, casi sonriendo...

–Vale.

Salté la cerca que daba a nuestro patio. Mamie estaba regando. Mi madre había ido a jugar al bridge, mi cena estaba en el horno. Con el boletín informativo de H. V. Kaltenborn a todo volumen dentro de la casa, tuve que leerle los labios a Mamie. No es que el abuelo estuviera sordo, era solo que le gustaba ponerlo muy alto.

–¿Puedo regar yo, Mamie? –no, gracias.

Golpeé la puerta de la entrada y el vidrio esmerilado reverberó contra la pared.

–¡Ven aquí ahora mismo! –gritó el abuelo para hacerse oír con el estruendo de la radio. Sorprendida, entré a toda prisa, sonriendo, y fui a sentarme en sus rodillas, pero me ahuyentó con un periódico lleno de recortes–. ¿Has estado con esos sucios árabes?

–Sirios –dije. Su cenicero resplandecía con una luz rojiza como el vidrio esmerilado de la puerta.

Aquella noche... Fibber McGee y Amos y Andy en la radio. No sé por qué le gustaban tanto. Siempre decía que odiaba a la gente de color.

Mamie y yo nos sentamos a leer la Biblia en el comedor. Todavía estábamos con los Proverbios.

–«Vale más reprender con franqueza que amar en secreto.»

–¿Por qué?

–No le des más vueltas.

Cuando me dormí, me acostó en la cama.

Me desperté cuando volvió mi madre... Me quedé despierta a su lado mientras ella comía palitos de queso y leía una novela de misterio. Años después, calculé que solo durante la Segunda Guerra Mundial mi madre se comió más de novecientas cincuenta cajas de palitos de queso.

Quería hablar con ella, contarle cosas de la señora Tapia, del tipo de los perros, que íbamos a medias con Sammy. Recosté la cabeza en su hombro, cubierto de migas, y me quedé dormida.

Al día siguiente, Hope y yo fuimos primero a los apartamentos de Yandell Avenue. Mujeres de soldados jóvenes con los rulos puestos, albornoces de felpilla, enfadadas porque las habíamos despertado. Ninguna quiso comprar.

–No, nena, no tengo cinco centavos.

Fuimos en autobús hasta la plaza, hicimos trasbordo a Kern Place. Un barrio de ricos..., paisajismo, campanillas en las puertas. Fue aún mejor que con las viejecitas. Amantes de las causas benéficas, bronceado, bermudas, pintalabios y melenas a lo paje estilo June Allyson. No creo que hubieran visto nunca niñas como nosotras, niñas vestidas con las blusas de gasa de sus madres.

Niñas con un pelo como el nuestro. Mientras que a Hope se le derramaba por la cara negro y espeso como la pez, a mí me crecía encrespado y rubio como una pelota de playa acolchada, chisporroteando al sol.

Siempre se reían al enterarse de lo que vendíamos, iban a buscar algo de «cambio». Escuchamos a una de ellas decirle a su marido: «Sal a verlas. ¡Auténticas pícaras!». El hombre salió, y fue el único que nos compró. Las mujeres simplemente nos daban dinero. Sus hijos nos miraban con curiosidad, pálidos, desde los columpios.

–Anda, vamos a la terminal.

Solíamos ir allí ya antes de las rifas... a deambular y a ver a todo el mundo besándose y llorando, a recoger las monedas caídas que se colaban debajo del puesto de los periódicos. En cuanto entramos por la puerta empezamos a darnos codazos y a reírnos. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Millones de personas con centavos sueltos y nada que hacer salvo esperar. Millones de soldados y marineros que tenían una novia o una esposa o un crío con un nombre de tres letras.

Nos hicimos un horario. Por las mañanas íbamos a la estación de trenes. Marineros tumbados en los bancos de madera, los gorros doblados sobre los ojos, como paréntesis.

–¿Eh? ¡Ah, buenos días, preciosas! Cómo no.

Viejos sentados matando el rato. Pagaban cinco centavos para hablar de la otra guerra, de algún difunto con un nombre de tres letras.

Entramos en la sala de espera para la gente DE COLOR, vendimos tres nombres antes de que un revisor blanco nos sacara agarrándonos del brazo. Pasábamos las tardes en la Organización de Servicios Unidos al otro lado de la calle. Los soldados nos daban almuerzos gratis, bocadillos rancios de jamón y queso envueltos en papel encerado, Coca-Cola, chocalinas Milky Way. Jugábamos al ping-pong y a las máquinas del millón mientras los soldados rellenaban los cartones. Una vez ganamos veinticinco centavos cada una contando con un aparatito cuántos hombres de servicio entraban mientras la mujer que se ocupaba de eso iba a algún sitio con un marinero.

Llegaban nuevos soldados y marineros en cada tren. Los que ya estaban allí les decían que participaran en nuestra rifa. A mí me llamaban Cielo, y a Hope, Infierno.

Al principio el plan era quedarnos los sesenta cartones hasta venderlos todos, pero íbamos reuniendo más y más dinero y un montón de propinas y ni siquiera podíamos contarlos.

Además, nos moríamos de ganas por saber quién había ganado, aunque solo nos faltaban diez cartones. Recogimos las tres cajas de puros con el dinero y los cartones y se las llevamos a Sammy.

–¿Setenta dólares? –madre mía. Los dos se sentaron de golpe en la

hierba—. Mocosas chifladas. Lo han conseguido.

Nos besaron y nos abrazaron. Jake se revolcaba de la risa, agarrándose la tripa, aullando.

—Dios..., Sammy, ¡eres un genio, un cerebro!

Sammy nos abrazó.

—Sabía que podíais hacerlo.

Hojeó todos los cartones, pasándose la mano por el pelo, largo y tan negro que siempre parecía mojado. Se reía al leer los nombres que habían ganado. Soldado raso Octavius Oliver, Fort Sill, Oklahoma.

—Eh, ¿dónde encontráis a estos tipos?

Samuel Henry Throper, Cualquier parte, EE. UU. Era un viejo de la zona DE COLOR que dijo que, si ganaba, nos podíamos quedar el joyero musical.

Jake fue al colmado Sunshine y nos compró unos helados de plátano. Sammy nos preguntaba por todos los nombres, cómo lo habíamos hecho. Le hablamos de Kern Place y las preciosas amas de casa con vestidos camiseros de batista, de la Organización de Servicios Unidos, de las máquinas del millón, del sátiro con los dogos.

Nos dio diecisiete dólares..., más de lo que nos tocaba al ir a medias. Ni siquiera cogimos un autobús, fuimos corriendo al centro hasta Penney's. Lejos. Nos compramos patines y llaves para ajustarlos, pulseras de la suerte en Kress y una bolsa de pistachos rojos salados. Nos sentamos en la plaza cerca de los caimanes... Soldados, mexicanos. Borrachines.

Hope miró alrededor.

—Podríamos vender aquí.

—No, aquí nadie tiene dinero.

—¡Salvo nosotras!

—El problema será entregar los joyeros musicales.

—No, porque ahora tenemos patines.

—Mañana aprenderemos a patinar... Oye, hasta podemos bajar patinando por el viaducto y ver la escoria de la fundición.

—Si la gente no está en casa, podemos abrir la puerta mosquitera y dejarlos dentro.

—Los vestíbulos de los hoteles serían un buen sitio para vender.

Compramos té helado chorreante y zarzaparrilla con una bola de helado

para llevar. Así se nos acabó el dinero. No nos tomamos nada hasta llegar al solar baldío al principio de Upton Drive.

El solar estaba al final de una cuesta tapiada, a una buena altura de la acera, abandonado y lleno de unas enredaderas desmadradas con flores violetas. Entre las plantas, por toda la parcela había vidrios rotos que el sol teñía de diferentes tonos de morado. A esa hora del día, al atardecer, los rayos caían oblicuos en el solar y la luz parecía venir desde abajo, desde el interior de las flores, de los cristales de amatista.

Sammy y Jake estaban lavando un coche. Un cacharro azul sin techo ni puertas. Echamos a correr desde la esquina, con los patines traqueteando dentro de las cajas.

–¿De quién es?

–Nuestro, ¿queréis dar una vuelta?

–¿De dónde lo habéis sacado?

Estaban lavando las llantas.

–De un tipo que conocemos –dijo Jake–. ¿Queréis dar una vuelta?

–¡Sammy!

Hope estaba de pie en el asiento. Parecía que se hubiera vuelto loca. Yo aún no lo entendía.

–¡Sammy! ¿De dónde habéis sacado el dinero para este coche?

–Bah, de aquí y de allá... –Sammy le sonrió, bebió de la manguera y se limpió la barbilla con la camisa.

–¿De dónde habéis sacado el dinero?

Hope parecía una de las viejas brujas de antaño, pálida y amarillenta.

–¡Tramposo hijo de puta! –chilló.

Entonces comprendí. La seguí al otro lado de la cerca hasta el porche.

–¡Lucha! –gritó Sammy, mi primer ídolo, pero me quedé con Hope, arrodillada junto a la panera.

Me pasó el fajo de los cartones rifados.

–Cuéntalos.

Tardé un buen rato.

Más de quinientas personas. Leímos los nombres que habíamos marcado

con una X esperando que ganaran.

–Podríamos comprar joyeros musicales para algunos...

Hope me miró con desdén.

–¿Con qué dinero? De todos modos no existen, ¿alguna vez habías oído hablar de joyeros musicales?

Abrió la panera y sacó los diez cartones que quedaban por vender. Estaba ida, arrastrándose por el porche polvoriento como un pollo moribundo.

–¿Qué haces, Hope?

Jadeante, se agazapó en la madreSelva que crecía hacia el patio. Sostuvo los cartones en alto, como el abanico de una reina demente.

–Ahora son míos. Si quieres, puedes venir. Iremos a medias. O puedes quedarte. Si vienes, significará que eres mi socia y no volverás a dirigirle la palabra a Sammy en tu vida, o te mataré con un cuchillo.

Se marchó. Me estiré en la tierra húmeda. Estaba cansada. Solo quería seguir ahí tumbada, para siempre, y no hacer nada nunca más.

Me quedé allí un buen rato y luego trepé la cerca de madera que daba al callejón. Hope estaba sentada en la acera en la esquina, su pelo como un balde negro sobre la cabeza. Inclínada, como una Pietà.

–Vamos –dije.

Subimos la cuesta hacia Prospect Street. Anochecía... Todas las familias estaban fuera regando el césped, hablando en murmullos desde las mecedoras del porche que chirriaban tan rítmicamente como las cigarras.

Hope cerró de golpe una verja cuando entramos. Enfilamos el sendero de cemento mojado hacia la familia. Tomaban té frío, sentados en los escalones del porche. Les tendió un cartón.

–Eliján un nombre. Diez centavos la apuesta.

Empezamos temprano a la mañana siguiente con el resto de los cartones. No dijimos nada del nuevo precio ni de los seis que habíamos vendido la noche antes. Sobre todo no dijimos nada de nuestros patines... Hacía dos años que deseábamos unos patines. Ni siquiera nos los habíamos probado todavía.

Cuando bajamos del autobús en la plaza, Hope repitió que me mataría si volvía a dirigirle la palabra a Sammy.

–Jamás. ¿Quieres sangre? –siempre nos hacíamos cortes en las muñecas para sellar promesas.

–No.

Fue un alivio. Sabía que tarde o temprano hablaría con él, y sin pacto de sangre no sería tan grave.

El hotel Gateway, como una película de la jungla. Escupideras, el chasquido de las poleas de los abanos, palmeras, incluso un hombre de traje blanco abanicándose como Sydney Greenstreet. Todos nos despacharon con un gesto y se refugiaron de nuevo tras sus periódicos sacudiendo la cabeza como si supieran lo que tramábamos. A la gente le gusta el anonimato de los hoteles.

Al salir, cruzamos la calle hundiéndonos en el asfalto derretido para coger un trolebús a Juárez. Mexicanos con *rebozos*, que olían como las bolsas de estraza de los colmados y a los caramelos amarillos y naranjas de Halloween.

Territorio inexplorado... Juárez. Yo solo sabía que había surtidores y espejos en las barras de los bares y mariachis que tocaban «Cielito lindo» porque mi madre salía con las «chicas de los Parker» en sus noches de viuda de guerra. Hope solo conocía las películas verdes. La señora Haddad siempre la mandaba acompañar a Darlene cuando salía con un soldado, para que echara un ojo.

Nos quedamos al final del puente, en el lado de Juárez, acodadas en la baranda como los taxistas, viendo a los vendedores de serpientes de madera arrimados a la sombra del Salón de Variedades, caminando a contracorriente cuando llegaban los turistas por el puente, mientras los muchachos del ejército saludaban con la cabeza al pasar.

Algunos nos sonreían, ansiosos por dejarse encantar, por ser encantadores. Demasiado atolondrados y cohibidos para mirar nuestros cartones, nos daban centavos sueltos y calderilla. «¡Tomad!» Los detestábamos, como si hubiéramos sido mexicanas.

Al caer la tarde los soldados y los turistas bajaban la rampa en tropel, armando jaleo en la acera, perdiéndose en el viento caliente y lento cargado de tabaco negro y cerveza Carta Blanca, sofocados, expectantes... ¿Qué veré? Pasaban a borbotones, metiéndonos monedas en el puño sin siquiera echar una ojeada a los cartones que sosteníamos en alto ni mirarnos a los

ojos.

La cabeza nos daba vueltas, mareadas por las carcajadas histéricas, los tumbos, los bandazos. Nos reíamos, ahora con descaro, como los vendedores ambulantes de serpientes de madera y cerdos de barro. Desvergonzadas, nos plantábamos delante de la gente, la hostigábamos.

–Va, diez centavos nada más... Compre un nombre, es solo una monedita... ¡Eh, ricachona, diez asquerosos centavos!

Anochecer. Cansadas y sudorosas. Nos recostamos en la pared para contar el dinero. Los limpiabotas nos miraban, burlones, aunque habíamos reunido seis dólares.

–Hope, tiremos los cartones al río.

–¿Qué, y mendigar como estos vagos zarrapastrosos? –estaba furiosa–. No, vamos a vender hasta el último nombre.

–Habrá que comer algo.

–Es verdad –llamó a uno de los chavales de la calle–: Oye, ¿dónde podemos comer?

–Come *mierda*, gringa.

Nos alejamos de la avenida principal de Juárez. Podías volverte a mirarla, escucharla, olerla, como un enorme río contaminado.

Echamos a correr. Hope estaba llorando. Nunca la había visto llorar.

Corrimos como cabras, como potros, con las cabezas gachas y galopando, galopando por las aceras embarradas, aflojando luego el paso, con zancadas sordas. Aceras de tierra roja endurecida.

Bajamos unos escalones de adobe y entramos en el Café Gavilán.

En El Paso, en aquellos tiempos, 1943, se hablaba mucho de la guerra. Mi abuelo se pasaba el día recortando artículos de Ernie Pyle para sus álbumes, Mamie rezaba. Mi madre era voluntaria de la Cruz Roja en el hospital, jugaba al bridge con los heridos. Traía a soldados ciegos o mancos a cenar a casa. Mamie me leía las palabras de Isaías vaticinando que algún día todo el mundo forjaría arados con sus espadas. Sin embargo, yo no había pensado en esas cosas. Simplemente añoraba y glorificaba a mi padre, que era teniente en algún lugar extranjero... Okinawa. De niña, la primera vez que pensé en la

guerra fue cuando entramos en el Café Gavilán. No sé por qué; solo recuerdo haber pensado en la guerra en ese momento.

Parecía que en el Café Gavilán todos fuesen hermanos, o primos, o parientes, aunque estuvieran sentados en mesas separadas o en la barra. Un hombre y una mujer, discutiendo y tocándose. Dos hermanas coqueteando a espaldas de su madre. Tres hermanos flacos, vestidos con petos vaqueros de trabajo, encorvados, con el mismo mechón de pelo rozando sus vasos de tequila.

Era un local oscuro, fresco y tranquilo, aunque todo el mundo hablaba y había alguien cantando. La risa era espontánea, cómplice, íntima.

Nos sentamos en unos taburetes de la barra. Se acercó una camarera que llevaba una bandeja decorada con la cola azul y púrpura de un pavo real. Llevaba el pelo, negro en la raíz, teñido con henna y enroscado en varios moños con peinetas doradas y de plata labrada y espejuelos. Boca fucsia dada de sí. Sombra de ojos verde, un crucifijo con alas de mariposa azules y verdes centelleaba entre sus pechos cónicos de satén amarillo.

–*¡Hola!* –sonrió. Destello de dientes con empastes de oro, encías rojas. *¡Deslumbrante Ave del Paraíso!*–. *¿Qué quieren, lindas?*

–*Tortillas* –dijo Hope.

La camarera selvática se inclinó para limpiar las migas con sus uñas rojo sangre y nos murmuró algo en su español exuberante.

Hope movió la cabeza.

–*No sé...*

–*¿Son gringas?*

–No –Hope se señaló con el dedo. Siria. Entonces habló en sirio y la camarera la escuchó, su boca fucsia moviéndose, modulando las palabras.

–*¿Eh?*

–Ella sí que es gringa –dijo Hope refiriéndose a mí. Se echaron a reír. Envidié sus lenguas oscuras, sus ojos oscuros.

–*¡Son gringas!* –anunció la camarera a la gente del café.

Un señor mayor se acercó a nosotras, trayendo su vaso y una botella de cerveza Corona. Tieso, erguido, caminando gallardo, con su traje blanco. Le seguía su hijo, vestido con un traje chicano negro, gafas oscuras, la cadena del reloj de bolsillo. Era la época del bebop, la época del *pachuco*... El hijo

cargado de hombros, como se estilaba, la cabeza inclinada a la altura del orgullo de su padre.

–¿Cómo te llamas?

Hope le dio su nombre sirio... Sha-a-hala. Yo dije el nombre con el que me llamaban los sirios... Luchaha. No Lucía, ni Lucha, sino Lu-cha-á. Nos presentó a los demás.

A la camarera la llamaban Chata, porque tenía una nariz respingona. Literalmente significa «aplastada». O «bacinilla». El viejo se llamaba Fernando Velásquez y nos estrechó la mano.

Tras saludarnos, la gente del café nos volvió a ignorar igual que antes, aceptándonos con una indiferencia natural. Podríamos habernos recostado en el hombro de cualquiera y quedarnos dormidas.

Velásquez llevó nuestros cuencos de chile verde a una mesa. Chata nos trajo gaseosas de limón.

El viejo había aprendido inglés en El Paso, donde trabajaba. Su hijo también trabajaba allí, en la construcción.

–*Oye, Raúl, diles algo...* Él sí habla buen inglés.

El hijo seguía de pie, elegante detrás de su padre. Sus pómulos lucían como ámbar por encima de la perilla.

–¿Qué hacéis por aquí, niñas? –preguntó el padre.

–Vender.

Hope mostró el fajo de cartones. Fernando los miró, les dio la vuelta uno por uno. Hope empezó a camelarlos con los joyeros...

–El nombre que gana se lleva un joyero musical.

–*¡Válgame Dios!*

El hombre llevó el cartón a la mesa de al lado y explicó lo que era, gesticulando, dando golpes en la mesa. Todos miraron el cartón y luego a nosotras, indecisos.

Una mujer con turbante me hizo una seña.

–*Oye, alguien gana los joyeros, ¿no?*

–*Sí.*

Raúl se había acercado en silencio, cogió uno de los cartones y me escrutó con la mirada. Sus ojos eran blancos a través de las gafas oscuras.

–¿Dónde están los joyeros?

Miré a Hope.

–Raúl... –dije–. No hay ningún joyero musical, por supuesto. Quien tiene el nombre ganador gana todo el dinero.

Me hizo una reverencia sutil, con la gracia de un *matador*. Hope inclinó también su cabeza lustrosa y masculló algo en sirio.

–¿Por qué nunca se nos había ocurrido? –dijo luego en inglés. Me sonrió.

–Muy bien, *chulita*... Dame dos nombres.

Velásquez estaba explicando la rifa a la gente de las mesas; Chata, a un grupo de hombres en la barra con espaldas fuertes y mojadas. Juntaron dos mesas a la nuestra. Hope y yo nos pusimos una en cada punta. Raúl se quedó de pie detrás de mí. Chata sirvió cerveza a todos los que había sentados alrededor, como en un banquete.

–¿Cuánto es?

–Veinticinco centavos.

–No tengo... ¿Un peso?

–Vale.

Hope apiló el dinero en un montón delante de ella.

–Eh, nosotras nos llevamos igualmente un cuarto de dólar.

Raúl dijo que era justo. Los ojos de Hope centellearon bajo la visera del flequillo. Raúl y yo escribíamos los nombres.

Hasta los nombres eran más divertidos en español, nadie podía pronunciarlos bien y se reían sin parar. BOB. Cerveza derramada. Solo tardamos tres minutos en rellenar un cartón. Raúl rasgó el sello. Ignacio Sánchez ganó con TED. ¡Bravo! Raúl dijo que había ganado más o menos lo mismo trabajando todo el día. Con un quiebro de muñeca, Ignacio desparramó las monedas y los billetes arrugados en la bandeja del pavo real de Chata. ¡Cerveza!

–Espera un momento... –Hope sacó nuestros veinticinco centavos de comisión.

Acababan de entrar dos vendedores ambulantes, acercaron sillas a la mesa.

–¿Qué pasa?

Se sentaron con los cestos de mimbre sobre las rodillas.

–¿Cuánto es?

–Un peso... Un cuarto de dólar.

–Que sean dos –dijo Raúl–. *Dos pesos*, cincuenta centavos.

Los recién llegados de los cestos no se lo podían permitir, y se decidió que apostaran uno por ser la primera vez. Cada uno dejó un peso en el montón. Ganó Raúl. Los hombres se levantaron y se fueron sin tomarse siquiera una cerveza.

Cuando acabamos de vender los cuatro cartones, todo el mundo estaba borracho. Ninguno de los ganadores se quedó el dinero, siguieron gastándolo en la rifa, comprando más comida, luego tequila.

La mayoría de los perdedores se marcharon. Chata trajo tamales para todos en una tina, y una cazuela de frijoles en la que mojábamos las tortillas calientes.

Hope y yo fuimos al retrete detrás del café. Dando traspiés, cubriendo la llama de la vela que Chata nos había prestado.

Bostezo... Te deja meditabunda, reflexiva, hacer pis, como fin de año.

–Oye, ¿qué hora es?

–Uy...

Era casi medianoche. Todos en el Café Gavilán nos dieron un beso de despedida. Raúl nos acompañó al puente, agarrándonos a una de cada manita. Suavemente, atrayéndonos como la vara de un zahorí, acompasando nuestros cuerpos huesudos al ritmo *pachuco* de su andar, tan ligero, lento, cadencioso.

Bajo el puente, en el lado de El Paso, estaban los pillos limpiabotas que habíamos visto por la tarde, metidos en el fangoso Río Grande, cazando dinero al vuelo con unos cucuruchos de papel, escarbando en el barro si se caía. Los soldados les lanzaban calderilla, envoltorios de chicle. Hope se asomó por la baranda.

–¡*Hola, pendejos!* –aulló, y les tiró todas nuestras monedas de veinticinco centavos.

Le levantaron el dedo. Risas.

Raúl nos metió en un taxi y pagó al chófer. Lo saludamos desde la luna trasera, lo vimos alejarse, balanceándose hacia el puente. Saltó a la rampa como un gamo.

El padre de Hope empezó a pegarle en cuanto se bajó del taxi, fue azotándola

con una correa escaleras arriba, mientras gritaba en sirio.

En casa no había nadie salvo Mamie, rezando de rodillas para que volviera sana y salva. El taxi la disgustó más que lo de Juárez. Ella nunca se montaba en un taxi sin una bolsa de pimienta negra, por si la asaltaban.

En la cama. Recostada en las almohadas. Mamie me trajo natillas y cacao, la comida que servía a los enfermos o los condenados. Las natillas se deshicieron en mi boca como una hostia consagrada. Bebí la sangre de su amor indulgente mientras ella se quedaba rezando, con un camisón rosa angelical, al pie de mi cama. Mateo y Marcos, Lucas y Juan.

A veces en verano

Hope y yo teníamos siete años. No creo que supiéramos el mes que era o incluso el día salvo que fuese domingo. Llevábamos un verano tan caluroso y largo con todos los días idénticos que no recordábamos las tormentas del año anterior. Volvimos a pedirle al tío John que friera un huevo en la acera, así que al menos de eso nos acordábamos.

La familia de Hope había venido de Siria. Cuesta imaginar que se pusieran a charlar del clima de Texas en verano. O a explicar que los días son más largos en verano pero luego empiezan a acortarse. En mi familia nadie hablaba con nadie. El tío John y yo a veces comíamos juntos. Mi abuela Mamie comía en la cocina con mi hermanita pequeña, Sally. Mi madre y el abuelo, si comían, comían cada uno en su habitación, o por ahí en algún sitio.

A veces nos íbamos dejando caer todos por el salón, para escuchar a Jack Benny o Bob Hope o la comedia de enredos de Fibber McGee y Molly. Pero incluso entonces nadie hablaba. Cada cual se reía solo y miraba el ojo verde de la radio como la gente mira ahora la televisión.

O sea que de ninguna manera Hope y yo habíamos oído hablar del solsticio de verano, o de que en verano siempre llovía en El Paso. En mi casa nadie hablaba nunca de las estrellas, probablemente ni sabían que en verano a veces caen tantos meteoros en el cielo del norte.

Las lluvias torrenciales desbordaron los *arroyos* y las zanjas de las cunetas, destruyeron el barrio de la fundición y se llevaron pollos y coches.

Cuando llegaron los relámpagos y los truenos reaccionamos con un terror primario. Encogidas en el porche de Hope bajo unas mantas, escuchábamos los estallidos y los estruendos con asombro y fatalismo. No nos atrevíamos a

mirar, nos abrazábamos temblando y nos obligábamos una a otra a abrir los ojos cuando los rayos iluminaban el cielo sobre el río Grande y caían en la cruz del monte Cristo Rey, o corrían en zigzag hasta romper en la chimenea de la fundición. Crrrraaaaaac. Pum. En ese mismo momento el trolebús de Mundy Street se cortocircuitó entre una cascada de chispas y todos los pasajeros se bajaron corriendo justo cuando empezaba a llover.

Llovía y llovía. Llovió toda la noche. Se cortó el teléfono y se cortó la luz. Mi madre no vino a casa y el tío John no vino a casa. Mamie encendió la estufa de leña y cuando el abuelo llegó la tachó de idiota. Estamos sin electricidad, boba, no sin gas, pero ella negó con la cabeza. Nosotras la entendimos perfectamente. No se podía confiar en nada.

Dormimos en unos catres en el porche de Hope. Y dormimos, aunque las dos juramos que habíamos estado despiertas toda la noche viendo la lluvia caer como una gran ventana de ladrillos de vidrio.

Desayunamos en las dos casas. Mamie hizo bollos con salsa; en casa de Hope tomamos *kibbe* y pan sirio. Su abuela nos peinó con unas trenzas francesas tan tirantes que se nos quedaron los ojos achinados. Pasamos la mañana dando vueltas bajo la lluvia y luego temblando hasta que nos secábamos y volvíamos afuera. Nuestras abuelas salieron a ver cómo sus jardines quedaban barridos, chorreando por las tapias, por la calle. El agua rojiza con el barro de caliche enseguida cubrió las aceras y llegó hasta el quinto peldaño de la escalera de cemento que subía a nuestras casas. Saltábamos al agua, que estaba tibia y espesa como el cacao y nos arrastraba varias calles abajo, rápido, nuestras trenzas flotando. Salíamos, subíamos corriendo bajo la lluvia fría hasta la esquina de más arriba, y volvíamos a saltar al río de la calle que nos arrastraba de nuevo, y así una y otra vez.

El silencio le dio a esa inundación una magia especialmente inquietante. Los trolebuses no podían circular y durante días no hubo coches. Hope y yo éramos las únicas niñas del barrio. Ella tenía seis hermanos, pero eran más mayores y estaban ayudando en la tienda de muebles o justo acababan de irse a algún sitio. En Upson Avenue vivían sobre todo obreros jubilados de la fundición o viudas mexicanas que apenas hablaban inglés, iban a misa en la Sagrada Familia por la mañana y por la tarde.

Hope y yo teníamos toda la calle para nosotras. Patinábamos y jugábamos

a la rayuela y a las tabas. Por la mañana temprano o al caer la tarde las viejecitas salían al patio a regar las plantas, pero el resto del día se quedaban dentro de casa con las ventanas y las cortinas bien cerradas para combatir el terrible calor texano, y sobre todo el polvo rojizo del caliche y el humo de la fundición.

Cada noche quemaban en la fundición. Nosotras nos sentábamos fuera cuando ya lucían las estrellas y entonces la chimenea empezaba a escupir llamas, seguidas de colosales borbotones convulsos de humo negro que oscurecía el cielo y velaba todo a nuestro alrededor. A decir verdad tenía su encanto, ver las bocanadas y las volutas en el cielo, pero nos escocían los ojos y el olor a azufre era tan fuerte que incluso nos entraban arcadas. A Hope siempre le entraban, pero solo fingía. Por dar una idea de lo espantoso que era cada noche, cuando en el noticiero del teatro de la plaza pusieron imágenes de la primera bomba atómica, algún bromista mexicano chilló: «¡Mira, la fundición!».

Las lluvias dieron una tregua y entonces fue cuando se produjo el segundo fenómeno. Nuestras abuelas palearon la tierra y barrieron la acera. Mamie era un ama de casa terrible.

–Siempre ha tenido criados de color, es por eso –decía mi madre.

–¡Y tú tenías a papá!

Eso no le hizo ninguna gracia.

–No voy a perder el tiempo limpiando este vertedero infestado de cucarachas.

Aun así Mamie se esmeraba con el patio, barriendo los escalones y la acera, regando su jardincito. A veces la señora Abraham estaba justo al otro lado de la cerca, pero las dos hacían como si no se vieran. Mamie no se fiaba de los extranjeros y la abuela de Hope odiaba a los americanos. A mí me tenía cariño porque la hacía reír. Un día todos los niños estaban en fila en la cocina esperando a que la abuela les repartiera *kibbe* en pan caliente recién hecho. Me puse a la cola y antes de darse cuenta me sirvió. Así era también como conseguía que me cepillaran y me trenzaran el pelo todas las mañanas. La primera vez se hizo la despistada, en sirio me pidió que me quedara quieta, me atizó en la cabeza con el cepillo.

Había un solar vacío junto a la casa de los Haddad. En verano se plagaba

de mala hierba, unos zarzales tremendos que te quitaban las ganas de entrar ahí. En otoño y en invierno se veía que el suelo de la parcela estaba alfombrado de cristales rotos. Azules, marrones, verdes. Sobre todo eran botellas que el hermano de Hope y sus amigos usaban de blanco con la escopeta de balines, pero también envases que la gente tiraba. Hope y yo buscábamos cascos retornables para canjearlos en las tiendas, y las viejecitas llevaban el vidrio al mercado de Sunshine en sus cestos mexicanos descoloridos, pero en aquellos tiempos la mayoría de la gente se bebía un refresco y luego tiraba la botella en cualquier sitio. A cada rato, de los coches volaban botellas de cerveza que se estrellaban con pequeñas explosiones.

Ahora entiendo que debía de ser porque oscurecía muy tarde, mucho después de que las dos hubiésemos cenado. Volvíamos a estar en la calle, en cuclillas en la acera, jugando a las tabas. Durante unos días nada más, tumbadas casi a ras del suelo, alcanzamos a ver por entre las hierbas justo en el momento en que el sol iluminaba el mosaico de cristales que cubrían el solar. Al sesgo, brillando como a través de la vidriera de una catedral. Ese espectáculo mágico duró solo unos minutos, solo ocurrió dos días.

–¡Mira! –exclamó Hope la primera vez.

Nos quedamos mudas, paralizadas. Yo apretaba las tabas en un puño sudoroso. Ella sostenía la bola de golf en alto, como la Estatua de la Libertad. Contemplamos el caleidoscopio de color que se desplegaba ante nosotras centelleante, luego tenue y difuso hasta que se desvaneció. Al día siguiente volvió a suceder, pero al otro el sol se diluyó en la penumbra discretamente sin más.

Poco después de los cristales de colores o tal vez antes, en la fundición empezaron temprano a quemar. Quemaban a la misma hora cada noche, por supuesto, a las nueve en punto, pero nosotras no nos dábamos cuenta.

Esa tarde estábamos sentadas en los escalones de mi casa, quitándonos los patines, cuando el cochazo frenó junto a la acera. Un Lincoln negro reluciente. Al volante iba un hombre con sombrero. Bajó la ventanilla al llegar cerca de nosotras.

–Ventanillas eléctricas –observó Hope.

Nos preguntó quién vivía en la casa.

–No se lo digas –me susurró Hope, pero yo contesté.

–El doctor Moynahan.

–¿Está en casa?

–No hay nadie, solo mi madre.

–¿Por un casual se llama Mary Moynahan?

–Mary Smith. Mi padre es teniente en la guerra. Estamos aquí hasta que vuelva –dije.

El hombre bajó del coche. Llevaba un traje con chaleco y reloj de bolsillo, una camisa blanca almidonada. Nos dio un dólar de plata a cada una. No teníamos ni idea de lo que eran. Fue él quien nos dijo que eran dólares.

–¿Sirven para comprar en una tienda? –preguntó Hope.

El hombre dijo que sí. Subió las escaleras y llamó a la puerta. Como no hubo respuesta giró la manivela de metal oxidada que hacía sonar el timbre. Al cabo de un rato se abrió la puerta. Oí que mi madre hablaba enojada, aunque no pudimos entender gran cosa, y que después cerraba de un portazo.

Cuando el hombre volvió a bajar nos dio otro dólar de plata a cada una.

–Disculpadme. Debería haberme presentado. Soy F. B. Moynahan, tu tío.

–Yo soy Lu. Esta es Hope.

Me preguntó dónde estaba Mamie, y le dije que en la Primera Iglesia Baptista Texana, enfrente de la biblioteca del centro.

–Gracias –dijo, y se fue en el coche.

Las dos nos guardamos nuestros dólares en el calcetín. Justo a tiempo, porque mi madre bajó corriendo la escalera, con los rulos en el pelo.

–Ese era tu tío Fortunatus, la serpiente. No te atrevas a decirle a nadie que ha venido. ¿Me oyes? –asentí. Me pegó un cachete en el hombro y otro en la espalda–. No le digas una sola palabra a Mamie. Tu tío le rompió el corazón cuando se fue. Los dejó aquí a todos para que se murieran de hambre. Se llevaría un disgusto. Ni una palabra. ¿Entiendes?

Asentí otra vez.

–¡Contéstame!

–No diré una palabra.

Me dio otro cachete de propina y volvió a subir las escaleras.

Más tarde estaban todos en casa, cada uno en su habitación como de

costumbre. La casa tenía cuatro dormitorios a la izquierda de un largo pasillo, un cuarto de baño al final, y la cocina, el comedor y el salón al otro lado. El pasillo siempre estaba oscuro. Negro como boca de lobo por la noche, durante el día rojo sangre por el resplandor que entraba a través del montante de vidrio esmerilado de la puerta. A mí me aterrizzaba ir al cuarto de baño hasta que el tío John me enseñó a empezar en la puerta principal, susurrando sin parar «Dios me protege, Dios me protege», y correr como alma que lleva el diablo. Ese día fui de puntillas porque en el dormitorio que daba a la fachada mi madre le estaba contando al tío John que Fortie se había presentado en casa. John se lamentó de no haber estado para pegarle un tiro. Luego me paré delante de la puerta de la habitación de Mamie. Estaba cantándole a Sally una nana. Tan dulce. «*Way down in Missoura when my mammy sung to me...*» Cuando salí del cuarto de baño oí al tío John en la habitación del abuelo. Me quedé escuchando cómo el abuelo le contaba que Fortunatus había intentado entrar en el Club Elks, y que había mandado que le dijeran que se marchara o llamaría a la policía. Siguieron hablando pero ya no oí lo que decían. Solo el gorgoteo del bourbon en los vasos.

Finalmente el tío John vino a la cocina. Tomé té helado mientras él bebía. Puso una ramita de hierbabuena en su vaso para que Mamie pensara que también estaba tomando té. Me contó que el tío Fortunatus se había marchado de casa hacía muchos, muchos años, justo cuando más lo necesitaban. Tanto John como el abuelo bebían mucho y no podían trabajar. El tío Tyler y Fortunatus mantuvieron a la familia hasta que Fortunatus se largó a California en plena noche. En la nota que dejó decía que se había hartado de la escoria de los Moynahan. No les mandó dinero, ni siquiera una carta, y tampoco vino a casa cuando Mamie estuvo a punto de morir. Ahora era presidente de una compañía ferroviaria.

–Mejor que no menciones que lo has visto –me dijo el tío John.

Fueron todos al salón para escuchar el programa de Jack Benny. Sally seguía durmiendo. Mamie se sentó en su sillita, con la Biblia abierta como de costumbre, pero no estaba leyendo. Solo la miraba, y había una expresión de felicidad en su cara arrugada. Comprendí que el tío Fortunatus la había encontrado y había hablado con ella. Cuando levantó la vista, le sonreí. Ella me sonrió también y volvió a bajar la mirada. Mi madre estaba de pie en la

puerta, fumando. Esas sonrisas la pusieron nerviosa y empezó a hacerme gestos de ¡chitón! y muecas a espaldas de Mamie. Me quedé mirándola perpleja como si no tuviera ni idea de lo que quería decirme. El abuelo escuchaba la radio y se reía con Jack Benny. Ya estaba borracho. Balanceándose con fuerza en su mecedora de cuero, iba rasgando tiras del periódico y las quemaba en el gran cenicero rojo. El tío John estaba bebiendo y fumando en la puerta del comedor, contemplando la escena. No hacía caso a las señales de mi madre pidiéndole que me sacara de allí. Supuse que también había visto que Mamie sonreía. Mi madre me hacía gestos para que me largara. Actué como si no me diera cuenta y canté a coro con el anuncio de Fitch. «¡Si te rasca la cabeza, no te piques! ¡Fítchate bien! ¡Usa la cabeza! ¡Salva la cabellera! ¡Usa champú Fitch!» Ella me miró con tanta rabia que no pude aguantar más y me saqué un dólar de plata del calcetín.

–¡Eh, abuelo, mira lo que tengo!

Él dejó de balancearse.

–¿De dónde lo has sacado? ¿Has robado ese dinero con los árabes de al lado?

–No. ¡Es un regalo!

Mi madre me estaba abofeteando.

–¡Maldita mocosa!

Me sacó a rastras del salón y me echó a la calle de un empujón. Recuerdo que me llevaba agarrada del cuello como a un gato, pero ya estaba muy grande así que no creo que sea verdad.

En cuanto puse un pie fuera, Hope me chilló para que fuese corriendo.

–¡Hoy quemar temprano! –a eso me refiero cuando digo que pensábamos que era temprano. Simplemente no había oscurecido.

Inmensas bocanadas y remolinos de humo negro se levantaban desde la chimenea hacia lo alto del cielo, girando y derramándose a una velocidad tremenda en vaharadas sobre nuestro barrio como si cayera la noche de pronto y tenebrosas volutas treparan hasta los tejados y se colaran por los callejones. El humo se diluyó y bailó y se extendió más allá cubriendo todo el centro. Ninguna de las dos podíamos movernos. Nos lloraban los ojos por el escozor inmundo y el hedor de los vapores del azufre. Sin embargo, mientras el humo se disipaba hacia el resto de la ciudad, a la vez se iluminó al trasluz

igual que cuando el sol encendía los cristales rotos, y también el humo se volvió de colores. Azules y verdes preciosos, y el violeta irisado y el verde fosforescente de la gasolina en los charcos. Un fogonazo amarillo y un fulgor rojizo, pero luego el cielo se tiñó de un suave resplandor verdoso que se reflejaba en nuestras caras.

–¡Puaj! Se te han puesto los ojos de todos esos colores –dijo Hope.

Mentí y le dije que los suyos también, pero sus ojos eran más negros que nunca. Mis ojos claros cambian de color, así que probablemente adquirieron las tonalidades de las espirales de humo.

Nosotras nunca hablábamos por hablar como la mayoría de las niñas. Ni siquiera hablábamos mucho. Sé que no dijimos una palabra de la terrible belleza del humo o de los cristales resplandecientes.

De pronto estaba oscuro y se había hecho tarde. Las dos volvimos adentro. El tío John dormía en el balancín del porche. Nuestra casa era calurosa y olía a cigarrillos y azufre y bourbon. Me metí en la cama al lado de mi madre y me dormí. Como a mitad de la noche el tío John me zarandeó para despertarme y me llevó fuera.

–Despierta a tu amiga Hope –susurró.

Lancé una piedra a su persiana y en cuestión de segundos salió con nosotros. El tío John nos llevó hasta el césped y nos dijo que nos tumbáramos.

–Cerrad los ojos. ¿Ya están cerrados?

–Sí.

–Sí.

–Vale, ahora abridlos y mirad el cielo, a la altura de Randolph Street.

Abrimos los ojos y contemplamos el cielo claro de Texas. Estrellas. El cielo estaba tan lleno de estrellas que algunas parecían saltar desde el borde, precipitándose en la noche. Docenas, cientos, millones de estrellas fugaces hasta que poco a poco las cubrió un velo de nubes y suavemente otras nubes fueron cubriendo el firmamento.

–Dulces sueños –nos susurró mi tío cuando nos mandó de vuelta a la cama.

Por la mañana estaba lloviendo otra vez. Diluvió la semana entera hasta que al final nos cansamos de pasar frío y embarrarnos y acabamos gastando

los dólares de plata en el cine. El día que Hope y yo llegamos a casa después de ver *Piratas del mar Caribe* mi padre había vuelto sano y salvo de la guerra. Muy pronto nos fuimos a vivir a Arizona, así que no sé qué pasó en Texas el verano siguiente.

Andado

Un romance gótico

Justo estaba floreciendo. En otros países el árbol se llama mimosa o acacia, pero en Chile se llama *aromo*. La palabra tiene la suavidad de las flores amarillas que alfombraban los patios. Era la última clase; las chicas de cuarto de secundaria soñaban despiertas, distraídas a esa hora, con las batas que llevaban encima del uniforme del colegio ya sucias y arrugadas. Las chicas cargaban las plumas en los tinteros que había en cada pupitre y se oía el garrapateo somnoliento en sus cuadernos. Las ramas del *aromo* amarillo empapadas de lluvia hacían eco del sonido rozando las ventanas.

La señora Fuenzalida peroraba. Las estudiantes la llamaban Fiat. Parecía un automóvil. Baja, recia, casi negra, con unas gafas de espejo redondas como faros. ¿Dónde conseguiría esas gafas, en Santiago, en 1949? Las gafas de Estados Unidos, igual que las medias de nailon y los encendedores Zippo, eran artículos de lujo en esa época.

Incluso sin las gafas lo habría visto todo. Oía a Laura en la última fila, detrás de Quena y Conchi. Hasta el menor susurro del cortaplumas al separar las páginas intonsas, páginas que Laura debería haber cortado y leído la noche antes. La profesora llamaba a Laura *Suspiros*, porque así sonaba el papel al rasgarse.

–*¡Suspiros!*

–*Mande, señora* –Laura se levantó y se puso recta, enlazando las manos en el faldón de la bata manchada.

–¿Quién dijo «*Lloveré cuando se me antoje*»?

Laura sonrió. Acababa de ver la frase por casualidad.

–¡No lo has leído!

–Sí lo leí. Fue el loco, en el manicomio.

–*Siéntese* –la señora Fuenzalida asintió.

Por fin sonó la campana. Las alumnas se quedaron de pie junto a sus pupitres hasta que la señora Fuenzalida abandonó el aula, luego recogieron los libros y salieron en fila al pasillo. Colgaron las batas en las taquillas, se abotonaron cuellos blancos y puños limpios. Se abotonaron los guantes grises, se pusieron sombreros de ala ancha adornados con largas cintas. Llevaban las carteras llenas de tareas para hacer en casa, aunque había unas vacaciones de cuatro días.

Laura fue andando con Quena y Conchi por Las Lilas hacia Hernando de Aguirre. El cielo se había despejado; el sol se puso rosa como el coral mientras se ocultaba tras los inmensos Andes nevados. Los zapatos de las chicas aplastaban las flores de *aromo* al caminar y el olor las envolvía. Las flores amarillas que alfombraban las aceras ahogaban sus pisadas.

Habría sido difícil adivinar que Laura era norteamericana. Siendo su padre ingeniero de minas, desde pequeña desarrolló la capacidad de adaptación típica de los hijos de militares o diplomáticos. Aprendían rápido, no solo el idioma o la jerga, sino cómo hay que moverse, con quién hay que codearse. El problema de esos chicos no es que se queden aislados o que sean siempre los nuevos, sino que se adapten tan rápido y tan bien.

Las chicas se pararon en el cruce de El Bosque con Las Lilas, hablando de los planes para el fin de semana largo. El equipo olímpico francés pasaba su verano en el centro de esquí chileno. Quena daría clases con Émile Allais en persona. Había nevado en la cordillera toda la semana, pero mira, ya ha escampado. El cielo estaba casi oscuro. Pasaron dos *carabineros* con gorra, el rifle al hombro, las botas negras sobre el *aromo*.

Los planes de Conchi eran los mismos cada fin de semana. Modista, peluquera, clase de ballet, clase de tenis. Almuerzo en el Crillón. Rugby o polo por la tarde. Té en el club de golf. Iba a tomar cócteles con Lautaro Donoso en el Charles. ¿Y qué si él intentaba arrimarse cuando bailaran?

Laura mencionó que iba a pasar los cuatro días en el *fundo* de los Ibáñez-

Grey. Conchi y Quena se quedaron impresionadas. Andrés Ibáñez-Grey era senador de minería, había sido embajador en Francia. Uno de los hombres más ricos de Chile, su finca en el sur abarcaba toda la anchura del país, desde los Andes hasta el Pacífico.

–Chile es un país estrecho, ¡pero aun así! –exclamó Quena.

Lo que ninguna de las dos chicas sabía, y a Laura no le importaba, era que tanto Ibáñez-Grey como su padre trabajaban con la CIA. Sus amigas tampoco sabían que los padres de Laura no iban a ir al *fundo*. Se habían echado atrás esa misma mañana, porque su madre se sentía de nuevo indispuesta. Laura sabía que les parecería indecoroso que una chica fuese sola, aunque la hermana de don Andrés haría de carabina. Sería un grupo pequeño. El hombre era viudo. Irían también dos de sus hijos, y la prometida de uno de ellos.

Se despidieron, después de quedar el lunes por la tarde para estudiar química. Al llegar a casa, Laura colgó la pabela y la americana, se quitó el uniforme del colegio. Sus padres daban una recepción esa noche. O su padre, más bien.

Laura fue a ver a Helen, su madre, que estaba dormida. La habitación apestaba a perfume Joy y a ginebra. En el pasillo el viejo Damián se deslizaba por el suelo con unos trapos atados a los pies, pasando una y otra vez para lustrar el parqué. Siempre andaba por la casa, bajando o subiendo las escaleras, día sí, día también, igual que su nieto más joven siempre rondaba por el jardín. Su única tarea consistía en quitar los pétalos muertos de las azaleas. Dos *mozos* y Domingo, el mayordomo, trasladaron la mayor parte de los chabacanos muebles «franceses» al garaje. Domingo ayudó a Laura a arreglar ramos con cinerarias y marimoñas de la floristería, narcisos del jardín, y luego colocaron cientos de velas. Había espejos por todas partes... Helen nunca podía decidirse con los cuadros. De noche, con las velas encendidas, todo luciría mejor, dijo Laura. Repasó listas con Domingo y las doncellas, echó una ojeada a las albóndigas, las empanadas. María y Rosa estaban entusiasmadas; llevaban rulos en el pelo.

Laura se puso un vestido de cóctel y maquillaje que nunca habría llevado para salir con sus amigas. Así aparentaba por lo menos veintiún años, estaba bonita y un poco vulgar. Su padre, de esmoquin, llamó a la puerta de su

cuarto y bajaron juntos. Saludaron a varios militares y altos cargos de las minas, a diplomáticos, a dignatarios chilenos y peruanos, a los embajadores de Gran Bretaña y de Estados Unidos. Una de las funciones de Laura consistía en traducir; pocos de los estadounidenses hablaban español. Helen, en tres años, solo había aprendido «*Traiga hielo*», «*Traiga café*». Laura circulaba entre los invitados, haciendo presentaciones, dando conversación. Quedó acorralada por un tal *señor* Soto, un torvo oficial boliviano. Sus comentarios eran insinuantes, ofensivos. Laura le hizo una seña a su padre, que se acercó, pero se limitó a sonreírle al *señor* Soto diciendo: «¿No es un encanto de chica?», y volvió a marcharse. Laura se desembarazó como pudo.

Andrés Ibáñez-Grey apareció en el vestíbulo. Tenía el pelo plateado, los ojos de un gris tan claro que parecían los de una estatua, sin vida. Domingo se ocupó de su sombrero y su abrigo. Laura fue a recibirlo.

–Soy Laura. Fue muy amable al invitarme al *fundo*, aunque mis padres no puedan ir.

Don Andrés retuvo su mano.

–Ted dijo que iba a venir su hijita, no una preciosa mujer.

–Tengo catorce años. Solo me he arreglado para esta fiesta. Adelante, por favor.

El embajador estadounidense estaba justo delante. Los dos hombres se abrazaron. Laura huyó, avergonzada.

Le subió a su madre una bandeja con un tentempié y café, la ayudó a incorporarse en la cama. Laura le describió la comida y las flores, le contó qué elegante iba todo el mundo, quién le mandaba recuerdos. Le habló a Helen de Andrés Ibáñez-Grey. Mamá, impresiona cien veces más que en las fotografías. Un Jefferson imperioso.

–Desde luego vale más que un billete antiguo de veinte dólares –dijo Helen.

–Ojalá pudierais ir mañana. ¿No vas a cambiar de idea? A mí no me apetece.

–No seas tonta. Se supone que será fabuloso. Además, papá realmente necesita quedar bien con ese tipo. Ya me gustaría saber manejar estas cosas.

–¿Qué cosas?

Helen suspiró.

–Ay, Dios. Todas.

No había probado la comida.

–La espalda me está matando. Voy a intentar dormir un poco.

Se le notaba en la cara que en realidad quería un trago. Laura nunca veía a su madre beber.

–Buenas noches, mamá.

Fue a echar otro vistazo a la cocina pero no volvió a la fiesta. Su padre la había estado buscando, dijo María, aunque Laura no le hizo caso. Llamó a Conchi por teléfono desde su cuarto antes de irse a la cama. Hablaron de Quena, de lo mandona y *metete* que era. Laura sabía que seguramente unos minutos antes Quena y Conchi habían estado contando chismes de ella. De no ser porque se caía de sueño, habría llamado a Quena para hablar de lo tonta que era Conchi por salir con Lautaro Donoso. Era demasiado mayor, criaba caballos de carreras. Pasaba la noche entera de juerga, luego se iba a los baños turcos y, todavía de esmoquin, iba a misa sin haberse acostado.

Todas las chicas salían con hombres mucho mayores que ellas. Se daba por sentado que esos hombres llevaban otra vida social, completamente al margen. Con las jovencitas vírgenes del Colegio Santiago o los liceos franceses iban a los partidos de rugby o de críquet, jugaban al golf y al tenis. Llevaban a las chicas a la ópera, a bailes con carabina y a salas de fiestas antes de cenar. En cambio, por la noche, los hombres se movían en un mundo distinto, de clubes nocturnos y casinos y fiestas, con amantes o mujeres de *medio pelo*. Así sería el resto de su vida, de hecho repetían lo mismo que habían visto desde niños. Sus madres, con abrigos de pieles, venían a darles un beso de buenas noches, pero eran las doncellas las que se encargaban de darles de cenar, de acunarlos a la hora de dormir. María preparó la ropa de Laura mientras ella seguía hablando con su amiga, y cuando terminó con el equipaje empezó a cepillarle el pelo. Laura tapó el micrófono del teléfono con la mano. No, María, estás cansada. *Hasta mañana*. A Conchi le dijo que se iba a acostar antes de que la cama se enfriara. María había puesto un ladrillo caliente bajo la colcha.

Laura iba a apagar la luz cuando María volvió con una taza de cacao caliente. Besó a Laura en la frente. *Buenas noches, mi doña*. De las calles desiertas llegó el eco del canto del vigilante. *Medianoche y andado. Andado y*

sereno^[2].

La lluvia arreciaba en el techo de cristal de la sombría estación de Mapocho. Fuera relucían trenes oscuros lustrosos. Paraguas negros, revisores de uniforme negro se desvanecían en las bocanadas de vapor blanco que exhalaban las locomotoras. Había fotógrafos, no de las páginas de sociedad, como esperaba Conchi, sino de los diarios de izquierdas. El senador de minería y el imperialista yanqui que están expoliando nuestro país departen en la estación de Mapocho.

Los dos hombres intercambiaban saludos y despedidas. Laura se quedó aparte, cohibida, junto al hijo de don Andrés, Pepe. Era joven, llevaba el uniforme negro del seminario. Se balanceaba, sonrojado, mirándose los pies. Xavier, el hijo mayor, era justo lo contrario. Apuesto y soberbio con su traje de paño inglés. A Laura le cayó mal de entrada. ¿Por qué se consideraba sofisticado el aburrimiento? Los viajeros elegantes y los asiduos al teatro afectan la misma expresión compungida de hastío. ¿Por qué no decir «Un viaje, ¡qué emoción!», «¡Qué obra tan maravillosa!»?

Xavier y su prometida, Teresa, estaban discutiendo con la madre de la joven. La señora parecía muy disgustada. La hermana de don Andrés, doña Isabel, se había puesto enferma y no podía acompañarlos. La madre de Teresa creía que no había una carabina apropiada. Don Andrés la convenció de que su ama de llaves, Pilar, estaría pendiente y se encargaría de velar por Teresa y Laura. Aplacada, la mujer se marchó con el padre de Laura.

Don Andrés se sentó junto a la ventanilla recostado en el terciopelo rojo del asiento. El revisor y varios mozos de equipaje se quedaron hablando y riendo con él, agarrando la gorra entre las manos. Al otro lado del pasillo, Xavier y Teresa iban sentados enfrente de Laura y Pepe. Teresa arrullaba a Xavier con una voz infantil y aguda que chirriaba con su figura de matrona. Pepe empezó a leer un texto en latín antes incluso de que el tren saliera de la estación.

Xavier le contó a Laura que al cabo de dos semanas Pepe tomaría los votos del sacerdocio. Nosotros lo perderemos para siempre. Aunque no estará perdido, por supuesto. ¿Tú eres católica? Xavier, alto y de pelo negro

azabache, por lo demás se parecía mucho a su padre, aristocrático, irónico. Con sumo tacto «situó» a Laura. Buen colegio. Barrio ostentoso. No, no había viajado a Europa. Jugaba al tenis en el Príncipe de Gales. No era socia del club de golf. Verano en Viña del Mar. Conocía a Marisol Edwards pero no a los Dusillant. Su francés era bueno. ¿No has leído a Sartre?

–He leído muy poco. Casi toda mi infancia transcurrió en poblados mineros de Estados Unidos. Soy como Jemmy Button –dijo Laura. Si no a Darwin, al menos había leído a Subercaseaux.

–Un buen salvaje, solo que en forma de linda muchacha –dijo don Andrés desde el otro lado del pasillo–. Laura, ven a sentarte a mi lado. Te explicaré dónde estamos.

Aliviada, se cambió al asiento delante del de él y pegó la frente a la ventanilla fría. Por fuera el vidrio estaba salpicado con el hollín de la locomotora. El *aromo* amarillo se reflejaba en el río Bío-Bío, en los lagos, en las charcas. Don Andrés nombraba los pueblos que iban pasando, los ríos que cruzaban; nombraba los árboles frutales, le decía qué cultivos crecían en los campos. Cuando vino el mozo, avisando de la hora del almuerzo con una campanilla, don Andrés les dijo a los demás que se adelantaran. Fue así de simple el emparejamiento de don Andrés y Laura para las vacaciones.

En el coche restaurante había más camareros y ayudantes que clientes, una cantidad desmesurada de vajilla y cubiertos y copas para cada plato, platos interminables que salían de una cocina de apenas un metro cuadrado.

Don Andrés le preguntó por las montañas de Idaho y Montana, las minas de plata y zinc. ¿Cómo vivían los mineros? ¿Dónde estaban las fundiciones? Ella se alegró de hablar de esos lugares, los añoraba. Laura no había perdonado a su padre por abandonar las minas, por convertirse en un ejecutivo y un político. No lo había hecho pensando en sí mismo. Era Helen quien anhelaba la sofisticación y el romanticismo y el dinero. Aunque ahora, igual que en las Montañas Rocosas, rara vez salía de su cuarto.

Laura le habló a don Andrés del desierto de Nuevo México y Arizona. Sí, se parecía a Antofagasta. Le contó que solía ir con su padre a las montañas a escalar, a batear oro en los arroyos. La había llevado al interior de las minas desde muy pequeña. A veces bajaban por el túnel en un montacargas normal; en las minas pequeñas bajaba metida en un barril grande atado a una cuerda,

agarrada de la cuerda, tan chiquita que la cabeza le llegaba a la altura de las rodillas de los petos de lona de los mineros. El olor de las minas. Humedad, oscuridad. Qué se sentía bajando a las entrañas mismas de la tierra. El impacto cuando vio la primera mina a cielo abierto en Rancagua, la mina de cobre Anaconda. El tajo colosal en el paisaje virgen.

La palabra la hizo ruborizarse. Había hablado sin parar, aturdida por el vino y la atención. Qué embarazoso, por favor discúlpeme. Para nada. Fascinante. En el coche restaurante solo quedaban ella y don Andrés. Había tantos camareros que Laura no se había dado cuenta.

No se había dado cuenta de que él apoyaba el brazo en el respaldo de su silla, de que le rozaba el hombro cuando le llenaba la copa. Sin ningún pudor, sin ninguna conciencia, se había rendido a la presencia de ese hombre. En los vestíbulos entre los vagones la tomó del brazo para que no perdiera el equilibrio, la atrajo hacia su cuerpo cuando pasó un *mozo* con equipaje. Ella no reaccionó a esas confianzas, como habría hecho con cualquier otro hombre. Estaba simplemente subyugada.

No volvería a pasarle nunca más. A medida que se hiciera mayor siempre mantendría el control, incluso cuando fuese sumisa. Sería la primera y la última vez que alguien la conquistara.

Pepe dormía al otro lado del pasillo, delante de Xavier y Teresa. En medio de su tez pálida las pestañas oscuras sombreaban los pómulos; entre las manos sostenía un rosario, el libro en latín. Xavier y Teresa estaban jugando a la canasta.

—Qué bueno. Nos sumamos.

—Papá, usted no juega a la canasta.

—Teresa, tú y yo contra Xavier y Laura.

Agradable, el resto del viaje. Fuera oscurecía. Bromas y risas. El plácido rumor de las cartas al barajarse. Tap, tap, tap cuando repartían. El silbido del tren, la lluvia incesante en el techo metálico. El chasquido y el siseo de la llama del encendedor de oro de don Andrés. Sus ojos grises atisbando a través del humo.

Cuatro *mozos* de esmoquin trajeron la merienda. Una tetera, una cafetera de peltre, emparedados, *cuchuflys* con caramelo. Teresa sirvió. Laura empezaba a sentirse cómoda con ella, charlando de tiendas. Nueva York.

Saks. Bergdorf.

Era de noche, y seguía lloviendo, cuando el tren llegó a Santa Bárbara. Fue a recogerlos Gabriel, el *mayordomo* del *fundo*. Un *huaso* de color azafrán con un poncho pesado, sombrero de ala ancha, botas con espuelas. Laura y don Andrés viajaron delante; los demás se montaron en la trasera de la camioneta cubierta. Gabriel y otros dos hombres cargaron el equipaje, cajas y cajas de comida.

La camioneta era el único vehículo en la estación o por las calles embarradas. Había dos farolas de gas encendidas en la plaza del pueblo; mujeres con mantilla negra se apresuraban para llegar a las vísperas en la iglesia iluminada con velas. Más allá de la plaza no se veía un alma. Horas, entonces, a campo abierto, por la carretera accidentada, ni una sola vez divisaron una casa o una luz u otro coche. Ni un molino de viento o un poste de teléfono. Venados y zorros, conejos y otros animales silvestres corrían delante de las luces de los faros. Únicamente se oía la lluvia. Don Andrés y Gabriel hablaban de arar, de sembrar, de caballos y ovejas. Quién había muerto, qué hombres se habían marchado a la ciudad. Santiago era la ciudad. Al fin unas luces débiles aparecieron a lo lejos, unas pocas chozas entre eucaliptos. La camioneta aminoró la marcha y don Andrés bajó la ventanilla. Entró una vaharada de *aromo* y pino, el olor a leña de roble. Allí vivían los peones. Don Andrés no los llamaba *rotos*, como despectivamente se referían en Chile a los campesinos.

Luego siguieron adelante, por una cuesta, y se detuvieron frente a una alta verja de hierro. Una figura con capa abrió la cancela, los invitó a entrar con la mano, y siguieron un trecho largo entre chopos, huertas de frutales desnudos salvo por la pelusa rosada de las flores de ciruelo. En lo alto de la loma don Andrés pidió a Gabriel que parara la camioneta. Bajaron en medio de la lluvia. En el valle, a lo lejos, había una casa de piedra con techo a dos aguas, y el reflejo dorado de las luces brillaba en un lago más abajo. No se veía ninguna otra luz en muchos kilómetros a la redonda, pero por todas partes en la oscuridad latían las arboledas de *aromo* amarillo. A Laura le conmovió la vista majestuosa, el silencio, pero se echó a reír.

—En una película americana, aquí es donde ahora usted diría: «Todo esto es mío».

–Pero es una película en blanco y negro. Solo puedo decir que todo esto pronto desaparecerá.

Al volver a la camioneta, Laura le preguntó si habría una revolución, si los comunistas llegarían al poder alguna vez.

–*Claro que sí.* Será pronto.

–Mi padre dice que no puede suceder.

–Tu padre es muy ingenuo. Aunque, claro, ese es su encanto.

Los perros ladraron en el patio empedrado. Las siluetas de una docena de sirvientes se perfilaron a la luz de la lámpara y las velas que salía por la puerta abierta. Dentro, los suelos de madera resplandecían bajo alfombras persas de suntuosos colores. Oscuros óleos españoles, rostros pálidos etéreos al resplandor de las velas. Una anciana, Pilar, les estrechó la mano uno por uno. Don Andrés le dijo que sería la carabina de Teresa, le pidió que la ayudara a instalarse y deshacer el equipaje. ¿Dónde está Dolores?

Aquí, señor. Una bella muchacha de ojos verdes, apenas mayor que Laura, con trenzas negras hasta la cintura y que se ocuparía de atenderla. Laura siguió a la muchacha por la escalera curvada. Las dos subieron grácilmente los peldaños, brincando como chiquillas. Laura trató de imaginar cómo se había construido la casa, cómo habían traído los materiales y a los propios peones a un lugar tan remoto... Igual que para construir la Esfinge. Se detenía a cada momento a contemplar los tapices, las tallas de la madera. Dolores se rio.

–¡Espera a ver tu habitación!

Una cama con dosel de brocado, una chimenea revestida con azulejos, un espejo ovalado sobre una cómoda antigua. El cuarto de baño era de mármol; una docena de velas se reflejaban en los espejos. El agua estaba tibia, pero junto a la bañera había tinajas de cobre con agua hirviendo.

Los vidrios alabeados de las ventanas antiguas y el vaho que empañaba los espejos amarillentos acrecentaban la ilusión de ensueño. Dolores desapareció del espejo pero su voz seguía cerca, suave, con la música del *huaso*. *E' una hora, ma' o meno*, contestó cuando le preguntó a qué hora estaría lista la cena. Deshizo el equipaje de Laura y echó otro leño al fuego. Se quedó de

pie, esperando, hasta que Laura asintió con la cabeza. *Gracias*. A solas, en el espejo, la imagen de Laura temblaba, una fotografía en sepia flotando en la luz titilante.

Los demás estaban ya en el inmenso salón. Ardía un buen fuego en la chimenea. Teresa tocaba «Gota de agua» de Chopin en el piano de cola. La tocó una y otra vez durante las vacaciones. La melodía sonaría en la cabeza de Laura siempre que recordara Junquillos. Don Andrés le ofreció una copa de jerez.

–¡Estoy enamorada de esta casa, como una institutriz inglesa!

–¡No vayas al ala este! –sonrió Xavier.

A Laura le iba cayendo mejor, y le devolvió la sonrisa.

–La construí a partir de mis sueños –dijo don Andrés–, a partir de las novelas francesas y rusas. El campo mismo es puro Turguénev.

–Los sirvientes, querrás decir –dijo Xavier.

–Nada de política, Xavier. Laura, mi hijo es socialista, un futuro revolucionario. Un típico anarquista chileno hablando del sufrimiento de las masas mientras un ayuda de cámara le cepilla el abrigo.

Xavier no dijo nada, siguió bebiendo. Pepe iba pasando las páginas en el piano.

–Laura, seguro que te van a encantar mis carruajes. Soy coleccionista. Podrás meterte en la piel de Becky Sharpe, de Emma, de madame Bovary.

–No conozco a ninguna de ellas.

–Las conocerás algún día. Y cuando llegue ese momento, dejarás el libro y pensarás en mi calesa, y en mí.

(Oh. Cierto.)

Había chimeneas en el comedor también. Dos *mozos* servían la cena, apareciendo entre las sombras del fondo donde aguardaban.

A Pepe se le veía animado y alegre. Su yegua acababa de parir; había docenas de corderitos nuevos. Comentaba con su padre las distintas novedades de la finca..., los animales, los nacimientos y las muertes de los peones.

Después de cenar, Xavier y Teresa se quedaron jugando a backgammon en

el salón; Pepe y Laura tomaron brandy y café con don Andrés en su estudio. Un fuego más pequeño, atendido por un *mozo* que entraba desde el pasillo siempre que empezaba a consumirse o cuando un tronco caía con una cascada de chispas.

Los tres se pusieron a leer en voz alta. Neruda. «La princesa está triste. La princesa está pálida» de Rubén Darío.

–Vamos a leer *Primer amor* de Turguénev. Empieza tú, Pepe, pero ponle más sentimiento. Serás un cura perfecto, con esa voz monocorde.

Cuando le tocó a Laura leer cambió de sitio con Pepe para aproximarse a la luz. Mientras leía, de vez en cuando miraba a los dos hombres sentados frente a ella. Los ojos grises de Pepe estaban cerrados, pero los ojos de don Andrés escrutaban los suyos viéndola leer, al tiempo que Zinaída devanaba la madeja de lana que el pobre Vladimir sostenía entre las manos.

*¡Oh, dulces sentimientos, suaves sonidos, la bondad y la calma que inundan un corazón conmovido, la enternecedora dicha de los primeros raptos tiernos del amor!
¿Dónde estáis, dónde?*

–Pepe se ha dormido. Se ha perdido la mejor parte.

–Tú también tienes sueño. Te acompañaré a tu habitación.

Ajustó el pábilo del farol junto a su cama, la besó en la frente. Labios fríos.

–*Buenas noches, mi princesa.*

¡Qué boba eres!, se dijo Laura. ¡Por poco te desmayas! Igual que una de esas pánfilas de los romances de mamá.

Laura se quedó en la cama, incapaz de dormirse. Dolores entró de puntillas y abrió un poco la ventana. Puso un leño en el fuego, apagó el farol. Después de que Dolores se marchara, Laura se levantó y fue hasta la ventana. La abrió de par en par a la fragancia de los pinos y el *aromo* amarillo. Había dejado de llover. En el cielo despejado resplandecían las estrellas que iluminaban los campos y el patio. Laura vio a Dolores cruzar el empedrado del patio y entrar por una puerta junto a la cocina. Al cabo de unos minutos Xavier cruzó el patio y llamó a la puerta. Dolores abrió, sonriendo, y lo atrajo hacia dentro, hacia ella.

Laura oyó que la ventana de Teresa se cerraba suavemente. Volvió a la

cama. Entonces quiso seguir despierta y pensar, pero se quedó dormida.

Los días son más radiantes cuando de noche no hay luz eléctrica. El sol inundaba la habitación de calidez, reflejado en el abrecartas con mango de nácar, en los atizadores de latón, el vidrio tallado del frasco de mermelada en la bandeja del desayuno. Al otro lado de la ventana los tres picos blancos de Las Malqueridas refulgían contra un cielo azul diáfano.

–Ya han salido a cabalgar –dijo Dolores–. Don Pepe dice que te apresures; quiere que veas el potro. Te he traído ropa de montar.

–Pensaba ponerme estos pantalones...

–Verás que estos sientan mucho mejor.

Con ropa de amazona y el pelo recogido, Laura parecía, en los espejos desazogados, un retrato de otra época. Dolores estaba retirando la bandeja del desayuno, se apartó para dejar entrar a Teresa en la habitación. Laura las miró buscando alguna expresión, de rivalidad, de desdén, de pudor, pero las dos se quedaron impasibles.

–Mis sábanas están enmohecidas –dijo Teresa–. Por favor, cámbialas, o sácalas a orearse.

–Se lo diré a tu doncella –Dolores salió, con la cabeza alta. Teresa hizo un mohín, se dejó caer en la butaca junto a la ventana.

–Ojalá estuviera aquí mi *tía* Isabel. Me llevaría a pasear al lago. Detesto los caballos. ¿Tú no?

–No. Los caballos me encantan. Pero nunca he montado con silla inglesa.

Pepe llamó desde el patio. Montaba una yegua zaína, y traía a otra esbelta y negra. Laura le gritó por la ventana que bajaba enseguida, pero Teresa seguía hablando. Quería casarse pronto. El matrimonio curaría a Xavier de su fiebre política, le haría sentar cabeza. ¿Cuánto llevaban comprometidos? Desde que nacieron, dijo Teresa. Sus padres lo habían decidido. Por suerte se habían enamorado.

–Vamos fuera. Hace un día ideal –dijo Laura, pero Teresa se estaba quitando el abrigo.

–No. Voy a quedarme a tejer. No me siento bien. Dile a Xavier que venga a hacerme compañía.

–Si lo veo. Mira, está lejos con don Andrés, en la falda de la montaña.

Pepe la ayudó a montar en la magnífica yegua, Electra. Primero fueron a

ver al potrillo, luego trotaron por el picadero junto al establo. Pepe la observó mientras saltaba troncos, pequeños obstáculos. Los dos se reían a carcajadas, por el día espléndido, los caballos vibrantes. Xavier y don Andrés venían a lo lejos cabalgando hacia ellos.

–Salgamos a su encuentro. ¿Te atreves con la valla?

Pero antes de que Laura pudiera contestar ya estaban delante de la cerca.

–No ha sido un mal salto –dijo don Andrés.

–¿Malo? Ha sido sensacional. ¡Mi primer salto!

–Hazlo de nuevo.

Antes de volver a probar, Laura le dio a Xavier el mensaje de Teresa.

–*Qué regio*. Es un aburrimiento montar con ella. ¡Vayamos al río, Pepe!

Los hermanos se alejaron a medio galope, hablando a gritos. Laura repitió el salto, pero le salió mal.

–Otra vez –dijo don Andrés, y azotó a Electra en la grupa; la yegua salió de estampida.

Asustada, Laura tiró de las riendas tan bruscamente que Electra se encabritó y la derribó al suelo. Don Andrés no desmontó, se rio de ella.

–Las dos sois tal para cual.

–Yo no soy miedosa.

–Ella tampoco. Pero no hace nada que no quiera.

–Quiero saltar. Lo conseguiré. No la toques.

–*Ándale*.

Un salto vertiginoso. Luego corrieron para alcanzar a Pepe y Xavier, galopando entre bosquecillos de álamos temblones, a través de las praderas y los campos arados. Los cuatro estuvieron cabalgando toda la mañana, sin hablar más que para lanzar un grito de vez en cuando señalando los corderos, los lirios silvestres, las violetas, los macizos de junquillos que daban su nombre al *fundo*. Los ciervos bebían del mismo arroyo que los caballos. Cruzaron el río, que bajaba embravecido con la nieve del deshielo. Resoplidos de caballos, agua gélida. Desde las estribaciones de la cordillera contemplaron el valle hasta donde se perdía la vista. A Laura le pareció que debía de haber sido exactamente igual cuando los españoles llegaron por primera vez. Incluso en las Montañas Rocosas de su infancia siempre había un vestigio de civilización: el traqueteo distante de las vagonetas de la mina,

una sierra circular, un aeroplano. Volviendo a casa vieron a un *huaso* cuidando de las ovejas, a otro arando un campo, con los bueyes uncidos al yugo.

El comedor, tan oscuro la noche anterior, brillaba ahora con la luz del día y las vistas al lago y los Andes blancos. Los jinetes estaban cansados, quemados por el sol, hambrientos. Xavier había perdido cualquier rastro de afectación, Pepe y Laura toda su timidez. ¡Qué mañana! Teresa también estaba contenta, o procuraba parecerlo. O quizá le traiga sin cuidado que Xavier tenga una aventura con Dolores, divagó Laura. No, debe de estar celosa, aunque no puede demostrarlo, ni siquiera dejar entrever que lo sabe. Estropearía su papel de novia inocente. ¿Xavier la amaba de veras? Sin duda estaba enamorado de Dolores. Eso sí que era un romance. Laura se moría de ganas de contárselo a Quena y Conchi.

–¡Me lo estoy pasando de maravilla! –dijo.

–¡Yo también! –dijeron todos los demás.

Comieron trucha y guiso de lentejas, cordero asado, pan recién hecho. Después de almorzar, Teresa y Xavier fueron a remar al lago. Pepe fue a echarse la siesta.

Había ocho carruajes distintos. Una carroza guarnecida con pan de oro, tapizada en brocado rosa, con espejos, floreros dorados, estribos finamente tallados para los lacayos. Diligencias norteamericanas, landós, sulkis. Laura se subió a todos, eligió un tílburí de dos plazas con caoba reluciente, cuero negro.

Don Andrés le puso los arreos a su semental, Lautaro, y lo enganchó al carruaje. Pasearon junto al lago y dejaron atrás el *aromo* amarillo. Saludaron desde lejos a Teresa y Xavier. Siguieron trotando y trotando entonces al compás seco de los cascos de Lautaro. Empezaba a oscurecer. Don Andrés encendió los faroles.

–¿Quieres volver a casa a tomar el té?

–No.

–Está bien.

Cruzaron un puente de madera sobre el río, el agua alta los salpicó, siguieron cabalgando en la oscuridad mientras él le hablaba de su infancia. Similar a la de Laura, dijo, porque se sentía solo, era hijo único, nunca fue un

niño. Su madre había muerto al dar a luz; tuvo un padre frío, autoritario. Internados franceses e ingleses. Solo con sus libros cuando estaba en casa. Se había educado en Harvard, Oxford, la Sorbona, había conocido a su esposa en París. No, ella era española. Había muerto, años atrás.

Era hora de volver a casa. Dio media vuelta al carruaje, le cedió a Laura las riendas. Espera. Don Andrés bajó. Su pelo plateado destacaba contra los *aromos* amarillos. Volvió con un ramillete de violetas que le prendió a Laura en el cuello de la capa.

Laura deseó que no estuvieran leyendo *Primer amor*. Las mejillas le ardían.

–Pepe, te toca.

Le pasó el libro. Cuando don Andrés leía no podía apartar la mirada de su boca, el destello de sus dientes blancos.

Más tarde, en la cama, pensó que estaba enamorada. Recreó cada momento compartido, cada palabra que él había dicho. ¿Qué anhelaba? Sus sueños no iban más allá de un beso.

Dolores la despertó con la bandeja del desayuno. Un día espléndido. Don Pepe quería que fueran juntos a cabalgar. Xavier y don Andrés habían salido de caza. Teresa y Pilar estaban en la terraza, bordando para el ajuar. Fundas de almohada. Dolores les había envuelto un almuerzo a Pepe y Laura.

–Gracias. ¿Montas a caballo, Dolores?

–Siempre. Pero no cuando está la familia en la casa.

Laura quería preguntarle a Dolores sobre ella y Xavier, sobre el amor.

–¿Cuántos años tienes? –fue lo único que se atrevió a indagar.

–Quince.

–¿Y naciste aquí?

–¡Sí, en la cocina! Mi madre siempre ha sido la cocinera de la casa.

–Entonces hace mucho que conoces a Xavier.

Dolores se rio.

–Claro. Desde que nací. Él me enseñó a montar a caballo, y a disparar.

Laura suspiró mientras se vestía. Dolores no actuaba como si estuviera enamorada, pero lo parecía cuando le había abierto la puerta a Xavier. Se preguntó si Helen, su madre, se habría enamorado alguna vez... No podía

hablar con nadie. Menos aún con Quena o Conchi, aunque se pasaran el día hablando de amor. Las tres practicaban besos con el espejo del botiquín, pero cuando lo besabas se te ladeaba la nariz contra la puerta de espejo. ¿Dónde se meten las narices? Imagínate lo que sabían del amor. El deseo que Laura sentía..., no habría sido capaz de unir el sentimiento con la palabra.

Pepe y ella bajaron hasta unos prados a ver a los corderos y las cabritillas, y de ahí partieron a la casa de Gabriel para visitar a su esposa. La anciana se alegró mucho de ver a Pepe. Puso agua para el té, llamó a las vecinas para que vinieran a saludarlo. ¡Nuestro Pepino va a ser cura! Se quedaron de pie mientras él se bebía el té, formando un corro a su alrededor en la choza humeante con suelo de tierra, sonriéndole con un profundo cariño. Pepe las conocía a todas, sabía el nombre de sus animales y el de sus hijos. No, a partir de ahora tardaría años en volver. Las llevaría en su pensamiento. Rezaría por ellas. Al marcharse, las mujeres lo abrazaron y le dieron la mano a Laura. Pepe tenía un aire solemne mientras Laura y él almorzaban a la sombra de un inmenso *aromo*.

—¿Estás nervioso por ser sacerdote?

—Asustado. Es un gran paso.

—¿Por qué lo haces? ¿Tienes vocación?

—No. Quiero hacer... cambios, gestos. Soy demasiado cínico para ser un revolucionario. Hay muchas razones. Para justificarme, para poner mi grano de arena en el mundo, para alejarme de mi padre. Mi confesor dice que no hay que preocuparse de las razones si mi compromiso es firme.

—Parece que Xavier quiere las mismas cosas.

—Sí. No sé cómo las encontrará.

—Él dice que la *reforma* es la única respuesta. Darle la tierra a la gente.

—Llevará muchísimo tiempo. Y no serán los líderes quienes lo echen todo a perder, sino el propio pueblo. Su naturaleza y su religión exigen un patriarcado. Convertirán a sus libertadores en nuevos *patrones*.

—Hablas como mi abuelo, cuando dice que los negros estaban más contentos cuando eran esclavos.

Se acabaron la *bota* de vino y comieron las dos peras. Los pétalos de *aromo* se les pegaron al tumbarse de espaldas sobre el manto amarillo.

—Me pregunto si alguna vez tendré que justificarme —dijo ella.

–Eso es fácil para las mujeres.

–¿A qué te refieres..., a los lirios del campo?

–No. Tú no tienes que hacer nada para ser fiel a ti misma.

–¿Y cómo sabré quién soy?

Suspiró al levantarse, se sacudieron las florecillas. Montaron de nuevo.

–¡Te echo una carrera hasta casa!

Desde los establos vieron a don Andrés y Xavier en la puerta de la cocina. Las plumas de faisán despedían un brillo verde y morado iridiscente a la luz del sol. Dolores sonrió; sostuvo en alto las aves lustrosas. Xavier acarició su pelo negro. Teresa entró en la cocina por la puerta que había detrás y se detuvo en seco en la penumbra. Las perlas de su collar centellearon; la tetera blanca destacaba en la bandeja. Teresa la estrelló contra el suelo de barro y salió como un vendaval. La mano de Xavier quedó congelada en el pelo negro de Dolores.

Té junto a la gran chimenea. Una tetera nueva. Teresa no estaba.

–¿Dónde está tu novia? –preguntó don Andrés.

–Ya no es mi novia.

–Bobadas. Ve a tranquilizarla, Xavier.

–He roto el compromiso. No voy a casarme con ella.

–No seas iluso. No puedes hacer eso.

–Por supuesto que puedo, papá. No, Laura, sin azúcar, gracias.

Don Andrés palideció, furioso.

–Laura, vamos a dar un paseo.

–Está lloviendo.

–Apenas chispea.

Se levantó para marcharse y Laura lo siguió. Xavier miró la espalda de su padre con odio, triunfo.

Daba la impresión de que Lautaro volara por el camino resbaladizo. La llama de los faroles temblaba con el viento; la oscuridad difuminaba las flores rosadas y las ramas amarillas de *aromo* que iban quedando atrás. Empezaba a despejarse el cielo, pero las estrellas todavía no alumbraban la noche. Laura y don Andrés no hablaban.

Oyeron el río antes de verlo, y luego los cascos de Lautaro sobre el puente. El espantoso relincho cuando el puente cedió. Ambos salieron

despedidos del tÍlburi y cayeron en el agua turbulenta y helada. Los faroles se apagaron con un siseo. Forcejearon hasta liberarse de las capas, de las chaquetas. Don Andrés le gritó que se agarrara al carruaje, que ayudara a soltar el caballo. Girando y girando en los remolinos del río. Lautaro relinchaba de pánico, coceando y mordiéndolos mientras desataban los arneses. Los cascotes, las rocas y el carruaje golpeaban a Laura y don Andrés mientras los llevaba la corriente.

El caballo quedó libre, revolcándose, gimiendo. Se abalanzaba una y otra vez contra la orilla hasta que por fin pudo trepar y desapareció. El tÍlburi se alejó girando y rodando río abajo entre la espuma, plateada ahora a la luz de las estrellas.

Temblando, jadeando bajo un *aromo*, don Andrés se rasgó la camisa para vendarse un corte en la pierna, y vendarle los brazos a Laura. Haremos un fuego, dijo, pero su encendedor de oro no funcionaba.

–Gabriel saldrá a buscarnos cuando Lautaro regrese, pero estamos un buen trecho río abajo de donde empezará el rastreo. Recemos para que no intente cruzar el puente. Más vale que echemos a caminar, a ver si llegamos a la loma sobre el río. Quítate la ropa y escúrrela.

–Estoy bien.

–No seas boba. Escúrrete la ropa.

Estaban temblando; les castañeteaban los dientes.

El *aromo* se pegó a sus cuerpos como un pelaje amarillo. Laura tenía frío y miedo. Sentía deseo y no sabía qué hacer, cómo hacer lo que estaban haciendo. Sostuvo su cabeza plateada mientras él le besaba los pechos. Flecotes de *aromo* amarillo meciéndose con el cielo de fondo. Aturdimiento, dolor.

–¿Qué he hecho? –susurró don Andrés con los labios en su cuello.

Cálidos, su aliento y su cuerpo. El esperma relucía humeante en las piernas de Laura mientras se vestía.

Había tanta luz como si fuese de día, con estrellas fugaces y la blancura fosforescente de los Andes. La sangre empapó las vendas. Caminaban renqueando, exhaustos y doloridos.

–Lautaro no iba cojo, ¿verdad?

–No.

¿Y qué hay de mí?, pensó Laura. Herida, con ampollas por las botas

mojadas, pinchazos en el pecho de andar tan rápido. Él ni siquiera la miraba.

–¿Y qué hay de mí? –dijo en voz alta–. ¿Por qué estás enfadado conmigo? Se volvió hacia ella, pero seguía sin mirarla. Ojos grises apagados.

–No estoy enfadado contigo, *mi vida*. Te he mancillado, y por poco mato a mi mejor caballo.

Dio voces llamando a Gabriel. El eco recorrió el inmenso valle y luego se hizo el silencio. Siguieron caminando.

¿Mancillado? ¿Estoy mancillada? ¿Por un momento tan breve y confuso? ¿La gente lo sabrá, al mirarme? ¿Dolores está mancillada?

A Laura le dolían tanto las ampollas que se quitó las botas. Él le dijo que no se las quitara pero no le hizo caso, fingió no sentir las rocas y las ramas que se le clavaban en los pies.

Y si tantas mujeres se arriesgan a quedar mancilladas quizá yo tenga un problema, porque apenas me di cuenta de lo que pasaba.

Necesitaba orinar.

–Adelántate. Ahora te alcanzo.

Una mancha roja brillante, el calzón empapado de sangre. Se quitó los pantalones de lana mojados, tiró el calzón lejos para evitar que Dolores lo viera.

–*Apúrate*.

–Sigue tú. Te dije que te alcanzaría.

Trepó la cuesta detrás de él, desmoronando piedras.

–Si estás enfadado porque crees que se lo contaré a alguien, no te preocupes –no había nadie a quien contárselo, a quien preguntar.

Entonces él se detuvo y la estrechó contra su pecho, le besó el pelo, la frente, los párpados.

–No, no había pensado en eso. Estoy intentando pensar en lo que he hecho. En lo que puedo hacer al respecto.

–Por favor, bésame –dijo ella–. Nunca me han besado.

Él se apartó pero ella le agarró la cabeza y pegó la boca a la suya. Entonces notó que su lengua le abría los labios y se besaron hasta marearse. Se sentaron en lo alto de la loma.

Galope. Aguzaron el oído, chillaron. Un grito en respuesta. Era Gabriel a caballo, traía otras monturas detrás. Ponchos y brandy. Cigarrillos para don

Andrés. Luego volvieron a casa, los dos hombres lejos por delante de ella, hablando a voces, cabalgando por las colinas sinuosas a la luz plateada fluorescente. Xavier estaba en la cocina con Dolores. Sus pómulos enrojecidos delataban que iba borracho. Don Andrés y Laura también tomaron brandy mientras Dolores le vendaba las piernas a don Andrés. Los dos estaban llenos de arañazos y magulladuras, del carruaje, las rocas, los cascos de Lautaro. Don Andrés describió el accidente como una aventura gloriosa, en la que Laura rescataba a su preciado purasangre. Laura se quedó atónita cuando supo el valor del caballo.

–Seguro que hubo un momento en que te odiaste por atar a ese semental a un tílburí –dijo Xavier.

–Más de uno. Fue un disparate por mi parte.

Xavier sonrió.

–Papá, es la primera vez que admites una equivocación.

Laura se desvistió y se metió en la bañera iluminada con velas. Dolores recogió su ropa.

–Tienes los pantalones manchados de sangre. *¿Llegó la tía?* –¿te vino el periodo?

Laura negó en silencio. Los ojos de las dos chicas se encontraron en el espejo.

Se despertó, asustada porque apenas podía moverse, pero entonces se acordó y abrió los ojos. Era casi mediodía, fuera estaba oscuro y lluvioso. En la chimenea ardía un fuego. Dolores le trajo el desayuno.

–Mejor que guardes cama. Don Andrés espera que no te encuentres demasiado indispuesta.

–¿Dónde está?

–Ha ido a Santa Bárbara esta mañana. No volverá hasta la noche.

–¿Y los demás?

–Pilar está en cama, enferma. Teresa está en cama, enferma. Pepe está en su cuarto, leyendo. Xavier está en el comedor. *Está tomado* –bebido.

Laura se percató de que Dolores se había sentado al pie de su cama. Es porque ahora somos iguales, mancilladas, pensó. Dolores debió de intuir lo

que pensaba; se puso de pie de un salto con una disculpa.

–*Perdóname*, doña Laura. Estoy muy cansada. La mañana ha sido confusa.

Laura se avergonzó, le dio la mano a Dolores.

–Disculpa. Desde luego que es una mañana confusa. Ya es por la tarde, para empezar. Estoy tan dolorida. ¡Oh, mira cómo tengo la cara!

En el espejo oscuro se vio una mejilla arañada, en carne viva, un cardenal verde y morado en el ojo. Laura rompió en sollozos de autocompasión. Dolores se echó a llorar también. Se abrazaron, meciéndose, y después Dolores se marchó.

La casa estaba en silencio. El único perro de caza al que dejaban entrar se paseaba por los suelos brillantes, haciendo chasquidos secos con las uñas. Un sonido solitario, como el timbre de un teléfono en una casa vacía.

Xavier estaba dormido en el estudio de su padre. Se despertó cuando Laura pasó a su lado para buscar el libro de Turguénev.

–¡Es nuestra buena salvaje! ¡Atalanta, que se zambulló en los torrentes gélidos para salvar a la bestia de la muerte!

–Cállate.

–Perdona, *gringuita*. Debes de estar para el arrastre. Ven y siéntate a mi lado.

Pepe apareció en la puerta. Acababa de afeitarse, estaba pálido.

–¡Laura! ¡*Pobrecita!* Qué espantoso accidente. ¿Te encuentras bien? Y Xavier, ¿qué ocurre? ¿Qué está pasando?

–Entra, Pepito. Parece que estás tan mal como nosotros. ¿Estás asustado? ¿Vas a echarte atrás? –Xavier se levantó, sirvió tres copas de jerez, puso un tronco en el fuego.

–Debe de ser la hora del jerez. ¿Qué hora es?

En ese preciso momento, un *mozo* entró a preguntar si querían almorzar.

–Dios, no... Vaya, no queremos comer, ¿verdad? En serio, Pepe, ¿estás bien?

Pepe asintió.

–Sí. Solo me estoy despidiendo. Aunque es como si ya me hubiera ido.

–Así es como me siento yo. Pero al menos tú sabes adónde vas. Yo solo me estoy despidiendo.

–¿De qué?

–De todo. De Teresa. De la abogacía. De papá. De toda mi vida hasta ahora.

–Eso no es ninguna broma. ¿Qué piensas hacer?

–No he llegado tan lejos todavía. Esta es la última vez que vendré a Junquillos, eso sí lo sé.

–Ay, Xavier.

Los hermanos se pusieron de pie, se abrazaron, y luego los tres se quedaron sentados en silencio. El fuego. La lluvia azotando las ventanas. *Aromo amarillo borroso* junto al lago.

–¿Y tú, *gringa*? Tú sí volverás, desde luego –dijo Xavier.

–No. No volveré.

–Claro que sí –dijo Pepe–. Papá te ha tomado mucho cariño.

Xavier se rio.

–Y dime, Laura, ¿de qué te estás despidiendo tú? ¿De la inocencia?

–Sí, Xavier, eso es –dijo Laura.

–Xavier, ¡qué grosero! –Pepe estaba escandalizado–. ¡Estás borracho!

Don Andrés llegó justo antes de la cena, a lomos de Electra. Redoble de cascos en el empedrado. Luego entraron dos hombres, en camioneta, y los condujeron hasta el salón. Don Andrés había ido a cambiarse.

Durante la cena Xavier estaba muy borracho, derramando el vino. Pepe estaba lívido, callado. Ni Laura ni Teresa se esforzaron por no parecer tristes. Don Andrés hablaba de acequias, cosechas, madera. Fue Pepe el primero en darse cuenta de lo que ocurría.

–¡Papá! ¿No irás a vender Junquillos?

–Todo menos la casa y los establos.

Lágrimas brillantes surcaron la cara de Pepe. Teresa se levantó de la mesa, sollozando. Si fuera bondadosa iría con ella, pensó Laura, pero no lo hizo. Xavier se rio con amargura.

–Endiabladamente astuto, como siempre. Sabes que toda esta tierra volverá a manos del pueblo. ¿Por qué no la preciosa casa, de paso? No tardará en irse. Tal vez hagan una escuela.

Los hombres hablaron hasta pasada la medianoche en el estudio. Laura acabó *Primer amor* a la luz de la lámpara en su cuarto. Se quedó en la cama,

despierta. *Aromo* y pino. No pensaba, simplemente estaba despierta, sola.

El viaje en tren fue largo, entorpecido por la lluvia, por las inundaciones. Don Andrés estaba atareado con papeleo. Laura iba sentada enfrente de él. Al otro lado del pasillo Pepe leía y Xavier dormía, o fingía dormir, mientras Teresa tejía algo voluminoso con lana ocre anaranjada. Parecía metida en el papel de la solterona rencorosa, llevaba unas gafas que no se había puesto hasta entonces. Ahora ya no hablaba con arrullos infantiles. Y entonces ella y Pepe se quedaron dormidos también. Don Andrés estaba mirando a Laura.

–Junquillos es precioso –dijo ella.

–Tú eres preciosa. Por favor, perdóname, Laura.

Volvió a enfrascarse en sus papeles. Laura miró por la ventanilla salpicada de hollín. La lluvia caía de los *aromos* empapados. Bueno, pensó, un fin de semana en el campo.

Al llegar a la estación la madre de Teresa se la llevó con tanta urgencia como si hubiera un accidente. El padre de Laura había mandado a un chófer chino.

Adiós, gracias por unos días maravillosos.

La casa estaba en silencio cuando llegó, fría. María entró, atándose la bata. Se abrazaron.

–¡Te hemos echado de menos! ¿Te preparo un cacao caliente? ¿Qué le ha pasado a tu pobre cara?

–Un accidente. Una aventura, en realidad, pero estoy demasiado cansada para hablar de eso. ¿Dónde están mis padres?

–Tu madre está en el hospital. Tomó demasiados medicamentos; se puso morada y no se despertaba. Mañana volverá a casa.

–¿Estaba disgustada? ¿Pasó algo?

María se encogió de hombros.

–¿*Quién sabe?* Tu padre dijo que solo estaba extenuada.

–¡Extenuada!

Se les escapó la risa.

–¿Ahora está con ella?

–No. Ha ido a una cena. *Doña*, te veo muy mal.

–Estoy... ¡estoy extenuada! Ha sido precioso, María. Te lo contaré todo mañana. Me voy a la cama. Ni baño, ni cacao. Pero despiértame a las cinco mañana. Tengo que estudiar química.

–Llamó Quena. Volvió a casa demasiado tarde para estudiar. Y llamó Conchi, dijo que está enamorada y que no quería estudiar nunca más.

Atracón de química de buena mañana. Casi el mismo tiempo invertido en anotarse símbolos en las muñecas, bajo los puños blancos de la camisa. De todos modos el examen no fue tan mal. Luego física. El *señor* Ortega, seco, seco. Álgebra. Historia. A Laura le dolía la mano de tomar apuntes.

Por fin el almuerzo. La mesa siempre se bendecía en inglés. Dios, bendice estos alimentos para nuestro provecho y a nosotros para tu servicio. Durante la comida solo se podía hablar en francés; no se decía gran cosa. Un paseo por la rosaleda. Justo el tiempo necesario para oír que Conchi volvía a estar locamente enamorada. Él la trataba de *tú*, le dio la mano durante la película. Quena había esquiado todo el día, todos los días. La nieve, espectacular. Émile Allais le había dado clases sin cobrar. Laura fue breve pero dramática al contar el accidente en el carruaje. Habló maravillas de Electra, la casa, el sofá María Antonieta. Y de nuevo Electra. Sí, por fin le había tomado el gusto a montar a caballo.

–Ay, gracias a Dios –suspiró Conchi.

Sonó la campana. Inglés. Flor en el muro agrietado. Francés luego con madame Perea durmiéndose mientras tejía. *Le passé simple*. Español, por fin. ¿Dónde estábamos?

–¡*Suspiros!*

Laura se puso de pie.

–No he leído la lección.

La señora Fuenzalida se rio.

–Eso nunca parecía suponerte un problema, hasta ahora. Tu primer punto negativo.

Quena y Conchi también se sorprendieron cuando Laura no las acompañó al club de golf a tomar el té.

–Mamá está enferma otra vez.

Helen dormía. Laura estudió hasta la hora de la cena, comió sola.

Se quedó al pie de la cama de su madre.

–Hola. ¿Te encuentras bien?

–De maravilla. ¿Te divertiste?

–Sí. Ojalá hubieras venido. Fue hermoso, como una novela.

–¿La gente era simpática?

–Mucho. Solo familia. Monté un purasangre.

Helen se estaba mirando un orzuelo en el párpado con un espejo de mano. Laura se sentó en la cama delante de su madre. ¿Estoy enamorada, mamá?, se preguntó. ¿Podría estar embarazada? ¿He perdido la honra? Mamá, ayúdame.

En voz alta dijo:

–Siento que fueras al hospital, mamá. Necesitas salir más. Vayamos al cine este fin de semana, o a almorzar al Príncipe de Gales.

–Tráeme ese espejo de aumento del cuarto de baño, ¿te importa, cielo?

Laura estaba dormida cuando su padre entró en su habitación y encendió la luz. Estaba colorado, con los ojos enrojecidos, quitándose la corbata.

–Claro que te he extrañado, nena. ¿Lo pasaste bien?

–De maravilla.

–¿Qué tal te cayó Andy? Un tipo con clase, ¿no?

–Con mucha clase. Papá, ¿qué hay de mamá?

–Se le fue la mano con los somníferos, y ya está. Se pondrá bien. Solo quería un poco de atención.

Laura oyó los pasos del *velador* que hacía la ronda. Fuertes al principio, con eco. *Son las once, andado y sereno.*

Calle tras calle arrullaba con su voz al barrio vigilado y seguro. Cantaba a la noche que era luna llena. *Son las once, ¡luna llena!* Hasta que al final su letanía se apagaba en un falsete distante... *Andado y sereno.*

Polvo al polvo

Michael Templeton era un héroe, un adonis, una estrella. Un héroe de verdad, bombardero de la RAF condecorado con honores. Cuando volvió a Chile después de la guerra fue jugador estrella en los equipos de rugby y de críquet del Príncipe de Gales. Corría con su BSA para el equipo de motociclismo británico y había salido campeón tres años consecutivos. Nunca perdió una carrera. Incluso ganó la última antes de derrapar y estrellarse contra el muro.

Nos había conseguido a Johnny y a mí asientos en la cabina de prensa. Johnny era el hermano pequeño de Michael y mi mejor amigo. Idolatraba a Michael tanto como yo. Nosotros entonces sentíamos desdén por todo y desprecio por la mayoría de la gente, en especial nuestros profesores y nuestros padres. Incluso reconocíamos, con cierta soberbia, que Michael era un canalla. Pero tenía estilo, caché. Todas las chicas y las mujeres, hasta las ancianas, estaban enamoradas de él. Tenía una voz grave y lenta, lenta. A Johnny y a mí nos llevaba en su moto a dar vueltas por la playa en Algarrobo. Surcando la arena húmeda y compacta, espantando las bandadas de gaviotas que batían tan fuerte las alas que ahogaban el ruido del motor, del océano. Johnny nunca se burló de mí por estar enamorada de Michael, me daba fotos y recortes además de los que ayudábamos a su madre a pegar en álbumes.

Sus padres no fueron a la carrera. Se quedaron sentados a la mesa del comedor tomando té y galletitas. El té del señor Templeton era ron, en realidad, en la taza azul. La madre de Michael estaba llorando, enferma de preocupación por la carrera. Este chico me va a matar, dijo. El señor Templeton dijo que esperaba que el loco de Mike se rompiera el cuello de una maldita vez. No era solo por la carrera, solían hablar así a diario. A pesar

de que era un héroe, tres años después de volver de la guerra Michael seguía sin tener trabajo. Bebía y jugaba y se metía en líos serios con las mujeres. Cuchicheos por teléfono y visitas a altas horas de la noche de padres o maridos, portazos. Pero eso fascinaba aún más a las mujeres y lo cierto es que la gente se empeñaba en prestarle dinero.

El estadio estaba abarrotado y se respiraba un ambiente festivo. Los corredores y los equipos de los boxes derrochaban carisma, apuestos italianos, alemanes, australianos. Los principales competidores eran la escudería británica y los argentinos. Los ingleses corrían con máquinas BSA y Norton; los argentinos con Moto Guzzi. Ninguno de los pilotos tenía el porte de Michael, su aire de indiferencia o su pañuelo blanco. Quiero decir que incluso con la conmoción de su muerte, incluso con la moto en llamas, con la sangre de Michael en el muro de hormigón, su cuerpo, los alaridos y las sirenas, todo conservó su flema característica. Que fue la última carrera, y la había ganado. Johnny y yo no hablamos, ni del terror, ni del drama del suceso.

El comedor de su casa era un hervidero de gente. La señora Templeton se había hecho la permanente y empolvado la cara. Aunque estaba diciendo que se moriría la verdad es que parecía revivida, preparando té y pasando bollos y contestando el teléfono. El señor Templeton repetía a cada momento «¡Ya le dije que se rompería el maldito cuello! ¡Se lo dije!». Johnny le recordó que había dicho que ojalá se lo rompiera.

Fue emocionante. Nadie aparte de mí había visitado a los Templeton desde hacía años, y ahora la casa estaba llena. Había reporteros del *Mercurio* y del *Pacific Mail*. Nuestro ÁLBUM DE MICHAEL estaba abierto encima de la mesa. La gente decía «héroe» y «príncipe» y «trágica pérdida» por toda la casa. Arriba y abajo había corros de chicas preciosas. En cada corro una de las chicas estaría sollozando mientras otras dos o tres le daban palmaditas y pañuelos.

Johnny y yo mantuvimos nuestra típica pose de desdén socarrón. No nos habíamos hecho realmente a la idea de que Michael estaba muerto, no nos dimos cuenta hasta la noche del sábado después del funeral. Era cuando solíamos sentarnos en el borde de la bañera mientras él se afeitaba, tarareando «*Saturday night is the loneliest night of the week*». Nos hablaba de

sus «chavalas», enumerando sus atributos así como sus inevitables y graciosísimos defectos. El sábado después de su muerte nos quedamos los dos sentados en la bañera. No lloramos, solo nos sentamos en la bañera, hablando de él.

Nos divertimos, a pesar de todo, observando el trajín antes del funeral, las rivalidades entre las novias compungidas. Lo más increíble fue cómo toda la colonia británica de Santiago decidió que Michael había muerto por el rey. Para gloria del Imperio, dijo el *Pacific Mail*. La señora Templeton estaba desafortunada, nos puso a los dos con las doncellas a sacudir alfombras y lustrar las barandas y a hornear más bollos. El señor Templeton se quedó sentado con su taza azul musitando que Mike nunca pudo encontrar el rumbo, que siempre fue incorregible.

Me permitieron salir del colegio para asistir al entierro. Ni siquiera habría ido, pero tenía un examen de química a segunda hora. Cuando lo terminé me quité la bata del uniforme y la dejé en mi taquilla. Estuve muy solemne y valiente.

Hay ciertas cosas de las que la gente nunca habla. No me refiero a las cosas difíciles, como el amor, sino a las más bochornosas, como por ejemplo que los funerales a veces son divertidos o que es emocionante ver arder un edificio. El funeral de Michael fue maravilloso.

En esos tiempos aún había carrozas fúnebres. Aparatosos coches que chirriaban tirados por cuatro o seis caballos negros. Los caballos iban guarnecidos con anteojeras y una gruesa malla negra encima, con borlas polvorientas que arrastraban por las calles. Los cocheros vestían de frac con sombrero de copa, y llevaban látigo. Como a Michael se le consideraba un héroe, muchas organizaciones habían contribuido en el funeral, así que había seis carruajes. Uno era para su féretro, los demás para las flores. El cortejo siguió a las carrozas fúnebres hasta el cementerio en limusinas negras.

Durante la misa en la (alta) iglesia anglicana de Saint Andrew varias de las chicas tristes se desmayaron o se las tuvieron que llevar desconsoladas. Fuera los chóferes demacrados y pintorescos fumaban en el bordillo con sus sombreros de copa. Hay gente que siempre asocia el olor embriagador de las flores con los funerales. Para mí tiene que estar mezclado con el tufillo a estiércol de caballo. Había también un centenar de motocicletas aparcadas

que seguirían al cortejo hasta el cementerio. Estruendo de motores, detonaciones, humo, fogeos. Los pilotos de cuero negro, con cascos negros, los colores de su escudería en las mangas. Habría sido de muy mal gusto por mi parte contarles a las chicas del colegio cuántos hombres increíblemente guapos había en aquel funeral. De todos modos lo hice.

Fui en el coche con los Templeton. En todo el camino hasta el cementerio el señor Templeton discutió con Johnny por el casco de Michael. Johnny lo sostenía en el regazo, quería ponerlo en la tumba de su hermano. El señor Templeton alegaba, sensatamente, que los cascos eran difíciles de conseguir, y muy caros. Tenías que hacer que alguien los trajera de Inglaterra o Estados Unidos, y además pagar un impuesto oneroso.

–Véndeselo a algún otro desgraciado para que corra con él –insistió.

Johnny y yo cruzamos la mirada. ¿No sabías que solo se preocuparía por lo que costaba el dichoso casco?

Cruzamos más miradas y sonrisas clandestinas al llegar al cementerio, entre tantos panteones, criptas y ángeles. Decidimos que nos enterraríamos en el mar y nos prometimos uno al otro no faltar.

El canónigo, de encaje blanco sobre una sotana morada, estaba en la cabecera de la tumba rodeado por el equipo de competición británico, cada uno con su casco bajo el brazo. Nobles y solemnes, como caballeros. Cuando el cuerpo de Michael fue entregado a la tierra, el canónigo dijo: «El hombre que nace de mujer no tiene sino una vida breve y llena de sufrimiento. Crece, y en su plenitud es cortado como una flor», y mientras estaba hablando, Odette lanzó una rosa roja, y Conchi lanzó otra, y luego Raquel. Desafiante, Millie se abrió paso y lanzó un ramo entero.

Fue precioso lo que el canónigo dijo entonces frente a la tumba. «Me mostrarás la senda de la vida: hartura de alegrías hay en tu rostro; deleites a tu diestra para siempre.» Johnny sonrió. Me di cuenta de que pensaba que esas eran las palabras justas en honor de Michael. Miró a su alrededor para asegurarse de que las rosas se habían acabado, fue hasta el borde de la fosa y lanzó el casco de Michael. Ian Frazier, que era el que más cerca estaba, gritó con dolor e impulsivamente lanzó también su casco junto al de Michael. Y luego, ploc, ploc, ploc, como hechizados, todos los corredores británicos lanzaron su casco encima del féretro. No solo llenando la tumba, sino

formando un túmulo de cúpulas negras como un montón de aceitunas. Misericordioso Padre, decía el canónigo mientras los dos sepultureros apilaban tierra sobre el montículo y lo cubrían con coronas de flores. Los dolientes cantaron «Dios salve al rey». En los rostros de los pilotos había expresiones de pena y pérdida. Todo el mundo desfiló con paso triste, y luego hubo una desbandada y rugidos de motocicleta y un eco lejano de pezuñas de caballo a medida que los carruajes se alejaban al galope, escorándose peligrosamente, los látigos restallando, las colas negras de los fracs de los cocheros aleteando al viento.

Itinerario

¿Había ya entonces aviones a reacción? DC-6 de Santiago a Lima. De Lima a Panamá. Una larga noche desde Panamá hasta Miami, el océano rutilante. Antes habíamos hecho siempre el viaje en barco, de Valparaíso a Nueva York. Más de un mes de travesía. No era solo la belleza del paisaje sino cruzar océanos y continentes y estaciones... Una forma de comprender la inmensidad.

Era mi primer viaje en avión, y mi primer viaje sola. Me marchaba de Chile para estudiar en la universidad en Nuevo México. Ir sola era lo que le daba tanto glamur. Gafas oscuras y tacones. Maletas de piel de cerdo de Bariloche, un regalo de graduación. Todo el mundo vino al aeropuerto a despedirme. Bueno, mi padre no, no pudo escaparse, pero incluso mi madre y todas mis amigas. Todos estaban hablando y riendo excepto Conchi, Quena y yo, que llorábamos. Habíamos hecho cápsulas de tiempo. Cartas que abriríamos al cabo de treinta años, con promesas de amistad y predicciones de nuestro futuro. Bastante acertadas. Las dos se casaron con quienes pensaban que se iban a casar y les pusieron a sus cuatro o cinco hijos los nombres que dijeron que les pondrían. Boris María, Xavier Antonio. Pero tanto Quena como Conchi murieron en la revolución, años antes de la fecha en que debíamos abrir la carta. Las predicciones conmigo no dieron una. También yo me casé y tuve hijos, cuando se suponía que iba a ser soltera, periodista, que viviría en un piso sin ascensor de Manhattan. Ahora sí vivo sola en un piso sin ascensor.

Fue emocionante embarcar en el avión, todo el mundo saludando con la mano desde el mirador. Nos abrochamos los cinturones y escuchamos al

auxiliar de vuelo. El avión fue hasta la pista y entonces se detuvo, durante mucho rato. Calor. Es verano en Chile en diciembre. Había algún problema; el avión volvió al aeropuerto para una hora de espera.

Todos se habían ido; el vestíbulo estaba desierto. Un anciano empujaba un trapo con un palo, fregando. Alcancé a ver a mi madre en el bar entre varios compatriotas del avión. Me acerqué hasta la puerta y me vio, pareció sorprendida y miró hacia otra parte, como si no estuviera. Ella es así, no ve lo que no quiere, aunque en realidad vea todo lo que pasa, más que la mayoría de la gente. Una vez me confesó una «bellaquería» de lo más ruin que había hecho. Fue en la mina de Sunshine, en Idaho, cuando yo era pequeña. Mi madre odiaba aquella mina, hasta el último poblado minero de los muchos en que vivimos, odiaba a las mujeres «ordinarias» y sus casas chapuceras. Nosotros también vivíamos en cabañas recubiertas de tela asfáltica y con estufas de leña, pero no se daba cuenta. Llevaba un abrigo de lana con cuello de pieles, zorros de ojos vidriosos. Sombreros con plumas azules. Ninguna de las mujeres sabía jugar al bridge como es debido. Pero ese día estaban jugando y en el saloncito hacía calor. Había ridículas decoraciones de Halloween. Festones de crespón naranja y negro, linternas de calabaza. Las mujeres hablaban de cocina y de recetas. «Las dos últimas cosas de las que querría oír hablar en la vida.» Mi madre levantó la vista de las cartas y vio que una linterna había prendido fuego a una cortina. Empezaron a subir las llamas. Ella se limitó a mirar de nuevo sus cartas y dijo: «Cuatro sin triunfo». Finalmente el fuego se descontroló por completo y las mujeres huyeron y se quedaron fuera bajo la lluvia hasta que llegó el camión de bomberos de la mina. «No sabes hasta qué punto de desesperación me aburría.»

Despegar y ver Santiago desde el aire fue espléndido. La cordillera estaba en la punta de las alas, podías ver el destello de la nieve. Cielo azul. Giramos para sobrevolar Santiago y poner rumbo al Pacífico. Vi mi colegio y la rosaleda. El cerro de Santa Lucía. Nunca se me había ocurrido que querría volver a casa.

Ingeborg, la secretaria de mi padre en Lima, supuestamente iría a buscarme al aeropuerto. Deseé que no la hubiera molestado. Siempre andaba liado haciendo planes, listas. Objetivos y prioridades. Horarios e itinerarios. En mi bolso llevaba una lista de toda la gente que iba a recibirme en las

escalas del viaje, sus números de teléfono por si me perdía, el número de las embajadas, etcétera. A mí me daba pavor quedar con esa secretaria, pasar tres horas con ella. Su secretaria de Santiago llevaba el pelo en una redecilla, en casa tenía a su madre ciega y un hijo retrasado que cada noche la esperaban hasta que volvía, en dos autobuses, de pie probablemente, al salir del trabajo a las seis y media. Aun así resultó que cuando Ingeborg no vino al aeropuerto me asusté, no me sentí para nada una viajera sofisticada. Llamé al número de mi lista y una mujer con acento español de Europa me dijo que tomara un taxi a Cairo 22. Chao.

En Lima los suburbios eran tan inmundos y desolados como en Santiago. Kilómetros y kilómetros de chabolas hechas con cartones y bidones metálicos, tejados de latas aplastadas. Sin embargo, en Chile están los Andes y el cielo azul e instintivamente levantas la mirada, por encima de la fetidez y la miseria. En Perú las nubes se ciernen bajas, lúgubres y húmedas. La llovizna se mezcla con las míseras fogatas. Un trayecto largo y gris hasta el centro.

Una cosa que aún me gusta en Estados Unidos son las ventanas. Que nadie corre las cortinas. Pasear por los barrios. Dentro la gente está comiendo, viendo la televisión. Un gato en el respaldo de un sillón. En Sudamérica hay muros altos rematados con vidrios rotos. Tapias viejas que se caen a pedazos con portezuelas desvencijadas. En la puerta de Cairo 22 había un tirador de macramé raído y lleno de nudos para llamar al timbre. Abrió una anciana quechua con pinta de bruja. Llevaba las piernas envueltas en andrajos empapados de orina para los sabañones. Se echó atrás y me hizo pasar a un patio de ladrillo con una fuente de azulejos. Jaulas de pinzones y canarios. Rosas. Parterres de cinerarias, anémonas, nemesias. Era como si de pronto el sol brillara. Las buganvillas se derramaban de todos los muros y trepaban por la escalinata de piedra hasta la *sala*. Suelos de madera clara con ricas alfombras peruanas. *Huacos* preincaicos, máscaras. Ramos de nardos y cuencos de gardenias, narcóticos, empalagosos. ¿Mi padre habría estado ahí alguna vez? Odiaba los olores.

La *doña* estaba en la ducha. La doncella me trajo un *agüita* en un pocillo. Me senté como una buena chica, pero parecía que la tal Ingeborg nunca fuera a aparecer, así que me levanté y empecé a curiosear. Un jarrón chino azul, un

clavicémbalo. Un escritorio de madera antiguo. Encima había una fotografía de una pareja de ancianos vestidos de negro, ambos con bastones negros. Árboles desnudos y nieve de fondo. Un retrato desvanecido de un crío rubio junto a un galgo ruso. Había una fotografía en color de mi padre, ampliada, en un marco de plata. Con su poncho oaxaqueño y un gran sombrero. Llevaba abierta la camisa, una camisa rosada que yo nunca le había visto. Estaba sonriendo. Riéndose. Detrás había ruinas, los Andes, un espléndido cielo azul. Volví a sentarme. La cucharita tintineó en el pocillo.

Ingeborg apareció con una bata blanca, entreabierta, mostrando unas piernas largas y bronceadas. Llevaba el pelo rubio recogido en una trenza que le caía por la espalda. Una vaharada de perfume que ahora sé que era L'Interdit. Arrebatadora.

—Dios, menos mal que tu avión se retrasó, o jamás habría llegado. Aunque supongo que no puedo presumir de puntualidad, ¿verdad? Pero te pondré un buen almuerzo de todos modos y te pagaré el taxi de vuelta. No te pareces en nada a él. ¿Saliste más a tu madre?

—Sí.

—¿Es bonita? ¿Está enferma?

—Sí.

—¿Tienes hambre? Por lo menos la comida sí estará lista a tiempo. Perdóname por no llevarte al aeropuerto. Pero Eduardo —(¿Eduardo?, ¿mi padre, Ed?)— me pidió que sobre todo te diera de comer y me encargara de que no te sintieras sola. Aunque no creo que seas de las que se sienten solas. Llevas un traje espectacular. Por cómo me habló de ti esperaba a una chiquilla, una cría que querría dibujar, o molestar a mis pájaros.

Me reí.

—Yo esperaba a una señora mayor. Con gatos y revistas de *National Geographic*. ¿Eres sueca?

—Alemana. ¿No sabes nada de mí? Bueno, típico de él. Odio los gatos. Creo que hay un *National Geographic* por aquí en alguna parte. Con uno basta, son todos exactamente iguales.

—¿Cuándo se tomó esta foto, la del escritorio? —mi voz sonó severa, sentenciosa, como la de mi padre.

Ella entornó los ojos mientras la observaba.

–Ah, fue hace años, en Machu Picchu. Un día divino. ¿No se le ve... feliz?

–Sí.

Sirvieron el almuerzo en una terraza sobre el jardín. *Ceviche*. Sopa de acedera, con una clemátide morada en el centro. *Empanadas* y *chayote*. Ella tomó solo la sopa, bebió gin-tonic mientras yo comía, y siguió haciéndome preguntas. ¿Tienes *novio*? ¿Qué hace Eduardo los sábados? ¿Son italianos los zapatos que llevas? Eso es lo peor de Lima..., que no hay zapatos decentes y que no brilla el sol. ¿Qué estudiarás? ¿De qué hablan tus padres cuando están juntos? ¿Café?

Avisó para que la doncella me pidiera un taxi. Sonó el teléfono. ¿*Bueno*?, dijo, y tapó el micrófono con la mano.

–Si quieres *maquillarte*, el cuarto de baño está al final del pasillo.

»Perdona, cielo –le dijo a la persona del teléfono. Sonó el timbre, el taxi estaba allí. Tapó otra vez el aparato y me dijo–: Perdona, cariño, pero tengo que atender esta llamada. Ven, dame un beso. ¡Buena suerte! ¡Chao!

En el avión de Lima a Panamá me senté al lado de un cura jesuita. Qué ojo tengo. Una opción en apariencia segura y sensata. Resultó que el hombre había sufrido un colapso nervioso después de trabajar en la jungla tres años. Al final el sobrecargo me invitó a sentarme en su cocinita.

En Panamá me recibió la señora Kirby. Su esposo era el vicepresidente de la compañía mercante Moore, la naviera con la que la empresa de mi padre transportaba cobre, estaño y plata. Enseguida me di cuenta de que la mujer actuaba por compromiso. Igual que yo. Nos dimos la mano sin quitarnos los guantes. Hacía calor. Íbamos circulando en un Rolls, por la Zona del Canal, en una fotografía descolorida. Todo se veía apagado, las casas, la ropa, la gente. Los jardines cuidados, el césped pajizo. Sombras largas. Una palmera de vez en cuando. Calor. Le pregunté si era verano o invierno. Descolgó el tubo para hablar con el chófer y se lo preguntó. Él dijo que creía que era primavera.

–Y bien, ¿te apetecería ver algo en particular? –me preguntó.

Dije que me gustaría ver el centro de Ciudad de Panamá. En cuestión de

minutos el coche silencioso había pasado una barrera mágica invisible y estábamos en Panamá. Fue como si de pronto conectaran el sonido. ¡*Mambo!* ¡*Qué rico el mambo!* Las radios de los coches sonaban a todo volumen; de las tiendas salía música. Puestos callejeros de comida, loros, juguetes, telas llamativas. Mujeres negras con vestidos floreados riendo. Flores por todas partes. Mendigos, niños, perros, tullidos, bicicletas. «Con este recorrido es suficiente», avisó la mujer a su chófer por el tubo, y rápidamente volvimos hacia el silencio pálido del sector estadounidense.

La señora Kirby, una tal señorita Tuttle y yo nos pasamos el día jugando a la canasta. O quizá fuese la tarde, hasta que por fin llegó la hora del té. Apenas me dirigieron la palabra. Preguntaron por la salud de mi pobre madre. ¿Es que mi padre en sus viajes se dedicaba a contar por ahí a todo el mundo que mi madre estaba enferma? ¿De veras estaba enferma? Quizá se lo había dicho tanto que lo estaba. Llegó el señor Kirby, en bermudas, con una guayabera empapada en sudor. Venía de jugar al golf.

—Así que eres la hija del viejo Ed. La niña de sus ojos, supongo.

Un sirviente negro trajo julepes de menta. Nos habíamos trasladado a la galería, con vistas al césped blancuzco, a aves del paraíso mustias.

—Así que Ed cree que mandar el mineral en buques chilenos los aplacará, ¿eh? ¿Esa es su jugada?

—¡John! —le chistó la señora Kirby.

Vi que estaba bebido.

—Si los rojos nacionalizan las minas, la única forma de que mantengamos el control es boicotear el transporte. Ed se lo está poniendo en bandeja, ni más ni menos. Mordiendo la mano que le da de comer, eso seguro. Terco como una mula, tu padre.

—¡John! —chistó de nuevo la esposa—. Por el amor de Dios. ¿Cómo vamos de tiempo?

Insistí en que no me acompañaran al aeropuerto, en que tenía que estudiar para un examen de ingreso. Luego resultó que en realidad había un examen y que debería haber estudiado.

La mejor parte de la escala en Panamá fue hablar con el chófer por el tubo acústico. El aeropuerto era un edificio bajo, destartado, oculto tras bananos, fragantes enredaderas, flores de Jamaica. Otro viejo fregando el suelo con un

trapo y un palo. Cayó la noche. Luces azules en la pista. Jungla negra pululante de insectos y pájaros. ¿Qué había querido decir el señor Kirby sobre los buques chilenos? ¿Era mi padre terco como una mula?

En Miami era de mañana e invierno. En el aeropuerto las mujeres lucían pieles y sus perros también. Me aterrorizó ver tantos perros. Perritos falderos con el pelo teñido de color melocotón para ir a juego con el pelo de sus dueñas. Uñas pintadas. Botines de cuadros escoceses. Collares de estrás, o tal vez de diamantes. Todo el aeropuerto ladraba. Nada de toallas en el cuarto de baño, sino una máquina que pulsabas y echaba aire caliente. Esperé a mi tía Martha en el mostrador de Panagra. Encontrarme con ella también me daba pavor, llevaba sin verla desde los cinco años. Mi madre decía que era una palurda. Regañaba a mi padre por mandarle dinero a mi tía y a la Nana Proctor, mi bisabuela, que tenía noventa y nueve años y vivía con la tía Martha en una casa adosada de los suburbios de Miami.

Al verla quise morir de vergüenza, con todo el esnobismo de una adolescente fatua. Era monstruosamente gorda y tenía bocio, un bocio inmenso en el cuello que casi parecía otra cabeza siamesa. Los médicos han debido de encontrar una cura para el bocio. Cuando yo era pequeña había cientos de personas corriendo por ahí con bocio. La tía Martha tenía el pelo violeta con permanente y unos grandes coloretos rojos en las mejillas. Llevaba un muumuu floreado y me estrujó contra su cuerpo, meciéndome, abrazándome. Quedé envuelta por las vastas flores de Pascua que cubrían sus pechos. Sin querer me aferré a ella, me hundí en ella y en su olor a loción Jergens, a polvos de talco Johnson. Ahogué un sollozo.

–¡Mi dulce niña! ¡Qué alegría verte! Pobre criatura, debes de estar hecha puré. Y vas a ir a la universidad... ¡Qué orgullosos estarán en casa! –recogió mi bolso–. No, no, deja que te mime un ratito. Pensé que podríamos almorzar. Nana y yo venimos mucho aquí, a ver los aviones. Además hay buenos sándwiches de pavo en salsa.

Nos sentamos en un reservado junto a las cristaleras tintadas que daban a las pistas de aterrizaje. Nos tumbamos, más bien, porque mi tía se apoltronó y me encontré echada encima de ella, como en un diván. Comimos sándwiches

de pavo en salsa y luego tarta de cerezas con una bola de helado. Me entró sueño, me recosté en ella y, como un cuento a la hora de dormir, la escuché mientras me explicaba que cuando la abuela contrajo la tuberculosis se mudaron a Texas desde Maine. Después mi abuela y mi abuelo murieron y la Nana Proctor vino a cuidar de Martha y Eddie, mi padre.

–Así que el pobre Eddie con doce años se tuvo que poner a trabajar... en los campos de algodón y de melones. Acababa tan cansado que se dormía mientras cenaba, a las tantas de la noche, y le costaba horrores levantarse para ir a la escuela por la mañana. Pero ha trabajado y nos ha mantenido desde entonces. Luego trabajó en las minas, en Madrid y en Silver City, consiguió entrar en la Escuela de Minas de Texas. Ahí es donde conoció a tu madre.

¿Cómo era posible que yo no supiese nada de eso?

–Nos compró la casa en Miami. Claro que nos costó dejar Marfa, a nuestros amigos y todo, pero él dijo que sería para bien. Cielos, no he parado de darle a la lengua. Mejor vamos yendo a la puerta de embarque.

Me dio una cesta con un bordado donde se leía MIAMI BEACH. Dentro había un pequeño diario forrado de raso con un candadito y una llave. Bizcochos de chocolate envueltos en papel de estraza. Me abrazó otra vez.

–Come bien, ahora. No te saltes nunca el desayuno y duerme tus horas.

Colgada de su cuello, no quería separarme de ella.

Un largo vuelo de Miami a Albuquerque. Ya me traían sin cuidado las máscaras de oxígeno y los chalecos salvavidas. Ni me bajé del avión en Houston. Intentaba pensar. ¿De qué hablaban mis padres? Mi padre e Ingeborg. A nadie le resulta fácil imaginar a sus padres haciendo el amor. No era eso. No me lo podía imaginar llevando una camisa rosada. Riendo de aquella manera.

Caía el sol mientras sobrevolábamos en círculos Albuquerque. La sierra de Sandía y la inmensidad del desierto pedregoso eran de un intenso color coral. Me sentí mayor. No adulta, sino como ahora me siento. Sabiendo que había tanto que no veía o no comprendía, y ahora es demasiado tarde. El aire en Nuevo México era limpio y frío. Nadie vino a recibirme.

Lead Street, Albuquerque

–Ya lo capto... Si lo miras de una manera son dos personas besándose, y si lo miras de otra es una urna.

Rex le sonrió a mi marido, Bernie. Bernie se quedó ahí plantado sonriendo también. Contemplaban un gran acrílico en blanco y negro en el que Bernie había trabajado durante meses, parte de la exposición final de su máster. Esa noche hacíamos un avance de la muestra y una fiesta en nuestro apartamento de Lead Street.

Había un barril de cerveza y todo el mundo iba bastante alegre. Quise decirle algo a Rex sobre aquella burla. Era un desalmado, un arrogante. Y quise matar a Bernie por sonreír como un bobo. Pero me quedé ahí sin más, dejando que Rex me acariciara el culo mientras insultaba a mi marido.

Rellené los cuencos de crema de queso a las finas hierbas y de patatas fritas y guacamole y salí a las escaleras. No había nadie más fuera, y estaba demasiado deprimida para avisarlos y que vinieran a ver la increíble puesta de sol. ¿Hay una palabra que sea lo contrario de *déjà vu*? ¿O una palabra para describir que vi todo mi futuro pasar fugazmente ante mis ojos? Vi que me quedaría en el Banco Nacional de Albuquerque y que Bernie conseguiría su doctorado y seguiría pintando cuadros malos y haciendo alfarería y le darían la titularidad. Tendríamos dos hijas y una sería dentista y la otra adicta a la cocaína. Bueno, por supuesto no sabía todo eso, pero vi que no sería un camino de rosas. Y supe que al cabo de años y años probablemente Bernie me dejaría por una de sus alumnas y me destrozaría, pero entonces volvería a estudiar y a los cincuenta por fin podría dedicarme a hacer las cosas que quería, aunque estaría cansada.

Volví adentro. Marjorie me saludó con la mano. Ella y Ralph vivían arriba. Él también estudiaba Bellas Artes. Nuestro piso en Lead Street estaba en un edificio viejo de ladrillo, muy viejo, con techos altos y ventanas, suelos de madera y chimeneas. A pocas calles de la facultad, en un solar inmenso plagado de girasoles silvestres y malvas. Ralph y Bernie aún son buenos amigos. Marjorie y yo nos llevábamos bien. Era una buena chica, sencilla. Trabajaba de dependienta en Piggly-Wiggly, envasando comidas para llevar tipo Maravilla de Frijoles. Un día volvió extasiada porque descubrió que podía echarse en la cama y arrojarse con las sábanas y las mantas bien tirantes, y luego simplemente deslizarse con cuidado y remeter las orillas. ¡Qué gran ahorro de tiempo! Guardaba los envoltorios de la mantequilla para engrasar las sartenes. ¿Por qué soy tan mezquina? Yo la adoraba.

–¡Adivina, Shirley! ¡Rex se instala en el apartamento libre! ¡Y va a casarse!

–Caramba. Bueno, así se animarán las cosas por aquí.

Era una noticia fascinante. Rex era un hombre fascinante. Joven, solo tenía veintidós años, pero con un talento y una habilidad ya asombrosos. Todos dábamos por hecho que estaba destinado a la fama. Ahora es bastante famoso, aquí y en Europa. Trabaja con bronce y mármol, piezas clásicas simples, nada de esa historia delirante que hacía en Albuquerque. Su escultura es pura, concebida con respeto y cuidado. Te deja sin aliento.

No era guapo. Grandote. Pelirrojo, con los dientes un poco salidos y la barbilla hundida, una frente abombada sobre unos ojos vivaces y penetrantes. Gafas gruesas, tripa, manos hermosas. Era el hombre más sexy que he conocido. Las mujeres caían rendidas nada más verlo; se había acostado con todo el departamento de Arte. Era fuerza y energía y visión. No visión en el sentido de amplitud de miras, aunque también la tenía. Es que lo veía todo. Detalles, la luz en una botella. Le encantaba descubrir, mirar. Y te hacía mirar, te hacía ir a ver un cuadro, leer un libro. Te hacía tocar la berenjena, tibia al sol. Bueno, por supuesto yo también me enamoré locamente de él, cómo no.

–¿Y ella quién es? ¿Quién podría ser? –me senté al lado de Marjorie en nuestro sofá cama desfondado.

–Tiene diecisiete años, es de aquí pero se crio en Sudamérica, actúa como

si fuera extranjera, tímida. Estudia literatura. Maria, se llama. Hasta aquí la primicia.

Los hombres estaban hablando de la guerra de Corea, como de costumbre. Todo el mundo tenía miedo de que llamaran a filas, porque ya no daban prórroga de estudios. Rex estaba hablando.

–Hay que tener un crío. Se publicó la semana pasada. Los padres ahora están exentos del servicio. ¿Por qué diablos creéis que me caso, si no?

Así fue como empezó. Bah, no es que crea que todos nos acostáramos esa noche y concibiéramos bebés. Pero a lo mejor fue así, porque justo al cabo de nueve meses y medio Maria, Marjorie y yo dimos a luz, y a nuestros maridos no los llamaron a filas. No el mismo día, claro. Maria tuvo a Ben, una semana después yo tuve a Andrea, y una semana más tarde Marjorie tuvo a Steven.

Rex y Maria se casaron por un juzgado de paz y luego se mudaron. Aunque no como la otra gente. Ya sabes, limpias el piso, pides prestada una camioneta, colocas estanterías, tomas cerveza, sacas las cosas de las cajas y te desplomas. Estuvieron semanas pintando. Todo era blanco, beis y negro, salvo la cocina que era de un ocre quemado. Rex hizo la mayor parte de los muebles. Eran austeros y modernos, realzados por sus enormes esculturas de metal negro y vidrio policromado, sus grabados en blanco y negro. Una preciosa vasija de Ácoma. Más allá de eso, la única nota de color la ponía el plumaje rubí del cuello de los gorriones de Java en una jaula blanca colgada del techo. Quedó impresionante, parecía sacado de la *Architectural Digest*.

Incluso a Maria la remodeló. Pasamos a verlos, con algo de comer, mientras estaban desembalando. Ella era dulce y fresca. Encantadora, con un pelo castaño rizado y ojos azules, llevaba vaqueros y una camiseta rosa. Pero después de que se mudaran se tiñó el pelo negro y se lo planchó liso. Se pintaba una raya negra en los ojos y vestía solo de blanco y negro. Nada de carmín en los labios. Joyas pesadas y fabulosas que él había hecho. Dejó de fumar.

Hablaba más cuando Rex no estaba delante, era divertida al estilo de Lucille Ball. Bromeaba sobre su cambio de imagen, nos contó que la primera vez que él la vio desnuda exclamó: «¡Eres asimétrica!». Rex la hacía dormir boca abajo, con la nariz aplastada contra el almohadón; su nariz respingona era una ligera imperfección. Siempre la corregía, por su manera de sentarse,

de estar de pie. Le movía los brazos como si fuesen de arcilla, le ladeaba la cabeza. La fotografiaba sin cesar. A medida que avanzaba el embarazo dibujaba esbozo tras esbozo al carboncillo. Una de sus obras más bellas es un bronce de una mujer embarazada. Está en los jardines delante de General Motors, en Detroit.

Nosotros no sabíamos muy bien lo que sentía por ella, la verdad. Si se había casado solo por el bebé. Maria debía de tener algún dinero; Rex se compró un MG-TD exclusivo el día después de la boda. Puedo entender que se casara con ella solo por lucirla. No era cariñoso. Se burlaba de ella y la mangoneaba, pero quizá simplemente no supiera mostrar lo que sentía.

Maria adoraba a Rex. Cedía en todo, apenas abría la boca cuando él estaba cerca, aunque con nosotros bromeaba y hablaba sin parar. Daba miedo, o lástima, según cómo enfocaras la situación. Cada noche lo acompañaba al estudio.

–No puedo decir una palabra, pero me deja mirar. ¡Es tan magnífico verlo trabajar!

Pequeñas cosas. Una mañana de invierno fui a pedirles un poco de café y ella estaba planchándole los calzoncillos para dárselos calientes cuando saliera de la ducha. En serio.

No se trataba solo de que fuese joven. Llevaba toda la vida de un lado a otro. Su padre era ingeniero de minas; su madre había estado enferma, o loca. No hablaba de ellos más que para decir que la habían repudiado cuando se casó, que no contestaban a sus cartas. Daba la impresión de que nadie le hubiese contado ni enseñado en qué consistía hacerse mayor, formar una familia o ser una esposa. De que una razón de que fuese tan callada era que estaba observando, para ver cómo se hacía.

Por desgracia estudió la cocina de Marjorie. Recuerdo una escena que vi una noche cuando Rex llegó a casa. Maria le presentó con orgullo una fuente a base de hamburguesa y Fritos, y él se la volcó encima entera. Ardiendo. «¿Cómo puedes ser tan zafia?» Aprendió, sin embargo. Poco después la vi con el libro de Alice B. Toklas, preparando cóctel de gambas.

Cada día limpiaba la jaula de los pájaros. Las hojas de *The New Yorker* encajaban al pelo. Deliberaba durante horas qué fotografía poner. ¡No, Rex odia esos anuncios de cristal Steuben! Ella odiaba los pájaros y me pedía que

les cortara las uñas, o que sacara sus platitos para lavarlos.

A Maria le aterraba tener un hijo. No la parte física, sino ¿qué haces con la criatura?

–¿Qué voy a enseñarle? ¿Cómo voy a evitar que se haga daño? – preguntaba.

Fueron meses felices, mientras las tres estábamos embarazadas. Aprendimos a tejer. Marjorie lo hizo todo rosa, y fue una lástima, porque le salió Steven. Yo hice todo amarillo. Soy práctica. Por supuesto, bajo la dirección de Rex, Maria hizo la ropa y las colchas en rojos y negros y tonos sombra. ¡Un jersey de bebé caqui! Pasábamos horas en Sears y Penney's comprando arrullos y camisones y blusas. Envolvimos todo con esmero en plástico, y luego por turnos fuimos a casa de las demás y lo sacamos de nuevo prenda por prenda. Tomábamos té frío y comíamos biscotes integrales y jalea de uva mientras leíamos en voz alta los consejos del doctor Spock. Maria siempre quería releer la parte de enjuagar el pañal en el inodoro. Le hacía gracia cómo te recordaba que sacaras el pañal antes de tirar de la cadena.

Sarpullidos. A todas nos aterrizaraban los sarpullidos. Quizá no fueran nada. Solo una erupción por el calor. O quizá fueran sarampión o varicela o meningitis espinal. Fiebre de las Montañas Rocosas.

Cuando los bebés empezaron a moverse nos sentábamos bien juntas en el sofá y nos palpábamos unas a otras la barriga para notar cómo se movían y daban pataditas. Llorábamos y nos abrazábamos, de alegría.

Los bebés nacerían en septiembre. A Maria se le metió en la cabeza poner plantas que estuviesen en flor en esa época, así que allí nos tenías bajo el sol mortal de Nuevo México con nuestras panzas enormes, cavando y plantando cinias y malvarrosas y girasoles gigantes. Maria incluso mandó pedir nada menos que doscientos chopos al Departamento de Agricultura. Insistió en plantarlos todos ella misma. Apenas levantaban un palmo del suelo, pero los plantó a un metro de distancia, como le recomendaron. Rodeaban toda la casa, ¡casi daban la vuelta a la manzana! Tuvo que comprar más manguera, la trajo a cuestras en autobús desde Sears. Y los chopos crecieron, desde luego, cuando nacieron los bebés nos llegaban a media pierna.

Hace mucho que me volví a casar. Con Will, un banquero, un hombre

cariñoso, fuerte. Me doctoré en Historia y doy clases en la Universidad de Nuevo México. Sobre la guerra de Secesión. A veces, al volver a casa, me desvíó un poco y paso por Lead Street y el antiguo apartamento. El barrio ahora es un vertedero, el edificio una ruina, cubierto de pintadas, las ventanas con tablones, pero... ¡los chopos! Más altos que el tejado, dando sombra a todo ese bloque polvoriento y desolado. Hizo bien en plantarlos separados, forman un frondoso muro verde.

Ninguno de nuestros maridos estuvo mucho por allí durante el embarazo. Estaban trabajando o dando clases o en seminarios. Rex tenía una aventura con Bonnie, una modelo, pero dudo que Maria lo supiera. A otra amiga se lo habría dicho, la habría aconsejado, hubiera metido las narices, pero con Maria solo querías protegerla, ahorrarle sufrimiento. No es que fuera estúpida. Veía las cosas, pero siempre parecía titubeante, como un ciego antes de cruzar la calle. Habías de contenerte para no ir en su ayuda a cada momento. O simplemente la ayudabas en lo que necesitara. Y ella sonreía: uf, gracias.

Nacieron los bebés. Rex estaba en una exposición en Taos cuando llegó Ben, así que Bernie y yo llevamos a Maria al hospital. Fue un parto difícil. A Maria le pasaba algo en la columna y le tuvieron que romper el coxis para que saliera la cabeza. Pero salió, y tenía el pelo bien colorado, como el de Rex. Gritón y robusto. De veras pareció nacer con la pasión y el ímpetu de su padre.

Cuando llegué a la habitación del hospital al día siguiente me sorprendió ver a Maria levantada de la cama, de pie en la ventana. Lloraba a lágrima viva.

—Oh, ¿estás triste porque Rex no esté aquí? Ya lo hemos encontrado. ¡Llegará de un momento a otro!

(Dimos con él, por fin, en La Fonda de Santa Fe, con Bonnie.)

—No, no es eso. Soy feliz. Soy tan feliz... Shirley, mira a toda esa gente ahí abajo. Andando de acá para allá y sentados en sus coches y trayendo flores. Todos fueron concebidos alguna vez. Dos personas los concibieron y entonces cada uno vino a este mundo. Nació. ¿Cómo es que nadie habla de eso? ¿Sobre morir o nacer?

Rex pareció más curioso que contento con el bebé. Estaba fascinado por la fontanela. Al principio hizo muchas fotografías, luego paró.

–Es demasiado maleable.

Empezó a irritarse más y más con los llantos del bebé, pasaba aún más horas en el estudio. Estaba trabajando en una serie de bajorrelieves. Obras grandes, valientes y atávicas. Las he visto varias veces en un museo de Washington. Me gusta recordar cuando íbamos todos a verlo trabajar en ellas en el estudio sofocante de calor.

No soportaba los olores del bebé. Maria lavaba a diario, a mano, no paraba de cambiar sábanas y pañales. Se quedó aún más delgada, aunque tenía los pechos llenos, la cara radiante. «¡Incandescente!», decía Rex, y la dibujaba una y otra vez en pasteles cálidos.

Nació nuestra Andrea, y luego Steven. Bebetes tranquilos, adorables los dos. Bernie y Ralph estaban tan entusiasmados como Marjorie y yo, incluso dejaron los seminarios para pasar más tiempo en casa. Maria venía con Ben al caer la tarde. Veíamos juntos los programas de Ernie Kovacs y Ed Sullivan, *La ley del revólver*. A veces jugábamos al Monopoly y al Scrabble. Sobre todo, sin ningún pudor, simplemente jugábamos con los bebés, los colmábamos de besos y les dábamos de mamar y los hacíamos eructar y los cambiábamos. ¡Ha sonreído! Eso solo son gases. No, te juro que ha sonreído.

Nos acostumbramos a no verle mucho el pelo a Rex. Trabajaba incluso el fin de semana, cuando hacíamos barbacoas fuera entre las cinias y los chopos. Maria nunca se quejaba, pero se la veía cansada. Ben tenía cólicos, no dormía. Ella siempre estaba inquieta. ¿Cómo hago para que esté contento, para calmarlo? ¿Cómo hago para dormir?

Rex recibió una beca para estudiar en Cranbrook en otoño. Una buena escuela de bellas artes en Míchigan. Fue precipitado, en cuanto se enteró comenzó a preparar sus herramientas. Estaba en el estudio la noche antes de marcharse. Fui a ver a Maria. Ben dormía. Maria estaba callada, me pidió un cigarrillo, pero le dije que no, Rex me mataría.

–¿Te quedarías con los pájaros? –me preguntó.

–Claro. Me encantan. Vendré a por ellos mañana –eso fue todo lo que dijimos, aunque me quedé allí largo rato. Fue un momento horrible, de esos en los que sabes que deberías hablar, o escuchar, y el silencio retumba.

A las seis de la mañana Rex empezó a cargar el coche y el remolque, y luego se fue. Maria apareció minutos después en mi puerta con la jaula de los

pájaros y una bolsa de alpiste. ¡Gracias! Mientras me vestía para ir al trabajo oía ruidos que venían de su apartamento, martillazos y música y golpes ahogados.

Llegué unos minutos antes de que Rex volviera.

Maria había descolgado todos los cuadros y grabados modernos, había clavado con chinchetas las típicas láminas de una residencia universitaria. Los girasoles de Van Gogh. Un desnudo de Renoir. El cartel de un rodeo con un cowboy a lomos de un caballo encabritado. Elvis Presley.

Cubriendo el sofá crudo había una manta mexicana. No una manta oaxaqueña, sino una naranja, verde, amarilla, azul, roja y lila con unos flecos sucios enmarañados. Por la radio, donde solían sonar Vivaldi y Bach, se oía la guitarra de Buddy Holly.

Llevaba unas coletas, anudadas con lazos amarillos. Se había puesto pintalabios rosa y sombra de ojos turquesa, volvía a ir en vaqueros y con la camiseta rosa, y unas botas tejanas. Tenía los pies encima de la mesa de la cocina. Estaba fumando, tomando café. Ben gateaba alrededor por las baldosas negras de la cocina, con nada más que un pañal empapado, dejando espirales húmedas en el suelo. Tenía biscotes en una mano, migas por toda la cara. Con la otra mano iba sacando cacharros de los armarios y los dejaba caer al suelo.

Me quedé pasmada. Rex llegó por las escaleras y entró en el salón. No hacía ni media hora que se había marchado.

–El puto eje se ha roto. Tengo que esperar –miró alrededor–. ¿Dónde están los gorriones de Java?

–En mi casa.

Se miraron fijamente. Ella siguió sentada, presa del terror, no se movió, ni siquiera levantó del suelo al bebé, que empezó a armar jaleo, esparciendo trozos de biscotes por todas partes. Rex se puso furioso. Se abalanzó hacia ella. Luego dio un paso atrás, y se quedó paralizado, completamente atónito.

–Chicos..., perdonad que me meta, pero por favor, no os lo toméis a la tremenda. Esto tiene guasa. Algún día miraréis atrás y os parecerá muy divertido.

No me hicieron ningún caso. El aire estaba denso, saturado de rabia. Rex apagó la radio. Pérez Prado. ¡Cerezo rosa!

–Esperaré en la escalera a que llamen del taller –dijo Rex–. No. Casi mejor me voy –y se marchó.

Maria no se movió.

Momentos perdidos. Una palabra, un gesto pueden cambiarte la vida, pueden romperlo todo o recomponerlo. Pero ninguno de los dos dio el paso. Él se marchó, ella se encendió otro cigarrillo, y yo me fui a trabajar.

Maria y yo nos quedamos otra vez embarazadas. Para mí fue una alegría, igual que para Bernie. Maria no quería hablar del tema. No, por supuesto que no se lo había dicho a Rex. Así que esta vez fue distinto; me contuve, esperando a que ella fuera recuperando el entusiasmo.

Aun así pasamos un otoño genial. Los fines de semana íbamos a las fuentes termales de Jémez, hacíamos meriendas junto al río. Las noches de calor nos amontonábamos todos en nuestro coche y nos íbamos a la sesión doble del autocine Cactus. Maria estaba más serena, más feliz. Había empezado a traducir, pasaba horas trabajando mientras Ben dormía. Asistía a un curso de poesía en la Universidad de Nuevo México, se sentaba al sol y leía a Walt Whitman, fumaba, tomaba café. Siempre llevaba un pañuelo rojo en la cabeza, porque había dejado de teñirse. Empezó a tomárselo con más calma con Ben, a disfrutarlo. Los demás íbamos mucho a su casa, comíamos chili y espaguetis, jugábamos a las charadas con los bebés gateando alrededor.

Acción de Gracias. Rex iba a venir a casa. Dios, no me podía ni imaginar cómo se sentía ella. Yo estaba hecha un manojo de nervios. La ayudé a devolver la casa a su estado primigenio, le pasé unos ansiolíticos para que llevara mejor dejar los cigarrillos. Maria dijo que prefería no encontrarse a solas con Rex al principio, así que se le ocurrió hacer una fiesta para recibirlo. Puso un cartel de ¡BIENVENIDO A CASA! encima de la puerta principal, pero supuso que le parecería una cursilería y lo descolgó.

Allí estábamos todos, nerviosos. Había varias parejas más de la facultad. El apartamento lucía espléndido. Crisantemos blancos en un jarrón negro de Santo Domingo. Maria estaba muy bronceada, vestida de lino blanco, con un destello de turquesa. Llevaba el pelo largo, liso y negro azabache.

Rex entró como un vendaval. Sucio y flaco, lleno de vida, soltó cajas y portafolios que se desparramaron por el suelo. Nunca antes lo había visto

besarla, deseé con todas mis fuerzas que les fuera bien.

Fue toda una celebración. Maria había preparado curri auténtico, había toneladas de vino. Aunque la verdad es que fue Rex, cargado de novedades y bromas y un torbellino de entusiasmo, quien nos iluminó a todos. El pequeño Ben pasaba disparado por el salón con su andador de goma, babeando y riendo. Rex lo abrazaba, lo alzaba al vuelo, lo miraba.

Durante el café, Rex nos enseñó diapositivas de las obras que había hecho ese verano, básicamente las esculturas de la mujer embarazada, pero un sinfín de otras cosas, dibujos, cerámica, tallas en mármol. Desbordaba entusiasmo, nervio.

–Y ahora viene la noticia. No os lo vais a creer. Yo aún no me lo creo. Tengo un mecenas. Una mecenas. Una anciana rica de Detroit. Va a pagarme, va a pagarme para que vaya a Italia durante al menos un año. A una villa a las afueras de Florencia. Pero la villa no importa. Hay una fundición. ¡Una fundición para bronce! ¡Me marcho el mes que viene!

–¿Yo y Ben también? –susurró Maria.

–Ben y yo. Claro. Aunque iré de avanzadilla a poner las cosas en orden.

Todo el mundo aplaudía y daba abrazos hasta que Rex se levantó y dijo:

–Esperad, que hay más. ¡Agarraos! ¡También me han dado una Guggenheim!

Primero de nada pensé en Bernie. Supe que se alegraría por Rex, pero habría entendido que se pusiera celoso. Tenía treinta años, Rex solo veintitrés y el futuro ya servido en bandeja de plata. De todos modos Bernie fue sincero cuando le estrechó la mano.

–Nadie lo merece más –le dijo.

Todos se marcharon menos nosotros dos. Bernie fue a casa y trajo una botella de Drambuie. Los hombres bebieron y hablaron de Cranbrook, pasaron otra vez las diapositivas. Maria y yo lavamos los platos y tiramos la basura.

–Ya es hora de que nos vayamos a casa –le dije a Bernie, y recogí a Andrea.

Maria y Rex habían ido a ver a Ben. Esperamos para despedirnos, los oímos susurrando en el dormitorio.

Supongo que Maria le contó que estaba de nuevo embarazada. Rex salió

de la habitación, pálido.

–Buenas noches –dijo.

Se marchó a la mañana siguiente, antes de que ella o Ben se despertaran. Se llevó los cuadros y esculturas y cerámicas, la radio y la vasija de Ácoma. Ninguno de nosotros volvió a verlo nunca más.

Navidad. Texas. 1956

–¡Tiny está en el tejado! ¡Tiny está en el tejado!

Parece que no pueden hablar de otra cosa ahí abajo. Pues sí, estoy en el tejado, y qué. Lo que no saben es que a lo mejor no me muevo de aquí nunca más.

Tampoco pretendía ponerme tan dramática. Me habría bastado con irme a mi habitación y dar un portazo, pero mi madre estaba en mi cuarto. Así que pegué el portazo al salir de la cocina. Y había una escalera de mano que subía al tejado.

Me desplomé en el suelo, todavía hecha un basilisco, y tomé unos traguitos de Jack Daniel's de mi petaca. Válgame Dios, pensé, qué bien se está aquí arriba. A resguardo, pero con una vista de las praderas y el río Grande y el monte Cristo Rey. Una delicia. Especialmente ahora que Esther me lo ha organizado todo con un alargue. Radio, manta eléctrica, crucigramas. Me vacía el orinal y me trae comida y bourbon. Desde luego que me voy a quedar aquí hasta después de Navidad.

Navidad.

Tyler sabe cómo odio y detesto la Navidad. Y en cambio él y Rex Kipp cada año arman la gorda... Donan a la beneficencia, regalos para los niños lisiados, comida para los viejos. Los he oído tramando repartir juguetes y comida en los arrabales de Juárez por Nochebuena. Cualquier excusa con tal de fanfarronear, gastar dinero y actuar como un par de imbéciles redomados.

Tyler dijo que este año me preparara para una gran sorpresa. ¿Una sorpresa para mí? Me da vergüenza reconocerlo, pero la verdad es que imaginé que iba a llevarme a las Bermudas o a Hawái. Jamás, ni en mis

sueños más descabellados, pensé en una reunión familiar.

Al final me confesó que en realidad lo hacía por Bella Lynn. Bella Lynn es nuestra hija consentida, un desastre de hija, que vuelve a estar en casa ahora que su marido, Cletis, la ha dejado.

–Está tan alicaída –dice Tyler–. Necesita sentir sus raíces.

¿Raíces? Antes prefiero ver monstruos de Gila en mi sombrero.

Para empezar invita a mi madre. Va y la saca de la residencia Bluebonnet. Donde la tienen atada, donde debe estar. Luego llama a su hermano alcohólico tuerto, John, y a su hermana alcohólica, Mary. Vamos a ver, yo bebo. Jack Daniel es mi amigo. Pero aun así conservo el sentido del humor, no soy mala como ella. Además tiene sentimientos incestuosos por Tyler, de toda la vida. Para colmo invita a su marido, un tipo aburridísimo, que gracias a Dios no ha venido. La que sí está es su hija Lou, con un bebé. Su marido también la abandonó. Tiene la cabeza tan hueca como mi Bella Lynn. A ver lo que tardan en fugarse con un nuevo inadaptado analfabeto.

A Tyler no se le ocurrió otra cosa que invitar a ochenta personas para celebrar la Nochebuena. Que es mañana. Entonces nuestra nueva doncella Lupe fue y nos robó los cuchillos de trinchar con mango de marfil. Se los escondió en la faja, se agachó de la manera más tonta mientras cruzaba el puente a Juárez. Se apuñaló y le faltó poco para morir desangrada, y al final las culpas se las cargó Tyler. Tuvo que pagar la ambulancia y el hospital y una multa astronómica porque la mujer era una espalda mojada. Y por supuesto averiguaron que los jardineros y la lavandera son espaldas mojadas también. Así que ahora no tenemos servicio ninguno. Solo a la pobre Esther y unos forasteros a media jornada. Ladrones.

Aunque la gota que colmó el vaso fue que invitara a mis parientes de Longview y Sweetwater. Gente horrorosa. Son todos o muy flacos o grotescamente gordos, y lo único que hacen es comer. Parece que todos hubiesen pasado tiempos difíciles. Sequía. Tornados. La cuestión es que ni siquiera los conozco, y tampoco tengo ganas de conocerlos. Me casé para no volver a ver a esa chusma.

No es que necesite más motivos para quedarme aquí arriba, pero hay otro. De vez en cuando, clara como el agua, oigo hasta la última palabra que Tyler y Rex dicen en el taller.

Me duele confesarlo, pero, qué demonios, es la verdad. Estoy celosa de Rex Kipp. Ya sé que Tyler ha estado acostándose con esa secretaria suya, Kate, una mujercuela. Bueno, pues M. T. S. C. Que significa que me trae sin cuidado. Así me ahorra tenerlo encima jadeando y rezongando.

En cambio Rex... Rex está año sí, año también. Pasamos la mitad de nuestra luna de miel en Cloudcroft, la otra mitad en el rancho de Rex. Esos dos salen juntos de pesca y juegan y van por ahí Dios sabe dónde en la avioneta de Rex. Y lo que más rabia me da es cómo hablan juntos, encerrados en el taller, horas y horas. Juro que eso me mata. ¿De qué diantre estarán hablando esos dos vejesterios ahí dentro?

Bueno, pues ahora ya lo sé.

Rex: Oye, Ty, este es un whisky endiabladamente bueno.

Tyler: Sí. Endiabladamente bueno.

Rex: Entra igual que la leche materna.

Tyler: Suave como la seda.

(Llevan cuarenta y tantos años tomando esa bazofia.)

Rex: Mira esas nubes... hinchándose y haciendo cabriolas.

Tyler: Sí.

Rex: Supongo que son mis nubes favoritas. Los borreguitos. Cargados de agua para mi ganado, y preciosos a más no poder.

Tyler: Para mí no. No son mis favoritas.

Rex: ¿Y eso?

Tyler: Demasiado escándalo.

Rex: Eso es lo sensacional, Ty, el escándalo. Majestuoso hasta decir basta.

Tyler: Joder, este licor añejo casero es una delicia.

Rex: Ese cielo está para enmarcarlo, demonios.

(Un largo silencio.)

Tyler: A mí me va más un cielo con cirros.

Rex: ¿Qué? ¿Esas nubecillas que parecen hilachas?

Tyler: Exacto. En Ruidoso sí que hay un cielo azul. Con esos cirros finos pasando tan ligeros y tranquilos.

Rex: Conozco ese cielo del que hablas. Un día maté por allí dos antílopes machos.

(Se acabó. Esa fue toda la conversación. Aquí hay otra:)

Rex: Pero ¿a los críos mexicanos les gustan los mismos juguetes que a los niños blancos?

Tyler: Pues claro.

Rex: A mí me parece que juegan con otras cosas, hacen barquitos con latas de sardinas.

Tyler: Ese es el sentido de toda nuestra operación en Juárez. Juguetes de verdad. Pero ¿de qué tipo? ¿Qué tal pistolas?

Rex: ¿Darles pistolas a los mexicanos? Ni en broma.

Tyler: A todos les vuelven locos los coches. Y a las mujeres los bebés.

Rex: ¡Ya está! ¡Coches y muñecas!

Tyler: ¡Juegos de montaje y construcción!

Rex: Pelotas. ¡Pelotas de béisbol y de fútbol como es debido!

Tyler: Pues ya lo tenemos todo resuelto, Rex.

Rex: Perfectamente.

(En fin, se me escapa qué dilema existencial habían resuelto ese par de botarates.)

Tyler: ¿Cómo vas a encontrarlo, volando a oscuras?

Rex: Puedo encontrar cualquier sitio. De todos modos, nos guiará la estrella.

Tyler: ¿Qué estrella?

Rex: ¡La estrella de Belén!

Observé la fiesta desde aquí arriba. Chico, me sentí una anfitriona de lo más relajada bajo el cielo estrellado, oyendo villancicos, «Away in a Manger» y «White Christmas», en mi pequeño transistor de radio.

Esther se levantó a las cuatro para cocinar y limpiar. Tengo que reconocer que Bella y Lou la ayudaron. Llegó la florista y los del servicio de restaurante con más comida y bebida, camareros de esmoquin. Vino una camioneta a entregar una gigantesca máquina de burbujas que Tyler instaló nada más cruzar la puerta principal. No quiero ni pensar en mi moqueta. Por los altavoces empezaron a sonar a todo volumen Roy Rogers y Dale Evans cantando «Jingle Bells» y «I Saw Momma Kissing Santa Claus». Entonces fueron llegando coches y más coches con más gente aún que no quiero volver a ver en mi vida. Esther, bendita sea, me subió una bandeja con comida y una jarra de ponche, además de una botella del gran Jack por estrenar. Iba vestida

muy pulcra toda de negro, con un delantal ribeteado de puntillas y el pelo blanco recogido en dos trenzas enrolladas en la cabeza. Parecía una reina. Es la única persona que me cae bien en este dichoso mundo, o quizá la única que me tiene simpatía.

–¿En qué anda la furcia de mi cuñada? –le pregunté.

–Jugando a las cartas. Algunos hombres montaron una partida de póquer en la biblioteca y ha ido ella muy melosa diciendo: «Oooh, ¿puedo jugar?».

–Saldrán escaldados.

–Eso mismo he pensado cuando la he visto barajar. Chas, chas, chas.

–¿Y mi madre?

–Va corriendo por ahí contándole a la gente que Jesús es nuestro santo redentor.

No me hizo falta preguntar por Bella Lynn, que estaba en el balancín del porche de atrás con el viejo Jed Ralston. Su mujer –Martha la Hiena, la llamamos– seguro que va tan cargada de diamantes que no puede ni caminar, ni averiguar qué se trae el otro entre manos. Entonces llega Lou con Orel, el chico de Willa, un gigantón mutante que juega de ala cerrada con los Aggies de Texas. Los cuatro se ponen a pasear por el jardín, riendo y chillando, agitando los cubitos de hielo en los vasos. ¿Pasear? Esas chicas tenían tan pocas luces, llevaban unas faldas tan ceñidas y tacones de aguja tan altos que apenas podían andar. Les grité desde el tejado.

–¡Busconas de medio pelo! ¡Basura blanca!

–¿Qué es eso? –pregunta Jed.

–Nada, es mamá. Arriba en el tejado.

–¿Tiny está en el tejado?

Así que me agazapé de nuevo, me tumbé para seguir mirando las estrellas. Subí el volumen de mis villancicos para ahogar la fiesta. Canté, también, para mí. «*It came upon a midnight clear...*» Me salían nubes de vaho y una voz de niña, cantando. No me cansaba de cantar.

Eran cerca de las diez cuando Tyler y Rex y las dos chicas salieron a escondidas, susurrando y tropezando en la oscuridad. Cargaron en nuestro Lincoln dos sacos enormes y se fueron en dos coches por el prado del fondo hasta el campo junto al canal donde suele aterrizar Rex su Piper Cub. Entre los cuatro ataron los sacos al estribo de la avioneta y luego Tyler y Rex se

montaron. Bella Lynn y Lou encendieron los faros del coche para alumbrarle a Rex una pista de despegue. Aunque era una noche tan clara que se las habría arreglado bien con la luz de las estrellas.

La avioneta iba tan cargada que no había manera de que alzara el vuelo. Cuando por fin despegó tardó una barbaridad en ganar altura. Pasó rozando los cables y luego los álamos. Las alas zozobraron, y no es que Rex quisiera alardear. Al final consiguió poner rumbo a Juárez y la diminuta luz roja de cola desapareció. Respiré y di gracias a Dios y tomé un trago.

Me tumbé, temblando. No soportaría que Tyler se estrellara. Justo entonces en la radio sonó «Silent Night», que siempre me conmueve. Lloré a mares, berreando. No es verdad eso de que no me importa que esté liado con Kate. Me importa mucho.

Las chicas estaban esperando en la oscuridad junto a los tamariscos. Quince, veinte minutos, que parecieron horas. No vi la avioneta, pero supongo que ellas la divisaron a lo lejos, porque encendieron las luces del coche y aterrizó.

No conseguí oír ni una palabra por el jaleo de la fiesta y porque tenían la puerta y las ventanas del taller cerradas, pero alcancé a ver a los cuatro delante de la chimenea. Era una imagen tan dulce como *Cuento de Navidad*, brindando con champán, todos felices y radiantes.

Ahí fue cuando me enteré de la noticia, por la radio. «Hace un rato un misterioso Santa Claus dejó caer juguetes y alimentos muy necesarios en los arrabales de Juárez. Aunque para ensombrecer esta sorpresa navideña nos llega la trágica noticia de que un anciano pastor ha resultado muerto, al parecer por el impacto de una lata de jamón en conserva llovida del cielo. Más detalles a medianoche.»

—¡Tyler! ¡Tyler! —chillé.

Rex abrió la puerta del taller y salió.

—¿Qué pasa? ¿Quién anda ahí?

—Soy yo. Tiny.

—¿Tiny? ¡Tiny todavía está en el tejado!

—Avisa a Tyler, patán.

Tyler salió y le conté la noticia, le dije que más valía que Rex volviera pitando a Silver City.

Lo acompañaron otra vez con el coche a la avioneta y le iluminaron con los faros. Cuando volvieron la casa estaba ya en silencio, salvo por Esther, que seguía recogiendo. Las chicas entraron. Tyler se acercó, se puso bajo el alero a la altura donde yo estaba. Contuve la respiración, oyendo que me susurraba, ¿Tiny?, ¿Tiny?, durante un rato, y entonces me asomé por la cornisa.

—¿Qué quieres?

—Baja ya de ese tejado, Tiny. Por favor.

La casa de adobe con tejado de chapa

Era una casa de cien años, pulida y suavizada por el viento, del mismo ocre intenso que la dura tierra de alrededor. Había otras construcciones en la finca, un corral, un cobertizo, un gallinero. Una choza de adobe asomaba cerca del muro al sur de la casa principal. No tenía un tejado de chapa como la casa grande. Lisa y simétrica, parecía haber brotado del suelo como una seta polvorienta.

Había una hectárea y media de tierra abandonada. Veinte manzanos a punto de florecer. Tallos de maíz secos, un arado manual herrumbroso. Un cuitlacoche de pico curvo descansaba bajo un álamo pelado junto a la bomba roja. El agua salió a borbotones de la bomba cuando Paul probó la manivela.

Casi todas las ventanas estaban rotas, las puertas no cerraban. El interior era fresco y oscuro y olía a pino piñonero, a cedro. Otro aroma acre llegaba de una cortina hecha de bolas de eucalipto y cuentas rojas.

Ecos. Un sobre descolorido en el suelo de pino polvoriento. Vara de oro PARA LOS CÓLICOS en un tarro amarillo de vidrio. Paul alzó en brazos a Max, el bebé, y se sentó en uno de los profundos alféizares de las ventanas.

—¡Estas paredes tienen un metro de ancho! La casa es magnífica. Podría tocar el piano tan fuerte como quisiera. Los niños podrían jugar fuera sin preocuparnos de los coches. ¡Una vista estupenda! ¡Mira la sierra de Sandía desde aquí!

—Es preciosa —dijo Maya—, pero no hay agua corriente, ni electricidad.

—Podríamos hacer que instalaran cañerías..., eso es fácil. Y yo me crie en una cabaña en Truro donde no había electricidad.

—¿Y tendría que cocinar en esa vieja estufa de leña?

Hasta ahí llegaron las objeciones de Maya. La gratitud todavía pesaba mucho en sus sentimientos por Paul. Su primer marido la había abandonado cuando Sammy tenía nueve meses y estaba embarazada de Max. Fue como un milagro que Paul apareciera y quisiera a Sammy y a Max además de quererla a ella. Estaba decidida a que el matrimonio funcionara, a ser una buena esposa. A sus diecinueve años, no tenía ni idea de lo que significaba ser una buena esposa. Hacía cosas como agarrar la taza caliente al pasarle el café, ofreciéndole el asa para que no se quemara.

Paul acababa de conseguir trabajo en un club nocturno de Albuquerque. Era músico de jazz, tocaba el piano. Buscaban un lugar donde pudiera ensayar y dormir durante el día, donde los niños pudieran jugar fuera.

–¡Escucha! –dijo Maya–. ¿Qué son, arrullos de tórtola? –estaban paseando ahora entre los manzanos.

–De codorniz. Mira, allí.

Sammy las había divisado. Corrió, persiguiéndolas por los arbustos de tamarisco. A lo lejos en el campo un correcaminos pasó como un rayo y desapareció. Se rieron, era igual que en los dibujos animados, solo que blanco y negro, sorprendente en medio de la tierra parda.

Fueron en coche hasta la carretera de Corrales a casa de sus amigos, Betty y Bob Fowler, los únicos conocidos que tenían de momento por allí. Bob era poeta, daba clases de literatura en un colegio privado. Había ido con Paul a Harvard, eran viejos amigos. Betty y Maya se llevaban bien. Maya pensaba que Betty era mandona y sabihonda; Betty veía a Maya insoportablemente pasiva e ingenua. Betty y Bob tenían cuatro hijas, todas de menos de cinco años.

Los Fowler eran una de las pocas familias angloparlantes que vivían en las afueras, en Alameda. No había más que tierras de labranza y huertas en muchos kilómetros a la redonda, con álamos y olivos de Bohemia bordeando los campos. Alfalfa, maíz, frijoles, chile. Vacas frisonas y caballos cuarterones en pastos polvorientos. Alameda en sí consistía en una iglesia, un almacén de piensos, un almacén de abastos, y el salón de belleza Bella Della, de Dela.

Se montaron todos en la camioneta de los Fowler y fueron otra vez a ver la casa. Las cuatro niñas de los Fowler se quedaron jugando fuera con Sammy y Max mientras los adultos echaban un vistazo alrededor. Bob y Paul hablaron de cómo hacer la fontanería, de dónde conseguir madera. Betty y Maya hablaron de los asuntos prácticos sobre limpieza y cocina. Betty dijo que sería imposible vivir allí con dos niños que aún llevaban pañales. ¿Sin electricidad? ¿Una estufa de leña, sin agua corriente, sin cuarto de baño? Imposible, así de claro. En parte por llevarle la contraria, Maya insistió en que no sería ningún problema, las mujeres lo habían hecho durante siglos. Sería divertido, incluso.

Betty siempre lo sabía todo, así que sabía que Dela Ramírez había heredado la casa de su padre. Incluso sabía que todo el pueblo pensaba que la propiedad debería haber ido a parar a Pete o Frances García, el hermano y la hermana de Dela. A pesar de ser unos inútiles, eran más mayores, y además Dela y su marido ya tenían una casa.

Dela, en el salón Bella Della, hablaba con Betty sin apartar la vista de la cabeza mojada de una mujer, mientras abría las pinzas metálicas con los dientes. Betty había abandonado la voz de la escuela de arte dramático por el acento sureño. Charló con Dela de todo un poco: de los hermanos Tafoya, de arrendar el campo de alfalfa, de las ayudas de preescolar y de los champús anticaspa. Maya no decía nada, hojeaba la *National Enquirer*, se peinaba el pelo. Era nueva en los rituales sociales del lugar. Ahora las dos mujeres estaban hablando de cómo hacer esquejes de achira o encalar el pie de los árboles frutales.

–Oye, Dela –dijo por fin Betty–. ¿Tú sabes de alguna casa en alquiler por aquí?

Dela negó con la cabeza.

–Aquí nadie alquila –tapó las orejas de la mujer con unos cucuruchos de papel, cubrió los rulos y las pinzas con una redecilla–. No, no se me ocurre nada.

–Mis amigos están buscando un sitio con un poco de terreno. Un sitio con un alquiler bajo, o incluso no pagar alquiler a cambio de pintarlo, hacer la

instalación del agua, cosas así. Desbrozar la tierra, arreglar las ventanas... En fin, adecentar la propiedad.

–¿Cuánto de alquiler? –preguntó Dela, dándole la espalda. Encasquetó un secador a la mujer, le dio al interruptor pasando por todas las velocidades, bajo, medio, caliente, muy caliente.

–Cincuenta como mucho, calculo, puesto que lo arreglarían. ¿Se te ocurre alguna idea?

–Bueno, está la casa de mis padres. Un sitio apartado, en la carretera de Corrales. Mi hermano Pete va de vez en cuando. A la choza, no a la casa grande. Pero ahora todo es de mi propiedad.

–No estaría mal que alguien lo cuidara.

Dela guardó silencio, cambió el interruptor a caliente, medio, bajo. La mujer dejó caer la revista en el regazo para oír la conversación.

–Podrían alquilar la casa de mis padres. Aunque por setenta. Es un sitio grande.

–¡Setenta! –dijo Betty con un bufido.

Maya se inclinó hacia delante.

–Te pagaremos eso –le dijo a Dela–. Pero por la finca entera, no con tu hermano rondando.

–Ah, no irá si hay alguien viviendo allí. Es un vago.

–¿Cuándo nos podemos mudar?

Dela se encogió de hombros. En cualquier momento.

–Primero limpiaremos, pondremos ventanas. Cuando nos instalemos, vendré a pagarte el alquiler.

–No –dijo Betty–. Hazles un contrato por escrito. Necesitan unas garantías si van a hacer todas esas reformas.

Paul y Maya trabajaron duro varias semanas, poniendo cristales en las ventanas, lijando suelos, enyesando y pintando. Los Fowler ayudaron también, y las dos familias hacían pícnic fuera mientras se ponía el sol detrás de la sierra de Sandía.

Dejaron para el final pintar los marcos de las ventanas. Azul Santa Fe. Inventaron una canción, «El blues de Santa Fe». Al hundir las brochas en la

lata de pintura, Paul y Maya paraban para besarse, felices con su nueva casa. Sammy y Max corrían por los campos, jugaban con camiones y bloques, en el barro junto a la bomba de agua.

El último día que fueron a pintar había tres perros enroscados en los escalones de piedra de atrás. Un viejo bulldog con los testículos rosas, una perra sarnosa con la lengua negra, y un cachorro negro peludo. Al dueño no se le veía por ningún lado. Aunque los perros al principio ladraron, volvieron a tumbarse. El cachorro era manso y dejaba que Max lo llevara de un lado a otro por el patio.

Maya preparó café. Se sentó con Paul en la cocina. No había probado aún a usar la estufa de leña, de momento se las había arreglado con un fogón a gas para preparar té y café.

–Tienes pintura en el pelo –le dijo a Paul–. Ojalá no tuvieras que volver al trabajo –durante cinco días lo había sustituido Willie Tate al piano en el club.

–Ya me gustaría... Aunque ahora tenemos un conjunto estupendo. Ernie Jones es el mejor bajista con el que he tocado. Estoy seguro de que Prince Bobby Jack nos renovará el contrato. El club se llena cada noche las dos sesiones.

–¡Santo Dios, qué casa tan, tan linda!

La mujer había entrado como si tal cosa por la puerta de la cocina. Cincuentona, gordísima, llevaba un peto y botas de hombre. Unas greñas largas y apelmazadas brotaban bajo un sombrero vaquero.

–¡Linda casa! Yo vivía aquí. Tenía mi propia casa, ¿sabéis?, en el cruce de la carretera de Corrales –señaló, sonriendo, sin dientes, una barraca entre los árboles al otro lado de la carretera–. Alguien la quemó. Por envidia. Tengo novio, Rómulo. ¿Lo habéis visto? Salió por televisión con los camiones de bomberos, ¿lo visteis?

Se quedó un momento callada. Una mancha y luego gotas en el suelo mientras se mojaba los pantalones.

–¿Habéis visto a Pete? Si lo veis, le decís que aquí están sus perros. Demasiados perros. Yo ya tengo perros. Pete nació justo ahí donde estás sentada. Yo lo vi.

–Ahora nosotros vivimos aquí –dijo Paul–. Váyase a casa, a su casa.

–Tengo mi casa. Allí, cruzando la carretera. ¡Botellas!

Había visto unas botellas de naranjada en un montón de basura, salió al patio y empezó a ponerlas en un carro de la compra con otras cosas que iba recogiendo. Se marchó, traqueteando con su carrito por el camino pedregoso, lanzando piedras a los perros cuando intentaban seguirla.

–¡Llévese los perros! –gritó Paul.

–Son los perros de Pete. Viven aquí. ¡Yo ya tengo perros! Me llamo Frances.

Los Fowler los ayudaron a mudarse a la casa. Tomaron champán delante de una fogata de pino y Maya preparó pollo frito y panochas de maíz en la cocina de leña. El pan de polenta se le quemó un poco por abajo, pero seguro que no tardaría mucho en aprender a usar el horno.

Lavar los platos era un drama, acarrear el agua hasta la casa, calentarla. No, quizá esa noche fue divertido, y después se volvió un drama.

Maya y Paul no pudieron dormir la primera noche que pasaron allí. Hicieron el amor en la alfombra navaja delante del fuego, tomaron cacao, se sentaron en el alféizar de la ventana a mirar la luz de la luna en los manzanos. ¡Al día siguiente los árboles habían empezado a florecer! ¡De la noche a la mañana! Se recostaron en la tapia caliente al sol mientras los niños jugaban cerca con los perros. Olor a flores de manzano y café y leña de pino.

La puerta de la choza se abrió de golpe. Paul y Maya dieron un brinco, sobresaltados; no habían oído llegar a nadie en coche la noche antes. Un chorro de café con leche salpicó a través de la mosquitera rasgada. La puerta volvió a cerrarse de golpe.

Pete salió de la choza. Un hombre moreno descomunal con pelo largo negro, dientes de oro, ojos verdes. Debía de rondar los cuarenta y cinco años, pero caminaba con el paso insolente de un adolescente chicano. Les sonrió, agachó la cabeza bajo el caño de la bomba, sacudió la manivela arriba y abajo. El agua le resbaló por el pelo y la cara; su enorme espalda se estremeció. Resopló y gruñó, se enjuagó la boca y escupió. Se irguió de nuevo, sonriéndoles, mientras el agua que le caía del pelo le mojaba la

camiseta interior sucia. Volvió a escupir y se secó la boca con el faldón de la camisa.

–Soy Pete García. Nací aquí.

–Yo soy Paul Newton, y ella es mi mujer, Maya. Ahora nosotros vivimos aquí. Hemos alquilado toda la propiedad.

–Dela dijo que no vendrías por aquí ahora –dijo Maya.

–¡Dela! Yo voy a lo mío. Vosotros id a lo vuestro. Tengo mi propia casa en el pueblo. A veces vengo aquí para darme un respiro con mi esposa –los perros saltaban a su alrededor buscando mimos–. Este perro viejo es Bolo. La perra tarada es Lady, y el cachorro se llama Sebache, que significa «roca muy negra» –(o sea, «azabache»). Sonrió de oreja a oreja.

Paul y Maya guardaron silencio mientras se presentaba y decía el nombre de los perros a los niños. Volvió a entrar en la choza. Cuando salió de nuevo, llevaba una trenca militar y un sombrero vaquero. Iba cargando una garrafa de vino indio Garden Deluxe y una sartén de papilla de polenta que dejó en el suelo para los perros.

Reculó con el coche bordeando la casa hasta donde estaban ellos sentados. Era un viejo Hudson sin puertas ni ventanillas traseras. Se quedó allí, dando gas, bebiendo a morro de la garrafa. Luego encendió un cigarrillo, les mostró una sonrisa con un destello de oro y, saludando con la mano, arrancó hacia el camino. Los perros siguieron al coche hasta la carretera de Corrales antes de regresar, jadeando, para echarse en medio de donde estaban jugando los niños.

–Mejor que vayas a hablar con Dela –dijo Paul.

–¿Por qué yo? ¿Por qué no hablas tú con él y ya está?

–Quizá no sea para tanto, Maya. De hecho me alegro de que los perros anden cerca. Cuando salgo a trabajar te quedas aquí en medio de la nada. Sin coche y sin teléfono. Vaya, que si a uno de los niños le pasara algo... al menos ese tipo podría llevaros a algún sitio.

–Genial. En medio de la nada con Pete. Aunque, claro, es una bendición.

–El sarcasmo no es lo tuyo, Maya.

No hablaron más del tema. Paul se marchó temprano a ensayar con la banda.

Maya y los chicos pasearon por la huerta junto a la acequia antes de que los acostara para la siesta. Se sentó en el escalón de atrás, a leer, mirando de vez en cuando las montañas.

Pete apareció alrededor de las cinco. Aparcó justo a su lado y sacó un rosal a raíz desnuda del asiento trasero.

–Se llama Cara de Ángel. Es de un color rosado lindo, lindo. Plántalo aquí, de cara al norte, para que no sufra demasiado el calor. Trabajo en el vivero Yamamoto. No van a echar de menos un rosal. Este suelo es malo, caliche árido, así que tienes que cavar un hoyo bien, bien hondo y ponerle tierra buena y turba.

Descargó sacos de tierra y turba del coche, volvió a subirse y fue a aparcar enfrente de su choza. Maya miró alrededor hasta que encontró una pala y se puso a cavar un hoyo. Ni siquiera podía hacer mella en la arcilla reseca. Estaba farfullando cuando Pete apareció por la esquina con un pico. Aun así dejó que ella hiciera el trabajo, mientras se quedaba en los escalones bebiendo cerveza. Le explicó cómo cubrir las raíces, echando tierra buena y regando, luego más tierra y turba, apelmazándola poco a poco, dejando que el nudo asomara justo por encima del suelo. Observó mientras Maya traía cuatro baldes de agua de la bomba.

–¡Pete! ¡Órale, mano!

Rómulo y Frances se acercaban por el camino. Frances empujaba su carro de la compra lleno de cerveza y bolsas de comida. Rómulo era un hombre canijo y arrugado, vestido con calzas y botas de paracaidista y un gorro de aviador con orejeras de piel. Daba vueltas sin parar alrededor de Frances, pedaleando en una bicicleta diminuta de niño. Los cuatro sabuesos de Frances y Bolo, Lady y Sebache ladraban y retozaban rodeándolos. Los tres se fueron juntos a la choza de Pete. Bebían, discutían, se reían. Jugaban al gin rummy y bebían. Cada vez que se acababan una cerveza, abrían la puerta de una patada y lanzaban los botellones vacíos al carro de Frances. Cuando tenían que orinar, simplemente meaban desde la puerta y luego cerraban de golpe otra vez. Frances se ponía en cuclillas fuera y soltaba el chorro, cantando: «*Pretty little fellow, everybody knows... Don't know what to call him but he's mighty lak' a rose!*». No había ningún sitio en la casa donde Maya pudiera ir para no oírlos.

Paul no entendía cuando le decía que la estaban volviendo loca. Que las plantas la estaban volviendo loca. A Paul le parecía fantástico que Pete siguiera trayendo plantas, casi a diario.

–¿Te has parado a pensar que quizá tienes prejuicios contra los mexicanos? –le preguntó Paul.

–¿Prejuicios? Por el amor de Dios. Bueno, pues te diré que estoy harta de estos mugrientos en concreto.

–¡Maya! Eso es ruin. Me parece indigno de ti, desde luego –se quedó profundamente impresionado y se marchó antes de hora a trabajar sin decir adiós.

Maya construyó dos enrejados para las Bellezas Americanas trepadoras. Dos lilos, una campana dorada junto a la bomba. Una enredadera de trompeta china en la tapia del cobertizo. La madre selva subía por el poste de tender la ropa. Una Madame A. Meilland, una Túnica de José, una Simplemente Joey. Una Mister Lincoln.

Las plantaba todas. Cada día acarreaba balde tras balde de agua. Pete se apoyaba en la tapia, tomando cerveza, observándola. «¡Más abono!», decía. Había descargado un remolque de estiércol de caballo con la camioneta para que Maya lo esparciera.

Bañar a los niños era divertido, ahora que hacía más calor, en la tina junto a la bomba. Paul se duchaba y se ponía el esmoquin cada noche en el trabajo. Al principio Maya se bañaba en la cocina, pero dejaba el suelo perdido, necesitaba demasiados baldes para llenar la tina. Se duchaba en casa de los Fowler y luego vigilaba a las niñas de Betty mientras ella iba a hacer la compra. Un par de veces por semana las dos iban a la Lavandería Ángel, en la calle 4 Norte. Las dos parejas se reunían a cenar varias veces al mes. Durante la cena y después con el café o el vino eran los dos hombres quienes hablaban de poesía, jazz, pintura. Las mujeres recogían la mesa, lavaban los platos, acostaban a los niños, escuchaban a sus maridos.

Empezaron los vientos huracanados de primavera, azotando arena contra las

ventanas, arrancando las flores de los árboles. Maya y los niños se quedaban dentro de la casa. Los niños se ponían pesados, quejosos. A ella le habría gustado tener una radio o un televisor. Se cansó de pasar horas agachada en el suelo, jugando a algo, leyendo, cantando canciones. Paul dormía hasta tarde, ensayaba muchas horas cada día. Escalas que no acababan nunca.

El viento aullaba, vaharadas de calor de la estufa de leña inundaban la cocina. A Maya se le pegaba el pelo sudoroso en la frente. Era horrible bombear agua con la arena acribillándote la cara. El agua se llenaba de arena. El café tenía arena, los frijoles tenían arena. La mantequilla crujía con la arena. La arena golpeaba contra el cobertizo y se le metía en el pelo y en los ojos mientras volvía corriendo a la casa.

–¿Cuándo vamos a pedir que nos pongan el agua, en nombre de Dios? –le preguntó a Paul.

–Mira, no me atosigues. Estoy trabajando en temas nuevos. Estamos sacando los arreglos. La banda empieza a cuajar de verdad. Sabes lo importante que es para mí.

Paul se marchó a trabajar. Ella pasó la tarde haciendo un pastel del diablo. Justo cuando lo sacaba del horno, Pete aporreó la puerta.

–Tienes que regar más. Esas plantas piden agua a gritos.

–Es demasiado duro con estas tormentas de viento, Pete.

–Bueno, pues necesitan más agua. Toma, te he traído una mata de lantana y un parterre de cinias. No mojes las hojas de las cinias cuando riegues. Se pudren.

–Ah... Gracias, Pete.

El viento ya no soplaba tan fuerte, en realidad. Salió fuera. Sammy y Max la ayudaron a plantar la lantana y las cinias junto a los escalones. Regó las nuevas plantas, acarreó baldes de agua para todos los rosales, las tomateras. Haría el resto al día siguiente.

Esa noche Maya y Paul tomaron pastel con leche delante del fuego. Afuera el viento soplaba arena contra las ventanas. Paul traía malas noticias, dijo. Había hablado con un fontanero en la ciudad antes de ir a trabajar. Costaría una fortuna que un fontanero con licencia hiciera la instalación del cuarto de baño y la cocina.

–A lo mejor hay alguien mañoso por ahí que pueda hacerlo. ¿Por qué no

vas a preguntarle a uno de los Romero?

Al día siguiente, después de que Paul se fuera al trabajo, ella y los niños cruzaron el campo de alfalfa para ir a ver a Eleuterio Romero. Eleuterio le salió al encuentro en la cerca.

–¿Sí? –dijo.

–Soy Maya Newton –dijo, tendiéndole la mano. Romero no se la estrechó, solo la miró con insolencia, con sus ojos castaños–. Queríamos poner cañerías en la casa. ¿Conoces a alguien por aquí que pueda hacerlo?

–¿Por qué no os fuisteis a vivir a la ciudad, si queríais agua corriente?

–Nos gusta estar aquí.

–¿Por qué no se encarga tu marido?

–No tiene tiempo. Es músico.

–Lo conozco. ¿No toca con Prince Bobby Jack? ¿En el Club Skyline? Es un buen pianista.

–¿A que sí? –sonrió, complacida–. En fin, la cuestión es que trabaja mucho, y duerme de día, y la verdad es que necesitamos agua corriente.

–Pregúntale a mi hermano Tony. Vive en la última casa.

Las tierras de los Romero empezaban en la finca de Eleuterio, lindando con el camino, y continuaban siguiendo la carretera de Corrales hasta la calle 4 Norte. La tierra estaba dividida en cuatro parcelas de un poco más de una hectárea, una para cada hermano. Los dos ranchos siguientes eran de Ignacio y Eliseo, muy parecidos al de Eleuterio. Casas chatas de adobe en medio de sembrados de maíz y chile y alfalfa. Niños, camionetas, coches herrumbrosos abollados en los campos de atrás. Caballos, vacas, gallinas, perros. *Ristras* de chiles colgados al sol junto a la puerta de la cocina. Siempre había un caldero enorme en el patio, para hacer *chicharrones* con el cuero del cerdo, *menudo*, *pozole*. El último rancho era el de Tony, al otro lado de la acequia. Era el hermano más joven. Solo cultivaba alfalfa para sus caballos; durante el día trabajaba de carnicero. Tenía una gran casa de estuco, pintada de verde, con un alero de fibra de vidrio. Tony y Eliseo estaban construyendo una gasolinera en el terreno entre ambas casas. Un bloque de hormigón, con ventanales de vidrio templado. Los domingos todos los hermanos aparcaban los coches en el campo de Eleuterio. Sus hijos jugaban con los demás chiquillos en el pasto. Los hijos mayores de Eleuterio se sentaban en el

porche de la entrada: chicos con tupé y brillantina, chicas con cancan que empezaban a pintarse los labios. Se sentaban y bebían Coca-Cola, mirando los coches que surcaban la carretera de Corrales. Las mujeres se quedaban dentro, asomándose de vez en cuando a echar un vistazo al caldero, lleno de *pozole*. Salían bocanadas de humo por la chimenea de la cocina. Los hermanos Romero se sentaban a beber cerveza en los bancos que había junto a la tapia de la casa, de cara a las montañas, a la sombra si hacía calor, o al sol en la pared que daba al sur si hacía frío.

A la mañana siguiente, mientras Paul dormía, Maya condujo hasta la casa de Tony. Tony no estaba. Rosie, su mujer, la invitó a pasar a la cocina, a que se sentara, por favor. Ella también se sentó, sonriendo. Estaba segura de que Tony les pondría las cañerías, dijo. Orgullosa le enseñó a Maya el fregadero de la cocina y la lavadora, el cuarto de baño. Abrió el grifo de la bañera y tiró de la cadena del váter. Sammy y Max estaban fascinados. «Qué maravilla», suspiró Maya. Ella y Rosie tomaron café, charlaron, hablaron de sus hijos, de sus esposos. Rosie la invitó a ver la serie de sobremesa con ella, pero Maya dijo que era mejor ir tirando; era cerca de la hora en que Paul se despertaba.

Tony vino a la tarde siguiente. Paul y él se sentaron en la huerta en un banco, fumando, tomando cerveza. Tony garabateó unos números en el suelo con un palo; Paul asintió. Se dieron un apretón de manos y Tony se marchó en su camioneta con la mitad del dinero para la obra, todo el dinero que Paul y Maya habían ahorrado. Aun así, dijo Paul, era menos de un tercio de lo que costaría un fontanero con licencia.

Al día siguiente Tony llegó con la camioneta cargada de tubos. Eleuterio y él los descargaron junto a la bomba. Esa tarde taladró agujeros en la pared y el suelo de la cocina y en el cuarto donde iría el baño. Al día siguiente los dos hermanos pasaron horas cavando un pozo ciego junto a los olivos de Bohemia. Un foso ancho y profundo. Max y Sammy saltaban dentro. Trepaban y hacían carreteras para sus camiones en los montones de tierra.

Tony no volvió más. Lo veían en la tienda. Era época de arar, decía. Por

las mañanas Paul y Maya miraban a los hermanos en los campos, quemando rastros, arreglando las cercas, turnándose detrás de un arado tirado por un caballo. Pasaron varias semanas, y ahora les tocaba sembrar. Pero para entonces hacía calor y el viento se había acabado. Era agradable lavar fuera. Maya y los niños estaban morenos y fuertes. La ayudaban a quitar malas hierbas y a regar. ¡Las tomateras y el maíz estaban creciendo, los lilos y las campanas doradas en flor!

Paul compró una hamaca mexicana que colgó entre dos manzanos. Antes de irse a trabajar se apretujaban los cuatro y se mecían suavemente, observando los sinsontes y los tordos alirrojos, un alcaudón de pecho blanco. Detrás de ellos, por encima, estaban la sierra de Sandía y el cielo azul. A lo largo del día el color de las montañas cambiaba y mutaba. Ocres y verdes e intensos azules hasta que en el ocaso se encendían fucsias, luego escarlatas, derritiéndose en un púrpura aterciopelado bajo un cielo malva.

Antes de acostar a los niños dentro, Maya se tumbaba con ellos en la hamaca y les leía cuentos. Allí era donde estaban la noche en que Pete se mudó a la choza, trayendo un remolque azul enganchado a su Hudson. Había una cama, mesa, estufa de leña, cajas de platos y comida. Los perros, que llegaron montados en el remolque, saltaron para ir a saludar a los niños.

–Pete, nosotros alquilamos toda la propiedad. No tienes derecho a mudarte aquí.

–¿Que no tengo derecho? ¡Nací aquí, maldita sea! Dela tiene su propia casa. Yo viviré donde me dé la gana.

–Pete, hemos alquilado la finca. Ahora somos los inquilinos.

–Tú ocúpate de tus asuntos, que yo me ocupo de los míos.

Normalmente, una vez se dormían los niños, Maya regaba las plantas, luego tomaba café y leía en la hamaca hasta que oscurecía, pero ahora no podía leer mientras él andaba a unos pocos metros dando portazos, cantando, cortando leña, chillándoles a los perros. Echando chispas se metió en la casa y prendió una lámpara junto a la silla roja del salón. Intentó leer *Middlemarch* e ignorar el traqueteo del carrito de Frances, los aullidos de toda la jauría de perros, la risa de Rómulo. Allá donde fuera, incluso desde el cobertizo, podía oír sus peleas de borrachos y sus pullas y sus bromas. ¡Putá madre, *mano!* O: ¡Uy, a la morí, ese pendejo! *Pinche jodido*, este chili está

muy salado, *compadre*. Alaridos cuando uno de ellos pateaba a un chuchito.
¡Váyase, pinche perra!

Maya se despertó cuando Paul llegó a casa. Encendió la vela junto a la cama. Incluso a la luz de la vela se le veía pálido y cansado. Olía a humo de cigarrillo, a cerveza rancia, a club nocturno. Se quitó el esmoquin y la pajarita, los gemelos de rubí de la camisa.

–Dios, estoy roto. Sábado noche. Hasta el último borracho y paleta de la ciudad estaba en el club.

Se metió en la cama y se puso el antifaz negro que lo ayudaba a dormir por las mañanas. Antes de que se pudiera poner los tapones de los oídos, ella habló, rápido.

–Pete se ha mudado aquí. Mudado en serio, con cocina, con todos sus muebles.

–Santo cielo. Estoy harto de oír hablar de Pete. Tienes que aclarar las cosas con Dela. Mañana hablamos. Estoy agotado –y se puso los tapones.

Por la mañana Maya se dio cuenta de que había olvidado llenar la jarra del agua. Cuando fue a llenar un balde, la bomba no funcionaba. Había perdido presión. Fue y aporreó la puerta de Pete. Se notaba que lo había despertado, llevaba unos calzoncillos sucios.

–¡Buenos días, cielito! –sonrió de oreja a oreja.

–Hola, Pete. ¿Tienes algo de agua? Me he quedado sin nada, ni gota, y la bomba ha perdido presión.

–¿Cómo es que no guardas nada de agua? Mi mamá siempre tenía una *olla* grande de agua. Oh, aquella agüita estaba tan fresca, y tan dulce. Maya, ¿nuestra agua es la mejor que has probado o no?

Ella se rio.

–La verdad es que es un agua bien buena. Pete, ¿tienes un poco? ¿Para cebar la bomba?

–Ahora mismo vuelvo.

Maya esperó. Sammy y Max salieron de la casa, con ganas de desayunar.

Pete regresó, descalzo, en vaqueros y sin camisa. Traía una garrafa de agua. La vació despacio en la boca del poste de la bomba.

–*Pinche*, no hay manera, y esa es toda el agua que tenía.

–Iré a ver si me queda un poco en una jarra o por ahí.

Maya fue adentro. Cuando salió, con las manos vacías, Pete estaba echando poco a poco una botella de cerveza Hamm's en la bomba. Prendió; empezó a manar agua en la tina.

–Una Hamm's arreglará prácticamente cualquier problema que tengas – dijo.

–Ya. Bueno, gracias.

Después de dar a los niños de comer y vestirlos, los metió en el coche con la cesta de la colada. De camino a casa de los Fowler pasó por la de Tony. Lo vio con su hermano instalando los nuevos surtidores de gasolina. Se paró en el camino de tierra delante de ellos.

–Eh, Tony. ¿Cómo pinta la cosa, con nuestras cañerías?

–¡Pinta bien! Eliseo y yo queremos echar el encofrado aquí antes de que empiecen las lluvias. ¡En un par de semanas más me paso y lo tendréis todo en marcha!

Después de que Paul se marchara al trabajo, bañó a los niños en agua que había calentado al sol y los acostó. Llevó la tina adentro, puso agua a hervir en la cocina, acarreó más baldes y se bañó. Se puso ropa limpia y salió a leer en la hamaca, sosteniendo en equilibrio el libro y una taza de café. Caía la noche y olía a manzanos y alfalfa y estiércol de caballo. Los chotacabras volaban en círculos sobre la huerta.

Pete llegó con el coche y frenó en seco delante de su puerta. Había una mujer con él, una fulana con mala pinta y teñida con henna. Entraron juntos a trompicones en la choza. De la casa salía el jaleo de una pelea, botellas rotas, sexo furioso. Maya intentaba leer. *¡Putá desgraciada!* Pete empezó a pegarle a la mujer, una y otra vez. Ella chillaba, sollozando. Una silla rompió una ventana. Max se despertó, llorando y asustado, y entonces Sammy se despertó también. Los llevó a la cama grande y les cantó un rato hasta que volvieron a dormirse.

Por la mañana la mujer se había ido. Pete se estaba lavando en la bomba, resacoso y con los ojos hinchados. Maya salió en bata.

–Pete, no vuelvas a hacerlo nunca más. Aterrorizaste a mis hijos. Fue repugnante. La próxima vez iré a la policía.

–Ocúpate de tus asuntos, que yo me ocupo de los míos. Llego tarde al trabajo.

Los perros ladraron como de costumbre mientras pisaba el acelerador. Dio marcha atrás, reculó, por error, y atropelló a Sebache. El perro soltó un aullido. Sammy y Max chillaron desde la ventana del dormitorio. Empezó a brotar sangre debajo de la rueda.

El perro estaba muerto.

–Putra madre. Pobre cachorrito. Llego tarde al trabajo. Maya, ¿lo entierras por mí?

Maya se sentó en la hamaca con los niños, consolándolos. Nunca habían visto la muerte, estaban apenados, fascinados. Cavó una tumba junto al pozo ciego, envolvió al cachorro en una toalla vieja, dejó que Sammy y Max lo enterraran.

–¿Y ahora lo regamos? –preguntó Sammy.

Ella se rio, estaba riendo y llorando. Eso los confundió de verdad. Nunca la habían visto llorar. Los tres se quedaron sentados en la hamaca y lloraron. Luego tomaron el desayuno.

Pete llegó, no con su coche sino en una camioneta de Yamamoto. Dejó caer un sauce llorón en la tierra junto a la puerta de la cocina. Para Sebache.

Paul se levantó más tarde y almorzaron. Maya iba a sacar el tema de Pete cuando Ernie Jones se presentó en la puerta cargando con su contrabajo.

–Ernie y yo vamos a improvisar un rato aquí antes de ir a trabajar. Puede que Buzz Cohen se pase también. Es un saxofonista con el que solía tocar en la facultad, lleva mucho sin tocar. Antes era increíble.

–Será estupendo oíros. ¿Preparo un poco de café?

–He traído unos refrescos –dijo Ernie.

Los chicos estaban entusiasmados. Sebache pasó al olvido mientras escuchaban la música. Maya escuchaba también, tarareando. Luego fue a plantar el sauce y acarreó agua para regar las plantas. Iba dando traspiés con dos baldes llenos hacia la enredadera de trompeta china cuando Buzz Cohen

llegó en un Porsche rojo.

–¡Deprisa, déjame llevarte lejos de todo esto! –sonrió. Era moreno, guapo, irresistible. Sin duda un canalla, pensó ella, pero le devolvió la sonrisa.

–¿Eres Buzz? Soy Maya, la mujer de Paul. Anda, pasa.

Tocaban todas las tardes. Buzz buscaba excusas para entrar en la cocina, a por una cerveza o a beber un poco de agua, o para salir a preguntarle cómo se emparraban las tomateras. Maya disfrutaba con sus atenciones. Le daba pena cuando la música se acababa y los hombres se iban. Entonces Pete volvía a casa, y después aparecían Rómulo y Frances y los perros.

Era julio y hacía calor. Los ratones silvestres se colaban en la casa por todos los agujeros que Tony había taladrado para las cañerías. Ratones descarados, campando a sus anchas por la casa todo el día. De noche correteaban y rondaban e incluso daban golpes y porrazos al derribar escobas, cacharros y sartenes. Maya puso trampas, detrás de la cocina y del piano. Fue horrible porque funcionaban al momento. Apenas unos minutos después de que las pusiera, se oía un chasquido y un aullido débil y había un ratón muerto. Crac, crac, crac. Así que dejó de ponerlas.

Una noche un ratón le corrió por la cara cuando estaba en la cama. Al día siguiente puso veneno en los rincones de la cocina y el dormitorio donde no había peligro.

Esa noche un ruido la despertó. Encendió una vela y fue a la cocina a beber agua. Docenas de ratones moribundos se tambaleaban por el suelo de la cocina, llorando con grititos agudos. Maya chilló, aterrorizada. Los niños se despertaron. Se asustaron también al ver tantos ratones dando tumbos por la cocina, como pequeños juguetes de cuerda borrachos. Ella intentaba echarlos con la escoba por la puerta cuando Pete apareció.

–¡Híjola! ¿Qué les pasa a los ratones?

–Se están muriendo. Hoy he puesto veneno.

Pete encendió otra vela y se sentó junto a la mesa de la cocina. Ella acostó a los niños. Cuando volvió a la cocina, Pete estaba recogiendo los ratones y metiéndolos en una bolsa. Era la primera vez que entraba en la casa.

–Veneno. Maya, ¿estás loca o qué? Esos ratoncitos saldrán afuera, Bolo y Lady se los comerán y se morirán. Tus niños los encontrarán y se pondrán enfermos y se morirán. ¿Qué te han hecho esos pobres bichos? No hacen mal

a nadie. Además, volverán a irse cuando llueva. Lo único que quieren es agua.

–¡Agua!

–Eso ha sido cruel, Maya. No hacen mal a nadie.

–Me están volviendo loca. Y vosotros también, gritando y discutiendo cada noche, y los perros ladrando. Loca.

–¿Que te estamos volviendo loca? Nosotros somos tus amigos. Tus vecinos. Soy tu mejor vecino. ¡Anda, ven aquí! ¡Que vengas, te digo! –salió al porche de atrás–. ¡Huele nuestras Bellezas Americanas! ¡Vamos, huélelas!

En el aire fresco de la noche el perfume de las rosas era dulce e intenso. Justo por debajo de su fuerte aroma se adivinaba la sensual madre selva del verano.

Llegó Paul, se bajó aprisa del coche.

–¿Qué pasa? –miró de hito en hito a Pete, que estaba ahí plantado en calzoncillos.

–Tu mujer ha puesto matarratas. Le estaba diciendo que así lo mismo coge y mata a sus propios hijos, poniendo veneno. ¿Tengo razón o no?

–Sí. Dios mío, Maya, eso ha sido una estupidez.

Estoy perdiendo la cabeza, pensó ella. Los dejó allí y se fue a la cama.

Una noche hacía tanto calor que Pete y Rómulo sacaron la mesa y se sentaron bajo los árboles. Jugaban al dominó y tomaban cerveza. Frances se había puesto a limpiar la cocina de Pete. Todos los muebles estaban fuera y ella baldeaba el suelo, barriendo el agua hacia fuera mientras cantaba «Mighty Lak' a Rose». Sammy y Max se bañaban en la tina junto a la bomba. Maya estaba sentada a su lado, sosteniendo el libro con una mano, la otra metida en el agua. Los chotacabras pasaban como flechas sobre la huerta. Eleuterio había regado; había un dulce olor húmedo a alfalfa.

Buzz apareció en su Porsche. Se bajó, pero dejó el motor en marcha con la música a todo volumen. Stan Getz, bossa nova. Buzz había traído una jarra grande de daiquiris helados. Se sentó con Maya en los escalones, bebiendo en copas de vino. Frances bailaba bajo los álamos al son de «The Girl from Ipanema». Pete fruncía el ceño; las fichas del dominó caían con chasquidos

secos. Los daiquiris estaban cargados. Fríos, fríos, ¡deliciosos!

–¡Claro que sí! –dijo Maya cuando Buzz le propuso que ella y los niños se apretujaran en el coche. Bajarían hasta el río Grande donde se estaba fresco, irían a un restaurante de comida rápida a por hamburguesas y zarparrilla.

Fue divertido. Una preciosa noche de verano. Cuando volvieron a casa, Buzz esperó en la cocina mientras ella acostaba a los niños.

–Me lo he pasado bien –dijo Maya.

–Yo también –dijo Buzz–. Vaya, qué cita tan barata. Dale un cubito de hielo a esta chica y te seguirá a cualquier sitio –se rieron y la besó. La recorrió un escalofrío. Volvió a besarla–. Necesitas un poco de cariño, alguien que cuide de ti.

Maya lo atrajo hacia su cuerpo, sedienta.

Pete empezó a aporrear la puerta.

–¿Qué pasa?

Ella se quedó dentro de la cocina, justo detrás de la puerta. Solo tenía una vela encendida.

–¿Qué haces a oscuras? –preguntó Pete–. Azúcar. Necesito que me prestes un poco de azúcar. No puedo tomarme el café sin azúcar.

Maya llenó una taza con azúcar. Los ratones correataron detrás de los frascos.

–Toma –le dio la taza entreabriendo la puerta.

–Gracias.

Cuando Pete se marchó, Buzz la atrajo de nuevo, pero Maya había recobrado el sentido. Se apartó.

–Buenas noches –le dijo–. No vuelvas a venir si Paul no está.

En agosto llegaron las tormentas. Era maravilloso, el sonido de la lluvia en el tejado de chapa, los relámpagos y los truenos. Había tomates y calabacines y maíz. Maya y los chicos se bañaban y pescaban en la acequia clara cada día.

Pero los ratones nunca se fueron. Las cañerías nunca se instalaron. Buzz volvió a menudo cuando Paul no estaba en casa.

En otoño Paul consiguió trabajo en Nueva York. Maya y él cargaron todo en la furgoneta y en un remolque. Pete y Frances y Rómulo se mudaron a la

casa grande ese mismo día. Se quedaron saludando con la mano sin parar mientras el coche y el remolque se alejaban. Maya saludaba también, llorando. Las plantas, los tordos alirrojos, sus amigos. Sabía que nunca iba a volver. También sabía que aquel matrimonio no iba por buen camino. Frances murió unos años después, pero Pete y Rómulo aún viven allí. Ya son viejos los dos. Se sientan bajo los árboles y juegan al dominó y beben cerveza. El sitio se ve desde la carretera de Corrales. Una casa de adobe antigua, de más de cien años. Es la casa de la enredadera de flores encarnadas, la casa con rosas por todas partes.

Un día brumoso

Los alrededores de Washington Market están desiertos hasta la medianoche del domingo, cuando de repente los mercados de fruta y verdura se abren hacia las calles, desplegando caprichosos estandartes de limones, ciruelas, mandarinas. Más abajo, hacia Fulton Street, sutiles rojos y ocre de las patatas, calabazas y cebollas amarillas.

Las compras y las cargas no cesan hasta el amanecer cuando el último camión de reparto se va y los tenderos griegos y sirios se alejan en sus coches negros pisando el acelerador. Cuando sale el sol el mercado vuelve a estar tan desolado y sombrío como antes, salvo por el olor a manzanas.

Lisa y Paul paseaban bajo la lluvia por el corazón solitario de Manhattan. Ella hablaba.

–Esto es como vivir en el campo. Maíz y sandía en verano... Estaciones. Aquí es adonde traen los árboles de Navidad para toda Nueva York. Los amontonan en las aceras a lo largo de calles y calles. ¡Bosques! Una noche nevó y había tres perros corriendo como lobos salvajes en *Doctor Zhivago*. No se oían los coches o las fábricas, solo los abetos... –siguió parloteando sin parar como hacía siempre que hablaba con él, o con los dentistas.

Quería que Paul viera hermosa la ciudad, su ciudad. Sabía que no la veía así. Miraba a los hombres que comían batatas crudas y pomelos robados, o quemaban cajones de naranjas en bidones herrumbrosos. Ración de combate de seis latas de rubia POR UN DÓLAR, botellas de oporto Gallo que destellaban a la luz de las fogatas, rielaban en la lluvia. Un viejo vomitó en la alcantarilla encima de los envoltorios de la fruta morados que colgaban ya medio descoloridos como anémonas aplastadas.

Paul no hallaba ninguna belleza en la noche, durante esas horas en que los fuegos puntuaban el paisaje a lo largo de varias manzanas a la redonda, recortando las siluetas de los hombres en ebrias danzas rituales. Ni tampoco desde la ventana de Lisa al alba, mirando a un chico negro medio desnudo, dormido en el lecho de limas deslumbrantes cargadas en un remolque.

Empezó a arreciar la lluvia. Esperaron en el portal de Sahini e Hijos, Alcachofas, hasta que amainó un poco, y luego siguieron caminando, mojados. Lentos y desgarrados, como solían caminar en Santa Fe, como viejos amigos.

En Santa Fe el marido de Lisa, Benjamin, había trabajado en el restaurante de George, con Paul. George era una lesbiana con mala leche que vestía como un cowboy, se creía Gertrude Stein y servía comida estilo Toklas. Caracoles, castañas confitadas. Benjamin tocaba jazz atmosférico al piano y Paul era maître. Iban de esmoquin. Ninguno de los dos decía nada. Los parroquianos ingeniosos y dicharacheros vestían todos como los indios... Terciopelo, plata, turquesa.

Los dos llegaban a casa alrededor de las dos y media de la madrugada, apestando a cóctel de gambas y humo de cigarrillo. Lisa preparaba el desayuno mientras ellos contaban las propinas en la mesa de madera redonda de la cocina. Una vez Benjamin ganó diez dólares por tocar «Shine on Harvest Moon» cinco veces para un político. Se reían contándole a Lisa anécdotas de la clientela y de George.

Al final los despidieron a los dos. Paul acabó teniendo una reyerta con George en la polvorienta Canyon Road, igual que en *Solo ante el peligro*. Se parecía un poco a Gary Cooper. Ella se parecía a Charles Laughton disfrazado de cowboy con el pintalabios negro de Bette Davis. Ganó ella.

En el caso de Benjamin pasó que al llegar una noche a trabajar había un mexicano con maracas cantando «*Nosotros, que nos quisimos tanto...*». Benjamin sacó su piano Yamaha de ruedas y, como pudo, lo montó en la furgoneta Volkswagen.

Aun así fue un buen año. Fogatas con leña de pino, risas. Los tres escuchaban música a todas horas. Miles, Coltrane, Monk. También

escuchaban grabaciones rayadas de Charles Olson, Robert Duncan, Lenny Bruce.

Paul era poeta. Daba la impresión de que nunca dormía.

Escribía, donde fuera, durante toda la mañana. Benjamin se levantaba a las tantas, ensayaba, pasaba la tarde tocando y escuchando música, con los auriculares puestos y la seriedad de un estudiante en un laboratorio de idiomas.

Benjamin era un hombre corpulento y tranquilo, un hombre bueno con un firme sentido del bien y del mal. Era paternal y paciente con Lisa, salvo cuando ella exageraba (a menudo), cosa que para él equivalía a mentir. Benjamin nunca hablaba en pasado o en futuro.

Cada noche la sorprendía cuando le hacía el amor. Era tierno, juguetón y apasionado, la besaba por todas partes, los ojos, los pechos, los dedos de los pies. Ella adoraba sus manos fuertes abarcando sus pechos y cómo la hacía correrse con la lengua. Adoraba la desnudez de sus ojos castaños mientras la penetraba.

Cada noche pensaba que por la mañana las cosas entre ellos serían distintas, después de lo que había pasado, igual que cuando perdió la virginidad creyó que no parecería la misma al día siguiente...

Después de hacer el amor Benjamin se ponía vaselina en las manos y unos guantes blancos y luego se colocaba un antifaz de Llanero Solitario y tapones en los oídos. Lisa se quedaba sentada en la cama, fumando, recordando detalles tontos que habían pasado ese día y deseando despertarlo.

Durante el día pasaba muchas horas con Paul, leyendo, hablando, discutiendo en la mesa de la cocina. Más adelante imaginó que todo ese tiempo llovía, porque Paul y ella pasaron meses leyendo a Darwin y W. H. Hudson y a Thomas Hardy, junto a un fuego de pino que también existía solo en su mente.

Luego estaba Tony. Un viejo amigo con quien Benjamin estudió en Harvard, rico y oscuramente atractivo. Llevó a Lisa de Albuquerque a Santa Fe en veinte minutos, en un Maserati, bajo la lluvia. Cuando otro coche no quitaba las largas, apagaba los faros.

Solía invitar a Lisa a cenar al club de George. Benjamin se esmeraba tocando bebop para su viejo amigo. «Round Midnight», «Scrapple from the Apple», «Confirmation».

Tony llevaba trajes italianos con solapa de cuero. Paul les ofrecía la carta, sin mediar palabra. Tony se estaba separando de su mujer. Suspiró.

–Chica, odio los finales... Lo mío son los comienzos.

–Genial –dijo Lisa–. Lo mío son los finales.

Sus ojos se encontraron por encima de las copas de cristal de cabernet sauvignon. «*And there will never, ever be another you...*», tocaba Benjamin. Una melodía de Chet Baker...

El idilio entre Lisa y Tony era inevitable, o eso dijo Tony. Vulgarmente predecible, dijo Paul. Benjamin no dijo nada de nada.

Ella tenía diecinueve años. No es una excusa, solo que estaba en una edad en la que hace falta una buena charla. Se derretía cuando Tony decía cosas como «Estamos hechos el uno para el otro. Los dos somos unicejos».

Una noche, cuando Benjamin llegó a casa, ella le suplicó.

–Ben. ¡Quiero palabras! ¡Necesito palabras! ¡Necesito cruzar una palabra contigo!

Él la miró. Se quitó la pajarita y los nueve gemelos de rubí de la camisa de gala. Se quitó la chaqueta y los zapatos y se sentó junto a ella en la cama plegable.

–Babs –dijo. (La llamaba Babs.)

Luego se quedó callado, mientras se quitaba los pantalones y los calzoncillos y los calcetines. Se sentó desnudo en la cama, cansado, y ella supo qué buen hombre era.

–Soy hombre de pocas palabras –dijo. Le sostuvo la cabeza entre las manos como si las apoyara en un teclado–. Te amo –dijo–. Te amo con todo mi corazón, ¿no lo sabes?

–Sí –dijo ella, y se dio la vuelta y lloró hasta quedarse dormida.

Todo fue muy apasionado y doloroso y, sí, vulgarmente predecible. Lisa dejó a Benjamin, y lo único que se llevó fue *Allá lejos y tiempo atrás*, de W. H. Hudson. Abandonó todo por Tony y el romance, pero Tony pasaba «por un periodo de muchos cambios», así que se fue a vivir sola a una casa de piedra en el cañón de Tijeras.

Benjamin llegó a la casa en la furgoneta. Ella suspiró desde la ventana al verlo acercarse. Paul caminaba detrás de él, pálido.

–Eh, Babs... Es hora de moverse. Nos vamos a Nueva York. Anda, sube – dijo Benjamin.

Lisa se quedó inmóvil, intentando pensar. Benjamin ya se había montado en la Volkswagen. Paul esperó en la puerta mientras ella reunía sus pocas pertenencias. Lisa encendió un cigarrillo y se sentó.

–Dios. Ve y monta de una vez.

A trompicones, siguió a Paul.

Cuando llegaron a casa, después de hacer el trayecto en silencio, Benjamin se puso el esmoquin y se fue a trabajar. Estaba tocando con Prince Bobby Jack, en el Club Skyline. «*She brings me coffee in my favorite cup...*» Blues del bueno.

Lisa y Paul empacaron todo en cajas de Licores M & B. Una luna increíble se volcaba fluorescente sobre la sierra de Sandía. Normalmente ella y Paul habrían saltado de alegría ante ese espectáculo. Se limitaron a contemplarlo, temblando afuera.

–Sé buena con él, Lisa. Te ama, con todo su corazón.

Benjamin y Lisa se marcharon a Nueva York a la mañana siguiente. Paul les dijo adiós con la mano y se alejó andando hacia los manzanos.

Lisa condujo casi todo el camino hasta Nueva York, incluso para pasar Chicago. Benjamin durmió la mayor parte del viaje, con el antifaz puesto, salvo cuando cruzaron el río Misisipi. Qué belleza, el río Misisipi.

Pasaron por el pueblecito donde Paul había nacido, y vieron la casa y el granero. Por lo menos Lisa insistió en que tenía que ser allí... Podía imaginarlo en el prado verde. Un niño de pelo dorado. Tordos alirrojos. Echaba mucho de menos a Paul.

–Bueno, Paul... –le dijo Lisa el segundo día de su visita a Nueva York, mientras caminaban bajo la llovizna por Varick Street–. ¿De qué querías hablarme?

–De nada, en realidad... Era solo que no quería despertar a Benjamin.
(Benjamin había tocado en una boda en el Bronx la noche anterior.)

–Nueva York fue una buena jugada –dijo luego–. No puedo creer cómo está tocando.

–¡En serio! Hombre, ha trabajado como una bestia... Seis meses solo para entrar en el sindicato, luego locales de *striptease*, bolos de una noche, el hotel Grossinger... Pero de vez en cuando ha alternado con algunos grandes músicos.

–Ha hecho varios conciertos buenos de jazz, ¿no?

–Ojalá lo hubieras oído tocar con Buddy Tate, con todas esas viejas glorias de la banda de Count Basie. Estuvo trepidante.

–Siempre está trepidante... Es un músico de primera.

Ella lo sabía.

–Vi a Red Garland la semana pasada, en el Birdland. Estaba en la barra. Lo saludé y me devolvió el saludo.

Seguía pensando en Red Garland, tarareando cómo tocaba «You're My Everything», cuando rozó el brazo de Paul en Varick Street. Sintió tal vértigo de deseo que se tropezó, y tuvo que dar un salto para no perder el paso. Soy terrible, se dijo, y se concentró en la acera. Quien pisa raya pisa medalla.

–¡Subamos al transbordador de Hoboken! –dijo, encantadora como siempre.

Cruzaron a la vieja estación marítima. Estaba desierta. Se notaba que era sábado por la mañana. Un quiosquero dormido, bigotudo, con un pisapapeles de *Time* apesado en la mano. Un gato se desperezó en el expositor de las revistas. Gatitos atontados, todos grises.

Estaba muy oscuro. La lluvia caía en remolinos arrastrando el hollín por claraboyas rajadas en forma de rombo. Los pasos de Paul y Lisa resonaban fuertes, nostálgicos, como en un gimnasio vacío y decadente, o en una estación de tren en Montana a altas horas de la noche durante una crisis familiar.

El transbordador apenas se divisaba en la niebla, una dama victoriana elegante y recia, esquivando remolcadores y lerdas barcasas de la basura. Crujió lentamente al arrimarse con cuidado al embarcadero. Los pasos de Paul y Lisa volvieron a resonar fuertes en la cubierta de madera. Las palomas

gemían por encima de ellos en el techo medio podrido, solo sus lustrosas plumas tornasoladas daban una nota de color a la mañana.

Eran los dos únicos pasajeros a bordo. Se rieron mientras cambiaban de asiento una docena de veces, paseando a sus anchas por las cubiertas. La bruma envolvía el barco.

–¡Paul! ¡Nueva York no existe! ¡Ni Nueva Jersey! ¡Quizá estamos en el canal de la Mancha!

Escudriñaron la bruma largo rato hasta que de pronto aparecieron fantasmagóricamente vagones de carga amarillos, furgones de cola rojos en la orilla de Jersey. Un sueño acerca de un apartadero de carga en Dakota del Norte.

El transbordador chocó contra los pilotes. Las gaviotas aletearon, y luego volvieron a posarse en equilibrio en los troncos oscilantes.

–Va, salgamos –dijo Paul.

–Si nos quedamos, no tenemos que pagar.

–Lisa, ¿por qué nunca haces las cosas como es debido? Por ejemplo, ¿por qué no te compras un recogedor de basura?

–Odio los recogedores –dijo ella, siguiéndole para bajar del barco. En realidad los compraba a menudo, pero los tiraba al cubo sin querer.

Volvieron de pie en la cubierta al aire libre, acodados en la baranda resbaladiza de sal, sin tocarse.

–Me gustaría veros felices –dijo él–. Cuando Ben fue a buscarte... Es el acto de valor más grande que he visto en un hombre. Te perdonó. Me entristece ver que calara tan poco.

Lisa quiso marearse con el movimiento del barco, para poder contarle que desde que estaba en Nueva York se pasaba el día entero hablando con él, que había guardado sus cartas para leerlas al anochecer en la azotea, donde el cielo se parecía al de Nuevo México.

Paul se pasó las manos por el pelo claro.

–Te he extrañado, Lisa. Te he extrañado mucho.

Ella asintió, con la cabeza inclinada, las lágrimas empañando el agua y la espuma como un vidrio esmerilado. Le castañeteaban los dientes.

Señaló el cartel de neón de WORLD del edificio del World Telegram que resplandecía a través de la bruma.

–Eso es lo primero que veo cuando abro los ojos cada mañana. WORLD. Solo que al revés, por supuesto.

Ahora que había despejado un poco, se distinguía su ropa tendida en la azotea del desván de Greenwich Street. Las prendas opacas ondeaban brillantes en contraste con los edificios ensombrecidos por la lluvia alrededor del ayuntamiento.

–¡Mira a Diana! –se rio Lisa.

La estatua de bronce de Diana se alzaba justo por encima de su ropa tendida, como si se dispusiera a lanzarla toda al río Hudson.

–De todos modos quien me perdonó fuiste tú, Paul –dijo.

Mientras se acercaban al embarcadero, las máquinas se apagaron. Incluso cuando los transbordadores van llenos es un momento de silencio terrible. El agua batiendo contra el casco de madera hasta que el barco atraca con un golpe sordo y sombrío y un estallido de gaviotas asustadas.

–Paul... –dijo Lisa, pero estaba sola.

Paul se había dado la vuelta. Iba caminando a largas zancadas, con su andar del oeste, hacia la verja metálica de proa, ansioso ya por volver.

Tiempo de cerezos en flor

Ahí estaba de nuevo, el cartero. Después de que se fijara en él la primera vez, Cassandra empezó a verlo en todas partes. Como cuando aprendes el significado de «exacerbar» y entonces todo el mundo empieza a decirlo y hasta sale en el periódico de la mañana.

Bajaba marchando por la Sexta Avenida, levantando mucho del suelo sus zapatos relucientes. Un/dos. Un/dos. En la esquina de la calle 13 volvió la cabeza hacia la derecha, giró sobre sus talones y desapareció. Iba repartiendo el correo.

Cassandra y su hijo de dos años, Matt, también hacían su ruta matutina. La charcutería, la tienda de licores A&P, la panadería, la estación de bomberos, la tienda de mascotas. A veces la lavandería. Pasar por casa para tomar la leche con galletas, luego volver a bajar, hasta Washington Square. En casa para almorzar y hacer la siesta.

Cuando se fijó por primera vez en el cartero, en cómo sus caminos se cruzaban y entrecruzaban, se preguntó por qué no lo había visto antes. ¿Su vida entera se habría alterado por cinco minutos? ¿Qué ocurriría si se alteraba una hora?

Entonces se fijó en que el cartero tenía la ruta calculada con tal precisión que durante varias manzanas seguidas ponía un pie en el otro lado de la calle justo cuando el semáforo se ponía en rojo. Nunca se desviaba de su camino, incluso las cortesías de rigor eran manidas y predecibles. Hasta que Cassandra se dio cuenta de que las suyas con Matt lo eran también. A las nueve, por ejemplo, un bombero subía a Matt al camión o le ponía el casco. A las diez y cuarto el panadero le preguntaba a Matt cómo estaba hoy su

hombretón y le daba una galleta de avena. O el otro panadero le decía a Cassandra, hola, preciosa, y le daba a ella la galleta. Cuando salían del portal y se asomaban a Greenwich Street ahí estaba el cartero, justo cruzando la calle.

Es comprensible, se dijo. Los niños necesitan ritmo, una rutina. Matt era muy pequeño, le gustaban sus paseos, su rato en el parque, pero a la una en punto se ponía de mal humor, necesitaba comer y una siesta. Aun así ella empezó a intentar variarle el horario. Matt reaccionó mal. No le apetecía quedarse jugando en la arena o amodorrarse en el columpio hasta después del paseo. Si volvían pronto a casa, estaba demasiado acelerado para dormir la siesta. Si iban a la tienda después del parque, gimoteaba, se retorció para salir del cochecito. Así que volvieron a la rutina habitual, a veces pisándole los talones al cartero, otras cuando acababa de cruzar la calle. Nadie se interponía en su camino o conseguía adelantarlo. Un/dos. Un/dos, trazaba una estela en línea recta por el centro de la acera.

Una mañana podrían no habérselo cruzado, si, como de costumbre, se hubiesen entretenido un rato en la tienda de mascotas. Pero en el medio de la tienda había una nueva jaula. Ratones danzando. Docenas de ratoncitos grises correteando en círculos enloquecidos. Habían nacido con una malformación en el tímpano, así que corrían y corrían como posesos. Cassandra sacó a Matt de la tienda y casi se chocaron con el cartero. Al otro lado de la calle una lesbiana llamaba a gritos a su amante en la cárcel de mujeres. Estaba allí cada mañana a las diez y media.

En la Sexta Avenida pararon en la charcutería a comprar higaditos de pollo, y luego al lado para recoger la ropa de la lavandería. Matt cargó la compra, ella empujaba la colada en un carrito. El cartero se saltó un paso para evitar las ruedas del carrito.

El marido de Cassandra, David, llegaba a casa a las seis menos cuarto. Tocaba tres veces el interfono y ella le contestaba con tres pitidos. Matt y ella esperaban en la baranda, viéndolo subir uno, dos, tres, cuatro tramos de escaleras. ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Se abrazaban y él entraba. Se sentaba a la mesa de la cocina con Matt en el regazo, aflojándose la corbata.

–¿Cómo ha ido? –preguntaba ella.

«Igual», contestaba él, o «peor». Era escritor, estaba a punto de terminar

su primera novela. Detestaba el trabajo que hacía en la editorial, no le quedaba tiempo ni energía para su libro.

–Lo siento, David –decía ella, y preparaba una copa para los dos.

–¿Qué tal vuestro día?

–Bien. Paseamos, fuimos al parque.

–Genial.

–Matt durmió la siesta. Yo he leído a Gide –(intentaba leer a Gide; normalmente leía a Thomas Hardy)–. Resulta que hay un cartero...

–No me digas.

–Me deprime ese hombre. Es como un robot. Todos los santos días sigue el mismo horario, tiene calculados hasta los semáforos. Hace que mi propia vida me parezca triste.

David se enfadó.

–Ya, pobrecita. Mira, todos hacemos cosas que no queremos. ¿Crees que a mí me gusta estar en el departamento de libros de texto?

–No me refería a eso. Me encanta lo que hago. Solo que no quiero tener que hacerlo a las diez y veintidós. ¿Entiendes?

–Supongo. Anda, moza, prepárame un baño.

Siempre se lo decía, en broma. Y entonces ella iba a prepararle un baño y hacía la cena mientras él se bañaba. Comían cuando salía, con el pelo negro reluciente. Después de cenar, David escribía o pensaba. Ella lavaba los platos, le daba un baño a Matt y le leía, le cantaba. «Texarkana Baby» y «Candy Kisses» hasta que se quedaba dormido, con un hilo de baba colgando de sus labios rosados. Luego Cassandra leía o cosía hasta que David decía: «Vamos a descansar», y se iban a la cama. Hacían el amor, o no, y se dormían.

A la mañana siguiente se quedó despierta en la cama, con dolor de cabeza. Esperó a que él dijera «Buenos días, mi sol», y lo dijo. Cuando se marchó esperó a que la besara y se despidiera con un «No hagas nada que yo no haría», y así fue.

De camino a Washington Square pensó que un niño se iba a caer del tobogán y se cortaría el labio. Más tarde, en el parque, Matt se cayó del

columpio y se cortó el labio. Cassandra apretó el corte con un clínex, se contuvo para no echarse a llorar también. ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué más quiero? Dios, déjame ver las cosas buenas... Se obligó a mirar alrededor, a salir de sí misma, y de pronto vio que los cerezos estaban en flor. Habían ido brotando poco a poco, pero ese día estaban espléndidos. Entonces, como si fuera porque había visto los árboles, la fuente se encendió. ¡Mira, mamá!, gritó Matt, y echó a correr. Todos los niños y sus madres fueron corriendo hasta la fuente centelleante. El cartero pasó de largo como de costumbre. No pareció advertir que estaba encendida, el agua lo salpicó. Un/dos. Un/dos.

Cassandra llevó a Matt a casa para la siesta. A veces ella se dormía también, pero generalmente cosía o trajinaba en la cocina. Le encantaba ese momento perezoso del día cuando el gato bostezaba y los autobuses pasaban surcando la calle, cuando los teléfonos sonaban sin parar. La máquina de coser zumbaba como las moscas en verano.

Pero esa tarde el sol se reflejaba en el cromo de la cocina, la aguja de la máquina se rompió. De la calle llegaban frenazos, chirridos. Los cubiertos tintineaban en el escurridor, un cuchillo rechinó contra el esmalte. Cassandra troceaba perejil. Un/dos. Un/dos.

Matt se despertó. Le lavó la cara, con cuidado de no rozarle el labio. Tomaron batidos, esperaron con bigotes de chocolate a que David volviera a casa, a que llamara tres veces al interfono.

Cassandra deseó poder contarle que se sentía fatal, pero era David quien lo pasaba mal trabajando en ese sitio, sin tiempo para su libro. Así que cuando le preguntó qué tal había ido el día, le dijo:

–Ha sido un día maravilloso. Los cerezos están en flor y han encendido la fuente. ¡Es primavera!

–Genial –David sonrió.

–El cartero se ha mojado al pasar –añadió ella.

–No me digas.

–Hoy no iremos a la tienda –le dijo Cassandra a Matt.

Hicieron galletas de mantequilla de cacahuete y Matt las pinchó una a una con el tenedor. Muy bien. Ella preparó emparedados y leche, puso unas

mantas y una almohada en el carrito de la colada. Fueron por un camino completamente distinto, bajando la Quinta Avenida, hasta Washington Square. Era bonito encontrarse de frente con el arco, enmarcando los árboles y la fuente.

Jugaron juntos a la pelota, Matt jugó en el tobogán y en el arenero. A la una Cassandra tendió la manta para hacer un pícnic. Comieron emparedados, ofrecieron galletas a la gente que pasaba. Después de almorzar, al principio, Matt no quería dormir, ni siquiera con su manta y su almohada, pero ella le cantó «*She's my Texarkana baby and I love her like a doll, her ma she came from Texas and her pa from Arkansas*», una y otra vez hasta que al final se quedó dormido, y ella también. Durmieron mucho rato. Cassandra se asustó al despertarse porque abrió los ojos y vio las flores rosadas con el cielo azul de fondo.

Cantaron de regreso a casa, parando en la lavandería a recoger la colada. Al salir, empujando el carro cargado, Cassandra se sorprendió al ver al cartero. No lo habían visto en todo el día. Con desgana siguió andando detrás de él hacia el paso de cebra. Entonces soltó el carrito, dejó que rodara hasta chocar contra sus tobillos. Le enganchó el pie de tal forma que un zapato se le salió. El cartero giró la cabeza y la miró con odio, se agachó a desatarse el zapato y a ponérselo de nuevo. Ella recuperó el carrito y el cartero empezó a cruzar la calle. Pero era demasiado tarde, el semáforo se puso en rojo cuando estaba en mitad de la calzada. Una camioneta de reparto de Gristedes dobló la esquina y clavó los frenos para no llevarse al cartero por delante. El hombre se paralizó, aterrorizado, luego acabó de cruzar la calle y bajó por la 13, corriendo.

Cassandra y Matt siguieron derecho hasta la calle 14 y dieron la vuelta a la manzana hasta el edificio donde vivían. Era una manera completamente distinta de ir a casa.

David llamó al interfono a las seis menos cuarto. ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

—¿Qué tal el día?

—Igual. ¿Y el vuestro?

Matt y Cassandra se interrumpían a cada momento, hablándole de cómo

les había ido, del pícnic.

–Fue precioso. Dormimos bajo los cerezos en flor.

–Genial –David sonrió.

Ella sonrió también.

–Volviendo a casa asesiné al cartero.

–No me digas –dijo David, aflojándose la corbata.

–David. Habla conmigo, por favor.

Una noche en el paraíso

A veces con los años miras atrás y dices, ese fue el comienzo de... O éramos tan felices entonces... antes... después... O piensas, seré feliz cuando... una vez consiga... si nosotros... Hernán sabía que era feliz ahora. El hotel Océano estaba lleno, sus tres camareros trabajaban a toda velocidad.

No era de esos hombres que se preocupaban por el futuro o se recreaban en el pasado. Echó del bar a los chicos que vendían chicles sin pensar que también él se había criado huérfano en las calles. Rastrillando la playa, lustrando zapatos.

Empezaron a construir el Océano cuando tenía doce años. Hernán hacía recados para el dueño. Idolatraba al *señor* Morales, que vestía con traje blanco y sombrero de jipijapa. Unos carrillos a juego con las bolsas de las ojeras. Desde la muerte de su madre el *señor* Morales era el único que llamaba a Hernán por su nombre. Hernán. No, eh, chico, *ándale hijo, vete callejero. Buenos días, Hernán.* A medida que las obras del edificio progresaban el señor Morales le pidió que se encargara de limpiar cuando se iban los peones. Una vez el hotel estuvo terminado lo contrató para trabajar en la cocina. Le dio un cuarto en la azotea donde vivir.

Otro hombre habría contratado personal con experiencia de otros hoteles. Los cocineros y el recepcionista en el nuevo Océano eran de Acapulco, pero todos los demás empleados eran golfillos analfabetos de la calle como Hernán. Todos se sentían orgullosos de tener un cuarto, un cuarto de verdad para ellos en la azotea. Duchas y aseos para los hombres y las mujeres que trabajaban allí. Treinta años después todos esos hombres seguían trabajando en el hotel. Las lavanderas y las doncellas habían venido de pueblos de

montaña como Chacala o El Tuito. Las mujeres se quedaban hasta que se casaban o hasta que las vencía la añoranza. Las nuevas eran siempre muchachas recién llegadas de los cerros.

Socorro era de Chacala. Hernán la vio por primera vez plantada en la puerta de su cuarto con un vestido blanco, las trenzas entreveradas con una cintita de satén rosa. Aún no le había dado tiempo a soltar el hatillo de sus pertenencias atado con un cordel. Encendía y apagaba la luz. Quedó fascinado por su candor. Se sonrieron. Los dos tenían quince años, y los dos se enamoraron en ese mismo momento.

Al día siguiente el *señor* Morales vio que Hernán miraba a Socorro en la cocina.

–Es una preciosidad, ¿no?

–Sí –dijo Hernán–. Voy a casarme con ella.

Dobló turnos durante dos años hasta que pudieron casarse y mudarse a una casita cerca del hotel. Cuando nació su primera hija, Claudia, Hernán era aprendiz de barman. Después de que naciera Amalia era ya un barman experto y Socorro dejó de trabajar. Su segunda hija, Amalia, iba a celebrar su fiesta de *quinceañera* dentro de un par de semanas. El *señor* Morales era padrino de las dos niñas y daría la fiesta en el hotel. Soltero, parecía querer a Socorro y las chicas casi tanto como a Hernán, nunca se cansaba de elogiarlas delante de la gente.

–Son tan maravillosas, tan lindas. Delicadas y puras y dignas y...

–Listas, fuertes, trabajadoras –añadía Hernán.

–*Dios mío...* Esas mujeres tienen un pelo... *tan, pero tan brillante.*

John Apple estaba en la barra como de costumbre, mirando hacia el *malecón* por encima de la playa. Camiones y autobuses pasaban retumbando por los adoquines del paseo. John sostenía la cerveza en la mano, farfullando.

–¿Hueles esos humos apestosos? Qué jaleo. Pasa igual en todas partes ahora, Hernán. Se acabó el paraíso. El fin de nuestra aldea de ensueño con tufillo a pescado.

Aunque Hernán tenía un inglés muy bueno se perdía matices como el de ese comentario. Solo sabía que llevaba años oyendo lo mismo. Ignoró el

suspiro de John cuando volvió a fingir que apuraba el vaso vacío. Que lo invitara otro a la próxima copa.

–El fin no –dijo Hernán–. Un nuevo Puerto Vallarta.

Se estaban levantando docenas de complejos de lujo, acababa de inaugurarse un gran aeropuerto. En lugar de un vuelo a la semana había cinco o seis vuelos internacionales al día. Hernán no añoraba nada la antigua tranquilidad del pueblo, cuando ese era el único bar en condiciones y él era el único empleado. Le gustaba contar con tantos camareros. Ni siquiera estaba cansado cuando volvía a casa, podía cenar con Socorro, leer el diario, charlar un rato.

No paraba de entrar gente. Hernán mandó a Memo a la cocina a buscar a los botones para que echaran una mano, trajeran algunas sillas extra. La mayoría de los huéspedes del hotel eran periodistas o parte del elenco y el equipo de rodaje de *La noche de la iguana*. Muchos estaban en el bar mezclándose con la gente moderna del pueblo, mexicanos y gringos que vivían allí. Los turistas y las parejas en luna de miel buscaban a Ava y a Burton y a Liz.

En esos tiempos ponían una película mexicana cada semana en la plaza. No había televisión, así que la gente no quedó impresionada por el elenco de *La noche de la iguana*. En cambio todo el mundo sabía quién era Elizabeth Taylor. Su marido, Richard Burton, actuaba en la película.

A Hernán le caían bien, y le caía bien el director, John Huston. El viejo siempre era respetuoso con Socorro y con sus hijas. Les hablaba en español y se levantaba el sombrero cuando las veía por el pueblo. Socorro hizo que su hermano trajera *raicilla* de las montañas de Chacala, mezcal casero para el *señor* Huston. Hernán lo guardaba en un tarro enorme de mayonesa debajo de la barra, intentaba espaciar los tragos y rebajarlo siempre que podía sin que el *señor* Huston se diera cuenta.

Abogados y banqueros mexicanos probaban su inglés con la rubia ingenua, Sue Lyon. Ruby y Alma, divorciadas americanas, flirteaban con los cámaras. Eran muy ricas las dos, tenían casas en un acantilado con vistas al mar. Seguían creyendo que encontrarían un romance en el bar del Océano. Solían conocer a hombres casados que hacían excursiones de pesca, o ahora a locutores o cámaras. Nunca hombres que quisieran quedarse mucho tiempo.

Alma era dulce y hermosa hasta que de madrugada sus ojos y su boca se amorataban y su voz se volvía un lloriqueo, como si solo deseara que le pegaras y te largaras. Ruby rondaba los cincuenta, estaba estirada y teñida y retocada de pies a cabeza. Era divertida y estupenda, pero después de beber mucho se ponía terrible y luego mustia y entonces Hernán le pedía a alguien que la llevara a casa. John Apple fue a sentarse con ellas. Alma le pidió un margarita doble.

Luis y Víctor se quedaron en la entrada el tiempo necesario para que todo el mundo se fijara en ellos. Se acercaron a la barra y se sentaron en un lugar visible. Morenos y guapos, los dos llevaban pantalones blancos ceñidos, camisas blancas abiertas. Descalzos, con una cadenita brillante en el tobillo. Sonrisas radiantes, pelo negro húmedo. *Ratoncitos tiernos*. Así llaman las putas a los jóvenes provocativos.

Hernán ya estaba trabajando en la cocina del Océano cuando los conoció, de niños. Mendigando de los turistas, desplumando a los borrachos. Habían venido de Culiacán, se llamaban uno al otro *compa*, por *compadre*.

Durante años Luis y Víctor habían pasado la noche bajo los *petates* de las barcas, y por el día se buscaban la vida. Hernán los comprendía y no los juzgaba, ni siquiera por robar. No le sorprendía cómo trataban a las mujeres. A las mujeres sí las juzgaba, en cambio. Un día había visto a Víctor abordando a Amalia en el *malecón*. Ella llevaba la falda de cuadros escoceses y la blusa blanca del colegio, y sujetaba los libros contra sus jóvenes pechos. Hernán salió corriendo del bar y cruzó la calle. «¡Vete a casa!», le ordenó a Amalia. A Víctor le dijo: «Si vuelves a hablar con una de mis hijas, te mato».

Hernán sirvió unos martinis en copas frías, se los puso a Memo en la bandeja. Dejó la barra y se acercó a los jóvenes.

–*Quibo*. ¿Por qué me pone tan nervioso veros a los dos en mi bar?

–*Cálmate, viejo*. Hemos venido a presenciar dos acontecimientos históricos.

–¿Dos? Uno debe de ser Tony y el otro Beto. ¿Qué pasa con Beto?

–Va a venir a festejar con la gente de la película. Consiguió un papel en *La noche de la iguana*. Dinero de verdad. *Lana*.

–*¡No me digas!* Bien por él. Así que ahora no es un simple playero. ¿Qué papel hace?

–¡Hace de playero!

–Verás cómo mete la pata. Ya sé cuál es el otro acontecimiento. Tony se ha liado con Ava Gardner.

–Eso no es ninguna novedad. *Fíjate*. ¡Ahí está el acontecimiento!

Un magnífico Chris-Craft nuevo entró en el puerto dejando una estela, meciendo el agua morada a la luz del crepúsculo. Tony se levantó y saludó con la mano, soltó el ancla de *La Ava*. Un chiquillo fue a buscarlo en un bote de remos.

–*Híjola*. ¿En serio lo ha comprado para él?

–El título está a su nombre. Anoche ella lo estaba esperando, desnuda en una hamaca, con el papel pegado a la teta. Adivina qué fue lo primero que hizo Tony.

–Fue a ver el barco.

Los tres rieron a la vez que la bella Ava bajaba con paso vacilante las escaleras, sonriendo a todo el mundo. Se sentó sola en un reservado, a esperar a Tony. Hernán se alegró de que, aunque todo el mundo la observaba y la admiraba, nadie la molestara. Mis clientes tienen modales, pensó.

Hernán volvió detrás de la barra, trabajó rápido para recuperar el rato perdido. *Pobrecita*. Es tímida. Se siente sola. Tarareó una tonada de una película de Pedro Infante. *Ustedes los ricos*.

Hernán miró embobado igual que los demás cuando los amantes se saludaron con un beso. Centellearon los flashes como bengalas por toda la sala. A ella todos los gringos la conocían, el pueblo entero adoraba a Tony. El muchacho tenía unos diecinueve años. Llevaba el pelo largo, con mechass rubias del sol, ojos color miel y una sonrisa angelical. Siempre había trabajado en los barcos descargando, cargando, sacando viajes de gorra, ahorrando con la idea de comprarse su propia lancha, algún día, para llevar a los turistas a hacer esquí acuático.

Las historias diferían. Unos decían que fue en una partida de dados, otros que pagó a Diego de su bolsillo para que lo dejara llevar cada día el barco de las estrellas de cine al rodaje en Mismaloya. A los tres días de no quitarle esos ojos dorados de sus ojos verdes, ella empezó a salir en el barco con él durante los descansos hasta que, en palabras de Tony, la fortuna le sonrió. Memo decía que Tony había caído muy bajo, que era un gigoló.

–Míralo –lo aplacó Hernán–. Está enamorado. No le va a hacer daño.

Al otro lado del salón Luis llamó a una turista mayor que pasaba junto a la barra.

–Por favor, señora, acompáñenos. Soy Luis, y este es Víctor. Ayúdenos a celebrar mi cumpleaños –dijo.

–Vaya, me encantaría –sonrió la mujer, sorprendida. Pidió bebidas, pagó al camarero con un puñado de billetes. Se reía, complacida por sus atenciones, sacó todas las compras que había hecho para enseñárselas.

Luis había dejado atrás sus años de playero. Tenía una tiendecita de ropa que causaba furor. Vendía pinturas coloniales y obras de arte precolombino. Nadie sabía de dónde las sacaba o quién las hacía. Enseñaba yoga a las gringas, las mismas que le compraban vestidos de todos los colores. Era difícil saber si Luis amaba a las mujeres o las odiaba. Las hacía sentirse bien. Les sacaba dinero a todas, de una manera o de otra.

Memo le preguntó a Hernán si las mujeres pagaban por acostarse con Luis. *¿Quién sabe?* Sospechaba que salía con ellas, las llevaba a casa y les robaba cuando se dormían. Luego debía de darles demasiada vergüenza contarle. Hernán no sentía ninguna lástima por esas mujeres. Se lo buscaban. Viajando solas, bebiendo, entregándose a los primeros *callejeros* que conocían.

Beto entró con Audrey, una chica de unos quince años, hippy. Pelo rubio sedoso, la cara de una diosa. Los reporteros hicieron saltar los flashes y la actriz rubia se puso de morros. Audrey se movía como la miel. Tenía los ojos ciegos de una estatua.

Víctor fue a la barra a hablar con alguien. Hernán le preguntó qué se había metido Audrey.

–Seconal, Tuinal, algo así.

–No se lo vendes tú, ¿verdad?

–No. Cualquiera puede conseguir somníferos en la farmacia. La dejan suave como la seda.

Beto estaba sentado con el equipo. Brindaban a su salud, intentando hablar español. Él sonreía y bebía. Beto siempre tenía esa cara estúpida de quien acaba de despertarse en el autobús.

El *señor* Huston le hizo a Hernán un gesto para que le pusiera una *raicilla*.

Hernán le llevó personalmente la copa, curioso por saber a santo de qué el director le hablaba a Audrey tan enojado. El *señor* Huston dio las gracias a Hernán, mandó recuerdos para la familia. Luego le contó que Audrey era hija de una amiga muy querida, una gran actriz de teatro. Audrey se había escapado de casa el año anterior.

–Imagine cómo se siente la madre. Audrey era más joven que sus dos hijas cuando se esfumó.

Audrey le suplicaba al *señor* Huston que no revelase dónde estaba.

–Beto me ama. Al fin alguien me ama solo por lo que soy. Y ahora Beto tiene trabajo. Podemos buscarnos un apartamento.

–¿Qué droga has tomado?

–Tengo sueño, bobo. ¡Vamos a tener un bebé!

Se levantó, dio un beso al viejo.

–Por favor –dijo, y fue a sentarse un poco más atrás de Beto, tarareando muy bajito.

El *señor* Huston se puso de pie, aparatosamente, tumbando la silla. Se acercó a Beto, empezó a hablar, y luego movió la cabeza y salió del bar con grandes zancadas. Cruzó la calle y se sentó a fumar junto al *malecón*, mirando hacia el mar.

Hernán se fijó en que los reporteros y las mujeres y todos en el equipo de rodaje conocían a Víctor; muchos se paraban a hablar con él. Víctor iba al aseo de caballeros a menudo, antes o después de que entrara un gringo. Era quien más marihuana pasaba en el pueblo, y tenía varios consumidores discretos de heroína. Esto era otra cosa. Nadie salía luego a dar un paseo por la playa.

Hernán había oído rumores de que ya circulaba en Acapulco. Bueno, ahora Puerto Vallarta tiene su propia cocaína, pensó.

Sam Newman llegó en un taxi, saludó a Hernán mientras cruzaba el patio para registrarse y que le subieran las maletas. Se acercó a Tony y Ava Gardner, abrazó a Tony y le besó la mano a Ava. Antes de llegar a la barra se paró en varias mesas, estrechando manos, saludando con un beso a las mujeres que conocía, fijándose en las desconocidas, y se notó que todas se animaban al verlo. Sam era un estadounidense atractivo, desenvuelto, casado con una mujer rica más mayor que le daba rienda suelta. Vivían al sur en la

costa, en Yelapa. Sam iba al pueblo cada pocas semanas en busca de provisiones y a tomarse un respiro. Vivir en el paraíso lo agotaba, dijo. Sonriente, se sentó en un taburete de la barra y le dio a Hernán una bolsa de café Juan Cruz.

–Gracias, Sam. Socorro echaba de menos su café –Hernán le preparó un Bacardí doble con agua de Tehuacán–. ¿Viniste en el *Paladín*?

–Sí, por desgracia. Abarrotado de turistas. Y John Langley. Adivina lo que dijo.

–Estamos todos en el mismo barco.

–Siempre dice lo mismo. Tiene una nueva. Pasamos por el rodaje y una señora le agarró del brazo. «Disculpe, ¿Mismaloya?» Langley le quitó la mano de su brazo y dijo con ese acento inglés suyo tan petulante: «Mister Maloya para usted, señora». Bueno, y además del barco de Tony, ¿qué hay de nuevo?

Hernán le habló de la carrera cinematográfica de Beto y de que Audrey se había escapado de casa y estaba preñada y consumía drogas. Invitó a Sam a la fiesta de *quinceañera* de Amalia. Allí estaría, por supuesto, dijo Sam. Hernán se alegró.

–El *señor* Huston también va a venir. Es un gran hombre, un hombre de honor.

–Qué bueno que lo sepas. Me refiero a que te des cuenta sin saber que es un gran hombre de verdad. Un hombre famoso.

Alma se acercó, besó a Sam en los labios. John Apple volvió a la barra y Sam le invitó a un margarita doble.

Luis y la turista mayor se marchaban en un taxi. Víctor se había sentado con algunos reporteros. Hernán no sabía cómo actuar con Víctor. Nunca haría que lo arrestaran, pero no quería que hiciera sus trapicheos en el Océano. Por la noche se lo comentaría a Socorro. Ella siempre sabía lo que había que hacer.

–Sam, llévame a conocer a Ava Gardner, por favor –dijo Alma–. Quiero invitarla a mi casa.

Ella y Sam fueron y se unieron a la pareja de enamorados. Al pasar, Sam se detuvo a decirle algo a Víctor. Asentían, bajando la mirada mientras hablaban.

El *señor* Huston volvió adentro y se sentó en «su» amplio reservado. Llegaron Richard y Liz. Allá donde iban era como si alguien lanzara una granada por la ventana. Estallaban los flashes, la gente gemía y chillaba, gritaba «¡Aaah, aaah!». Las sillas rascaban el suelo y se caían, las copas se hacían añicos. Correteos de aquí para allá.

La pareja repartió sonrisas alrededor y saludó, como cuando cae el telón, antes de sentarse con el *señor* Huston en el reservado. Liz le sopló un beso a Hernán, que ya preparaba una bandeja con un margarita doble para ella, agua de Tehuacán para Burton, que no bebía. Una *raicilla* con tequila a palo seco para el director. Un poco de guacamole y salsa, como a ella le gustaba, con mucho ajo. Liz estaba despotricando. A Hernán le caía bien; era cálida y deslenguada. Ella y Burton se reían a carcajadas, simplemente estaban en lo que estaban, juntos, en el lugar, en la vida.

Poco a poco el bar se fue vaciando a medida que la gente iba a cambiarse para la cena. Se marchaban andando o en alguno de los taxis que hacían fila delante del hotel. Víctor se fue a pie con cinco o seis hombres, hacia el norte, la parte «mala» del pueblo. Sam y Alma arrancaron en su jeep con Tony y Ava.

Ruby, Beto y Audrey dormían a pierna suelta. John Apple se ofreció a llevarlos a casa en el coche de Ruby. Hernán sabía que John estaba pensando en asaltarle el mueble bar y el frigorífico. Al menos aún estaba en condiciones de conducir. Memo y Raúl los ayudaron a llegar al coche.

En el bar quedaban dos viejos, tomando brandy Madero en grandes copas de balón. Prepararon un tablero de ajedrez y empezaron a jugar. Una joven pareja de recién casados entró de dar un paseo por el *malecón*, pidieron un tinto de verano.

Hernán limpió la barra, enderezó y repuso las botellas. Memo estaba ya dormido, sentado como si hiciera guardia, en una silla junto a la cocina. Hernán miró hacia el mar y las palmeras, escuchando a Liz y Burton y a John Huston. Discutían, reían, repetían frases de la película, o de otras películas, quizá. Cuando les llevó otra ronda, Liz le preguntó si estaban armando demasiado escándalo.

–No, no –dijo Hernán–. Es maravilloso oír a la gente hablar de su trabajo cuando aman lo que hacen. Sois muy afortunados.

Se sentó detrás de la barra con los pies en un taburete. Raúl le llevó *café con leche y pan dulce*. Mojó los bollos en el café mientras leía el diario. Ahora vendrían unas horas agradables de tranquilidad. Quizá más tarde algunos se tomaran una última copa antes de irse a la cama. Luego se iría andando a su casa, que no estaba lejos, donde Socorro estaría esperándolo. Cenarían juntos y charlarían de cómo les había ido el día y la noche, de sus hijas. Él le contaría todos los chismes. Reñirían. Ella siempre salía en defensa de las mujeres. Sentía lástima por Alma y Ruby, sin nadie que las protegiera. Hernán le contaría lo de Víctor y las drogas. Hasta Sam parecía estar hablando de drogas con él. Socorro le frotaría la espalda cuando se acostaran. Se reirían de cualquier cosa.

–Dios, qué afortunado soy –había hablado en voz alta. Avergonzado, miró alrededor. Nadie lo había oído. Sonrió y dijo–: ¡Soy muy afortunado!

–Hernán, ¿qué haces ahí hablando solo? –Elizabeth Taylor le preguntó de lejos.

–Echo de menos a mi esposa. ¡Aún me faltan cuatro horas para verla!

Le pidieron que les recomendara un restaurante. Les dijo que fueran al italiano detrás de la iglesia. Nunca van turistas, creen que es de locos comer comida italiana en México. Es tranquilo y bueno.

Se marcharon, y luego la pareja de luna de miel y los jugadores de ajedrez subieron a las habitaciones. Raúl dormía enfrente de Memo junto a la puerta de la cocina. Parecían figuras decorativas, títeres gigantes para turistas, con sus *boleros* negros y fajas rojas y bigotes.

Hernán estaba a punto de quedarse dormido también cuando la puerta de un taxi se cerró de golpe. Luis salió con la vieja gringa. Estaba tan borracha que se caía. Pancho fue a ayudarlo a subirla a su habitación. Luis no volvió a bajar.

Al cabo de unos minutos la puerta de otro taxi se volvió a cerrar de golpe, una mujer gritó «¡Patán!» y entonces Ava Gardner entró andando con solo un zapato de tacón alto, haciendo un eco sincopado mientras cruzaba el patio y subía las escaleras. La puerta del mismo taxi se cerró de nuevo y Hernán se sorprendió al ver a Sam, sin zapatos ni camisa. Tenía un ojo morado, un corte y el labio hinchado.

–¿Cuál es su habitación?

–Arriba del todo, la segunda, del lado del mar.

Sam subió, cambió de idea y volvió a bajar, tendiendo la mano hacia la copa que Hernán le ofrecía. Habló como si llevara la boca anestesiada con novocaína, de tan hinchado que tenía el labio.

–Hernán. No puedes contárselo a nadie. Mi reputación quedaría hecha trizas. Tienes ante ti a un hombre caído en desgracia. Totalmente humillado. ¡La insulté! Ay, Dios.

Otro taxi, otro portazo. Tony entró corriendo, le caían lágrimas por las mejillas. Subió las escaleras volando y empezó a aporrear su puerta.

–*¡Mi vida! ¡Mi sueño!*

Otras puertas se abrieron en el pasillo. «¡Calla de una vez, loco!» «¡Silencio, silencio!»

Tony bajó de nuevo. Abrazó a Sam, se disculpó y le estrechó la mano. Lloraba con hipidos, como un niño.

–Sam, ve a hablar con ella. Tú se lo puedes explicar. No hablo inglés. Dile que estaba muy oscuro. ¡Explícaselo, por favor!

–No sé, Tony. Está enfadadísima conmigo. Vamos. Basta con que vayas a su lado y la beses, déjale ver esas lágrimas de cocodrilo.

Hernán los interrumpió.

–No sé qué ha pasado. Pero apuesto a que la señora ni siquiera se acordará mañana del episodio tan terrible de esta noche. ¡No se lo recuerdes!

–Bien pensado. Eres nuestro hombre, Hernán.

Sam subió con Tony, abrió la puerta de Ava con una tarjeta de crédito y empujó suavemente a Tony dentro de la habitación. Esperó un poco pero Tony no salió.

Sam se quedó en el patio empedrado, sosteniendo en alto la tarjeta, hablando ante una cámara invisible.

–¡Qué tal, amigos! Soy Sam Newman, trotamundos, hedonista, vividor. No iría a ninguna parte sin mi tarjeta American Express.

–Sam, ¿qué haces?

–Nada. Mira, Hernán... Tienes que jurarlo.

–Por mi difunta madre. Vamos, cuéntamelo todo.

–Bueno... Ay, Dios. Pues resulta que llegamos a casa de Alma y le pide a la cocinera que nos prepare la cena. Salimos a la terraza, seguimos bebiendo.

Ponemos música. A Tony no le sienta bien el alcohol, por lo general nunca toma. Y yo apenas había empezado. Pero esas dos mujeres iban como una cuba. Estaba oscuro y estábamos todos medio tirados en esos divanes con colchón de agua que tiene cuando Alma agarra a Tony de la mano y, bueno, se lo lleva al dormitorio. Ava está mirando las estrellas, y a mí me entra el pánico, entonces se da cuenta de que se han ido, se levanta y sale disparada, me arrastra para ir a buscarlos. Bueno, están en la cama de Alma, desnudos, metidos en faena. Pensé que Ava iba a agarrar cualquier cosa y liarse a golpes pero no, solo sonrío y me conduce de nuevo a la terraza. Ay, Señor, ¿cómo he podido fallar? Soy una vergüenza. Un despojo. Ahí mismo delante de Dios y de todo el mundo Ava Gardner deja caer el vestido y se echa en el diván desnuda. Señor, ayúdame. Amigo mío, qué escultura de mujer. Del color del flan de caramelo, de los pies a la cabeza. Sus pechos son el cielo en la tierra. Sus piernas..., ¡joder, es la maldita duquesa de Alba! No, no, ¡es la condesa descalza! Así que me quito la ropa y me tumbo a su lado. Y ahí está. Ava, en carne y hueso, palpitante. Mirándome a los ojos con esos ojos verdes que YO CONOZCO. Pues mi pájaro voló del nido. Se fue a Tijuana, los huevos se largaron a Ohio. Y esa condesa, esa diosa, hizo todo lo posible y más. No hubo manera. Me estaba muriendo de vergüenza. Así que quise disculparme, y mira si seré IDIOTA que voy y le digo: «Uf, lo siento. ¡Es que estoy locamente enamorado de ti desde que era un crío!». Ella fue quien me atizó en el labio. Entonces aparece Tony y empieza a molerme a palos de verdad. Justo en ese momento entra la dichosa cocinera, enciende la luz y dice «La cena está servida». Le di a la cocinera algo de dinero y le pedí que fuera a buscarme un taxi, me puse los pantalones y salí por piernas. La cocinera volvió con un taxi. Me metí dentro, y entonces Ava se metió detrás de mí. Tony nos perseguía por la calle, pero ella no dejó que el chófer parara. Ava Gardner. Estoy por pegarme un tiro.

Tony bajó la escalera con pasos ligeros y fue hasta la barra.

–Me perdona, me quiere. Ahora está durmiendo.

–¿Deberíamos volver a la cena? –dijo Sam con una sonrisa burlona.

Tony se ofendió. Luego, al cabo de un rato dijo que en realidad estaba muerto de hambre. Memo se había despertado, no se había perdido detalle. Dijo que también tenía hambre, más valía que fueran a la cocina y prepararan

el desayuno.

Víctor llegó solo, se sentó en una mesa al fondo del salón, ya en penumbra. Raúl le llevó cacao caliente y *pan dulce*. Víctor nunca bebía ni tomaba drogas. Hernán creía que ya debía de ser rico. Raúl le contó a Víctor que Luis estaba aún arriba.

–Esperaré –dijo.

Memo salió de la cocina justo cuando varias personas entraban para beber una copa después de cenar. Tony fue con Víctor a esperar a Luis. Tony también tomó cacao caliente, y Hernán le mandó unas aspirinas a la mesa. Tony no le mencionó el suceso de la noche a Víctor, solo habló de su lancha nueva.

Sam se acercó a la barra y pidió un Kahlúa con brandy. Se aguantó la cabeza entre las manos. Hernán le sirvió el licor y le dijo:

–Tú también necesitas una aspirina.

Luis bajó las escaleras, cargado con una de las bolsas de la compra de la turista. Los tres amigos hablaron en susurros, riéndose como adolescentes. Se marcharon, saltando sin esfuerzo por las ventanas abiertas del bar, y sus risas se alejaron mezcladas con el rumor de las olas, simples e inocentes.

–¿Qué eran esos chasquidos? ¿Maracas?

–Dientes. Luis se llevó la dentadura postiza de la gringa.

Hernán retiró la copa vacía de Sam, limpió con cuidado el cerco de la barra.

–Ya es hora de que me vaya a casa. ¿Quieres un poco de hielo para ese labio?

–No, está bien. Gracias. Buenas noches, Hernán.

–Buenas noches, Sam. *Hasta mañana*.

La Barca de la Ilusión

El suelo de la casa era arena fina blanca. Por las mañanas Maya y Pilla, la criada, rastrillaban y barrían la arena, comprobando que no hubiera escorpiones, alisándola. Durante la primera hora Maya les chillaba a los chicos «¡No me piséis el suelo!» como si estuviese recién encerado. Cada seis meses el tuerto Luis venía con su mula y se llevaba la arena en las alforjas, y hacía un sinfín de viajes a la playa para traer arena fresca, blanca y resplandeciente lavada por el mar.

La casa era una *palapa*, con el techo de palma. Tres techos, porque había un armazón alto rectangular que se abría a cada lado en un semicírculo. La casa tenía la majestuosidad de un viejo barco de vapor victoriano, y por eso le pusieron ese nombre, La Barca de la Ilusión. Dentro era fresca, un espacio vasto y diáfano, con altos, altos postes de palo fierro, travesaños atados con zarcillos de *guacamote*. Parecía una catedral, sobre todo de noche cuando las estrellas o la luna brillaban a través de los tragaluces donde se unían las *palapas*. Salvo por una habitación de adobe debajo del *tapanco*, no había paredes.

Buzz y Maya dormían en un colchón en el *tapanco*, un altillo amplio hecho con tallos de palmera. Ben, Keith y Nathan dormían en literas en la habitación de adobe cuando hacía mucho frío. Si no, solían dormir en hamacas en el salón, o fuera junto al estramonio. El estramonio que estallaba en una plétora de flores blancas pesadas que colgaban toscamente hasta que por la noche la luz de la luna o de las estrellas les daba a los pétalos un fulgor plateado opalescente y el aroma embriagador inundaba la casa, hasta la laguna.

La mayoría de las demás flores no exhalaban perfume y estaban a salvo de las hormigas. Baganvilla y flor de Jamaica, achira, periquitos, alegrías, cinias. El alhelí y las gardenias y las rosas mareaban con su intenso perfume, plagados de mariposas de todos los colores.

De noche Maya y su vecina Teodora patrullaban los jardines y entre los cocoteros con sus faroles, matando las veloces columnas de hormigas podadoras, vertiendo queroseno en los nidos de esas hormigas que se comían sus tomates y habichuelas, sus lechugas y sus flores. Teodora le había enseñado a Maya a plantar con luna nueva y a podar cuando estaba llena, a atar frascos de agua en las ramas bajas de un mango si no daba fruta. Juanito, el hijo de siete años de Teodora, iba a estudiar con Maya por las mañanas, excepto cuando el grano de café estaba maduro en los cerros y tenía que trabajar todos los días.

Ben y Keith, de siete y seis años, oscilaban entre primero y cuarto curso en cálculo y ortografía. A Keith le encantaban las fracciones y los decimales, un misterio para Ben y Maya. Ben leía de todo, desde cuentos infantiles hasta libros para adultos como *El Nilo blanco*. Cada mañana Maya daba clase a los chicos en la mesa grande de madera. Tachando, suspirando, borrando, riendo, los chicos inclinaban las espaldas morenas desnudas sobre los cuadernos de tapas marmoladas. Lectura y escritura y aritmética. Geografía. Lectura y escritura en español, con Juanito.

La casa estaba construida en el borde de un palmeral de cocoteros a la orilla del río. Al otro lado del río estaban la playa y la perfecta bahía de Yelapa. Subiendo por las rocas desde la playa se iba a la aldea, al otro lado de la cuesta, sobre una pequeña cala. Cerros altos rodeaban la bahía, así que a Yelapa no llegaba ninguna carretera. Senderos a través de la jungla por los que se viajaba a caballo hasta El Tuito, hasta Chacala, a varias horas de distancia.

El río cambiaba sin cesar todo el año. A veces profundo y verde, a veces poco más que un arroyo. A veces, según la marea, la playa menguaba y el río se convertía en una laguna. Esa era la mejor época, con las garzas azules y las garcetas. Los chicos pasaban horas jugando a piratas en sus piraguas, cazando cangrejos, lanzando redes de pesca, cruzando pasajeros hasta la playa. Incluso Nathan podía manejar bien una canoa, con solo cuatro años. En la

estación seca no había nada de agua. Los niños jugaban al fútbol con chicos del pueblo, hacían carreras con caballos esqueléticos. Después de que empezaran las lluvias venía el agua, a veces en trombas, arrastrando ramas de flores o de naranjas, gallinas muertas, incluso una vaca en una ocasión, y el agua correntosa y turbia atravesaba la playa con un jadeo colosal, succionando la arena, desembocando en remolinos en el océano turquesa. Y a medida que pasaban los días el agua del río se volvía limpia y dulce y las hoyas en la roca caliente se llenaban de agua donde bañarse y lavar.

Al caer la tarde Teodora pasaba por delante de su casa para ir al río con un gran barreño de platos sucios tintineando encima de la cabeza. Donasiano la seguía, a pocos pasos, provisto de un *machete* y un gorro de paja donde se leía ACAPULCO. Teodora era viuda, Donasiano su amante, aunque tenía esposa y familia en el pueblo. Regresaban ya anochecido, el tintineo de los platos más lento ahora. Por la mañana, antes de irse a los cerros a cosechar café, Donasiano se agazapaba al otro lado del río, a la sombra de la higuera estranguladora o de un *papelillo* de flores amarillas, esperando a que los venados vinieran a beber. Solo una vez Maya lo vio matar un venado, aunque los cazaba a menudo y repartía la carne con la gente del pueblo. Apareció de pronto por detrás de un árbol y decapitó al venado con un solo golpe rutilante de su *machete*. La cabeza cayó en la arena, la sangre se mezcló con la corriente, los cervatillos huyeron.

Buzz y Maya procuraban mantener la valla arreglada para evitar que entraran los burros y los cerdos, el huerto regado y sin malas hierbas. Pilla y Luis acarreaban sin cesar baldes de agua, que iban a buscar río arriba, o al pozo del pueblo durante la estación seca. Luis y Pablo y Buzz recogían y cortaban leña para el fuego, encendido todo el día.

–Es duro, esto de vivir en el paraíso –decía Buzz.

Maya se preguntaba cuánto aguantarían viviendo en el paraíso. Por la noche, mientras ella leía en la mesa, Buzz se quedaba tumbado en la hamaca fumando hierba, con la mirada perdida en el mar.

–¿Estás bien, Buzz?

–Estoy aburrido –decía él.

Quizá si tuvieran una granja, una de verdad, o montaran una escuela de verdad. El problema era que Buzz no necesitaba hacer nada. Nunca lo había

necesitado. Su padre había sido un médico rico de Boston. Guapo y brillante, Buzz había sido un estudiante de matrícula de honor en Andover y en Harvard, entró en la Universidad de Harvard. En su segundo año en la Facultad de Medicina había empezado a tocar el saxo, iba a oír a Dizzy y Bird, Jaki Byard, Bud Powell. Se había enganchado a la heroína, lo expulsaron de la facultad por robar morfina. Se había casado con Circe, una heredera de Boston, dejó las drogas. Viajaron por todo el mundo. Se asentaron en Nuevo México, donde él tocaba el saxo y fue piloto de carreras con la escudería Porsche, compitió en Estados Unidos y Europa. Por tener algo que hacer montó un negocio. Compró la primera franquicia de Volkswagen al oeste del Misisipi, y casi en el acto llegó a ser poco menos que millonario. Dejó de competir en las carreras de coches, dejó de tocar el saxo. Se divorció de Circe. Se enamoró de Maya, tuvieron una aventura.

«Dame una razón para vivir. Por ti y por los chicos», fue como le pidió que se casaran. A decir verdad, a Maya le pareció romántico. Se casaron. Buzz adoptó a Ben y Keith y tuvieron a Nathan. Ella no supo que había vuelto a la heroína hasta un mes después de la boda. La heroína es fácil de ocultar si eres rico, porque nunca te falta.

Cuando estaba lejos de las drogas su vida era maravillosa. Se querían, tenían unos hijos preciosos. Eran ricos y libres, viajaron en su avioneta por todo Estados Unidos y México.

Pero al final la droga se convirtió para Buzz en la única razón de ser. Pronto los niños tendrían edad de darse cuenta. Solo se relacionaban con traficantes y camellos, los narcos que los perseguían. La heroína era el centro de cada día, todo el día, para los dos. Mudarse a Yelapa era su única opción.

Poco a poco empezó a parecer posible. Que Yelapa fuese un hogar. Buzz aprendió a pescar desde la barca dentro de la bahía, capturaba sierra y pargo rojo. Buceaba a pulmón cerca de las rocas, traía ostras y langosta. Ben y Keith se animaban a acompañarlo cada vez más. Por ilógico que fuera, con el miedo que tenía Maya a que les cayese un coco en la cabeza, no se preocupaba por los niños cuando estaban en mar abierto a bordo de un bote. Cierto, a veces el oleaje era peligroso, había tiburones, mantarrayas que jugaban con la barca. Bajo el agua había rayas venenosas, morenas. Pero volvían con pescado y almejas y langosta, relatos de delfines y ballenas

jorobadas, peces espada gigantes. A Maya le encantaba oír a Buzz y los chicos contando su excursión, discutiendo, exagerando. Keith era el mejor pescador, paciente y decidido; Ben era el descubridor, de conchas finas o la punta azul de la antena de la langosta oculta en las rocas.

Al cabo de un año Buzz se hizo con un generador y lo instaló en el cabo. Llenaban los tanques y buceaban con arpones de pesca submarina. Poco a poco otros chicos del pueblo aprendieron a bucear y a pescar, comenzaron a ganarse así la vida. Sefarino y Pablo se compraron barcas propias y tanques, y vendían la pesca. En el pueblo abrió un pequeño restaurante. Ronco y Buzz compraron una lancha motora de fibra de vidrio. Iban más lejos a bucear, incluso hasta las islas. Cuando echaban el ancla al caer la tarde sus voces y sus risas llegaban flotando a través del océano.

Los días y los meses pasaron con un sereno vaivén. Justo antes del amanecer los gallos cantaban y con la primera luz del alba mil gaviotas volaban carcajeándose sobre la casa hacia el río. Bandadas de loros relampagueaban con su plumaje verde fulgurante contra el gris frío de los cocoteros. Un Nilo diferente, iguanas verdes al sol sobre las rocas de la orilla. Los cerdos gruñían en el barro y los caballos de Chacala relinchaban en el sendero. Espuelas. El dulce oleaje susurraba día y noche y las palmeras murmuraban al compás del mar. A mediodía el *Paladín* fondeaba en la bahía y una docena de turistas caminaban por las olas hasta la playa. Vadeaban el río, o dejaban que Nathan los cruzara si estaba demasiado hondo. Algunos iban a caballo siguiendo el cauce o atravesando el pueblo y subían hasta la cascada. A veces Ben y Keith, como los niños del pueblo, hacían de guías. Los turistas a menudo le pedían a Nathan indicaciones, pero no hablaba inglés. Si querían atravesar el río, simplemente señalaba su piragua y decía «¡Siéntate!». Ellos se sentaban, agarrándose con fuerza; Nathan se erguía imperiosamente en la punta y empujaba la pértiga o el remo, con unos ojos azules solemnes y un pelo rubio y rizado que iluminaban su tez morena.

A las tres de la tarde el *Paladín* se iba y quedaban solo las seis o siete casas de los gringos y los doscientos vecinos del pueblo. Perros ladrando, gente cortando leña. Cuando oscurecía, el canto latente de los grillos y las ranas, y más tarde el ulular de los búhos.

Liz y Jay bajaban a menudo de su casa en la loma. Eran viejos amigos, de

Nuevo México. Las dos parejas tomaban agua de Jamaica o té de *manzanilla*, fumaban marihuana y contemplaban la puesta de sol escarlata sobre la bahía. Maya asaba pescado o pollo, con frijoles y arroz, verduras frescas de la huerta. Durante la estación de las lluvias, sobre todo, se quedaban hasta las tantas jugando al Scrabble o al Monopoly o al gin. A veces Ben y Keith pasaban la noche en casa de Liz y Jay, cocinando dulce de leche, durmiendo en una cama de agua bajo las estrellas. Liz y Jay eran tejedores; los chicos hicieron un centenar de ojos de Dios con retales de lana.

Cada seis meses les tocaba renovar el visado de turistas. Maya, los niños, Liz y Jay hacían un viaje rápido de ida y vuelta hasta la frontera, pero Buzz por norma pasaba varias semanas de negocios en Nuevo México. Reuniones con su socio, papeleo de impuestos, contratos que firmar. Al principio siempre que iba pillaba heroína, pero cada vez era menos. Una semana colocado, una semana malo. Tiene el dengue, les decía Maya a Pilla y Teodora. Una vez Teodora le trajo un té para curarlo, y se curó, de la noche a la mañana, todos los síntomas de la abstinencia desaparecieron, aunque era un remedio para el dengue, que es similar a la malaria. Una infusión de hojas de papaya, camomila, y estiércol de caballo. Por fin, el segundo año, cuando Buzz hizo el viaje volvió limpio, sin droga. Fue ahí cuando trajo los tanques de buceo. Y con el paso de los días y los meses ese mundo pareció quedar muy atrás. Los traficantes y los camellos y la policía, el miedo, parecían muy lejanos.

Todos estaban fuertes y sanos. No había golosinas ni refrescos. Nadie se caía de los árboles o de las rocas. Las raras ocasiones en que alguien se ponía enfermo, Maya y Liz consultaban el manual de Merck o un vademécum, si hacía falta daban antibióticos.

Keith pilló una infección de garganta que no mejoraba ni con inyecciones de ampicilina. Maya lo llevó en el *Paladín* a Puerto Vallarta, volaron a una clínica en Guadalajara. El médico allí le extirpó las amígdalas y lo tuvo varios días ingresado. Cuando se recuperó, Maya y él se quedaron tres días de vacaciones. Iban en taxi y en autobús por toda la ciudad, pasaban horas en el mercado y las tiendas comprando regalos y provisiones varias. Keith estaba fascinado con el teléfono y la televisión. Llamaban al servicio de habitaciones para pedir hamburguesas y helados, fueron al cine y a una corrida de toros.

Resultó que el Cordobés se alojaba en su hotel, le firmó un autógrafo a Keith.

Y entonces al salir del ascensor Maya vio a Víctor, un traficante de droga, en el vestíbulo. Intentó meter de nuevo a Keith en el ascensor pero las puertas se cerraron y ahí estaba Víctor. Recién salido de la cárcel. Durante años siempre se las había arreglado para encontrar a Buzz, en Nuevo México, en Chiapas. Le timó varias veces, miles de dólares. Cuando eso pasa no hay nada que hacer. Fue porque Maya había ido a comprar la heroína, y no la probó. Culpa de Maya, Buzz la había abofeteado tan fuerte que se cayó al suelo, se hizo una brecha en la cabeza. En Guatemala Buzz había estado muy enganchado y enfermo. Víctor lo hizo arrastrarse para darle un chute.

Cerca, siempre estaba tan cerca que podías olerlo. Moreno, casi negro, escuálido, fiero. Era huérfano, se había criado en las calles de Ciudad de México. Lo habían conocido en Acapulco. Entonces hacía de gigoló, también, un playero guapo con una risa gutural, dientes blancos resplandecientes. Una noche le había robado todo el dinero y las joyas a una mujer mayor, y de paso le había quitado la dentadura postiza.

Delante del ascensor Víctor agarró a Maya del brazo.

–¿Dónde está Buzz?

–En Ajijic. Vivimos en Ajijic –dijo ella, agarrando a su vez a Keith de la muñeca, rezando para que no hablara–. No vengas, Víctor. Ahora está limpio.

–Ah, me pasaré algún día... Dame algo de dinero, Maya, y así no me uno a vosotros para cenar. Solo tengo un... Dame algo de dinero, Maya.

Le dio lo que llevaba en el monedero. Cincuenta mil pesos.

–Chao.

A la mañana siguiente Maya y Keith volvieron en avión a Vallarta, llegaron a tiempo para coger el barco. Por la radio del *Paladín* sonaban los Rolling Stones a todo volumen y los turistas bebían ron, reían y hablaban, se besuqueaban, vomitaban. El mar estaba encrespado. Keith se iluminó cuando al fin llegaron a las rocas blancas y vieron la bahía de Yelapa. Alrededor había pelícanos zambulléndose; los delfines competían con el barco. Buzz, Ben y Nathan saludaban agitando los brazos desde la playa.

Maya y Keith hablaban a la vez mientras desenvolvían regalos. Redes de pesca, juegos, un periscopio, un telescopio, un globo terráqueo. ¡Manteca de cacahuete! ¡Tabletas de chocolate! Habían traído una navaja para Juanito y

un canario en una jaula de madera. Tarros y tarros de flores y hortalizas para Maya y Teodora, que insistió en que había que plantarlas en ese mismo instante porque esa noche era luna nueva.

Buzz las ayudó a plantar, abriendo los hoyos con un pico, acarreando agua del río. Cuando terminaron se sentaron fuera. Ben estaba en su hamaca, insistió en que podía leer perfectamente con la luz de las estrellas. Keith se quedó junto a la cerca mirando por el telescopio, pegó un grito cuando divisó un cardumen de peces fosforescentes en la bahía.

–¡Rápido, vamos a nadar!

Luego Buzz le contó que era peligroso nadar cerca de los peces fosforescentes, porque a los tiburones los atrae la luz, pero esa noche bucearon entre ellos con las gafas y las aletas, flotaron mientras admiraban los dibujos de los tapices que hacían los peces. Flacos, temblando de frío, Ben y Keith se tumbaron en la playa con el telescopio, mirando por turnos las estrellas. Mecidos por el mar, Buzz y Maya se abrazaron, con sabor a sal y entrelazados, riéndose bajo el cálido cielo de la noche. Después se echaron en la arena, al lado de los chicos, y fueron pasándose el telescopio. Buzz acarició el brazo de Maya, le posó suavemente una mano en la barriga.

–Debe de ser una niña –dijo–. Apenas se te nota todavía.

Maya se incorporó sobre un codo, besó los labios salados de Buzz.

–Ahora estoy contenta. ¡Qué bebé con tan buena estrella!

En ese momento, entonces, creyó que la criatura nacería en un mundo dulce y seguro.

Keith les recordó que en Guadalajara habían comprado malvaviscos para tomar con cacao. Buzz encendió un fuego en el enorme brasero de cobre sobre el suelo del salón, Maya preparó chocolate caliente en el fogón a gas; lo batió con unas varillas de madera hasta que quedó espumoso. Era la una de la madrugada, pero sacaron a Nathan de la cama para tomarlo todos juntos.

Durante los días siguientes, en lugar de estudiar, Buzz y los chicos y Juanito cazaron mariposas que aleteaban haciendo eses en el frasco letal y acabaron montadas en guata de algodón bajo un vidrio. Lo que no habían comprado, lo que de verdad necesitaban, era un manual de mariposas.

Una mañana temprano Buzz y los chicos se llevaron emparedados y agua de Jamaica y fueron río arriba, en busca de las mariposas de color negro y

verde neón que habían visto en la linterna morada por el sendero a Chacala. Nathan había suplicado que lo dejaran ir también, así que después de que Pilla encendiera el fuego y trajera agua, Maya le dijo que podía tomarse el resto del día libre. De mala gana, Pilla se fue. Siempre prefería estar con Nathan o quedarse en el hermoso jardín.

Maya rastrilló el suelo, se tumbó en la hamaca a ver las gaviotas volando río arriba. De vez en cuando se levantaba a echar una ojeada a los frijoles, se echaba otra vez en un duermevela perezoso. Un halcón planeaba en lo alto del cielo sobre la higuera estranguladora, y en la otra ribera a lo lejos los *zopilotes* batían las alas alrededor de la carcasa de un venado.

Era un placer no tener a nadie en casa. Siguió adormecida con el aroma del estramonio hasta que oyó la sirena del *Paladín*. Entonces se levantó y puso más leña en el fuego. Con un tenedor largo doró chiles verdes, los peló con un cuchillo de mondar. Eran fuertes y picantes. Le lloraban los ojos y se los secaba con el dorso de la mano.

Víctor había aparecido sigilosamente, sin avisar. El río estaba demasiado alto para vadearlo. Debía de haber cruzado la playa y tomado el sendero. En sus zapatos caros traía el polvo del camino. Maya olió su sudor y su colonia. No habló ni pensó. Lo apuñaló en el estómago con el cuchillo. La sangre le chorreó por los pantalones blancos de rayón. Se rio mirándola fríamente, agarró un trapo.

–Tráeme una venda.

Ella no se movió. Con instinto de ladrón fue directo a la cesta donde estaba el botiquín. Echó alcohol en la herida que aún sangraba, la vendó bien prieta. La sangre caló la gasa blanca, más roja en contraste con su piel negra y dura.

Subió al *tapanco* y bajó vestido con unos pantalones de Buzz, una camiseta que decía APOYA LA SALUD MENTAL. Se la habían regalado, en plan de broma. Víctor se sirvió un vaso de *raicilla* y se estiró en una hamaca cerca de ella, meciéndose con un pie, ahora descalzo.

–No te preocupes –dijo–. Es solo un rasguño.

–Vete, Víctor. Buzz está limpio. Voy a tener un bebé. Déjanos en paz.

–Me muero de ganas de ver al viejo Buzz.

–Volverá tarde. Vas a perder el barco.

–Esperaré.

Esperaron; Víctor en la hamaca, Maya aún de pie junto a la cocina, aún empuñando el cuchillo. El *Paladín* silbó y zarpó hacia el mar.

Volvieron todos, riéndose por el sendero. Oh, qué maravilla de mariposas. Pero Ben y Keith traían garrapatas en el pelo, en las piernas. Se arrodillaron en la hierba mientras Maya se las quitaba, algunas hubo que quemarlas con un cigarrillo. Después los chicos se llevaron jabón y fueron corriendo al río a darse un baño.

Buzz y Víctor estaban sentados a la mesa, hablando en voz baja mientras compartían un canuto.

–¿Te sorprendiste al ver a Víctor? –preguntó Buzz.

Maya no contestó; cortaba carne y cebollas para unos tacos.

–Sí se sorprendió –dijo Víctor–. Me ha recibido por todo lo alto.

Maya mandó a los niños a casa de Liz y Jay con unos chiles verdes y una nota preguntando si podían dormir allí. Los chicos estaban encantados, se llevaron el telescopio, y los cazamariposas para la mañana.

Empezó a oscurecer. Teodora y Donasiano pasaron por delante de la cerca con los platos. Las gallinas cloqueaban mientras se acomodaban en los arbustos y los árboles para la noche. Después de cenar, Maya despejó la mesa y se llevó a Nathan a la habitación de adobe. Encendió un farol, comprobó que no hubiera escorpiones. A Nathan se le cerraban los ojos; estaba cansado después de remontar el río, pero ella siguió cantándole y acariciándole el pelo incluso cuando se quedó dormido. «Swing Low, Sweet Chariot.» «Red River Valley», cantó para sí misma, empapando la almohada de lágrimas.

Buzz había preparado un buen fuego en el brasero de cobre; los hombres estaban cerca sentados con las piernas cruzadas, tomando café, fumando marihuana. Maya se sentó junto a la mesa con un vaso de *raicilla*. Se marchó, obedientemente, cuando Buzz dijo que debía de estar cansada, lista para dormir a pierna suelta.

–*Duerme con los angelitos* –dijo Víctor.

Las olas rompían a lo lejos en la playa, el río lamía la orilla junto a la *palapa*. Llegaban chasquidos de alguien cortando leña, los rasgueos de una guitarra. Intentó no oír las voces de los dos hombres atenuadas por esos sonidos, pero no pudo evitar escucharlos.

–Supongo que me debes cinco mil. Dólares –dijo Buzz.

–Uf, qué mal trato fue, *ese*. Qué timo... Yo mismo perdí diez mil. Por eso te he estado buscando. Puedo compensarte, espera a ver lo que tengo.

–Qué, ¿aquella mierda mexicana color *caca*?

–Nada de eso. Esto es una caja sellada. Sellada. Llena de viales de vidrio. Morfina pura de laboratorio. Diez miligramos la ampolla. Échale un ojo, hombre. Sellada. Estamos hablando de un viaje sin adulterar. Es mi manera de disculparme, hermano.

Silencio. Maya no quería oír, ni mirar. Bebió más *raicilla*, se tapó la cabeza con una almohada, pero no pudo evitar ir gateando hasta el borde del *tapanco* y asomarse, como la gente que contempla hechizada un incendio, un accidente fatal. Los observó, a pesar del asco que le daba la expresión de sus caras, demacradas, cadavéricas a la luz del fuego. La expresión del adicto a punto de chutarse, intensamente sexual, una expresión de codicia, de necesidad desesperada. Buzz y Víctor, sentados muy juntos, se ataron uno a otro la goma en el brazo. Víctor calentó la cuchara en el fuego.

–Con calma, amigo, esta mierda no viene cortada como la que estamos acostumbrados a manejar.

Buzz cargó la jeringuilla primero, probó hasta que dio con una vena. La aguja se llenó de sangre y apretó el émbolo. La goma cayó del brazo. Su cara se volvió de piedra, sus ojos eufóricos, entrecerrados. Su cuerpo también pareció petrificarse, pero se mecía despacio, sonriendo, la sonrisa erótica de una figura en una tumba etrusca. Gemía, suavemente, como si tarareara. Víctor lo observaba, con una media sonrisa, y entonces cargó la jeringuilla y se pinchó. Apenas se metió el chute se desplomó hacia delante sobre las llamas. Maya dio un grito, pero Buzz no se movió. Ella bajó de un salto, una altura grande, aterrizó de rodillas. Se raspó las piernas; las lágrimas le ardían en los ojos, como una chiquilla con las rodillas peladas. Había un tufo nauseabundo a pelo y piel quemados. Agarró a Víctor y le enterró la cabeza en la arena. Estaba muerto. Buzz se había estirado en el suelo. Respiraba agitadamente, tenía el pulso lento. Maya no pudo espabilarlo. Lo tapó con una manta navaja. Sopló el farol y se sentó a oscuras. Temblando, se quedó sentada junto a la mesa mucho rato, sola a más no poder.

Fue a ver a Nathan. Dormía profundamente. Le besó el pelo salado y

húmedo. Al volver al salón escondió la aguja y la caja de morfina en un bote. Le vació a Víctor los bolsillos, quemó su cartera y su documento de identidad en las brasas. Envolvió sus gafas en la camiseta de APOYA LA SALUD MENTAL y la guardó en el *tapanco*.

Arrastró el cuerpo por los pies, lo sacó de la casa por el césped hasta pasar el portillo. Entonces descansó a la luz de la luna. Había una columna de hormigas podadoras que avanzaban veloces por el sendero. Maya se echó a reír, histérica, pero al instante guardó silencio, tirando de él entre los juncos hacia la orilla del río, hasta que por fin izó su cuerpo en el bote. Víctor hedía a piel quemada y a mierda. A Maya le entraron arcadas y vomitó. Empujó la *panga*, pero no consiguió moverla; se puso a gatas y la empujó con el hombro hasta que resbaló poco a poco hacia el agua. Chapoteando en el agua fría alcanzó el bote y se metió dentro, apartando los brazos y las piernas de Víctor para llegar a los remos. La barca se deslizó con suavidad mientras remaba, sintiendo la brisa en el pelo empapado de sudor. Recogió los remos cuando alcanzó la *boca*, rezando para encarar bien el oleaje. Una ola levantó el bote en vertical. Aterrizó a plomo y giró fuera de control. Entonces Maya remó con ahínco, tarareando para calmarse, paleando primero hacia un lado y luego hacia el otro.

La barca estaba en medio de la bahía, surcando ahora la superficie hacia mar abierto. Una bruma había cubierto la luna y las estrellas, así que estaba oscuro, pero las olas que rompían en la orilla cada vez más lejana resplandecían plateadas. Solo se veía una luz minúscula en el pueblo. Maya tenía las manos llagadas pero siguió remando, más allá de las rocas, más allá del cabo. Remó hasta que la luz del pueblo desapareció y hasta que sintió que la corriente arrastraba el bote hacia el sur al salir de la bahía. La pequeña embarcación giró y se tambaleó mientras ella tironeaba y empujaba el peso muerto de Víctor. Cuando al fin consiguió echarlo al agua, el cuerpo recuperó su ligereza y se hundió en un instante.

Le estallaban los pulmones, el corazón le saltaba de miedo mientras remaba, luchando contra la rápida corriente para volver a la bahía. Una vez allí tenía que detenerse a cada momento para orientarse con el oído, siguiendo el débil susurro de las olas que rompían en la playa. La bruma se había condensado en una capa de nubes. Estaba tan oscuro y tenía las manos

tan ensangrentadas ya que no podía hacer varar la barca. Volcó; perdió los remos. Maya nadó entonces bajo el agua hasta salir de debajo del bote. Debatiéndose, ahogándose, se dio cuenta de que hacía pie. La espuma blanca y fría giraba en remolinos a su alrededor. Se tumbó en la arena hasta que reunió fuerzas para cruzar el río. El agua del río parecía tibia, densa en contraste con el océano. Cangrejos y una tortuga chocaron con su pierna; cardúmenes de pececitos le hicieron cosquillas en los tobillos como gotas de lluvia.

Llegó al sendero y por inercia siguió la fila de hormigas podadoras hasta el jardín. Incluso a oscuras pudo ver que se habían comido el alhelí y las rosas. Dos burros campaban por la huerta; los espantó para que salieran y cerró el portillo, la puerta del granero. Se le escapó la risa. Al entrar vio que Buzz se había movido a una hamaca. Nathan dormía plácidamente. Aún era de noche, pero los gallos habían empezado a cantar, los burros a rebuznar.

Maya estaba temblando mientras se vendaba las manos llagadas. Buzz se despertó, se incorporó desorientado.

—¿Dónde está la caja?

—En lugar seguro.

—Dónde.

—En el bote azul.

—¿Dónde está Víctor?

—Está muerto. Tuvo una sobredosis.

—¿Dónde está Víctor?

—Se ha ido. Sube a la cama.

Buzz salió a mear al rincón del fondo del jardín. El cielo se estaba poniendo malva. Entumecido, volvió hasta la escalera de mano y trepó al *tapanco*. Llevaba la caja.

Maya arrastró el brasero de cobre por el sendero detrás de la casa, vació las ascuas rojas y las cenizas en el agua mansa. Restregó el brasero con arena.

Dentro hizo un fuego para hervir agua, se puso vendas secas en las manos. Todo se hacía difícil, como en sordina, con las manos vendadas. Rastrillar, barrer. Torpe, tenazmente, barrió la arena del salón hasta alisarla, como si nadie hubiese estado allí.

Pilla llegó antes de que Nathan se despertara. Maya se había cambiado y

peinado, estaba tomando café en la mesa.

–*¡Doña! ¿Está enferma? ¡Y esas manos! ¿Qué pasó?*

–Pilla, ha sido una noche espantosa. El *señor* se puso muy enfermo, quizá sea el dengue. No he pegado ojo para cuidarlo, me caí de la escalera y aterricé con las manos.

En cuanto reaparece una adicción, reaparecen las mentiras. Vuelve el miedo.

Surge el recelo. Esos gringos se habrán emborrachado, pensó Pilla. ¡Mi pobre Nathan!

–¿Y el mexicano?

–Se fue.

Pilla salió al jardín.

–El bote también se fue –dijo secamente.

–*No te digo pues...* Ha sido una noche espantosa.

–*¡Ay, y las rosas! ¡Se las han comido las hormigas!*

Perdiendo la paciencia, Maya la interrumpió.

–Por favor, viste a Nathan y llévalo a desayunar al pueblo. Tráelo a la hora de la cena. Tengo que descansar. Me preocupa mi bebé.

–¿No mancha ni tiene contracciones?

–No, pero estoy agotada. Por favor, ocúpate de Nathan por mí –Maya pensó que iba a ponerse a chillar, a llorar, a vomitar, pero mantuvo la calma, acunó a Nathan, ahora despierto, que sollozaba apenado por el bote desaparecido.

Luis bajó corriendo por el sendero, su *machete* centelleando al sol. Ya hacía calor.

–*Fíjese, señora.* Ronco encontró su canoa estampada en el cabo, contra las rocas de los pelícanos.

–¿Y el hombre? ¡Quizá se ha ahogado! –Pilla empezaba a animarse con tantas noticias que contar en el pueblo.

–No. Se marchó a pie –dijo Maya–. Supongo que la canoa simplemente se soltó y se fue a la deriva. El río baja alto. Conseguiremos una nueva, una más linda, Nathan.

Por el amor de Dios, haced el favor de marcharos, todos, dijo para sí.

–No me gustaban sus pintas. *Callejero...*, *vicioso* –le susurró Pilla a Luis.

Maya se echó en la hamaca bajo el mango, se estaba quedando dormida cuando Liz apareció en el portillo, sonriente. ¡Buenos días! Iba preciosa con un blusón rosa, con su pelo rojo chispeante a la recia luz del sol.

–Pasa, Liz. Estoy demasiado cansada para levantarme.

Las dos mujeres se abrazaron; Liz sacó una silla de cuero y se sentó junto a la hamaca. Olía a limpio.

–¡Eres tan pura! –a Maya le caían las lágrimas por las mejillas.

–¿Qué pasa, mi amor? Ay, ¿es por el bebé? No vas a perder el bebé, ¿verdad? –dijo Liz, dándole la mano.

–No. Es Buzz. Ayer se presentó aquí un traficante; Buzz ha vuelto a drogarse.

–Lleva mucho tiempo limpio, Maya. Lo dejará otra vez. Ten paciencia. Te quiere, y quiere a los niños. Es un hombre maravilloso, un hombre con un alma noble y hermosa. Y tú lo amas tanto... Ten paciencia.

Maya asentía mientras Liz hablaba, temblando, le castañeteaban los dientes.

–Quiero volver al mundo real –dijo.

Liz señaló hacia las verdes palmeras, hacia el cielo.

–Esto es real, Maya. Solo estás agotada. Descansa, no hagas nada en todo el día. Jay ha llevado a los chicos y a Juanito a las plantaciones, más arriba de la cascada.

Tomaron té. Liz le acarició el pelo a Maya, le dio palmaditas en el hombro.

–No te preocupes –dijo–. Todo se arreglará.

Maya se quedó dormida y Liz se fue.

Se despertó al oír la sirena del *Paladín*. ¿Viene o se va? ¡Yo ya no sé si voy o vengo! ¿Por qué se me ocurre bromear en los peores momentos, igual que hacía mamá?

El *Paladín* salió de la bahía hacia el océano. Maya volvió a tumbarse en la hamaca bajo el calor sofocante de la tarde. No, pensó. No va a arreglarse. El miedo y la desolación le resultaban familiares, como volver a casa. Cenizas.

Mi vida es un libro abierto

Ya sabes, la única casa en Corrales que no es de adobe. Ese rancho blanco de tres pisos, junto a unos álamos más altos que el tejado. Está en medio de casi una hectárea de tierra, que linda con el campo donde Gus tiene su vacada de angus negras. Hace años que Claire Bellamy se marchó, pero todo el mundo la conoce aún como la casa Bellamy. Antes de que ella se mudara era el rancho de Sánchez, sin importar quién viviera allí. Fue el tratante de ovejas que lo construyó, allá por 1910.

Todo el pueblo se moría de ganas por ver qué pobre iluso había comprado la propiedad. No pudieron evitar apiadarse de la mujer, aunque solo eran mil de entrada. Claro que si hubiera conservado la finca, ahora sería rica... Cualquiera podría haberla avisado de que la bomba estaba a punto de escacharrarse, de las termitas y la instalación de la luz. Nadie pensó que el tejado se iba a desplomar. Era un tejado la mar de bueno, caray.

Claire era divorciada, de no más de treinta años, con cuatro hijos. El mayor tendría diez, el bebé aún ni andaba. Enseñaba español en la universidad, también daba algunas clases particulares. Cada mañana llevaba a sus críos mayores a la escuela, y a los pequeños con Lupe Vargas. Pintó sola la casa entera por dentro, valló el corral, plantó hortalizas, construyó conejeras. Por supuesto no se comía los conejos o los patos, los tenía correteando sueltos, y también una cabra y un poni. Dos perros y cerca de una docena de gatos. Ven, asómate por aquí atrás, verás qué bien se ve la casa.

Se veía aún mejor cuando estaba ella. No tenía ni una sola cortina en todos esos ventanales. Y yo tengo estos prismáticos. Para los pájaros. Un

picamaderos vive ahí abajo en los viejos álamos muertos. A ella también le encantaban los pájaros, solía acodarse en la cerca de Gus al atardecer, a la hora en que salen los tordos alirrojos. Daba gloria verlos, los pájaros entre el pasto verde, el ganado negro.

Era como vivir en una casa de muñecas. Niños campando por sus respetos, los de ella y los de los vecinos. En los árboles, en carretillas, en triciclos y en el poni, correteando junto al aspersor. Gatos en cada ventana de la casa. Por la noche podías verla con los niños sentados a la mesa, y después de haber bañado a los pequeños los acostaba y leía a Ben y Keith. Luego lavaba los platos, daba de comer a los animales. La luz del comedor se encendía; pasaba horas estudiando. Si Arnold o yo nos levantábamos para dejar salir al perro, a las doce o la una de la madrugada seguía despierta... Un par de veces se quedó dormida ahí mismo, con la cabeza recostada en la máquina de escribir. A las seis estaba en pie igual, dando de comer a los animales y luego preparando a los niños para la escuela. Se metió en la asociación de padres y profesores; Ben y Keith estaban en los exploradores y en las 4-H. Ben iba a clases de violín con la señorita Handy. La gente del pueblo la había estado observando, y ya casi había decidido que era una mujer trabajadora y una madre como la copa de un pino.

Y entonces a ella no se le ocurre otra cosa que juntarse con el chico de los Casey. Un caso perdido, Mike Casey. Igual que su hermano Pete. De siempre. Descarriados, ladrones, drogadictos. Fumaban marihuana de esa delante de Dios y de todo el mundo, en la puerta de la tienda de Earl. Los padres son los dos unos viejos borrachos. Te diré que era una pena. Por lo menos Mike echaba una mano en casa. Cocinaba un poco y limpiaba. Se pasaba casi todo el día tocando la guitarra o haciendo barcos. Maquetas, desde cero, le quedaban perfectas a más no poder. Iba hecho un cuadro. Pelo largo y sucio, con un pendiente. Ropa de motero con una calavera en la espalda, un cuchillo grande y viejo. Vaya, era para verlo. Daba miedo.

En fin, todos hubiéramos entendido que se juntara con un buen hombre, pero este era un tarado, y apenas tenía diecinueve años, para colmo de males. Y no es que ella se molestara nunca en ocultar nada. Iban andando al canal a plena luz del día, ella y Casey, los niños y los perros y un gato al que le gustaba bañarse. Los fines de semana cargaban la camioneta del muchacho

con sacos de dormir y una cocina portátil y se largaban Dios sabe dónde.

Ella seguía estudiando hasta tarde como siempre, solo que él se quedaba allí escribiendo también o tocando la guitarra. Entonces la luz del dormitorio se encendía, que ahora era el dormitorio de los dos, supongo. Un par de veces con luna llena los vi arriba en el tejado, en las copas de los árboles. Era inevitable verlos, y tenemos ojos para mirar.

Una noche vi que él entraba cargado con algo pesado en un saco de arpillera. Al final me di cuenta de que era el ángel de mármol rosa del cementerio. Antiguo de verdad, la gente venía ex profeso para verlo. Yo iba a llamar a Jed, que es agente de policía, pero Arnold dijo, espera a ver qué pasa. A ella le dio un ataque, cómo no, sacudía los brazos y chillaba. El chico devolvió la estatua esa misma noche; solo que la puso en la tumba al revés, mirando hacia las montañas. Así se quedó hasta hoy.

Bessie pensó que alguien debía leerle la cartilla a la mujer. Ese muchacho había estado en el correccional de Nazareth, y en el calabozo un par de veces. En cualquier momento se le podía ir la cabeza y asesinar a todos esos pobres niños, o peor aún. Ella incluso dejaba al bebé a su cargo. Cuando la madre se iba, el muy loco dejaba a Ben y Keith conducir la camioneta por el campo y tirar a las latas con su escopeta de balines. Estábamos todos malos de preocupación, malos. No hablamos con ella, la verdad, pero les dijimos a Mattie Price y Lupe Vargas que no dejaran a sus chicos ir a jugar allí.

Tenemos una película de la tarde que conocimos a Casey. Nathan había aprendido a nadar en el canal el día antes y quise grabarlo. Era el segundo día de calor del verano. Me tumbé en la manta vigilando a los niños, escuchando los cuervos, mirando las libélulas por la lente del zoom. Docenas de libélulas, de un azul fluorescente increíble, la luz del sol de un azul más claro tamizada por la tracería de sus alas, volando como flechas, planeando, lapislázuili rozando el agua verde.

Entonces un galeón español con todo el velamen desplegado surcó el agua justo a través de las libélulas. Una miniatura de factura exquisita, de casi medio metro de largo. Era de Casey. Yo había visto a su hermano, Pete, justo esa mañana en la calle 4 Norte, en una cabina telefónica con un soplete.

Casey solo parecía malo por las pintas que llevaba, vestido de cuero y con toda la parafernalia, una calavera de tachuelas en la espalda. A mí siempre me había parecido mágico, como una figura de *Orfeo negro*. O un arlequín, de lejos, contra el fondo de dunas blancas o el tamarisco rosa en el bosque, contra la arena roja húmeda del lecho del río.

Se agachó en la orilla del canal, dejó que los niños jugaran con su barco, les contó cómo lo había hecho. Al cabo de un rato pidió educadamente que se lo devolvieran, lo secó con una camiseta y lo envolvió en su chaqueta negra. Se quitó los pantalones y se zambulló en el agua, desperdigando a las libélulas. Tenía un cuerpo perfecto. Su rostro parecía uno de esos de la guerra de Secesión, tosco y descarnado, de ojos hundidos y furtivos, boca rencorosa, mala dentadura. Vino a casa con nosotros a cenar, y luego se quedó. Esa noche me enseñó una trampilla que subía al tejado, a una cornisa que quedaba justo delante de las copas de los álamos. Se veía el pueblo entero desde allí, las reses negras durmiendo en el campo. Un búho en el árbol. Nos hicimos amantes en ese tejado. Por la mañana, cuando nos despertamos en mi cama sentí que ya lo conocía, era como de la familia. No hubo transición. Bajé y lo encontré con los niños preparando tortitas, y después de desayunar los tres mayores se fueron con él al canal.

Intento recordar de qué hablábamos, pero no puedo. Y mira que soy habladora, igual que mis hijos. Con Casey hacíamos cosas mudas. Cavábamos el día entero en la loma en busca de esquiras de vasijas, murmurando o suspirando, soltando un grito cuando encontrábamos una concha de abulón, turquesa, un trozo grande de cerámica. Callados, con las cañas de pesca en el agua. Caminando por el cañón de Chelly, escalando en Ácoma. El bebé, Joel, se sentaba fascinado, observando a sus hermanos mientras ayudaban a Casey a hacer barcos. Por la noche, cuando me ponía a estudiar y a corregir exámenes, Casey dibujaba o tocaba la guitarra. Cada vez que yo levantaba la vista, me miraba también.

Acampábamos mucho en nuestros cerros. No muy lejos del pueblo, aunque la carretera era mala, había que andar un buen trecho. Cerros rojos agrestes y escarpados sobre un valle, podías perder la mirada muy lejos hacia el sur, más allá de la ruta 66, más allá de Ácoma. No había indicios de que los indios hubieran estado nunca ahí, cosa rara; era un santuario. Solo el cielo

alrededor y todos los lugares sagrados al alcance de la vista. La sierra de Sandía, el manantial de Jémez, el río Grande. Explorábamos, escalábamos, observábamos al halcón al caer el sol. Puercoespines con las púas verdes. Chotacabras en el crepúsculo y un búho por la noche. Perros salvajes que los chicos tomaban por coyotes. Vimos al puma matar un venado. Eso fue precioso. De verdad. Nunca iba nadie a nuestros cerros, salvo el cazador que mató al puma. Al hombre no lo vimos, pero salió una foto suya en el periódico con el puma. Entonces buscamos sus huellas, encontramos huellas de venado y de puma, y después huellas de perro y de hombre. Junto al arroyo.

Pasaron ocho meses antes de que me parara a pensar. Había ignorado las miradas de las viejas en la tienda de Earl y todos nos habíamos reído de que Jennie Caldwell nos vigilara con unos prismáticos desde el porche de su casa. Casey y yo éramos el escándalo del pueblo, me dijo Betty Boyer. Entonces Keith me contó que a los hijos de los Price no les dejaban venir a nuestra casa. Me senté en el porche de atrás. Me había mudado a Corrales para empezar una nueva vida, criar a mis hijos por el buen camino. En un pueblecito tranquilo, donde pertenecer a la comunidad. Me proponía conseguir mi doctorado y dar clases, ser una buena profesora y una buena madre, nada más. Si hubiera pensado en un hombre en mi futuro, habría sido un tipo con canas, cariñoso, con un puesto fijo. Y mira por dónde.

Casey estaba lavando los platos. Me llamó, preguntándome qué estaba haciendo.

–Pensando.

–Dios, Claire, no pienses, por favor.

Pero ya lo había hecho.

–Tienes que marcharte, Casey.

Agarró su guitarra, dijo: «Nos vemos», y se marchó. Fue tan duro para los niños como para mí. Peor aún cuando sin él encontramos una tumba zuni, y durante la danza del venado en San Felipe.

Marzie, otra estudiante de doctorado, no paraba de decirme que saliera con ella. Era socia del Club Sierra y de los Solteros Marchosos, incluso de Padres sin Pareja, y ni siquiera tenía hijos.

Poco a poco Casey volvió a nuestras vidas. No vivía en casa y no éramos

amantes más que de vez en cuando, pero pasaba mucho tiempo allí. Estaba haciendo un estanque para los patos con los chicos. Los vigilaba mientras yo estudiaba en la biblioteca. Se acercaban los exámenes finales. Los fines de semana íbamos a nadar al canal o subíamos a los cerros. Joel aprendió a andar.

Recuerdo que hablé con Ben y Keith por teléfono y les dije que era un día señalado, sea lo que sea que signifique eso. Haría mi último examen y por la tarde recogería una furgoneta de acampada Volkswagen. Había quedado en salir con Marzie a celebrarlo. A un baile en el Club Germanoamericano. Nada de intelectuales, nada de académicos. Solo marchosos, dijo.

Volví a casa al volante de la furgoneta nueva. Los chicos estaban entusiasmados. Tenía una cama incorporada, un frigorífico y una cocina. Joel se subió enseguida con su manta y sus juguetes, se pasó horas entrando y saliendo. Casey los llevó a todos a dar una vuelta mientras yo preparaba la cena y me vestía. Minifalda y pendientes largos. Los chicos se disgustaron tanto porque saliera que me di cuenta de que debería haberlo hecho mucho antes. Le dije a Casey que estaría en el Club Germanoamericano. Le dije que volvería tarde, que llamaría en algún momento para ver cómo iba todo. Me acordé de ponerme perfume, subí de nuevo.

El Club Germanoamericano era bastante pésimo. Música disco a tope y luego una banda de polca alemana en traje bávaro. Acordeones. Bailamos con pilotos de caza de Kirtland y técnicos de Sandía. Fabricantes de bombas. ¿Qué hacía yo allí? Llamé a casa cuatro o cinco veces, pero comunicaba. Seguro que el teléfono había quedado mal colgado. Teníamos una gata muy lista que solía tirarlo para oír la voz que te avisa de que el teléfono está mal colgado. Al cabo de un rato empecé a divertirme, bailando y bebiendo cerveza. Cualquiera que me conozca sabe que el alcohol se me sube a la cabeza. Marzie parecía aún más ridícula que yo, con un mono de lamé plateado. Desapareció, y yo acabé con un piloto llamado Buck. Guapo al estilo nazi, como un viejo Richard Widmark en blanco y negro.

Supuse que el chico de los Casey había perdido la chaveta, corriendo como un poseso. Iba conduciendo esa camioneta como alma que lleva el diablo por

los caminos del canal, haciendo trompos en la orilla, levantando polvaredas, los cuervos graznando y tres de aquellos pobres niños Bellamy delante, en la cabina. Se acabó, dije, y llamé a la policía. Jed debía de estar en la tienda hablando con Earl; el coche patrulla llegó en cinco minutos, con luces, sirenas y todo. Casey empezó a acelerar y se escapó, pero luego se detuvo y bajó de la camioneta. Parecía un demente. Earl y él treparon al terraplén y se asomaron a mirar el agua, como preguntándose si los peces picaban. Earl fue a hablar por la radio y luego Casey y los chicos lo siguieron a la casa Bellamy. Agarré mi suéter y una linterna y fui para allá atajando por el campo de Gus.

Ella había salido, con la furgoneta nueva, al Club Hispanoamericano para celebrar el fin de curso. De eso daba clases, de español. Habían estado cenando todos y entonces Casey vio que Joel se había ido. Ese crío acababa de aprender a caminar. Lo llamaron y buscaron por toda la casa, y luego miraron fuera y encontraron sus zapatillitas rojas. Se te encogía el corazón, al ver aquellas zapatillitas rojas. No podía haber ido lejos descalzo, comenté, pero Jed dijo que el canal no estaba lejos. Dijo que no quedaba otra que drenar las acequias. Llamó al departamento de bomberos voluntarios y pidió refuerzos.

Los hombres fueron todos al canal. Casey y los niños estaban buscando en el bosque. Iba llegando gente del pueblo, así que mandé a Arnold a por el termo de café de la parroquia, y a comprar vasos de porexpán y crema de leche en la tienda de Earl. Earl mandó una caja de Coca-Cola, fría. Envié a Arnold de nuevo a casa a por unas fuentes de macarrones con atún del congelador y dos tartas de frutos rojos. Bessie no soporta ser menos. Fue a su casa y trajo pollo, un jamón entero, y ensalada de patata. Lupe Vargas se presentó con una perola llena de tamales. Conmovía, ver cómo nuestro pueblo hace piña cuando alguien está en apuros. Y esos voluntarios, los hombres que estaban vaciando las acequias, eran los propios granjeros que necesitaban esa agua para sus cosechas, en esa época del año más que en ninguna otra. Pero nadie se quejó. Solo hacían lo que habría hecho cualquiera.

Tenemos que encontrar a la madre, dije. No podía dejar de pensar en la cara del chico de los Casey, blanco como la cera, tan impresionado que

apenas podía hablar. Dijo que había ido a una fiesta. Claire Bellamy no había salido una sola vez, ni una sola en un año entero desde que vivían allí. Casey parecía asustado y culpable. Eso es lo que parecía, culpable. ¿Dónde estaba la madre? Quizá los había asesinado a los dos y había enterrado los cuerpos sin que yo viera nada, aunque me hubiera extrañado mucho. Quizá estaban muertos en el desván. Busqué en el listín de teléfonos el Club Hispanoamericano. No existía tal sitio. Llamé a la universidad y conseguí los nombres de sus profesores. Ninguno había oído hablar tampoco de ese club, pero todos se quedaron conmocionados al saber que quizá el bebé se hubiese ahogado. Me dieron números de alumnos y amigos de Claire, pero ninguno sabía nada de ninguna fiesta, así que empecé a preocuparme de verdad.

¿Dónde estaba su escopeta? ¿Y si se sentía acorralado y se liaba a disparar? Se leen noticias así cada dos por tres. Supuse que más me valía contárselo a Bessie. Dejamos que Mabel Strom siguiera llamando a gente del listín telefónico de Claire Bellamy mientras registrábamos la casa a fondo. Miramos en todos los cajones y armarios pero no encontramos la escopeta. En su dormitorio, sin embargo, había unos dibujos de ella colgados como si tal cosa. Desnuda por completo. Ni un pedacito de tela encima. Ahí mismo a la vista de aquellos pobres niños inocentes. Y algunos poemas que hablaban de un pecho de seda y demás porquerías. Por poco se nos parte el corazón, así que hicimos trizas todos los poemas y dibujos. Hay que reconocer que tiene la casa limpia, dijo Bessie, y eso era verdad.

El helicóptero y los sabuesos llegaron casi a la vez. Un jaleo de mil demonios, estruendo y aullidos. Los chicos Bellamy volvieron corriendo del canal para ver aterrizar el helicóptero en el patio de atrás y a los perros que andaban olisqueando las zapatillitas rojas. Les dije que debería darles vergüenza, estar pasándoselo en grande cuando lo más seguro era que su hermanito se hubiera ahogado. Se quedaron serios un par de minutos, Nathan incluso lloró, entonces echaron a correr campo a través detrás de los perros. Ya había un mundo de gente, así que Bessie y yo estábamos atareadas en la cocina. Vinieron muchos de los amigos de Claire Bellamy. Mabel debió de llamar a todos los nombres del listín de teléfonos de Claire. Dos monjas de

una escuela donde había dado clases. Una decena de alumnos del instituto de río Grande, directos del baile de graduación, vestidos de gala y esmoquin. Vinieron sus profesores y vino su exmarido, en un coche que por lo visto era un Lotus. Toda la juventud salió a mirar el coche. Iba acompañado de una francesa que hablaba en francés con las monjas. Entonces apareció otro exmarido. Por poco nos caemos de espaldas. Este otro estaba con su madre, una verdadera sargenta. Cómo habría odiado tenerla fisgoneando en mi casa. El primer exmarido acababa de volver de Italia, nunca se había visto con el segundo. Pero fueron muy correctos, se estrecharon la mano y uno de ellos dijo, bueno, no hay más remedio que esperar. Habrían podido hacer más que eso, pero me mordí la lengua. Llegaron dos mexicanos con malas pintas. Luego dos señoras muy finas que conocían a la primera suegra. Luego llegaron más profesores. Se disgustaron muchísimo cuando la bocazas de Bessie les contó que no se temía solo que el bebé se hubiera ahogado, sino que quizá Claire Bellamy también estaba en el otro barrio y que era todo muy turbio.

Entraron los hombres, cansados después de drenar las acequias. Casey volvió con los niños, les dio de comer y los subió a la cama. Los hombres comieron algo y luego salieron a fumar mientras se iban pasando una botella, como en una fiesta. Dentro la gente comía y charlaba de esto y aquello. Jed se acercó a mí y me preguntó qué era aquel absurdo rumor de que allí había algo turbio. Le conté lo del romance y la ruptura, que Casey había estado merodeando entre los árboles. Cuando Casey bajó por la escalera, Jed y Wilt, el ayudante, se lo llevaron al cuarto de la costura casi una hora. Al salir, Jed preguntó: «¿Ya habéis dado con ella?», y al ver que no, volvió con Wilt al bosque. Casey vino hacia mí, furioso. Me quise morir, pero solo me dijo «Zorra asquerosa», y salió por la puerta de atrás.

Me fui con Buck, a la casa donde vivía, esquivando su bicicleta estática y su máquina de remo y sus barras de pesas hasta llegar a la cama de agua. «Ah, qué bien ha estado –me dijo al terminar–, ¿a ti te ha gustado?». «Sí –le dije–, tengo que llamar a casa». La línea seguía ocupada. Buck dijo que estaba muerto de hambre. «¿Tú no estás muerta de hambre?» Caramba, sí que lo

estaba. Fuimos a ese bar de camioneros en Lomas, comimos filete con huevos y nos reímos. Agradable. Empezaba a gustarme. Faltaba poco para que se hiciera de día. Llegó la camioneta del *Journal*; el chófer descargó un atado de periódicos en el suelo. Buck fue a por uno y echó un vistazo a la página de deportes. Me quedé mirando abstraída la primera página cuando vi el titular en la esquina inferior. SE TEME QUE HAYA UN BEBÉ AHOGADO EN CORRALES. ACEQUIAS DRENADAS. Y justo debajo decía Joel Bellamy. El nombre de mi hijo.

Buck me llevó hasta la furgoneta y volví a casa a toda velocidad, saltándome semáforos parpadeantes en rojo, semáforos parpadeantes en ámbar. No lloraba, pero me silbaba el pecho como si dentro ululara el viento. Justo a las afueras de Corrales, en la curva del Hombre Muerto, oí un ruido y un roce y de pronto Joel dijo: «¡Hola, mamá!». Se trepó por encima del asiento hasta mi regazo. Frené en seco. Me quedé allí abrazándolo, oliéndolo. Al final dejé de temblar y pude acabar de conducir el trecho que quedaba hasta casa.

El resto de esa noche es como un sueño, y no me refiero a maravilloso. Distorsionado y con desfase. Gente entrando y saliendo de foco, fuera de contexto. Nuestra finca se había convertido en un inmenso aparcamiento de pesadilla. Un policía me indicó con la linterna un lugar para estacionar. Encontré a Betty Boyer borracha en el porche de atrás.

—¡Bienvenidos a *Esta es tu vida!*

Para empezar estaba la buena de Jennie Caldwell lavando platos, y Casey secando. Casey soltó un gemido, por poco se desmaya al ver a Joel. Betty y yo lo ayudamos a sentarse. Abrazó a Joel, meciéndolo, sin dejar de gemir. Nuestra casa estaba llena de gente, desconocidos. No, no todos eran desconocidos. La gente comenzó a correr de un lado a otro gritando que habían encontrado al bebé, que estaba bien. Pero después del alivio y la alegría inicial pareció llegar la desilusión. Como si todo el mundo se sintiera estafado, y allí estaban a las cuatro de la madrugada. Uno de los granjeros dijo que por lo menos las otras dos veces que habían drenado las acequias apareció un cadáver. Hay que reconocer que todo el mundo tenía los nervios a flor de piel por el agotamiento y la preocupación. Aun así me pareció que los únicos que se alegraron sin fisuras de ver a Joel sano y salvo fueron Casey

y sor Cecilia y sor Lourdes. O que al menos no insinuaban que la culpa de todo era mía. Hasta mis propios hijos sentían lo mismo. No digamos mis exmaridos, Tony y John, o mi antigua suegra. No hice caso de sus comentarios maliciosos. El departamento de Español en pleno estaba allí, incluso el doctor Duncan, el rector. Recelaba de mí desde aquel incidente en la calle 1, pero esa es otra historia. Soy una persona muy reservada. Bueno, al menos me había duchado en casa de Buck y había desayunado. Estaba fresca, de hecho, pero hasta eso pareció irritar a la gente.

El peor fue el señor Oglesby, del banco. Nunca lo había visto en persona. Era el que se encargaba de llamarme si me quedaba en descubierto. «Oye, Claire, soy Oglesby, del banco. Mejor ingresa algo de dinero, encanto.» ¿Qué estaba haciendo el señor Oglesby en mi cocina? Dos mujeres a las que no había visto desde que nació Keith, hacía nueve años.

La policía al final pidió a la gente que se marchara. Pero los agentes no se marcharon, se sentaron conmigo y Casey en la mesa de la cocina. La cabra y el poni asomaron la cabeza por la ventana. Iré a darles de comer, dijo Casey. Tú te quedas donde estás, le dijo el policía. Era como si se hubiera cometido un crimen. ¿Dónde estaba Joel cuando yo me marché? ¿Las puertas de la furgoneta habían quedado abiertas? No, en ningún momento dije que iba al Club Hispanoamericano. ¿Dónde había estado de las dos hasta las cuatro? ¿Buck, qué más? Les expliqué que había llamado a casa, unas siete veces.

–Pero entonces, querida señora –dijo Jed–, si usted no sabía que aquí las cosas estaban patas arriba... ¿por qué seguía intentando llamar?

–Solo para saludar –dije.

–Saludar. ¿Usted llama a las tres de la madrugada a quien cuida de sus hijos solo para saludar?

–Sí.

Casey sonrió. Parecía contento de verdad. Le sonreí también.

–Santo cielo –dijo el policía–. Anda, Wilt, salgamos de esta casa de locos, vamos a por algo de comer.

Las (ex)mujeres

Siempre que Laura pensaba en Decca, la veía como en un decorado. La había conocido cuando aún estaba casada con Max, varios años antes de que Laura se casara con él. En la casa de High Street, Albuquerque. Beau la llevó. Entraron por la puerta abierta de par en par a una cocina con cacharros sucios, platos y gatos, tarros destapados, bandejas con restos de caramelo derretido, botellas abiertas, cartones de comida china para llevar, a través de un dormitorio, tropezando con pilas de ropa, zapatos, montones de revistas y periódicos, tendederos de rejilla, neumáticos. En el centro del escenario apenas iluminado una ventana panorámica con visillos raídos manchados de un color azafrán por la nicotina. Decca y Max estaban sentados en unas butacas de cuero, de cara a un televisor en miniatura encima de un taburete. Entre los dos había una mesa con un cenicero enorme lleno de colillas de cigarrillo, una revista con una navaja y una montaña de marihuana, una botella de ron y el vaso de Decca. Max llevaba un albornoz de terciopelo negro, Decca, un kimono rojo de seda, el pelo moreno largo y suelto. Impactaban. Eran impactantes. Su presencia te golpeaba físicamente, como un bofetón.

Decca no habló pero Max sí dijo algo. Miró a Laura a través de unas pestañas espesas con sus ojos oscuros, colocado. «Eh, Beau, qué pasa», dijo con voz áspera. Luego Laura no recordaba nada más. Tal vez Beau les pidió prestado el coche o algo de dinero. Estaba en su casa de paso, camino de Nueva York. Beau era saxofonista y lo había conocido por casualidad, paseando a su bebé en cochecito por Elm Street.

Decca. ¿Cómo es que las inglesas aristocráticas y las mujeres americanas

de clase alta siempre tienen nombres como Pookie o Muffin? ¿Se quedan con los apodos cariñosos que les pusieron sus niñeras? Hay una presentadora de las noticias de la NBC que se llama Cokie. Seguro que Cokie no viene de una familia campechana de Ohio. Es de una familia de alcurnia con dinero. ¿De Filadelfia? ¿De Virginia? Decca era una B—, una de las mejores familias de Boston. Había sido debutante, alumna de Wellesley, la desheredaron en parte cuando se fugó con Max, que era judío. Años después, a Laura también la desheredaron cuando su familia se enteró de que se había fugado con Max, aunque transigieron al darse cuenta de lo rico que era.

Decca llamó sobre las once esa noche. Los hijos de Laura estaban dormidos. Les dejó una nota y el número de Decca por si alguno se despertaba, dijo que volvería pronto.

La razón de que siempre me parezca un decorado, meditó, es que Decca no cierra nunca las puertas y nunca se levanta a ver quién llama al timbre o a la puerta. Así que entras sin más y la encuentras in situ, a la derecha del escenario, con una luz tenue. En algún momento, antes de sentarse y empezar a beber, ha encendido un fuego de pino, velas en los rincones y quinqués que ahora relucen en la cascada de su pelo sedoso. Lleva un kimono verde con ricos bordados sobre un cuerpo todavía bonito. Solo de cerca puedes ver que pasa de los cuarenta, que la bebida le ha dejado la piel fofa, los ojos enrojecidos.

Es una habitación grande en una casa de adobe antigua. El fuego se refleja en el suelo de baldosas rojas. En las paredes blancas hay pinturas de Howard Schleiter, un Diebenkorn, un Franz Kline, hermosas tallas de santos coloniales. Cuelga ropa interior de una escultura de John Chamberlain. Encima de la cuna del bebé en un rincón hay un móvil de Calder auténtico. Si te fijabas podías ver vasijas espléndidas de Santo Domingo y Ácoma. Viejos tapices navajos quedan ocultos bajo pilas de *Nation*, *New Republic*, *I. F. Stone's Weekly*, *New York Times*, *Le Monde*, *Art News*, revistas *Mad*, cartones de pizza, cajas de comida a domicilio de Baca. Sobre el visón que cubre la cama se amontonan juguetes, ropa, pañales, gatos. Hay damajuanas vacías de Bacardí forradas de mimbre desperdigadas por la habitación, y a veces giran cuando los gatos les dan un zarpazo. Hay una hilera de damajuanas llenas junto a la butaca de Decca, otra junto a la cama.

Decca era la única mujer alcohólica que Laura conocía que no escondiera el licor. Laura aún se negaba a sí misma que bebiera, pero escondía las botellas. Para que sus hijos no se las vaciaran, para no verlas ni hacerles frente.

Si Decca siempre estaba lista en escena, en esa magnífica butaca, con su pelo reluciente a la luz cálida de la lámpara, Laura era especialmente buena con las entradas. Aparece de pie en la puerta, elegante y casual, con un abrigo italiano de gamuza hasta el suelo, de perfil mientras inspecciona la habitación. Tiene treinta y pocos años, un encanto que da la ilusión de frescura y juventud.

–¿Qué coño estás haciendo aquí? –dice Decca.

–Me has llamado. Tres veces, de hecho. Ven rápido, dijiste.

–¿Ah, sí? –Decca se sirve un poco más de ron. Tantea debajo de la butaca y saca otro vaso, lo limpia con el kimono–. ¿Te llamé? –sirve una copa generosa para Laura, que se sienta en una silla al otro lado de la mesa.

Laura enciende uno de los Delicados de Decca, tose, toma un trago.

–Sé que eras tú, Decca. Nadie más me llama «Bebé» o «Culona».

–Debía de ser yo –ríe Decca.

–Dijiste que viniera enseguida. Que era urgente.

–Y entonces ¿cómo has tardado tanto? Dios, tengo una laguna total ahora mismo. ¿Tú sigues dándole al frasco? Bueno, es obvio que sí.

Sirve más ron. Las dos beben. Decca se echa a reír.

–Bueno, al menos aprendiste a beber. Me acuerdo de cuando os acababais de casar. Te ofrecí un martini y dijiste: «No, gracias. El alcohol me da vértigo».

–Todavía me pasa.

–Es curioso que sus dos mujeres acabáramos beodas.

–Más curioso aún es que no acabáramos yonquis.

–Yo sí –dice Decca–. Durante seis meses. Me di a la bebida para salir de la heroína.

–¿La droga te hizo sentirte más cerca de él?

–No. Pero hizo que no me importara –Decca alarga el brazo hacia un sofisticado equipo estéreo, cambia la cinta de Coltrane por una de Miles Davis. *Kind of Blue*–. Así que nuestro Max está en la cárcel. Max no

aguantará la cárcel en México.

–Ya lo sé. Le gusta dormir con la funda del almohadón planchada.

–Dios, tienes la cabeza hueca. ¿Ese es tu análisis de la situación?

–Sí. Me refiero a que si es así con las fundas del almohadón, imagínate lo duro que será todo lo demás. En fin, he venido a decirte que Art se está encargando del asunto. Está mandando dinero para sacarlo.

Decca suelta un gemido.

–Ay, empiezo a acordarme de todo. ¿A que no adivinas cómo está llegando allí el dinero? ¡Con Camille! Beau iba a volar con ella a Ciudad de México. Me telefoneó desde el aeropuerto. Por eso te llamé. ¡Max va a casarse con Camille!

–Santo cielo.

Decca sirve más ron.

–¿Santo cielo? Eres tan fina que me pongo mala. Seguro que les mandarás un juego de copas. Estás fumando dos cigarrillos a la vez.

–¡Tú nos mandaste un juego de copas! Cristal de Baccarat.

–¿En serio? Debió de ser una broma. En fin, la cuestión es que Camille le dijo a Max que van a ir a Acapulco de luna de miel. Igual que vosotros.

–¿Acapulco? –Laura se pone de pie, se quita el abrigo y lo tira en la cama. Dos gatos bajan de un salto. Laura lleva un pijama negro de seda y chinelas. Se tambalea, por la emoción o por tanto ron. Vuelve a sentarse—. ¿Acapulco? –repite con tristeza.

–Sabía que te llegaría al alma. Probablemente a la misma suite en el Mirador. Buganvillas e hibiscos perfumando el aire de la habitación.

–Esas flores no huelen. Los nardos perfumarían el aire –Laura se sujeta la cabeza con las dos manos, pensando.

–El sol. El sol colándose entre las lamas de madera de las persianas.

Decca se ríe, abre otra garrafa de ron y llena los vasos.

–No, el Mirador es demasiado tranquilo y anticuado para Camille. La llevará a algún hotel de moda en la playa con bar en la piscina, taburetes bajo el agua, sombrillitas en el cóctel de coco. Se moverán por la ciudad en un jeep rosa con toldo. Reconócelo, Laura. Te da rabia. Una administrativa tonta. ¡Furcia barata!

–Venga ya, Decca. No te pases. Es joven. Tiene la misma edad que

nosotras cuando nos casamos con él. Y no es exactamente tonta.

Qué buen corazón tiene esta boba, pensó Decca. Seguro que fue muy buena con él.

–Camille es tonta. Dios, pero tú también lo eras. Aunque supe que lo querías, y que le darías hijos. Son una preciosidad, Laura.

–¿A que sí?

Soy tonta, pensó Laura, y Decca es brillante. Max debe de haberla añorado mucho.

–No sabes cómo deseaba tener un bebé... –dice Decca–. Lo intentamos durante años. Años. Y nos peleábamos por eso, porque yo estaba obsesionada, nos culpábamos el uno al otro. Habría podido matar a aquella obstetra-ginecóloga, la tal Rita, cuando se quedó embarazada de Max.

–Sabes que indagó por toda la ciudad y lo eligió a él. No quería un amante, solo un bebé. Safo. Vaya nombre, ¿no?

–Raro. Más raro aún es que años después de divorciarnos, voy y me quedo preñada a los cuarenta. Una noche, una maldita noche, qué digo, un revolcón de diez miserables minutos con un fontanero australiano en San Blas, infestado de mosquitos. Bingo.

–¿Por eso le pusiste Melbourne a tu hijo? Pobre crío. ¿Por qué no Perth? Perth es bonito –vacilante, Laura se levanta y va a ver al niño. Sonríe y lo arropa.

–Está enorme. Con ese precioso pelo colorado. ¿Cómo anda?

–Genial. Es un crío genial. Está empezando a hablar.

Decca se pone de pie, se tambalea ligeramente mientras cruza la habitación para echar un vistazo al niño y luego va al cuarto de baño. Laura se acaba la bebida, se prepara para marcharse a casa.

–Voy a ir tirando ya –le dice a Decca cuando vuelve.

–Siéntate. Toma otra copa –sirve. Beben en tacitas de té en miniatura, a juzgar por la frecuencia con que las llena–. No pareces entender la gravedad de la situación. Mira, a mí no me faltará de nada, estoy arreglada de por vida. Salí bien parada del divorcio, y además tengo el dinero de mi familia. ¿Qué van a heredar tus hijos? Esa mujer lo dejará seco. Fuiste idiota al no pedir la manutención para los niños. Idiota de remate.

–Ya. Pensé que sería capaz de salir adelante sola. Nunca había trabajado.

En el vicio se le iban ochocientos dólares al día y siempre estaba estampando coches. Así que solo le pedí dinero para el fondo de la universidad. ¿Quieres que te diga la pura verdad? No creía que Max fuera a vivir mucho más.

Decca se ríe dándose una palmada en la rodilla.

—¡Ya lo sé! La otra, como se llame, tampoco quiso la manutención. El viejo Trebb, el abogado, me llamó después de que saliera la sentencia de tu divorcio. Quería saber por qué las tres exmujeres teníamos pólizas astronómicas para el seguro de vida de Max.

Decca suspira, enciende un canuto gordo que estaba encima de la mesa. Chisporrotea y se prende; las chispas que caen hacen tres agujeros en su precioso kimono. Uno justo en medio de la mancha de ron con la forma de Italia. Las apaga a manotazos, tosiendo, y le pasa el canuto a Laura, que al dar una calada provoca también una lluvia de chispas que le hacen agujeros en la camisa del pijama de seda.

—Al menos me enseñó a quitar las semillas de la maría —dice con una voz rara echando el humo.

—Así que —continúa Decca— cuando salga estará limpio. Vivito y coleando en Acapulco. Le di los mejores años de mi vida, y mira ahora. Está vivito y coleando en Acapulco con una camarera de tres al cuarto —Decca empieza a balbucear, moqueando mientras aúlla—. ¡Los mejores años de mi vida!

—Diablos, ¡yo le di los peores años de mi vida!

A las dos les entra una risa histérica, se dan palmadas, se agarran los costados, patalean y derriban un cenicero. Laura va a tomar un trago pero se lo derrama en la pechera del pijama.

—En serio, Decca —dice—. A lo mejor es una buena noticia. Espero que sean felices. Max puede enseñarle mundo. Ella lo adorará, lo llevará en palmitas.

—Lo llevará a la tintorería. ¿Es una golfa o no? Parece una camarera con patines.

—Te estás quedando anticuada de tanto repetirte. Más bien parece vendedora de cosméticos Clinique, diría yo. ¿Sabes que fue Miss Playa Redondo?

—Tú tienes estilo, B. B. Eres una mala pécora elegante. Fingirás que se te cae la baba por la pareja de tortolitos. Probablemente les tirarás arroz en la boda. Así que ahora dime, ¿qué se siente de verdad, al pensar que irán a

Acapulco? Imagínate. Puesta de sol. Despunta un rayo verde y se desvanece en el horizonte. «Cuando calienta el sol» suena de fondo. Saxofones vibrantes, maracas. No, ahora suena «Piel canela», pero aún están en la cama. Ella duerme, cansada después del sol y del esquí acuático. Sexo tórrido y sudoroso. Él está tumbado contra su espalda. Le roza la nuca con los labios, se hunde, le muerde la oreja, respirando.

Laura se vierte encima un poco de ron de la copa rebosante.

—¿A ti te hacía eso?

Decca le pasa una toalla para que se seque.

—B. B., ¿crees que eres la única que tiene lóbulos en las orejas? —sonríe, disfrutando con el juego—. Entonces te acariciaba el pecho con la palma de la mano, ¿verdad? Tú gemías y te dabas la vuelta. Y luego te agarraba la cabeza entre...

—¡Basta!

Las dos se quedan deprimidas. Fuman y beben con los movimientos lentos y calculados de quien lleva mucho alcohol en el cuerpo. Los gatos se acercan, contoneándose, pero los ahuyentan distraídamente con el pie.

—Al menos no hubo otra antes que yo —dijo Decca.

—Elinor. Todavía lo llama, en plena noche. Lloro mucho.

—Ella no cuenta. Fue alumna suya en Brandeis. Un fin de semana intenso y lluvioso en Truro. La familia avisó al decano. Fin del romance y de la carrera en la enseñanza.

—¿Sarah?

—¿Te refieres a Sarah? ¿Su hermana Sarah? No eres tan tonta, B. B. Sarah es nuestra mayor rival, la peor de todas. La verdad es que nunca me atreví a decirlo en voz alta. ¿Crees que llegaron a hacer el amor?

—No, claro que no. Pero están muy unidos. Ferozmente unidos. No creo que nadie pueda adorarlo tanto como Sarah.

—Yo tenía celos de ella. Dios, tenía celos de ella.

—Decca. ¡Escucha! Ay, espera un momento. Tengo que hacer pis.

Laura se pone de pie, se tambalea, va dando tumbos hasta el cuarto de baño. Decca la oye caerse, el clic de la cabeza contra la porcelana.

—¿Estás bien?

—Sí.

Laura vuelve, gateando hasta la silla.

–La vida está erizada de peligros –ríe por reír. Ya tiene un chichón morado en la frente–. Escucha, Decca. No hay de qué preocuparse. Nunca se casará con Camille. Quizá se lo dijo para hacerla ir hasta allí. Pero no se casará. Te apuesto un billón de dólares. ¿Y sabes por qué?

–Sí. Ya lo tengo. ¡Por la hermana Sarah! Camille nunca pasará la prueba con Sarah.

Decca se había debatido para prenderse una coleta alta con una goma, parecía una palmera torcida. A Laura se le ha soltado el moño, así que el pelo cae en una cortina a uno de los lados de la cabeza. Se miran una a la otra sonriendo como bobas, con la ropa húmeda y quemada.

–Exacto. Tú y yo le caemos bien a Sarah. ¿Sabes por qué?

–Porque somos distinguidas.

–Porque somos unas damas –brindan con la copa llena, riéndose a carcajadas, pataleando en el suelo.

–Es la verdad –dice Decca–. Aunque quizá ahora mismo no estemos en nuestro mejor momento. Entonces cuéntame, ¿tú también estabas celosa de Sarah?

–No –dice Laura–. Nunca tuve una familia de verdad. Ella me arropó. Aún lo hace, y adora a los chicos. No, yo estaba celosa de los traficantes. Juni, Beto, Willy, Nacho.

–Ya, todos los maleantes guapos.

–Siempre nos encontraban. Llevaba un año y medio limpio. Beto nos encontró en Chiapas, al pie de la iglesia del cerro de San Cristóbal. La lluvia resbalaba por los cristales de sus gafas de espejo.

–¿Llegaste a conocer a Frankie?

–Conocí a Frankie. Era el más tarado de todos.

–Vi morir a su perro, una vez que a él lo encerraron. Hasta al caniche lo tenía enganchado a la droga.

–Una vez apuñalé a un camello, en Yelapa. Ni siquiera lo herí de verdad. Pero noté cómo la hoja se hundía, lo vi sangrar.

Decca está llorando. Sollozos tristes, como los de una niña. Pone *Charlie Parker with Strings*. «April in Paris.»

–Max y yo estuvimos en París en abril. No paró de llover, maldita sea. Las

dos fuimos muy afortunadas, Laura, y las drogas lo echaron todo a perder. Quiero decir que durante un tiempo fugaz tuvimos cuanto una mujer puede desear. Bueno, yo lo conocí en sus años dorados. Italia, Francia, España. Mallorca. Todo lo que tocaba se convertía en oro. Podía escribir, tocar el saxo, torear, pilotar coches de carreras –vuelve a servir ron.

Laura no atina a expresarse.

–Yo lo conocí cuando era... cuando...

–Has estado a punto de decir «feliz», ¿a que sí? Nunca fue feliz.

–Sí que lo fue. Lo fuimos. Nadie ha sido tan feliz como nosotros, jamás.

Decca suspira.

–Puede que sea cierto. A mí me lo parecía, al veros juntos. Pero para él no era suficiente.

–Una vez estábamos en Harlem. Max y un amigo músico fueron al lavabo a chutarse. La mujer del amigo me miró, desde el otro lado de la mesa de la cocina, y dijo: «Allá van nuestros hombres, con la dama del lago». Quizá nos equivocamos, Decca. Por soberbia o por lo que sea, quisimos importarle demasiado. Quizá esta chica, ¿cómo se llama? Quizá ella sepa estar ahí sin más.

Decca había estado hablando consigo misma. En voz alta dijo:

–Nadie podría importarme tanto, nunca, nunca. ¿Has conocido a un hombre que pueda hacerle sombra? ¿Con una mente como la suya? ¿Con su ingenio?

–No. Y ninguno es tan tierno ni tan dulce, la música le conmueve, da un beso de buenas noches a sus hijos.

Ahora las dos están llorando, sonándose la nariz.

–Me siento muy sola. Intento conocer a otros hombres –dice Laura–. Incluso me apunté a la Unión de Libertades Civiles.

–¿Que hiciste qué?

–Hasta fui al Sundowner a la hora del dos por uno. Pero todos los hombres me ponen de los nervios.

–Exacto. A mí cualquier hombre me crispa, después de Max. Preguntan «¿me entiendes?» a cada momento o repiten las mismas historias, tienen una risa escandalosa. Max nunca aburría, Max nunca daba la nota.

–Empecé a salir con un pediatra. Un tipo encantador que lleva pajarita, va

a volar cometas. El hombre perfecto. Adora a los niños, es sano, guapo, rico. Sale a correr, bebe sangría de vino rosado.

Las dos mujeres chasquean la lengua.

–Bueno, pues lo tengo todo preparado. Los niños duermen. Me pongo un vestido blanco de gasa. Estamos en la mesa de la terraza. Velas. La bossa nova de Stan Getz y Astrud Gilberto. Langosta. Estrellas. Entonces aparece Max, aparca en el césped con un Lamborghini. Lleva un traje blanco. Nos saluda con la mano, entra a ver a los chicos, dice alguna idiotez, como que le encanta mirarlos cuando están dormidos. Perdí la cabeza. Estampé la jarra de sangría en las baldosas, tiré la bandeja de la langosta, zas, zas, la bandeja de la ensalada, zas. Le dije al tipo que se largara con viento fresco.

–Y lo hizo, ¿verdad?

–Verdad.

–Ahí tienes, Laura, Max nunca se hubiera ido. Habría dicho algo como «Cielo, necesitas un poco de amor», o habría empezado a lanzar bandejas y platos también hasta que los dos acabarais riendo.

–Tal cual. De hecho hizo algo así cuando salió. Estampó varios vasos y un jarrón de fresas, pero rescató la langosta y nos la comimos. Con arena y todo. Sonrió y dijo: «Ese pediatra no es un gran avance».

–Nunca ha existido un hombre como él. Nunca se tiraba pedos ni eructos.

–Claro que sí, Decca. Y mucho.

–Bueno, pues a mí nunca me crispaba. Solo has venido para disgustarme. ¡Vete a casa!

–La última vez que me dijiste que me fuera estábamos en mi casa.

–¿Sí? Demonios, entonces me iré yo.

Laura se levanta para marcharse. Se abalanza hacia la cama para coger el abrigo, se queda de pie quieta, orientándose. Decca se acerca por detrás, la abraza, le roza el cuello con los labios. Laura aguanta la respiración, no se mueve. Sonny Rollins está tocando «In Your Own Sweet Way». Decca se inclina, besa a Laura en la oreja.

–Entonces te acaricia el pezón con la palma de la mano.

Y acaricia a Laura.

–Entonces te das la vuelta y te agarra la cabeza entre las manos y te besa en la boca.

Pero Laura no se mueve.

–Túmbate, Laura.

Laura tropieza, resbala sobre la cama cubierta de visón. Decca apaga el farol y se tumba también, aunque se dan la espalda. Una está esperando a que la otra la toque como hacía Max. Hay un largo silencio. Laura llora, suavemente, pero Decca suelta una risotada y le da un cachete a Laura en el trasero.

–Buenas noches, culona.

Al cabo de nada Decca está dormida. Laura se marcha en silencio, llega a casa y se ducha, se viste antes de que los niños se despierten.

Navidad, 1974

Mi querida, queridísima Zelda, siento que tus vacaciones lleguen en un momento tan malo para nosotros. Las fiestas, la escuela, etcétera. Ahora soy profesora; estaré corrigiendo los exámenes trimestrales y trabajando en la obra de Navidad. Vivimos en una casa muy pequeña. El casero cree que solo tengo dos hijos, por los dos cuartitos, así que, cuando viene, uno de los chicos tiene que desaparecer. Ben (¡ya tiene diecinueve años!) duerme en el garaje. Keith (diecisiete) duerme en el sofá del salón. Joel tiene uno de los cuartitos, en realidad poco más que un armario, y yo el otro. Sé que dirás que no te importaría dormir en el suelo, pero resulta que hay un amigo de Ben (Jesse) de Nuevo México durmiendo en el suelo del salón. Me encantaría verte pero en estas circunstancias sería incómodo para todos. Me alegro de saber de tu nueva vida.

Con cariño,

Maggie

–Bueno, ¿es una carta rotunda o no? –Maggie la pasó a limpio, la metió en un sobre y la echó al buzón.

–Y por cierto, ¿quién es la tía Zelda? –preguntó Joel.

–La hermana grande de tu padre. Grande de verdad. Su hija Mabel estudia en Berkeley, pero por lo visto en la comuna tienen una regla de nada de padres. Me encuentro a Mabel a veces y es estupenda, pero ahora le gustan las chicas y teme contárselo a su madre. En fin, Zelda no puede venir aquí, así que ya está.

Pero Zelda apareció igualmente, seis días después, con una cheflera en un tiesto y tres libras de salmón ahumado. Mabel fue a buscarla al aeropuerto y la trajo a casa, dijo que la vería más tarde. Maggie recibió a Zelda fríamente, se la presentó a Joel, que le subió las bolsas al cuarto de Maggie. Zelda lo

siguió arriba, para deshacer el equipaje.

Ben, Keith y Jesse estaban jugando al póquer en el garaje. Sonaba «Jumpin' Jack Flash» en el estéreo.

–¿Qué voy a hacer con ella? ¿Y si se queda para Navidad?

Jesse estiró las piernas con las botas encima de la cama.

–¿Quieres que me vaya, Maggie? Antes, quiero decir..., porque para Navidad ya me habré ido.

–No, ni pensarlo. Te dijimos que podías quedarte. A ella fue a quien le dije que no viniera. Es de armas tomar.

Joel llamó a la puerta y entró.

–Anímate, mamá, ¿a que no adivinas qué está haciendo la tía Zelda?

–A saber.

–Lavando los platos. Nos ha caído del cielo una abnegada mamá judía.

–Pero yo quería un criado japonés –aun así Maggie se rio y volvieron adentro.

Zelda era una mujer nueva. Había perdido treinta kilos desde el divorcio, se había puesto pendientes y se había hecho una ligadura de trompas.

–¡Estoy lista para la aventura! –dijo, y Maggie no pudo evitar reírse, visualizando partes íntimas rasuradas. Zelda desbordaba alegría, abrazaba a todo el mundo y todo era «¡Bárbaro!» o «¡De fábula!».

Keith se trasladó al cuarto de Joel y Joel se mudó abajo al sofá, con Jesse en el saco en el suelo. Maggie dormía en la hamaca en el comedor. No tenía tiempo ni energía para agasajar a Zelda. Mabel tampoco le hacía mucho caso, ocupada con sus estudios y arreglando un motor Volkswagen. Aun así Zelda estaba decidida a pasarlo bien, y lo hacía. Fue a Gump's y a I. Magnin y a Cost Plus. Tomó el transbordador de Sausalito, viajó en tranvía, almorzó en la plaza Jack London. El resto del tiempo lavaba los platos, no solo los platos sucios, sino todos los platos y sartenes y cacharros de los armarios, cambiaba el forro de las estanterías. Quitó la escarcha del congelador, planchó. Jesse no la dejaba limpiar el salón mientras estaba allí escribiendo música, tocando la guitarra. Ella no lo dejaba pisar el suelo encerado de la cocina. Keith los llamaba «la extraña pareja», pero Maggie reconocía que la cosa marchaba bien. Había coles rellenas borboteando en la cazuela cuando llegaba exhausta de la escuela. Zelda preparaba entremeses, compraba queso y vino para la

Hora de la Diversión, que era todas las noches. (Resulta que su marido había sido vendedor de aperitivos de fiesta.)

Ben hacía bisutería y la vendía en Telegraph Avenue al salir de clase. Luego llegaba a casa con cuatro o cinco artistas callejeros. Greg el vidriero no faltaba nunca. La novia de Keith, Lauren, venía cada noche, normalmente con otras chicas, para conocer a Jesse, el guapo melencólico desgarbado de Nuevo México. Lee siempre estaba por allí, un motero chicano vestido de cuero y con cremalleras que repicaban como un trineo ruso. Lee tocaba la armónica y los bongos, flirteaba con Mabel. No se daba cuenta de que era gay y ella lo alentaba, por Zelda, mientras por debajo de la mesa se rozaba el muslo con su amante de pelo crespo, Big Mac. Big Mac cantaba; Mabel y Jesse tocaban la guitarra.

La tía Zelda se reía, estaba exultante, se atragantaba con la marihuana. Keith y Lauren se sentaban a la mesa del comedor a hacer los deberes, a jugar al ajedrez mientras Maggie corregía exámenes, leía para las clases del día siguiente, tomando sorbos de Jim Beam que guardaba aparte de la cerveza y el vino de la Hora de la Diversión.

Joel y sus amigos subían y bajaban a todas horas. Estéreos y radios, televisiones y guitarras y bongos y armónicas y fútbol eléctrico. La lavadora y la secadora y la máquina de pachinko. Maggie hacía números en los márgenes, preocupada por el dinero y el casero. Se había gastado todo el sueldo en regalos de Navidad, había vendido sus últimas joyas zunis para el alquiler. Estaba tensa y cansada y echaba de menos su cama, temía que fuera a oler para siempre a Estée Lauder.

–¡Demasiado! –dijo Zelda cuando Maggie se sentó a su lado junto al fuego. Zelda estaba colorada y llorosa, mientras escuchaba a Mabel y Big Mac cantar «Lay, Lady, Lay». Se sonó la nariz-. ¡No quiero volver a casa nunca!

Jesse le sonrió con disimulo a Maggie, que lo miró con los ojos bizcos. Él le pidió que le pasara las llaves de la camioneta, en la repisa de la chimenea. Cuando abrió la puerta el aire era fresco, la lluvia silenciosa. La camioneta embragó, reculó para salir de la rampa de la entrada. Maggie también salió fuera. Paseó con Chata, la perra, por el aparcamiento vacío de la estación, sin que ninguna de las dos esquivara los charcos. Chata oyó primero la

camioneta, bajando a toda velocidad.

–¿Quiere que la lleve, señora?

–Eh, Jesse. Claro. Solo he salido a tomar un poco el aire.

–Sabías que te recogería. Sube. No, tú no, Chata. Sal de aquí, perra.

Tardaron dos manzanas en perderla.

Calles y calles desiertas en el sudoeste de Oakland. Era un placer alejarse de casa, y a Maggie le gustaba el silencio de Jesse. Empezó a decir algo de Zelda, pero él la interrumpió.

–No quiero oír nada de Zelda, ni de tus hijos, ni de la escuela.

–Eso no me deja ningún tema del que hablar.

–Exacto –alargó el brazo para sacar una botella de Jim Beam de debajo del asiento, dio un trago y se la pasó.

–Me asusta cómo bebes, Jesse. Con diecisiete años no tienes edad de ser alcohólico.

–Soy viejo para mi edad. Treinta y cinco tampoco es edad para estar quemada.

Acabaron en el depósito de correos de Oakland Oeste. Bloques enteros de camiones aparcados, cada uno con el rótulo de un estado distinto de la Unión.

–¿Cómo diablos habéis entrado aquí? –preguntó el camionero que estaba en el de Luisiana, aunque siguió clasificando el correo.

Jesse y Maggie pasearon de estado en estado. Ella quería encontrar Nueva York; él fue a Wyoming, a Misisipi. La primera palabra que ella aprendió a deletrear. La enseñó el tío John. El viento soplaba alrededor del remolque de Nuevo México, pero no se oía nada, solo el aleteo de las cartas. Observaron al hombre clasificando, en silencio, como si estuvieran al otro lado de una ventanilla.

–Mejor que salgáis de aquí –dijo el hombre de Nuevo México. No habían visto el cartel de PROHIBIDO EL PASO al entrar.

Mientras salían con la camioneta, un vigilante enclenque salió de una garita indicándoles que se detuvieran.

–Bajen de la camioneta –les dijo, pero cuando se bajaron eran los dos tan altos que tartamudeó–: ¡Vuelvan a subir a la camioneta!

Empezó a hablar por la radio, palpando el revólver con una mano. Jesse arrancó y salió disparado. Ting, una bala impactó en el parachoques.

–¡Qué movida! –se rio Maggie. Una aventura.

Cuando llegaron a casa todos se habían acostado. Jesse se metió directo en el saco de dormir junto al fuego, ahora solo rescoldos. Maggie aún tenía que corregir un montón de exámenes, iba dando sorbos de Jim Beam para mantenerse despierta.

Ajetreo navideño. Jesse y Ben vendían bisutería en Telegraph, y les iba bien a pesar de la lluvia. Maggie y Joel se quedaban hasta tarde en la escuela, ensayando sus respectivas funciones navideñas. Maggie había escrito una parodia de *Cuento de Navidad*. Scrooge tenía un desguace de coches en Hayward; el pequeño Tim era un militante parapléjico. Quedó una historia divertida, frenética.

La tía Zelda se encargaba de la compra. Por las noches ayudaba a Maggie a preparar comida y a envolver regalos, charlando de su nueva imagen, de que quizá encontraría una nueva relación. Maggie guardaba silencio. Zelda suponía que Maggie tenía el corazón roto, pero que con el tiempo las cosas se arreglarían.

–Cualquier día mi hermano recobrará el sentido. Hacíais una pareja estupenda. Nunca me olvidaré de cuando vinisteis al bar mitzvá de Marvin. ¡Tan felices! Y tú con aquel traje. ¿De Norell?

–De B. H. Wragge –aquel era un buen traje.

–Y recuerdo que él siempre encendía dos cigarrillos a la vez y te daba uno a ti.

Maggie se rio.

–Eso lo sacó de John Garfield –solo Shelley Berman lo hacía mejor: se olvidaba de darle a la mujer su cigarrillo, con los nervios se fumaba los dos.

¿Recobrar el sentido? Más de uno. Gusto, olfato, oído, tacto.

–Creo que yo sí que estoy perdiendo el sentido –dijo Maggie.

Zelda sonrió, «De fábula», como de costumbre. Muy de vez en cuando soltaba un comentario natural. ¿Es que aquí nadie tiene zapatillas? ¿Bebes de buena mañana? ¿No usáis cepillo de dientes?

Fueron todos a la función de Navidad a la escuela de Joel. A Zelda y Maggie se les saltaron las lágrimas ya desde el villancico de los Ángeles Mensajeros.

Jesse y Ben salieron fuera varias veces para fumar un canuto. Keith y Lauren se levantaban cada poco a hablar con antiguos maestros, con amigos.

El momento que causó sensación fue cuando las chicas de cuarto salieron en minifalda y diademas con astas de reno y bailaron provocativamente al ritmo de «Let's Get It On» de Marvin Gaye. Gritos ahogados entre el público. Luego los de quinto cantaron «Perdices en un peral». Ben los hizo reír a todos, pensando en el jaleo que se armaría en su casa de Russell Street con todos los regalos de que hablaba la canción. Capones, gansos, señores brincando.

La clase de Joel hizo el último número, y el más bonito. Era muy simple, como un ballet. Él y otros dos niños se convertían en estatuas mientras hacían una guerra de bolas de nieve. Se quedaron quietos, congelados, mientras el hombre de nieve, que en realidad era Darryl, empezaba a derretirse, se volvía más y más pequeño, hasta que el Espíritu de la Navidad los transformaba a todos de nuevo. Joel, de estatua, ni siquiera pestañeó, después de que al principio parpadeara con sus ojos castaños hasta encontrar a su familia entre el público.

Cuando el recital acabó, Santa Claus y la directora, la señora Beck, salieron al escenario entre grandes aplausos. «Alegría para el mundo» sonaba a todo volumen mientras empezaban a repartir regalos. Camiones de juguete. Muñecas Barbie. Una gran dotación de fondos del gobierno del programa contra la pobreza. En cuestión de segundos el escenario quedó asediado, sobre todo por chicos adolescentes, pero también por muchos adultos. Parecía el festival de Altamont. A Joel lo empujaron al suelo, se cortó el labio, sangraba. Ben y Jesse subieron de un salto al escenario. Ben recogió a Joel. Jesse le arrebató su camión al chaval que se lo había quitado. A la señora Beck se le torció la peluca rubia con mechas. Agarró el micrófono.

–¡Estos regalos son solo para nuestros chicos! –chilló–. ¡Solo para los chicos! ¡Atrás, cabrones!

–Salgamos de aquí –Maggie abría paso. Jesse llevaba a Joel de la mano.

–¿Y si vamos a tomar un helado, Maggie? Tú pagas y yo conduzco.

–Jesse, ¿parecía que estaba congelado?

–Sí. ¡Y cuánto rato! Choca esos cinco –plas, plas.

La última noche de la tía Zelda. Jesse y Joel habían ido a Martínez a cortar el árbol. Un abeto fragante, precioso. Maggie estaba relajada. Había vendido la alfombra navaja de su dormitorio, había comprado más regalos, tenía suficiente dinero para no preocuparse por un tiempo. Charlaba con Zelda mientras preparaban dátiles rellenos, una tradición familiar, que luego nadie comía, igual que la cáscara de sandía a la vinagreta en la cena de Navidad.

Keith y Lauren estaban en la mesa del comedor haciendo guirnaldas de arándanos; los demás estaban decorando el árbol, discutiendo. Ben y Joel siempre querían poner de todo en el árbol; a Keith y Maggie les gustaba simple. Jesse no entendía por qué no ponían carámbanos. Porque Ben y Joel los habían puesto el año anterior.

–Qué ganas tengo de ir a casa –dijo Jesse.

Se marchaba al cabo de un par de días, a dedo hasta Nuevo México, por Navidad. Miau, chilló un gato debajo del árbol cuando lo pisaron. Chata, la perra, rondaba de un lado a otro, mojada, cruzándose en el camino. Tres artistas callejeros se secaban junto al fuego, pasaban adornos y bombillas a los demás. En la cocina Mabel y Big Mac estaban haciendo suspiros de merengue. Unas velas de Cost Plus resplandecían como la tía Zelda.

–Me muero por contarle las vacaciones a mi psicoanalista –dijo Zelda.

Maggie se preguntó qué contaría. Zelda no había hecho ningún comentario sobre Mabel.

Llamaron a la puerta. Era Linda, su vecina de al lado, preguntando si podía usar la ducha. No soportaba meterse en la bañera cuando tenía el periodo. Pues tiene el periodo cada dos por tres, dijo Jesse. No, creo que solo le gusta pasarse un rato, sobre todo si ve movimiento. Caramba, Maggie, ¿entonces por qué no la invitas y ya está?

Llamaron otra vez. Eran Ian y John, dos profesores de la escuela donde Maggie daba clase. Mientras se ocupaba de sus abrigos, Lee llegó rugiendo con su Harley, cueros negros chorreando como un traje de buzo. Maggie presentó a todo el mundo, sentó a los dos profesores a la mesa.

–Llegáis justo a tiempo para decirle adiós a Zelda.

Zelda entró con una bandeja de pierogi, galletas, turrónes, dátiles rellenos. Uno de los artistas callejeros le pasó a Ian un canuto con una boquilla de marfil grabado.

–Santo cielo, Maggie, ¿fumas hierba delante de tus hijos?

–Yo no la fumo. Ojalá. No da resaca, no engorda. Me alegro de que ninguno de mis hijos beba.

–No pretendía colarme en una fiesta –John hablaba raro porque acababa de fumar. Tenía ponche de huevo en el bigote.

–Ah, quédate si te apetece –dijo Zelda–. Toma un poco más de ponche.

Ian y John dieron un sorbo, carraspeando.

–Queríamos hablar contigo, Maggie –dijo John. Linda bajó por las escaleras ya duchada, con un albornoz coral de felpa, el pelo mojado en una trenza.

–¡Dátiles! Me encantan tus dátiles rellenos, Maggie.

–Adelante, come. Llévate unos cuantos a casa.

–Por favor –dijo Keith. Zelda y Linda fueron al salón.

Ian habló, con su voz grave y adulta que siempre irritaba a Maggie, la profesora más mayor de la escuela.

–Se trata de Dave Woods.

–Dios –dijo Maggie. Era la única profesora en Horizon que exigía asistencia, que ponía notas, no un simple aprobado o suspenso–. Le he dado todas las oportunidades posibles. Suspendió, tanto inglés como español. No voy a cambiar de parecer, si es a eso a lo que venís.

–Eso es muy tajante, Maggie. ¿Cómo puedes llevar una vida tan disipada y ser una profesora tan rígida? Se supone que debemos tener en cuenta a cada alumno como individuo.

–Bueno, ese individuo suspendió mis dos asignaturas.

–Se diría que no crees en la filosofía de nuestra escuela.

–¿Filosofía? ¿Tres mil pavos al año, un campus precioso, buena hierba para fumar y nada de deberes? –Keith le dio una patada a Maggie por debajo de la mesa.

–No hay necesidad de ponerse hostil. Hemos venido aquí de buena fe –dijo Ian.

–Tomad unos suspiros –Mabel pasó la bandeja, deslizándola por la mesa.

John no apartaba los ojos de sus bonitos pechos sin sujetador. Maggie deseó que no hubiera tanta comida y bebida y esplendidez general. Linda, radiante, se había apalancado entre dos artistas, con el albornoz abierto

revelando unos muslos rubenescos.

–¿Cómo has dicho que se llaman? –le preguntó John a Mabel, con el dulce pegajoso entre los dedos.

–Suspiros... divinos –contestó Mabel arrastrando las palabras.

–A mí eso me suena místico –soltó Zelda con una carcajada, dándole un codazo a Maggie. Las dos se retorcieron de la risa.

Ian le cogió un cigarrillo a Maggie. A ver si vuelve a fumar y se compra su propio tabaco, pensó, aunque por lo menos sus compañeros habían perdido interés en los dos suspensos de Dave Woods, estaban escuchando a Mabel y Big Mac. «Lay, Lady, Lay» otra vez. Maggie fue a la cocina, se puso Jim Beam en el ponche. Ben y Lee miraban a Lauren mientras cortaba más pedacitos de turrón.

–No te preocupes. Mañana le prendo fuego a la escuela –dijo Lee sonriendo.

Llamaron a la puerta otra vez.

–Suena como una redada –dijo Jesse.

Casi acierta. Era el casero. Ben y Keith sacaron a alguna gente, pero ya no tenía remedio. Había visto que alguien estaba viviendo en el garaje, a hippies fumando marihuana.

–Han venido unos amigos a pasar las fiestas –dijo Maggie, pero el casero se quejaba de que el jardín estaba hecho una pena.

–¿Una pena? Prácticamente todo lo planté yo, llevo dos años arreglándolo. La lluvia lo ha estropeado.

–Voy a vender la casa. Solo quedan cuatro casas de blancos en la manzana.

–Pues haber empezado por ahí. No hace falta que invente patrañas para echarme a mí la culpa.

–Desde luego puedo basarme en algo más que «patrañas» para romper el contrato de alquiler.

Maggie suspiró.

–Ahora márchese, por favor –dijo, y le abrió la puerta.

Tomó un trago, puso más bourbon en el ponche y volvió al comedor. Se sentó con Ian y John.

–Siento haber sido tan brusca. Dave es el chico más brillante que

tenemos... Ojalá lo hubieseis tumbado también en Matemáticas y Ciencias. Tal como va, suspenderá los exámenes de acceso a la universidad. Sabe que puede sacar mejores notas y espero que reaccione.

–¿Más ponche? –preguntó Zelda.

–Gracias, no. Mañana hay clase. ¿La obra de Navidad está lista, Maggie?

–No, pero saldrá genial.

Todos se habían ido o se habían trasladado al cuarto de Ben en el garaje. Joel estaba en el sofá, Jesse en su saco de dormir. Habían apagado las luces pero los dos seguían hablando. Zelda y Mabel se pusieron a discutir arriba, luego Mabel bajó las escaleras dando pisotones.

–Bueno, pues ya se lo he contado –dijo, y se marchó dando un portazo.

Maggie lavó los platos, guardó la comida y barrió el suelo hasta que paró el llanto, entonces subió de puntillas al cuarto de baño.

–¡Maggie!

Zelda estaba sentada en la cama, ríos de lágrimas resbalaban por la capa brillante de Elizabeth Arden.

Maggie la abrazó.

–Debes de estar cansadísima. Yo estoy cansada. Vamos...

Pero Zelda no la soltaba, su mejilla tersa deslizándose en el pelo de Maggie.

–¡Mabel! ¡Mi niña! ¿Qué voy a hacer ahora?

Maggie se apartó, fue al cuarto de baño a limpiarse la crema de la cara, humedeció dos toallitas con tónico de hamamelis.

–Anda, déjame ponerte esto en los ojos. Deja de llorar –se sentó en el borde de la cama, cubriéndose también los ojos con la otra toallita.

–Mi hija –dijo Zelda–. No puedes entender cómo me siento.

–Pues quizá no. Me parece que no me importaría si uno de mis hijos fuese gay. En cambio si uno se hiciera policía o hare krishna, creo que me volaría la cabeza.

Zelda se echó a llorar otra vez.

–Es que estoy tan...

–Estás pasándolo mal. No sufras por Mabel. ¿Tienes algún somnífero?

–Valium –Zelda señaló su estuche de maquillaje.

Maggie le dio las pastillas y un poco de agua, se tomó una también. Mulló las almohadas de Zelda, apagó la luz. Con el resplandor del cartel de Bekins, Zelda parecía vieja y asustada.

–¿Estás bien?

–No. Me siento vieja y asustada.

Maggie la abrazó, le dio un beso en la frente resbaladiza.

–Me alegro de que vinieras, de todos modos.

Al bajar, Maggie se dio cuenta de que había olvidado quitarse la ropa o lavarse la cara. La pudo el cansancio. Sacó mantas del armario, se sirvió un vaso de bourbon, se trepó a la hamaca, recordó los cigarrillos, volvió a bajar, a meterse, se arrojó con las mantas, el vaso y el cenicero en el suelo, se acomodó para echarse también una buena llorera.

–Madre de Dios –dijo Jesse desde el salón. Se levantó, se echó el saco de dormir al hombro.

–¿Adónde vas?

–A dormir a la camioneta. Nunca te había visto compadecerte de ti misma.

Cuando se marchó, Maggie dejó de llorar, se fumó un cigarrillo, apuró el vaso. La *Fedra* de Racine, acto segundo. ¡Se ha ido! Riéndose de sí misma se levantó y se lavó la cara en el fregadero de la cocina, escondió la botella de Jim Beam en la lavadora para por la mañana.

Qué demonios, ya es por la mañana. Dos días más de clases. La obra. Navidad. No voy a poder. Podré, tengo que parar de beber. Qué rápido he vuelto a liarme. Mañana empiezo a reducir. Jesse se marchará dentro de unos días. Entonces será más fácil. O no. Por la tarde compraré la radio para Joel, también el libro para Lauren. Zelda se va, ¡gracias a Dios! ¡Mi cama! Ni siquiera he hablado con Joel desde hace semanas. Soy una madre espantosa. Tengo que ponerme bien por mis hijos. Dios, soy una calamidad. Esta casa es una calamidad.

Llenó la copa de vino, fue desplazando la copa y la botella mientras limpiaba el polvo y lustraba los muebles. Barrió, fregó y enceró los suelos. Joel siguió durmiendo, incluso cuando retiró el sofá. Salió a tirar la basura

bajo la lluvia, arrancó un ramo enorme de la flor de Pascua rosada de Linda. La ventana de su dormitorio se abrió de golpe.

–¿Qué diablos estás haciendo? –gritó Linda–. ¡Son las cuatro de la madrugada!

La ventana volvió a cerrarse de golpe. Maldita sea, hay gente que hasta que no se toma un café no es persona. Dentro, Maggie arregló las flores en un jarrón de latón. Bueno. Esto ya tiene otra cara. Enderezó los cuadros, encendió las luces del árbol de Navidad. Ralla un poco de queso, prepara ahora macarrones con queso, compra la radio y el libro al salir de la escuela.

–¿Qué haces limpiando las ventanas? Son las cinco de la mañana, mamá – Keith estaba vestido, con cara de sueño.

–Ah, hola. No podía dormir. Están llenas de hollín por la chimenea. ¿Cómo es que te has levantado tan temprano?

–Voy de excursión con la clase. Déjame guardar la botella. No podrás ir a trabajar. Basta, mamá, desayuna algo conmigo.

Se llevó la botella arriba. Ella sabía que la escondía en el hueco del falso tabique del cuarto de baño. Puso a calentar agua para el café, hizo zumo de naranja, preparó salchichas y torrijas. Ella y Keith no hablaron, leyeron el periódico. Zelda bajó, pálida, con su equipaje. Maggie le preparó el desayuno. Keith se marchó después de despedirse de las dos con un abrazo, justo cuando Mabel llegaba para llevar a su madre al aeropuerto. Las tres tomaron café sin ceremonias.

Aún estaba oscuro cuando Zelda y Mabel se fueron. Maggie se quedó en la calle temblando mientras las despedía con la mano hasta que perdió de vista el parachoques donde se leía FUERZA ENTRE HERMANAS, y luego entró a preparar más torrijas para Joel y Ben. Mientras comían recordó la botella de la lavadora.

Jesse entró de fuera.

–Mi desayuno me lo hago yo.

Había tanta niebla en la autopista que temió que el avión de Zelda no llegara a despegar. Temió chocar con los otros coches y luego empezó a temerse que quizá ni siquiera estaba en la autopista. Salida. Puente elevado y cambio de

sentido. El templo mormón resplandecía mágico como el castillo en *El mago de Oz*. Cabina de teléfono monolítica, luz blanca. Llamó a la escuela Horizon, les dijo que se le había averiado el coche. Probablemente debería cancelar también las clases de la tarde. No, el ensayo no; eso podía ir bien sin ella. No, gracias, llegaría una grúa del seguro en cualquier momento. Bajó conduciendo por la calle empinada hasta MacArthur, donde ya no había nada de niebla, pero Maggie continuaba asustada. Siguió al autobús de la línea 53 hasta el centro de Oakland, esperando en prácticamente cada manzana a que los pasajeros subieran o bajaran. En el centro se puso detrás del 43 en Telegraph Avenue y lo siguió hasta casa. Estaba demasiado borracha para fijar la vista.

Soltó el abrigo y el bolso con los libros al lado de la puerta de la entrada, subió las escaleras hasta su habitación. Estaba oscuro, las cortinas cerradas. Jesse se había echado a dormir en su cama.

–Eh, ¿qué gran idea se te ha ocurrido? –le preguntó, pero él no se movió.

Pasó por encima y cayó redonda al momento, pero Jesse se despertó y se volvió hacia ella, quitándose las botas.

–Hola, Maggie.

El Pony Bar, Oakland

Hay ciertos sonidos concretos que son perfectos. Una pelota de tenis, una bola de golf golpeada en el punto justo. Una volea alta en un guante de cuero. La caída lenta y sorda de un K. O. Me derrito con una apertura perfecta en una mesa de billar, un tiro seco en la banda seguido por tres o cuatro deslices silenciosos y chasquidos consecutivos. Los roces de la tiza acariciando el taco. El billar es erótico lo mires por donde lo mires. Normalmente a la luz tenue palpitante de una rocola.

Críquet en Santiago. Parasoles rojos, césped verde, los Andes blancos. Sillas de lona a rayas rojas y blancas en el club de campo Príncipe de Gales. De jovencita firmaba los recibos de la limonada, daba propinas a los camareros de esmoquin, aplaudía a John Wells. El golpe perfecto del bate de críquet. Vestía de blanco, procuraba no mancharme con la hierba, coqueteaba con chicos que llevaban los pantalones grises de franela de la escuela Grange, chaquetas azules en verano. Emparedados de pepino para el té, planes para el domingo en Viña del Mar.

En el Pony Bar recordé que me había sentido tan fuera de lugar en el césped verde como me sentía en el taburete de la barra al lado del motorista. Llevaba bisagras tatuadas en las muñecas, en la articulación del codo, detrás de las rodillas.

–Te hace falta una bisagra en el cuello –le dije.

–A ti te hace falta que te den por el culo.

Hijas

¿Si soy fiel a mis convicciones? Ni siquiera puedo retener una idea más de cinco minutos. Igual que la radio de una camioneta. Voy surcando la carretera... Waylon Jennings, Stevie Wonder..., paso un badén y, pum, aparece un predicador de Clint, Texas. Proyecta tu *mirda* hacia el cielo. ¿Mirada? ¿Mierda? De un día para el otro el autobús 40 cambia. Algunos días viaja gente de Chaucer, de Damon Runyon. Un festín de Brueghel. Me siento cerca de todos ellos, en paz con ellos. Somos un vívido tapiz de viajeros, hasta que hay una epidemia y nos convertimos en víctimas del síndrome de Tourette, atrapadas en una cápsula sofocante, para siempre. A veces todo el mundo está cansado. Un autobús entero hecho polvo. Pesadas bolsas de la compra. Carros aparatosos, cochecitos. Jadeando al subir los escalones, pasándose de parada dormidos, la gente se desploma, se mece agarrada sin fuerzas a las barras como algas lánguidas. O todo el mundo tiene matas en la cabeza. Una fila tras otra, y de pie, apretujados, a todos les brota pelo del cuero cabelludo. No sauce verde o eucalipto o musgo sino un millón de hebras, filamentos de vello. Crestas de pelo, pelo azulado de anciana, pelo afro mojado. Vaya, el hombre de delante no tiene nada de pelo. Ni siquiera tiene los poros diminutos en la cabeza para que le salga. Me siento desfallecida. Una niña se sube en el autobús, con un uniforme de los jesuitas. Alguien, una abuela de las de «ahora estate quieta criatura», le ha hecho unas trenzas tan tirantes que se le achinan los ojos. Las trenzas están prendidas con unos lazos blancos, lazos de raso auténtico. Se sienta detrás del conductor. El sol de la mañana reluce sobre su raya perfecta, traza un halo sobre su cabeza. Me encanta la melena de la cría. Nada que ver con mi pelo corto y crespo...

Me lo toco y parece que acaricie a un samoyedo o un chow chow. Buen chico. Mata, Colmillo Blanco.

Debería haber cogido aquel trabajo ensartando perlas para collares. Trabajar para un médico, bueno, es a vida o muerte todo el día. Voy volando de un lado a otro, un verdadero ángel misericordioso. O un gul. Mmmm, doctor B., interesantes, estos resultados medulares del señor Mórbido. Se llama así, en serio. La verdad supera a mi imaginación, que realmente se vuelve loca con las máquinas de diálisis. Avances decisivos de la medicina moderna. Salvavidas que al caer la tarde se convierten en vampiros de plástico sin cabeza, sanguijuelas. Los pacientes se ponen cada vez más pálidos. Las máquinas hacen un runrún de succión, con un sorbo de tanto en tanto que suena como una risa.

A última hora de la tarde estoy a punto de estrangular a la hija de Riva Chirenko. No sé cómo se llama. Nadie la llama señora Tomanovich. Es la mujer del señor Tomanovich. La hija de Riva. La madre de Irena Tomanovich. Ella es la lacra de las mujeres, una matrioshka. En cambio otras veces a esa misma mujer, la hija de Riva Chirenko, la respeto y la venero. Si yo fuera capaz de aceptar como ha hecho ella, aceptar sin más... La aceptación es fe, dijo Henry Miller. A él podría estrangularlo también.

Ayer fue la fiesta de Navidad en el centro de diálisis. Por más que me empeñe en buscar las vueltas, fue una fiesta preciosa, una celebración. Todos los pacientes y sus familias. Vino Rocky Robinson. Nadie lo había visto desde que se hizo un trasplante de un cadáver, y tenía buen aspecto. Existe un vínculo entre los pacientes de diálisis, como entre los alcohólicos anónimos o los supervivientes de un terremoto. Son conscientes del indulto, se tratan unos a otros con más ternura y respeto que la gente normal.

Andaba ocupada con el bufé y el ponche. Todo muy rico, toneladas de comida. Sin sal. El señor Tomanovich, el yerno de Riva Chirenko, fue una ayuda, presidiendo la mesa de pie y arengando a todos los invitados. ¡Comida buena! ¡Bebida buena!

Para mí era mucho más sano cuando veía a la gente como animales. El señor Tomanovich, un manatí sudoroso. Ahora todos son enfermedades. Herpes o choque tóxico. El señor Tomanovich es hipertenso, obviamente, con su cara colorada y sus cercos sudorosos falciformes alrededor de las axilas

azul pastel. Potencial glomeruloesclerosis y fallo renal. Su mujer, la hija de Riva Chirenko, el yak... Va camino de una histerectomía, sufre mal de madre.

La propia Riva Chirenko está más allá de la enfermedad. Siempre se habla de las viejitas. Es porque las viejotas siempre se mueren, todas menos Riva, que tiene ciento treinta kilos y ochenta años encima. Pliegues de terciopelo rojo se derraman sobre el plástico de su camilla. La sangre roja corre en trombas. El suero intravenoso penetra con un goteo constante en las lomas de sus brazos. Se parece a Papá Noel. Pelo blanco y cejas blancas, coloretos, un conato de barba blanca. Le ladra en ruso a su hija, que la abanica, le pasa por la frente un paño húmedo, le canturrea en ruso con voz lastimera. Yendo y viniendo de la cantina, a llenar el plato rojo con tentempiés para su madre. Albóndigas suecas, cruasanes de jamón, rosbif, huevos rellenos, espárragos, quiche, brie, aceitunas, crema de queso con cebollinos, tarta de calabaza, champán, jugo de arándanos, café. Todo desaparece con sigilo por la boquita de piñón de Riva Chirenko.

–¿Dónde está el doctor B.? –pregunta a cada momento el señor Tomanovich. Llevo dos años trabajando para él y nunca sé dónde está. ¿Será verdad que ha ido a desatascar la fístula de Scribner? ¿A echar una siesta? ¿Sentado guardando shivá?

–Está en el quirófano –contesto.

La hija de Riva Chirenko, cada vez que llena el plato de su madre, acaricia el pelo de Irena, su hija, y la anima a que coma. En ruso, le dice: «*Kushai, dochka*». El padre de Irena también se acerca de vez en cuando, y dice: «*Tebe ne khorosho?*».

Están diciendo: «¡Enmiéndate, golfilla!». No, por supuesto que no. Dicen: «Come, princesita».

La hija, Irena, se sienta en la única silla del comedor. Una silla fea de plástico, que desentona a más no poder. Quiero tirarla a la calle, ir a alquilar una, comprar una, rápido. De perfil, su largo cuello se curva como el de un dinosaurio albino, una cobra de mármol, un galgo anorético. Ves, estoy enferma. Hago que suene grotesca. Es la criatura más adorable que he visto en mi vida. Ojos verdes claros, el pelo como la miel blanca, como la pulpa de una pera. Tiene catorce años, va de blanco, con unos guantes de encaje sin

dedos, tan de moda. Sus manos huesudas descansan sobre el regazo como esos pajaritos blancos que se comen enteros en Guadalajara, con demasiada canela. Lleva unas medias blancas también de encaje sin pies. Tracerías azuladas laten en sus tobillos. Su madre le acaricia el pelo rubísimo. Irena se aparta con un gesto arisco, no le hace ni caso a su madre. Cuando el padre le acaricia el pelo no le habla, pero le sonrío mostrando sus exquisitos dientes blancos.

Por fin llega el doctor B. Se arma un revuelo. Los pacientes y las familias se amontonan a su alrededor. Lo adoran. Parece cansado. El señor Tomanovich le pide a su mujer que traduzca. Ha estado esperando para enseñarle al doctor B. fotografías de Irena en Hawái. Irena ganó el Concurso del Día del Padre en el autoservicio Skagg. Con una redacción, «¡Mi papá es el mejor!». Un viaje a Hawái para ella y sus padres. Por supuesto la madre no pudo dejar sola a Riva Chirenko. Irena había participado también en el Concurso del Día de la Madre de Skagg, pero solo había ganado una mención honorífica y la polaroid que sacó todas las fotos. Irena junto a un ave del paraíso. Irena con una guirnalda de flores en una plantación de caña de azúcar, en la terraza. Nada de playa. Odia el sol.

El doctor B. sonrío.

–Qué afortunados sois de tener una hija con tanto talento y tan preciosa.

–¡Dios es bondadoso! –la hija de Riva Chirenko siempre dice lo mismo. Dios los trajo de Rusia. Dios le dio a su madre la máquina de diálisis.

El doctor B. mira a Irena, ahí sentada, con la cabeza alta, desdeñosa. Copos de nieve caen en remolinos. Irena levanta su delicada mano blanca, para que él se la estreche, ¿se la bese? Traza una curva en el aire, preparada, elegante. Se convierte en un friso egipcio. El doctor B. la mira. Está hechizado.

–¿Has comido? –pregunta.

Por Dios. Esa cría no ha comido en años. El doctor B. va a saludar a otros pacientes e invitados. Irena señala con la mano extendida hacia un punto del guardarropa. El señor Tomanovich corre a buscar su abrigo con ribetes de piel, se lo pone. Viene su madre a abotonárselo, libera la melena de Irina del cuello de pieles, le acaricia el pelo. Irena no se inmuta, no habla. Se vuelve para marcharse. Su padre le pone la mano en el nacimiento de la espalda. Ella

se detiene en seco. Él aparta la mano y abre la puerta, siguiéndola afuera.

Limpio el comedor. La mayoría de los invitados se han ido, se están yendo. A los pacientes de diálisis aún les queda una hora más. Algunos están vomitando, algunos se han dormido. En el casete suena «*Allá en el pesebre, sin cama por lecho...*». El villancico favorito de mi abuela, aunque a mí me daba miedo porque siempre me decía que no engullera como un perro en el pesebre, y yo pensaba que el perro se había comido al Niño Jesús.

La comida ha sido perfecta. No ha sobrado nada, salvo dos tupperwares enormes que trajo Anna Ferraza. Un fracaso. Gelatina de fresa y de arándanos, amarga como la hiel. Ahí la dejo. Queda bonita junto a los platos rojos, las flores de Pascua.

Solo quedan unas pocas enfermeras y algún técnico. El doctor B. está al teléfono en su despacho. El árbol de Navidad en el medio de la gran sala tiene cientos de luces de burbujas que borbotean y fluyen con más volumen que las máquinas COBE II, y es como si hicieran una transfusión al árbol. Se huele la savia verde del abeto. La hija de Riva Chirenko sigue abanicando a Riva aunque esté dormida. Al final para, se levanta. Está agarrotada y dolorida. Osteoporosis. Pérdida ósea posmenopáusica. Tapa a Riva con un chal suave, viene al comedor justo cuando me estoy marchando con una bolsa llena de basura. Me doy cuenta de que la hija de Riva Chirenko no ha cenado. Me da un beso en la mejilla.

—¡Gracias por la fiesta! ¡Feliz Navidad!

Sus ojos son verdes como los de su hija. Ojos dichosos. No el rictus de sonrisa de los niños maltratados o los fanáticos religiosos. Dichosos.

Vacíó la basura y hablo un rato con uno de los técnicos, sobre la solución salina, de dónde comprarle un jersey a su mujer. Compruebo el servicio de contestador para ver si hay algún mensaje. Pedidos de hiperalimentación para Ruttle, nada más. Maisie, la operadora, me pregunta si mañana libro. ¡Sí! Dios es bondadoso, Maisie. Se ríe. No conmigo, de bondadoso nada.

Voy a por mi abrigo. Me acuerdo de la gelatina de arándanos, me doy cuenta de que la hija de Riva Chirenko se la comerá, tan a gusto.

Día de lluvia

Joder, cómo se pone de borrachos y drogas el centro de desintoxicación cuando llueve. Estoy harto de estar en la calle, ¿sabes? La parienta y yo fuimos a las gradas... Se está bien allí, muy tranquilo y con un montón de espacio. Entonces empezó a llover y ella se echó a llorar. Yo le preguntaba, ¿qué pasa, cielo? ¿Qué pasa? ¿Y sabes lo que me dijo al final? «Todas las colillas del suelo se están mojando.» Me crucé y le solté un guantazo. Se puso como loca, la pasma se la llevó al calabozo y a mí me trajeron aquí. Puedo aguantar en el dique seco. El problema es que cuando se me pasa la mona me pongo a pensar. Nada más bebo para tapar esa voz. Mierda, ¿y si fuera batería en una banda? La última vez que estuve aquí había una de esas revistas científicas, creo que era *Psychology Today*, y hablaba de los borrachos desahuciados. Demostraba que los alcohólicos pensaban más. Decía que sacaban mejor puntuación en las pruebas que la gente normal y eran mejores en retentiva. Había una sola cosa en la que sacaban mala puntuación, se les daba de pena, pero no me acuerdo de qué era.

Guardas de nuestros hermanos

Hay gente que cuando muere desaparece sin más, como una piedra en una charca. La vida cotidiana recupera la calma y sigue como antes. Otra gente muere pero se queda rondando cerca mucho tiempo, bien porque han cautivado la imaginación popular, como James Dean, bien porque su espíritu se resiste a marcharse, como el de nuestra amiga Sara.

Sara murió hace diez años, pero todavía, cuando una de sus nietas hace un comentario brillante o imperioso, por ejemplo, todo el mundo dice: «¡Es igualita que Sara!». Si veo a dos mujeres que van riendo en un coche, riendo de verdad, siempre pienso que es Sara. Y por supuesto cada primavera cuando siembro plantas nuevas me acuerdo de la higuera que rescatamos del bidón de la basura en PayLess, de la terrible pelea que tuvimos por un rosal salmón en miniatura en East Bay.

Nuestro país acaba de meterse en una guerra, y por eso estoy pensando en ella ahora. Podía enfurecerse con nuestros políticos y hacerse oír más que cualquier persona que conozco. Me dan ganas de llamarla; siempre te proponía algo que hacer, te hacía sentir que podías hacer algo.

Aunque todos seguimos recordándola, dejamos de hablar de la manera en que murió poco después del suceso. Fue asesinada, brutalmente, le golpearon la cabeza con un «objeto contundente». Un amante con el que había estado liada la había amenazado en reiteradas ocasiones con matarla. Sara había llamado a la policía todas las veces, pero le decían que no podían hacer nada. El tipo era un dentista, alcohólico, unos quince años más joven que ella. A pesar de las amenazas, y de que otras veces le había pegado, no se encontró ningún arma, ninguna prueba lo situaba en el lugar del crimen. Nunca se

presentaron cargos.

Ya sabes cómo es cuando una amiga está enamorada. Bueno, supongo que hablo más para las mujeres, mujeres fuertes, mujeres mayores. (Sara tenía sesenta años.) Repetimos que es fantástico ser nosotras mismas, que llevamos una vida plena, pero seguimos deseándolo, reconozcámoslo. El romance. Cuando Sara se puso a dar vueltas en mi cocina riendo, «Estoy enamorada, ¿te lo puedes creer?», me alegré por ella. Todos nos alegramos. Leon era atractivo. Educado, sexy, sabía expresarse. La hacía feliz. Más adelante, igual que ella, lo perdonamos. Plantones, palabras crueles, faltas de consideración, una bofetada. Queríamos que saliera bien. Todos seguíamos deseando creer en el amor.

Después de la muerte de Sara su hijo Eddie se mudó a su casa. Antes yo iba a hacerle la limpieza los martes, así que de pronto resultó que iba a limpiar a casa de Sara. Fue duro, al principio, estar en la cocina soleada donde ya no quedaba ninguna de sus plantas pero los recuerdos permanecía aún. Chismorreos, charlas sobre Dios, sobre nuestros hijos. El salón estaba abarrotado con los cedés de Eddie, sus radios y ordenadores, dos televisores, tres teléfonos. (Tantos aparatos electrónicos que una vez cuando sonó el teléfono contesté con el mando a distancia de la tele.) Sus muebles destartalados y desaparejos reemplazaron el gran sofá de lino donde Sara y yo nos tumbábamos, una de cara a la otra, tapadas con una colcha, hablando sin parar. Una vez un domingo lluvioso estábamos tan hundidas que vimos competiciones de bolos y *Lassie*.

La primera vez que limpié su habitación fue horrible. La pared donde antes estaba la cabecera de la cama aún tenía salpicaduras de sangre seca. Me puse mala. Después de limpiar salí al jardín. Sonreí al ver las azaleas y los narcisos y las marimoñas que habíamos plantado juntas. No sabíamos cómo plantar el bulbo de las marimoñas, así que pusimos la mitad con la punta hacia arriba y la otra mitad hacia abajo. De manera que aún no sabemos cuáles son los que germinaron.

Volví adentro a pasar la aspiradora y hacer la cama, y vi que debajo del colchón de Eddie había un revólver y una escopeta. Me quedé helada. ¿Y si Leon volvía? Estaba loco. Podía matarme a mí también. Saqué las armas. Con las manos temblorosas, intenté decidir qué hacer con ellas. Deseé que

viniera Leon, para poder borrarlo del mapa.

Aspiré debajo de la cama y dejé las armas donde estaban. Horrorizada por mis sentimientos, me esforcé en pensar en otra cosa.

Imaginé que estaba en un programa de televisión. Una señora de la limpieza detective, una especie de Colombo en femenino. Con pinta de lela, mascando chicle..., pero mientras pasa el plumero en realidad va buscando pistas. Da la casualidad de que siempre limpia en casas donde hay un asesinato. Invisible, friega el suelo de la cocina justo cuando los sospechosos revelan un dato incriminatorio por teléfono a pocos pasos de allí. Escucha a escondidas, encuentra cuchillos ensangrentados en el armario de la ropa blanca, va con cuidado de no quitar el polvo del atizador para no borrar huellas...

Leon probablemente la mató con un palo de golf. Así es como se conocieron, en el club de golf de Claremont. Mientras restregaba la bañera oí chirriar la puerta del jardín, una silla que rascaba la tarima de madera. Había alguien en el patio de atrás. ¡Leon! El corazón me latía con fuerza. No podía ver nada por el cristal esmerilado de la ventana. Fui a gatas al dormitorio y empuñé el revólver, me arrastré hasta la puerta corredera que daba al jardín. Me asomé, con el arma a punto, aunque me temblaban tanto las manos que no podría haber apretado el gatillo.

Era Alexander. Dios. El viejo Alexander, sentado en una butaca de madera. ¡Eh, Al!, lo saludé de lejos y fui a guardar el revólver.

Traía un tiesto de barro con unas fresias rosas que guardaba desde hacía tiempo para Sara. De pronto le habían entrado ganas de pasarse un rato por su jardín. Entré y le preparé un café. Sara tenía la cafetera en marcha noche y día. Y cosas ricas para comer. Sopas o guisos, buen pan y queso y pastas. No como las rosquillas de Winchell y los macarrones congelados que Eddie tenía ahora en la casa.

Alexander era catedrático de literatura. Podía hablar horas y horas, Gerard Manley Hopkins estallando en oro bermellón. Conocía a Sara desde hacía cuarenta años, de cuando los dos eran jóvenes socialistas llenos de ideales. Siempre había estado enamorado de ella, le pedía de rodillas que se casaran. Lorena y yo le suplicábamos que aceptara. «Vamos, Sara deja que cuide de ti.» Era bueno. Noble y formal. Pero, si una mujer dice que un hombre es

amable, suele significar que lo encuentra aburrido. Y, como decía mi madre: «¿Alguna vez has intentado estar casada con un santo?».

Y era justamente de lo que Alexander estaba hablando...

–Yo era demasiado aburrido para ella, demasiado predecible. Sabía que aquel tipo no traería nada bueno. Solo confiaba en estar cerca cuando se marchara, para ayudar a recoger los pedazos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Me siento responsable de su muerte. Sabía que ese hombre le hacía daño, que le haría daño. Debería haber intervenido de alguna manera. Solo me preocupaban mis resentimientos y mis celos. Soy culpable.

Le di la mano y traté de animarlo, y charlamos un rato, recordando a Sara.

Después de que se marchara entré a limpiar la cocina. Eh, ¿y si realmente Alexander era culpable? ¿Y si había venido de noche, con el tiesto de fresias, o para ver si Sara quería jugar al Scrabble? Tal vez había espiado por las cortinas de las puertas correderas, había visto a Sara y Leon haciendo el amor. Había esperado a que Leon se marchara, por la puerta principal, y había entrado, loco de celos, y la había matado. Era un sospechoso, desde luego.

El martes siguiente la casa no estaba tan desordenada como de costumbre, así que me pasé la última hora quitando malas hierbas y replantando en el jardín. Estaba en el cobertizo cuando oí campanillas y una pandereta. Hare, Hare, Hare. La hija menor de Sara, Rebecca, estaba bailando y cantando alrededor de la piscina.

Sara se llevó un disgusto cuando la chica se hizo hare krishna, pero un día íbamos con el coche por Telegraph Avenue y la vio mezclada en un grupo. Se la veía tan bella cantando, contorsionándose, con su túnica azafrán. Sara aparcó junto a la acera, solo para contemplarla. Encendió un cigarrillo y sonrió. «¿Sabes qué? Está a salvo.»

Intenté hablar con Rebecca, que se sentara a tomar una tisana o cualquier cosa, pero giraba dando vueltas y vueltas, entre lamentos. Entonces se puso a saltar y a hacer cabriolas en el trampolín, interrumpiendo sus cánticos con estallidos violentos. «¡El mal engendra el mal!» Empezó a despotricar sobre su madre, que fumaba y tomaba café, que comía carne roja, y queso con cuajo o alguna otra porquería. Y la fornicación. Había llegado al borde del

trampolín, y cada vez que aullaba «¡Fornicación!» pegaba un salto de un metro en el aire.

Sospechosa número dos.

Solo limpiaba en casa de Eddie una vez por semana, pero invariablemente al menos una persona entraba en el patio. Estoy segura de que también venía gente los demás días. Porque así es como era Sara, su corazón y sus puertas abiertos a todo el mundo. Ayudaba en temas serios, políticamente, en la comunidad, pero también con pequeñas cosas, a cualquiera que la necesitara. Siempre contestaba al teléfono, nunca cerraba con llave. Siempre había estado ahí cuando me hizo falta.

Un martes, de buenas a primeras, la mayor, la peor sospechosa de todos se presentó en el patio de atrás. Clarissa. La exnovia de Eddie. Caramba. No creo que hasta ese momento se hubiera acercado nunca a casa de Sara, la odiaba. Había intentado que Eddie dejara el bufete de su madre, que se fuera a vivir con ella a Mendocino y se dedicara solo a escribir. Le mandaba cartas a Sara, acusándola de ser dominante y posesiva, y no paraba de pelearse con Eddie por su carrera de abogado y por su madre. Clarissa y yo habíamos sido amigas hasta que al final tuve que escoger entre una de las dos. Pero no antes de oírla decir cien veces: «Uf, no sabes cómo me gustaría asesinar a Sara». Y allí estaba de pronto, bajo la glicina violeta que cubría la verja, mordiendo la varilla de sus gafas de sol.

–Hola, Clarissa –dije.

Se sobresaltó.

–Hola. No esperaba encontrarme a nadie. ¿Qué estás haciendo aquí?

(Típico de ella... Ante la duda, ataca.)

–Vengo a limpiarle la casa a Eddie.

–¿Aún te dedicas a limpiar casas? Qué horror.

–Vaya, espero que no les hables así a tus pacientes.

(Clarissa es psiquiatra, santo cielo...) Me devané los sesos pensando en qué preguntas le haría mi señora de la limpieza detective. Estaba en blanco, me intimidaba demasiado. Realmente era una mujer *capable de tout*, pero ¿cómo podría demostrarlo?

–¿Dónde estabas la noche que asesinaron a Sara? –solté a bocajarro.

Clarissa se echó a reír.

–Querida, ¿acaso insinúas que soy culpable del crimen? No. Demasiado tarde –dijo mientras daba media vuelta y salía por la verja.

A medida que pasaban las semanas mi lista de sospechosos seguía creciendo, abarcaba a todos, desde jueces hasta policías e incluso al limpiaventanas.

La única sospecha con el limpiaventanas era el arma, la pértiga que lleva siempre junto con el cubo. Daba miedo, ver su silueta a través de las cortinas. Un tipo grande, blandiendo una pértiga. Hacía años que me tenía intrigada. Es un chico negro sin techo que por la noche duerme en los autobuses de Oakland y a veces en la sala de urgencias de Alta Bates. Durante el día va de puerta en puerta preguntando a la gente si quiere que les limpie los cristales. Siempre va con un libro a cuestas. Nathaniel Hawthorne. Jim Thompson. Karl Marx. Tiene una voz bonita y viste muy bien, polos de tenis, camisetas de Ralph Lauren.

Cuando Sara le pagaba por limpiarle las ventanas siempre le regalaba ropa vieja usada de Eddie, horrenda. El chico decía, gracias, señora, muy educado, pero yo estaba segura de que al salir la tiraba a la basura. Quizá ella le parecía un símbolo o algo. ¿Y si una sudadera con la cremallera rota fue la gota que colmó el vaso?

–Hola, Emory, ¿cómo te va?

–Bien, bien, ¿y a usted? Vi que el hijo de la señorita Sara está viviendo aquí ahora y me pregunto si necesita que le limpie las ventanas.

–No, ahora le hago la limpieza yo, y me encargo también de las ventanas. ¿Por qué no pruebas en su oficina, en Prince Street?

–Buena idea, gracias –dijo. Sonrió y se fue.

Vale, me dije. Recupera el sentido común y corta ahora mismo este rollo de las sospechas.

Entré a tomar un poco de café, volví a salir al jardín y me senté. Oh. Los iris japoneses estaban en flor. Sara, ojalá pudieras verlos.

Ese día me había llamado varias veces, contándome que Leon la había amenazado. Ya me tenía un poco harta la historia... ¿Por qué no rompía con ese tipo de una vez? La escuché y le dije cosas como «Llama a la policía. No contestes al teléfono».

¿Por qué cuando me llamó no le dije «Ven ahora mismo a mi casa»? ¿Por

qué no le dije «Sara, haz la maleta... Nos largamos de la ciudad»?
No tengo ninguna coartada para la noche del crimen.

Perdida en el Louvre

De niña intentaba apresar el momento exacto en que pasaba de la vigilia al sueño. Yacía muy quieta y esperaba, pero como por arte de magia llegaba la mañana. A medida que fui creciendo, cada tanto volvía a darme la vena de intentar sorprender al sueño. A veces le pregunto a la gente si alguna vez lo ha intentado también, pero nadie entiende a qué me refiero. Tenía más de cuarenta años la primera vez que me ocurrió, y fue sin proponérmelo siquiera. Una calurosa noche de verano. Las luces de los faros de los coches barrían el techo. El runrún de los aspersores de un vecino. Sorprendí al sueño. Justo cuando se cernía sobre mí como una sábana fresca para cubrirme, una leve caricia en los párpados. Me quedé dormida mientras se apoderaba de mí. Por la mañana me desperté feliz y ya nunca tuve necesidad de volver a intentarlo.

Desde luego nunca se me había ocurrido sorprender a la muerte, aunque en París me pasó. Vi cómo se te echa encima.

Seguro que suena melodramático. Fui muy feliz en París, pero también estaba muy triste. Mi amante y mi padre habían muerto el año anterior. Mi madre había muerto hacía poco. Pensaba en ellos mientras paseaba por las calles o me sentaba en los cafés. En Bruno sobre todo, hablaba con él dentro de mi cabeza, nos reíamos. Mis amigas de infancia, niñas tumbadas en la hierba, en la playa, fantaseando con ir a París algún día. También estaban muertas. Igual que Andrés, que me había regalado *En busca del tiempo perdido*.

Las primeras semanas exploré los típicos destinos turísticos de la ciudad. L'Orangerie, la Sainte Chapelle preciosa un día soleado. La casa de Balzac,

el museo de Victor Hugo. Me senté en la planta alta de Les Deux Magots, donde todo el mundo parecía californiano o se parecía a Camus. Visité la tumba de Baudelaire en Montmartre y me resultó gracioso ver a la feminista Simone de Beauvoir enterrada con Sartre. Incluso fui a un museo de instrumental médico y a un museo de sellos. Deambulé por la Rue de Courcelles y recorrí los Champs Elysées. La tumba de Napoleón, el mercado de pájaros de los domingos. La Serpente. Algunos días hacía combinaciones al azar en el metro y caminaba sin descanso por cada nuevo barrio. Me senté en la plaza bajo la ventana de Colette y paseé por los jardines del Luxemburgo con todo el mundo desde Flaubert hasta Gertrude Stein. Fui al Boulevard Haussmann y al Bois de Boulogne con Albertine. Todo lo que veía me resultaba vívidamente *déjà vu*, pero es que veía lo que había leído.

Fui en tren a Illiers para visitar la casa de la tía y el pueblo que inspiraron el Combray de Proust. Tomé un tren muy temprano y me bajé en Chartres. Era un día tormentoso, tan oscuro que no pasaba la luz a través de los vitrales de colores. Una anciana rezaba en una capilla lateral y un chico estaba tocando el órgano. No había nadie más. Apenas se veía el suelo de piedra, pero era suave como el satén de tan gastado. La poca luz que entraba por los ventanales traslúcidos sucios mostraba nítidas e intrincadas escenas en relieve. Las exquisitas figuras de piedra parecían a punto de cobrar vida, igual que las películas en blanco y negro parecen verdad.

El pintoresco tren a Illiers era tal y como me lo había imaginado. El paisaje monótono e interminable, los peones y las campesinas, los asientos de mimbre. ¡El chapitel de la iglesia! El tren se paró y me dio tiempo a apearme. Resultaba inquietante que no hubiese ningún coche a la vista, solo una bicicleta apoyada en la pared de la estación. Sabía adónde ir, bajando la avenida de la *gare* bajo los tilos, prácticamente desnudos en octubre, las hojas mojadas ahogando mis pasos. Seguir por la Rue de Chartres, y luego Florent d'Illiers hasta la plaza del pueblo. No vi a nadie.

Caminé por las calles, esperando la hora de la visita guiada en la casa, que empezaba a las diez. Por fin vi a varias personas, vestidas con una indumentaria tan anticuada que dudé si había viajado atrás en el tiempo.

En el portón de la casa de la tía Amiot había una pareja de alemanes jubilados. Tocaron la campanilla y sonrieron, y yo toqué y les sonreí también.

Sonaba justo como cabía esperar. Farfullando algo con un cigarrillo en la boca, un anciano vino y nos dejó entrar. Hablaba demasiado rápido para que los alemanes o yo entiéramos lo que nos decía, pero no importaba. Seguimos al hombre a través de los recovecos de la casa. ¡Qué pocos escalones tenía que subir la madre de Marcel! Una begonia en el descansillo parecía fuera de lugar. La cocina mohosa sin ventanas no tenía nada de «pequeño templo de Venus».

Los tres nos quedamos largo rato en el cuarto de Marcel, en silencio. Nos sonreíamos, pero me di cuenta de que a ellos también los embargaba una profunda tristeza. El aguamanil, la linterna mágica, la camita.

Me detuve en el jardín encementado. Quise ver la casa como un lugar anodino y sin gracia, y el pueblo como una típica aldea, pero no dejaban de ser el jardín, la casa, la villa de Combray que llevaba en el corazón.

El comedor era feo con ganas. Papel verde imitación gotelé en las paredes y muebles aparatosos. Ahora la habían convertido en museo, con postales y libros. En una vitrina había enmarcada una página manuscrita original con una letra garrapateada, la tinta ya sepia, el papel ámbar. La «página» tenía un par de dedos de grosor porque cada frase tenía frases adicionales pegadas encima, como chorreras, con aún más frases pegadas encima de esas otras y aquí y allá una palabra pegada encima de una frase. Esos apéndices estaban doblados con esmero como un acordeón, pero eran tan tupidos que se separaban en abanico. Aunque la vitrina estaba sellada, los papeles se abrían y se cerraban, ligeramente, como si la página respirase.

«*Finis*», anunció el hombre en su inglés chapurreado y nos acompañó hasta la puerta. Entendí que la mujer alemana me estaba invitando a pasear con ellos «del lado de Méréglise». Les di las gracias y les dije que no disponía de mucho tiempo antes del tren, cosa que no entendieron, pero cuando mencioné la iglesia de Saint Jacques asintieron. Nos estrechamos la mano, con calidez, bajo la llovizna gélida, y antes de alejarnos nos volvimos para saludarnos de nuevo.

Arreciaba la lluvia cuando llegué a la iglesia y me desilusionó encontrarla cerrada. Había empezado a buscar un café cuando una mujer viejísima y artrítica me pegó una voz, blandiendo su bastón. «*J'arrive!*» Abrió con llave una puerta lateral chirriante y me dejó entrar en la iglesia. Estaba oscura,

iluminada solo por cirios. Se santiguó y cogió un plumero de detrás del comulgatorio, que iba pasando por todas partes mientras me guiaba, bisbiseando con su boca desdentada. Entendí que se llamaba Matilde y tenía ochenta y nueve años. Era sacristana de la iglesia, barría y limpiaba el polvo y ponía flores en el altar. Sus ojos grises pálidos apenas podían distinguirme, y afortunadamente tampoco veían las telarañas en la cruz o las margaritas de otoño muertas. Me dio detalles de la iglesia mientras la recorriamos. Capté «siglo XI, reconstruida en el XV». Eché algo de dinero en el cepillo y prendí tres velas. Luego otra más, no sé si por mí o por ella. Me arrodillé en la madera fría y recé un avemaría. De pronto me sentía exhausta y hambrienta, pero allí estaba, en el banco de la duquesa de Guermantes. Deseé disfrutar del silencio. En fin, divagar en el *temps perdu*, y en cambio me perdí en el tiempo con Matilde. Se santiguó otra vez, hizo una genuflexión ante el altar, y se arrodilló a mi lado. De pronto me agarró el brazo y exclamó, «*Berenice! Petite Berenice!*», y entonces me abrazó y me besó en las mejillas, contenta de volver a verme, y quiso saber cómo estaba mi madre, Antoinette. Llevaba muchos años sin vernos. Pensaba que yo vivía en Tansonville, su lugar natal. No paraba de hablarme de gente de Illiers (mi madre era de Illiers) y me preguntaba por la familia, sin esperar respuesta. Oía tan mal que no reparó en mi mal francés. Me preguntó si me había casado. «*Oui. Mais il est mort!*» Le dio tanta pena que se le inundaron los ojos de lágrimas. Cuando le dije que tenía que irme al tren, que ahora vivía en París, me besó de nuevo en las mejillas. Sin llorar, me dijo con naturalidad que no volvería a verme, que sabía que iba a morir pronto.

Lloré sin ton ni son de camino a la estación de tren. Tomé un almuerzo muy malo en la única fonda del pueblo.

En el tren a París intenté recordar alguna cama de mi infancia, pero no fui capaz. Ni siquiera tenía un recuerdo claro de las camas de mis propios hijos. Tantos capazos y cunas y literas, camas nido, camas plegables, colchones de agua... Ninguna me parecía tan real como la camita de Illiers.

Al día siguiente fui a ver la tumba de Proust en Père-Lachaise. Hacía un día hermoso y radiante y los viejos panteones se apiñaban como esculturas de Nevelson. Las ancianas tejían en los bancos y había gatos por todas partes. Quizá porque era muy temprano apenas vi a nadie, solo los guardas y las

tejedoras, un hombre bajo y recio con un chubasquero azul. Me había hecho con un mapa, y fue divertido buscar a Chopin y Sarah Bernhardt, a Victor Hugo y Artaud, a Oscar Wilde. Proust estaba enterrado con sus padres y su hermano. Pobre hermano, figúrate. Había muchos ramilletes de violetas de Parma en la tumba negra de Proust. Su lápida negra brillante parecía vulgar en contraste con la piedra pálida gastada que predominaba en el cementerio. Debían de tardar cien años en cobrar ese bello aspecto vetusto, como la de Eloïse y Abelard o la del hombre cuyo epitafio decía IL A FROID.

Eché a andar a paso rápido por los senderos arbolados, en parte porque el día se había puesto frío y ventoso, pero también porque el hombre del chubasquero siempre estaba a unas decenas de pasos detrás de mí. El viento se llevó mi mapa justo cuando se desató el aguacero. Corrí hacia donde creía que estaba la salida, pero al final tuve que saltar una verja y me cobijé dentro de una cripta cubierta de musgo. Salvo por el frío fue maravilloso ver las hojas amarillas y rojas volando en remolinos de los árboles, las cortinas plateadas de lluvia que oscurecían las lápidas. Pero seguía oscureciendo y arreciando el frío, y no oía solo el aullido del viento sino gemidos, gritos angustiosos. Lamentos con notas fúnebres, risas diabólicas. Me repetía que estaba loca, pero me asusté mucho y acabé convencida de que el hombre del chubasquero era la muerte, que venía a por mí. Entonces pasó corriendo una tropa de seguidores de Jim Morrison, con un casete portátil donde sonaba a todo volumen «*This is the end, my friend!*». Me sentí ridícula. Salí de la cripta e intenté seguir el sonido de sus voces, porque ahora me había perdido sin remedio. Parecía lógico sorprender a la muerte, a esa hora en Père Lachaise mientras corría y corría sin que hubiera ninguna salida. Oía el tráfico y los cláxones a los lejos, pero no veía un alma, ni gatos o pájaros, ni siquiera al hombre del chubasquero.

No, no fue ahí donde sorprendí a la muerte, aunque cuando me senté a descansar empecé a darle vueltas. ¿Y si moría allí de frío? No llevaba papeles, ningún documento de identidad. ¿Debía escribir mi nombre en un papel y añadir «Por favor, entiérrenme aquí en Père-Lachaise»? Tampoco tenía bolígrafo. Decidí andar en línea recta sin apartarme de un único sendero. Al final toparía con una pared y con suerte escogería la dirección que me llevaría afuera. Me sentía desfallecida de hambre, mis preciosos

zapatos italianos se habían dado de sí con la lluvia y me estaban haciendo ampollas. Divisé un muro justo en el instante en que reconocí también una tumba triste y descuidada, en medio de las otras bien atendidas con flores frescas. Me acordé de haberla visto cerca de Colette, que estaba próxima a la entrada y los puestos de flores. Mi querida Colette, aún estaba allí. Las puertas estaban cerradas y la muerte se me pasó de nuevo por la cabeza, pero salió un hombre de una garita y me dejó salir. Las flores ya no estaban, pero había un taxi en la acera.

Comí en un restaurante griego cerca de mi hotel, luego tomé un expreso y un hojaldre, dos expresos y hojaldres. Fumé y miré a la gente que pasaba y entonces fue cuando me pregunté por primera vez si podría sorprender a la muerte, igual que había sorprendido al sueño. Cuando la gente moría, ¿se daba cuenta, en el momento en que venía a buscarla? Mientras agonizaba, Stephen Crane le dijo a su amigo Robert Barr: «No se pasa mal. Sientes que te vence el sueño... y no te importa. Apenas una sutil angustia por no saber realmente en qué mundo estás, nada más».

Croissant y café crème a la mañana siguiente, y luego fui al Louvre. Estaban construyendo la pirámide, así que era tan difícil entrar en el museo como fue salir del cementerio. Por fin he visto el Louvre. Ya solo por los kilómetros que hay que caminar para entrar resultaba emocionante. Es monumental. Nunca había conocido nada tan inmenso. Quizá la primera vez que crucé el Misisipi.

El interior del Louvre era tan elegante y fastuoso como lo había imaginado siempre. Había visto bellas fotografías de la Victoria de Samotracia. Y por supuesto la adoro gracias a la señora Bridge. Pero nada me había preparado para la enormidad de la sala. Para el modo en que se alza, tan regia, tan... victoriosa, sobre las multitudes en ese espacio.

El primer día avancé muy lentamente, con un respeto reverencial. No por las obras de arte, aunque la Victoria e Ingres me estremecieron, como tantas otras cosas, sino por la grandeza del lugar, la historia que encerraba. A pesar de las momias y de Anubis y las urnas, no me dio por pensar en la muerte. De hecho, una pareja abrazada en un sarcófago etrusco me pareció tan bella que me sentí mejor por Jean-Paul y Simone.

Recorrí una sala tras otra, subiendo y bajando escaleras y volviéndolas a

subir, caminando con las manos enlazadas a la espalda como imaginaba que haría Henry James. Pensé en Baudelaire, que había visto aquí a Delacroix en persona, enseñándole a una anciana el museo. Todo me fascinaba. *San Sebastián*. Los Rembrandt. No llegué a ver la *Mona Lisa*. Siempre había una cola delante y ella estaba detrás de una ventana igual que las que tienen las licorerías en Oakland.

Me senté en la terraza de un café en las Tullerías. El camarero me trajo un *croque-monsieur* y un *café crème*. Me dijo que estaba dentro si necesitaba algo más; hacía mucho frío fuera. De todos modos me quedé allí sentada deseando poder contarle a alguien todo lo que había visto. Era duro no ser capaz de mantener una conversación de verdad en francés. Extrañaba a mis hijos. Pensé con tristeza en Bruno y en mis padres. Tristeza no por añoranza, sino porque en realidad no los echaba de menos. Y cuando me muriera sería igual. Morir es como desparramar mercurio. Enseguida resbala para volver a mezclarse en la amalgama palpitante de la vida. Intenté darme ánimos, llevaba demasiado tiempo sola, pero seguí ahí sentada mirando atrás, contemplando una vida realmente colmada de belleza y de amor. Sentí que había pasado por la vida igual que por el Louvre, atenta e invisible.

Entré en el bar y le pagué al camarero, le di la razón, hacía demasiado frío fuera. De vuelta al hotel paré en un salón de belleza a que me lavaran el pelo. Le pedí a la peluquera que me lo aclarara otra vez, tan desesperadamente necesitaba el contacto humano.

El segundo día en el Louvre disfruté regresando a las obras que más me habían gustado. El escultor de Bronzino. ¡Los caballos de Géricault! *Derbi en Epsom*. Y pensar que murió al caer de un caballo, con solo treinta y tres años... Me metí en una sala flamenca y luego de alguna manera volví a Rembrandt, y cuando bajé las escaleras estaba en la sala de las momias. Entonces me perdí de verdad, como en el cementerio, aunque había cientos de personas a mi alrededor. Cogí unas escaleras que no había visto antes. Me senté en el rellano a descansar. Curiosamente, sabía que fuera en las calles había gente. Que tal vez habría cinco o seis mesas ocupadas en el café de las Tullerías. Pero dentro del Louvre había hordas. Miles y miles de personas, subiendo y bajando escaleras, pasando en tropel junto a los faraones y los apolos y los aposentos de Napoleón III.

Quizá todos estábamos atrapados en un microcosmos. Qué palabra tan ridícula para hablar del Louvre. Quizá todos interpretábamos una primorosa pieza colocada en un panteón, junto con las joyas y los esclavos, todos momificados pero moviéndonos ingeniosamente escaleras arriba y abajo frente a un sinfín de obras creadas por artistas muertos hacía mucho tiempo; frente a los Rembrandt y *El cerrojo* de Fragonard, cuyos desventurados amantes también habían muerto hacía mucho tiempo. Tal vez fuesen solo modelos, que se ganaban el sueldo a fuerza de horas y días en esa incómoda postura. ¡Inmovilizados así para toda la eternidad! No tenía ni idea de adónde me conduciría la escalera. Ah, bien, los etruscos. Como nadie me dirigió la palabra ni me miró siquiera, creció la ilusión de que todos actuábamos eternamente en la pieza de la Inmortalidad, así que los ignoré también y doblé recodos y tomé escaleras al azar hasta que caí en un trance casi hipnótico y me sentí en plena armonía con la diosa Hathor, con la Odalisca.

Al fin me obligué a marcharme, tomé ostras y *pâté* en el Apollinaire y caí redonda en la cama y me dormí sin leer ni pensar. Volví al Louvre tres o cuatro veces más, y cada vez descubría nuevas esculturas o tapices o joyas, pero también me perdía hasta sentir que volaba fuera del tiempo.

Un fenómeno curioso era que si giraba sin querer en el momento equivocado y desembocaba ante Niké, su presencia me devolvía inmediatamente a la realidad. El último día que estuve en el Louvre sospechaba que una escalera me conduciría hasta ella, así que para evitarlo crucé la sala y pasé por un pasillo estrecho, por unas escaleras que no me eran familiares.

Me latía el corazón con fuerza. Estaba nerviosa, pero no sabía bien por qué. Llegué a un pasillo nuevo. Un ala que me resultaba del todo desconocida. No había leído nada al respecto, no había visto fotografías. Era una curiosa y encantadora colección de artefactos corrientes de distintos periodos. Tapices y juegos de té, cuchillos y tenedores. ¡Bacinillas y platos! Cajitas de rapé y relojes y escritorios y candelabros. Cada salita albergaba objetos mundanos, preciosos. Un taburete. Un reloj. Tijeras. Como la muerte, esa sección no tenía nada de extraordinario. Era de lo más inesperada.

Sombra

El camarero le recogió la servilleta del suelo, se la puso discretamente en el regazo, mientras con la otra mano hacía girar una fuente de buñuelos de fruta y se la dejaba delante en la mesa. Llegaba música de todas partes, no de los transistores de los automóviles que paseaban por las calles de la ciudad, sino de mariachis lejanos, un *bolero* en la radio de la cocina, el silbido del afilador, un organillo, albañiles cantando desde un andamio.

Jane era una profesora retirada, divorciada, con hijos ya mayores. Llevaba veinte años sin pisar México, desde que vivió allí con Sebastian y sus hijos, en Oaxaca.

Siempre le había gustado viajar sola. Pero ayer, en Teotihuacán, fue tan magnífico que hubiera querido decirlo en voz alta, confirmar el color del *maguey*.

Había disfrutado cuando estuvo sola en Francia, poder deambular a su antojo, hablar con la gente. México fue duro. La calidez de los mexicanos acentuaba su soledad, el pasado perdido.

Esa mañana había parado en la recepción del Majestic y se había unido a un grupo de turistas para ir con un guía a la corrida de toros del domingo. La plaza inmensa, la afición y los *fanáticos* eran demasiado que encarar en solitario. Imagina, cincuenta mil mexicanos que llegan puntualmente, mucho antes de las cuatro de la tarde, cuando las puertas están todavía cerradas. Por respeto a los toros, le dijo el conductor del taxi.

El grupo de la corrida se reunió en el vestíbulo a las dos y media. Había dos parejas estadounidenses. Los Jordan y los McIntyre. Los hombres eran cirujanos, de convención en Ciudad de México. Se mantenían en forma con

el tenis, estaban bronceados. Sus esposas llevaban ropa cara, aunque parecía sacada de ese túnel del tiempo donde habitan las mujeres de los médicos, con trajes pantalón que estaban de moda cuando metieron a los maridos en la facultad. Se habían puesto unos sombreros españoles baratos de fieltro negro, con una rosa roja, que se vendían en los puestos callejeros como souvenir. Pensaban que eran «gorritos de cotillón», sin darse cuenta de qué coquetos les quedaban.

Había cuatro turistas japoneses. Los Yamato, una pareja de ancianos con ropa negra tradicional, y su hijo Jerry, un hombre alto, apuesto, en la cuarentena, que se acababa de casar con una joven japonesa, Deedee, vestida con vaqueros y una sudadera. Con Jerry hablaba en inglés, y en japonés con los padres. Ella se ruborizaba cuando él le besaba el cuello o le atrapaba los dedos entre los dientes.

Resultó que Jerry también era californiano, arquitecto, y Deedee estudiante de Química en San Francisco. Pasarían un par de días más en Ciudad de México. Los padres habían venido desde Tokio para reunirse con ellos. No, nunca habían visto una corrida de toros, pero Jerry intuía que iba a ser muy japonés, al combinar esas cualidades japonesas de elegancia y brutalidad de las que hablaba Mishima.

Jane se alegró de que comentara algo así con ella, casi una desconocida, y le gustó al instante.

Los tres hablaron de Mishima, y de México, mientras esperaban sentados en los sofás de cuero a que llegara el guía. Jane les contó que ella también había pasado su luna de miel en Ciudad de México.

—Fue maravilloso —dijo—. Mágico. Entonces aún se alcanzaban a ver los volcanes —¿por qué sigo pensando en Sebastian, si se puede saber? Esta noche lo llamaré, y le contaré que he ido a la Plaza México.

El propio guía, el *señor* Errázuriz, tenía el halo de un viejo torero, esbelto, regio. Su pelo brillante y demasiado largo se rizaba en una *colita* quizá involuntaria. Se presentó, les pidió que se relajaran, que tomaran una *sangría* mientras les hablaba un poco de las *corridas*, ofreció una historia concisa y una explicación de lo que iban a ver.

—Cada *corrida* es tan intemporal y precisa como una partitura musical. Pero con cada toro, el elemento sorpresa.

Les recomendó que llevaran algo de abrigo, aunque era un día de calor. Obedientemente fueron todos a buscar un jersey, se montaron en el ascensor ya abarrotado. *Buenas tardes*. Es costumbre en México saludar a la gente con quien compartes ascensor, en la cola de la oficina de correos, en una sala de espera. Hace más fácil la espera, de hecho, y en un ascensor no tienes que mirar al frente porque ahora ya os habéis dado por aludidos.

Se subieron todos al minibús del hotel. Las dos mujeres retomaron una conversación sobre una maniacodepresiva llamada Sabrina, iniciada en Petaluma o Sausalito. Los médicos estadounidenses parecían incómodos. Los Yamato ancianos hablaban en voz baja en japonés, se miraban el regazo. Jerry y Deedee se miraban a los ojos, o sonreían para que Jane les hiciera una fotografía, en el hotel, en el minibús, delante de la fuente. Los dos médicos pisaban el freno y se encogían mientras el vehículo bajaba a toda velocidad por Insurgentes hacia la plaza.

Jane se sentó delante con el *señor* Errázuriz. Hablaban en español. Él le contó que estaban de suerte porque verían a Jorge Gutiérrez, el mejor *matador* de México. También a un magnífico torero español, Roberto Domínguez, y a un joven mexicano que debutaba en la plaza, tomaba la *alternativa*, Alberto Giglio. No son nombres muy románticos, comentó Jane, Gutiérrez o Domínguez.

–No se han ganado un *apodo*, como el Litri –dijo él.

Jerry sorprendió a Jane mirándolo embobada mientras besaba a su mujer. Le sonrió.

–Perdóname, no pretendía ser grosera –se disculpó ella, pero también se ruborizó, como la chica.

–¡Debes de estar pensando en tu luna de miel! –dijo él con un guiño.

Aparcaron cerca del estadio y un chico con un trapo empezó a limpiar los parabrisas. Años atrás había parquímetros en México, pero nadie recolectaba el dinero ni respetaba las multas. La gente usaba fichas o sencillamente rompía las máquinas, igual que hacían con las cabinas telefónicas. Así que ahora las cabinas son gratuitas y no hay parquímetros. Pero parece que cada aparcamiento tiene su propio mozo, que te vigila el coche, un chico que surge de la nada.

Eléctrico, contagioso, el jolgorio de la multitud fuera de la plaza.

–¡Es como ir a la Serie Mundial! –dijo uno de los médicos.

En los puestos se vendían tacos, carteles, astas de toro, capotes, fotografías de Dominguín, Juan Belmonte, Manolete. Una enorme estatua de bronce del Armillita se alzaba junto a la entrada. Algunos aficionados ponían claveles a sus pies, y al agacharse a dejarle flores parecía que se prosternaran ante él.

Guardias de seguridad armadas hasta los dientes registraban los bolsos de los distintos grupos. Todas mujeres, como la mayoría de guardias en México. El cuerpo de policía de Cuernavaca en pleno es femenino, le contó a Jane el *señor* Errázuriz. En narcóticos, en la motorizada, en jefatura. Las mujeres no son tan susceptibles al soborno y la corrupción. Jerry dijo que se había fijado en cuántas mujeres ocupaban cargos públicos, más que en Estados Unidos.

–Por supuesto. ¡A nuestro país lo protege la Virgen de Guadalupe!

–En cambio no hay muchas mujeres en el toreo, ¿no?

–Unas pocas. Buenas. Pero, la verdad, enfrentarse al toro es cosa de hombres.

Abajo, en el ruedo, *monosabios* con trajes rojos y blancos rastrillaban la arena. Remolinos puntillistas de color mientras los espectadores subían a la parte alta del tendido hacia el redondel azul del cielo. Vendedores ambulantes cargando pesados cubos con cerveza y Coca-Cola correteaban a lo largo de las barandas metálicas que había frente a las gradas de cemento, subían y bajaban escaleras tan estrechas como las de la pirámide de Teotihuacán. El grupo miraba los programas de mano, las fotografías y las estadísticas de los *toreros*, de los toros de la ganadería de Santiago.

Hombres con trajes negros de cuero, fumando habanos, *charros* con anchos sombreros y chaquetas tachonadas con adornos de plata se reunían alrededor de la *barrera*. De no ser por los dos sombreros españoles, en su grupo decididamente no vestían con la elegancia que exigía la ocasión. Habían venido como para un partido de béisbol. La mayor parte de las mujeres mexicanas y españolas llevaban ropa informal, pero con toda la elegancia posible, con mucho maquillaje y joyas.

Les tocaron localidades de sombra. La plaza estaba perfectamente dividida entre *sol* y *sombra*. Hacía un sol radiante.

A las cuatro menos cinco, seis *monosabios* dieron la vuelta al ruedo

llevando en alto un cartel con un mensaje pintado: LANZAR COJINES A LA ARENA ESTÁ PENADO CON MULTA.

A las cuatro en punto las trompetas tocaron el emocionante *pasodoble* de apertura.

–¡Carmen! –exclamó la señora Jordan.

La puerta se abrió y empezó la procesión. Primero los *alguaciles*, dos hombres de barba negra a lomos de caballos árabes, de negro y con gorgueras blancas almidonadas, sombreros con plumas. Sus elegantes caballos hacían cabriolas y andaban ufanos y se encabritaban mientras cruzaban la plaza. Justo detrás de ellos venían tres *matadores* con sus resplandecientes trajes de luces, capotes bordados sobre el hombro izquierdo. Domínguez de negro, Gutiérrez de turquesa, y Giglio de blanco. A cada *matador* lo seguía su *cuadrilla* de tres hombres, también con capotes muy elaborados. Luego los gordos picadores a lomos de caballos con armaduras y anteojeras, seguidos de los *monosabios* y los *areneros*, de rojo y blanco. Los hombres que al final sacaban de la plaza los toros muertos vestían de azul. En el siglo pasado en Madrid había una compañía de teatro popular con monos adiestrados, que se disfrazaban igual que esos hombres en las plazas de toros. Los llamaban «Monos sabios», y de ahí pasó el nombre a los mozos de las *corridos*.

Los toreros llevaban medias de color salmón, y manoleteras que parecían incongruentemente endebles. No, es que tienen que sentir la arena. Los pies son la parte más importante, dijo el *señor* Errázuriz. Se dio cuenta de que a Jane le gustaban los colores y la ropa, los mantos acolchados con penachos de los caballos. Le explicó que en España los matadores empezaban a usar medias blancas, pero los aficionados más puristas se oponían.

Un *monosabio* salió de la puerta de *toriles* y levantó un cartel de madera donde se leía CHIRUSÍN 499 KILOS. Sonó la trompeta y el toro irrumpió en el ruedo.

El primer *tercio* fue hermoso. Giglio hizo *faenas* capoteando con gracia. Su *traje de luces* centelleaba al sol de la tarde y los destellos creaban un aura de luz a su alrededor. Salvo por un rítmico *olé* durante los pases, la plaza estaba en silencio. Podías oír las pezuñas de Chirusín rascando el suelo, sus jadeos, el crujir del capote rosa. «¡Torero!», jaleaba la multitud, y el joven diestro sonreía, una sonrisa cándida de alegría pura. Era su debut y la afición

le dio una bienvenida eufórica. Aunque hubo silbidos, también, porque el toro no era bravo, dijo el *señor* Errázuriz. La trompeta anunció la entrada de los picadores, y los *peones* hicieron bailar al toro hacia el caballo. No podía negarse que era precioso.

Los estadounidenses, tan arrobados por la elegancia de la tauromaquia, quedaron sorprendidos y asqueados cuando el picador empezó a pinchar con el rejón el *morrillo* del toro cerca de la cruz, una y otra vez. La sangre salía en borbotones, espesa y brillante. Los aficionados silbaron, toda la plaza silbaba. Siempre lo hacen, dijo el *señor* Errázuriz, pero el *picador* no para hasta que el *matador* da la señal. Giglio asintió y sonaron las trompetas, señalando el segundo *tercio*. El propio Giglio puso los tres pares de *banderillas* blancas, corriendo con ligereza hacia Chirusín, danzando, girando en el centro del ruedo, esquivando los cuernos en el punto justo mientras las clavaba a la perfección, siempre simétricas, hasta que hubo seis estandartes blancos sobre la sangre roja chorreante. Los Yamato sonreían.

Giglio actuaba con tanto porte, tan feliz, que se sentía el júbilo de la afición. Sin embargo, es un toro porfiado, peligroso, dijo el *señor* Errázuriz. Los espectadores alentaron sin reservas al joven, que derrochaba *trapío*, estilo. Aun así, no conseguía matar al toro. Una estocada, dos, luego otra y otra. Chirusín sangraba por la boca pero no caía. Los *banderilleros* lo persiguieron en círculos para acelerar su muerte mientras Giglio lo ensartaba con la espada una vez más.

–Qué barbarie –dijo el doctor McIntyre.

Los dos cirujanos estadounidenses se levantaron a la vez, y se llevaron a sus esposas de allí. Las mujeres, con sus bonitos sombreros, se paraban a cada momento en la empinada escalera para volverse a mirar. El *señor* Errázuriz dijo que los acompañaría a un taxi, que por supuesto correría de su cuenta. Volvería enseguida.

Los Yamato ancianos mantuvieron la compostura mientras veían agonizar a Chirusín. La pareja joven estaba emocionada. La corrida les parecía un derroche de fuerza, majestuosa. Al fin el toro se tumbó y murió y Giglio retiró la espada ensangrentada. Las mulas se llevaron el toro a rastras, ante los silbidos y abucheos del público. Culpaban de la mala faena al toro, no al joven matador. Jorge Gutiérrez, su *padrino*, abrazó a Giglio.

Se desató un ajetreo frenético antes de la siguiente *corrida*. La gente se apresuraba arriba y abajo visitando a conocidos, fumando, tomando cerveza y vino en bota. Los vendedores ambulantes vendían *alegrías* y buñuelos verdes almibarados, pistachos, chicharrones, pizzas de Domino's.

Se levantó una brisa cálida y Jane se estremeció. La embargó de pronto un hondo temor, una sensación de transitoriedad. La plaza entera podía desaparecer.

–Tienes frío –le dijo Jerry–. Toma, ponte el jersey.

–Gracias –dijo ella.

Deedee se estiró por encima de las rodillas de Jerry y tocó a Jane en el brazo.

–Te acompañamos fuera, si quieres marcharte.

–No, gracias. Creo que debe de ser por la altitud.

–A Jerry le afecta, también. Lleva un marcapasos; a veces cuesta respirar.

–Todavía estás temblando –dijo Jerry–. ¿Seguro que te encuentras bien?

La pareja le sonreía con dulzura. Ella les sonrió, aunque seguía impactada por una vaga conciencia de la insignificancia del ser humano. Nadie sabía siquiera dónde estaba.

–Ah, bien, llega a tiempo –dijo cuando el señor Errázuriz regresó.

–No lo entiendo –dijo él–. Yo, por ejemplo, no puedo ver películas de Hollywood. *Goodfellas*, *Miami Blues*. Eso es crueldad para mí –se encogió de hombros.

Con los Yamoto se disculpó por los toros de Santiago, como si fueran una vergüenza nacional. El joven japonés fue igual de cortés al reiterar que todo lo contrario, se sentían agradecidos de estar ahí. La tauromaquia era un arte sublime, exquisito. Es un rito, pensó Jane mientras sonaba la trompeta. No una representación, sino una consagración a la muerte.

El coliseo latía, retumbaba con gritos de Jorge, Jorge. Silbidos y abucheos airados al juez. ¡*Culero!* Porque no se deshacía del toro, Platero. *No se presta*, dijo el señor Errázuriz. En el segundo *tercio* el toro tropezó y se cayó, y luego se quedó ahí sentado, como si no le apeteciera levantarse. «¡*La golondrina!* ¡*La golondrina!*», cantaba un grupo en el graderío soleado.

El señor Errázuriz dijo que era una canción sobre la marcha de las golondrinas, una canción de despedida.

–Están diciendo «¡Adiós a este *pinche* toro!».

Se notaba que Jorge estaba indignado, y decidido a matar a Platero cuanto antes, pero no podía. Igual que Giglio antes que él, no atinaba con la espada, la clavaba demasiado alta, demasiado atrás. Finalmente el animal murió. El diestro abandonó el ruedo con la cabeza gacha, humillado. Los continuos cánticos de «*torero*» de sus aficionados leales debieron de parecer escarnio. Los *monosabios* y las mulas entraron a por Platero, que salió a rastras entre silbidos e insultos, miles de cojines voladores.

Donde Giglio había estado lírico y Gutiérrez formal, autoritario, el joven español, Domínguez, estuvo fiero y desafiante, lidiando al toro Centenario a su merced por la arena, ondeando el capote como un pavo real. Se irguió con la pelvis arqueada apenas a un palmo del toro. *Olé, olé*. El matador y el toro giraban como plantas acuáticas. Los picadores entraron en el ruedo, los *banderilleros* salían por turnos. Sacudiendo los capotes, atraían al toro hacia el caballo. El toro arremetió contra el vientre del caballo. Una y otra vez el *picador* le clavaba el rejón. Furioso, entonces, el toro coceó la arena, bajando la cabeza, y luego fue impetuosamente hacia el *banderillero* más cercano.

En ese instante un hombre saltó al ruedo. Era joven, vestido con vaqueros y una camisa blanca, sacudía un pañuelo rojo. Pasó corriendo junto a los subalternos, se encaró con el toro y ejecutó un lance precioso. *Olé*. La plaza entera se puso en pie, estallando en vítores y silbidos, lanzando sombreros. «¡*Un espontáneo!*» Dos agentes de policía con trajes de franela gris entraron y empezaron a perseguir al hombre, corriendo torpemente por la arena con sus botas de caña alta. Domínguez capeaba con arte al toro cada vez que iba hacia él. Centenario pensaba que era una fiesta, brincaba arriba y abajo como un labrador juguetero, cargando primero contra un *subalterno*, luego contra un guardia, luego contra un caballo, luego contra el hombre del pañuelo rojo. Bam..., intentó arrollar a un *picador*, después corrió para embestir a los dos policías, derribándolos a ambos, e hirió a uno aplastándole un pie. Los tres subalternos estaban persiguiendo al hombre, pero se paraban y esperaban cada vez que el muchacho hacía un quite al toro.

–¡*El espontáneo! ¡El espontáneo!* –gritaba la multitud, pero entraron más policías y lo lanzaron por encima de la valla para esposarlo.

Lo arrestaron. Había una sentencia férrea y una multa para los

espontáneos, dijo el señor Errázuriz, porque si no interrumpirían a cada momento. Pero la afición seguía vitoreándolo mientras sacaban al guardia herido y los *picadores* se marchaban, al son de la música.

Domínguez iba a dedicar el toro. Pidió al juez permiso para dedicárselo al espontáneo y que lo dejaran en libertad. El indulto fue concedido y le quitaron las esposas al joven, que saltó la *barrera* de nuevo, esta vez para aceptar la *montera* del torero y abrazarlo. Sombreros y chaquetas surcaron el aire desde el tendido y cayeron a sus pies. Inclino la cabeza, con la gracia de un *torero*, saltó la valla y subió, subió por las gradas de sol, hasta llegar junto al reloj. Entretanto los *banderilleros* distraían al toro, que estaba desquiciado, como un niño hiperactivo, embistiendo con los cuernos la barrera de madera y los *burladeros* donde se refugiaba la *cuadrilla*. Aun así la afición cantaba alegremente «¡*El espontáneo!*!». ¡Hasta los ancianos japoneses lo coreaban! La pareja joven se reía, abrazándose. Qué jaleo divino, deslumbrante.

A Domínguez le negaron un cambio de toro, pero logró trastear con brío y mucho coraje a Centenario, ya errático y enojado. Cuando intentaba darle muerte, el animal respingaba y saltaba. ¡Atrápame si puedes! Así que de nuevo hubo repetidas estocadas sangrientas con poco tino.

Jane pensó que Jerry aclamaba al matador, pero simplemente había gritado, intentando ponerse de pie. Cayó en el suelo de cemento y se golpeó en la cabeza. La sangre empezó a teñir de rojo su pelo negro. Deedee se arrodilló en las escaleras a su lado.

–Es demasiado pronto –dijo.

Jane mandó a un guardia a buscar un médico. Los padres de Jerry se pusieron de rodillas, uno al lado del otro, un peldaño más arriba de su hijo, mientras los vendedores se escabullían para subir y bajar. Ahogando una risa histérica, Jane se dio cuenta de que en Estados Unidos la gente habría acudido en tropel, y en cambio nadie en la plaza apartaba los ojos del ruedo, donde Giglio se enfrentaba a un nuevo toro, Navegante.

El médico llegó justo en el momento en que el *picador* rejoneaba al toro en la arena, ante silbidos y protestas airadas. Sudoroso, el hombrecillo esperó a que el escándalo amainara, sosteniendo con aire abstraído la mano de Jerry. Cuando los *picadores* salieron, le dijo a Deedee: «Ha muerto». Aunque ella ya lo sabía, sus padres lo sabían. El anciano estrechó a su esposa entre los

brazos, ninguno de los dos apartaba la mirada de su hijo. Lo miraban con pena. Deedee lo puso boca arriba, y su cara tenía una expresión pícara, sus ojos estaban entreabiertos. Deedee le sonrió. Un vendedor de impermeables lo cubrió con un plástico azul.

–Gracias –dijo Deedee.

–Cinco mil pesos, por favor.

Olé, olé. Giglio daba vueltas en el ruedo, con las *banderillas* en ristre bien altas. Trazando una serpentina fue bailando hacia el toro. Llegaron dos guardias a la grada, dos mujeres. No podían bajar la camilla por las escaleras, le dijo una de ellas a Jane. Tendrían que esperar hasta que acabara la *corrida* para traerla por el *callejón*, y entonces podrían izar el cuerpo hasta el otro lado de la *barrera*. Ningún problema. Volverían en cuanto consiguieran pasar. La otra guardia les dijo a los padres de Jerry que debían regresar a sus asientos. Obedientemente, la pareja de ancianos se sentó. Esperaron, susurrando. El *señor* Errázuriz les habló con delicadeza y ellos asintieron, aunque no le entendían. Deedee sostenía la cabeza de su marido en el regazo. Agarró a Jane de la mano, con la mirada perdida en la arena donde Giglio cambiaba de espadas para la estocada final. Jane habló con el conductor de la ambulancia, tradujo para Deedee, cogió la tarjeta American Express de la cartera de Jerry.

–¿Estaba muy enfermo? –le preguntó Jane a Deedee.

–Sí –murmuró ella–. Pero pensábamos que quedaba más tiempo.

Jane y Deedee se abrazaron; la barra entre las butacas se les clavó como la tristeza.

–Demasiado pronto –dijo Deedee otra vez.

La plaza se puso en pie. Jorge le había concedido a Giglio un toro de gracia, Genovés, en obsequio para su *alternativa*. Antes de la siguiente *corrida*, *areneros* de azul, con carretillas, acudieron a tapar la sangre en la arena, otros rastrillaron. La plaza estaba vacía cuando trajeron rodando la camilla hasta el pie de la *barrera*. Venga a nuestro encuentro en la salida, dijeron los sanitarios, pero Deedee no quiso separarse de él. Llevó mucho tiempo mover el cuerpo de Jerry, y bajarlo a través de la muchedumbre ahora exaltada hasta colocarlo en la camilla. Una vez en el *callejón* fuera del ruedo tenían que parar a cada momento, esquivar a los *banderilleros* que corrían de

un lado a otro, al hombre cargado de botellas de agua para empapar el capote rojo, al *mozo de las espadas*. Gritos indignados a Deedee, porque era tabú que hubiera una mujer en el *callejón*.

El *señor* Errázuriz y Jane acompañaron a la pareja de ancianos en la ardua, ardua escalada hasta lo alto del graderío. Giglio había matado a Genovés con una estocada perfecta. Le concedieron las dos orejas y el rabo. El toro bravo fue arrastrado triunfalmente alrededor de la plaza entre gritos de «¡Toro! ¡Toro!». Los aficionados se derramaban en tropel por los angostos escalones, muchos borrachos, todos en éxtasis. El *alguacil* cruzó la arena para entregarle a Giglio las orejas y el rabo.

Jane iba la última, detrás de los Yamato. El *señor* Errázuriz y un guardia abrían el paso al clamor de las trompetas, de los gritos ensordecedores de «*Torero, torero*». Rosas y claveles y sombreros volaban por los aires, oscureciendo el cielo.

Luna nueva

El sol se puso con un susurro mientras la ola llegaba a la playa. La mujer siguió subiendo por el damero de baldosas negras y doradas del *malecón* hacia los acantilados de la colina. Otra gente también echó a andar de nuevo una vez se puso el sol, como espectadores al acabar la función. No es solo la belleza del crepúsculo tropical, pensó, la razón de su trascendencia. En Oakland el sol se ponía cada tarde sobre el Pacífico y marcaba el fin de un día más. Cuando viajas te apartas de la rutina de tus días, de la linealidad imperfecta y fragmentada de tu tiempo. Como al leer una novela, los sucesos y la gente se vuelven alegóricos y eternos. El chico silba recostado en una tapia en México. Tess apoya la cabeza en el flanco de una vaca. Seguirán haciendo lo mismo para siempre; el sol seguirá hundiéndose en el mar, sin más.

Caminó hasta un mirador sobre el acantilado. El cielo púrpura se reflejaba iridiscente en el agua. Justo bajo la cornisa había una enorme poza hecha de piedras en un entrante de las rocas escarpadas. Las olas rompían contra la pared y rebasaban en la poza cuando bajaba la marea, desperdigando a los cangrejos. Varios chicos nadaban en el agua más profunda, pero la mayoría de la gente solo se bañaba donde hacía pie o se sentaba en las rocas cubiertas de algas.

La mujer bajó por los peñascos hasta el agua. Se quitó el blusón que llevaba encima del traje de baño y se sentó en la pared resbaladiza entre los demás. Miraban hacia el horizonte mientras el cielo se difuminaba y una luna creciente como un gajo de naranja despuntaba en el cielo violeta. *¡La luna!*, gritaba la gente. *¡Luna nueva!* Oscureció y la luna naranja se hizo de oro. La

espuma que caía en cascada en la balsa era de un brillante blanco metálico; la ropa de los bañistas ondeaba espectral como bajo una luz estroboscópica.

La mayoría de los bañistas en la poza plateada iban completamente vestidos. Muchos habían venido desde las montañas o los ranchos lejanos; sus cestos se apilaban aquí y allá en las rocas.

Y como no sabían nadar disfrutaban flotando en el agua, dejando que las olas los mecieran y les dieran vueltas con su vaivén. Cuando el oleaje cubría la pared no parecía que estuviesen en una balsa, sino en su propio remolino en medio del océano.

Las farolas se encendieron encima de la cala recortando la sombra de las palmeras del *malecón*. Resplandecían como lámparas de ámbar sobre los intrincados postes de hierro forjado. El agua de la poza multiplicaba los reflejos de las luces, primero enteras, luego en fragmentos refulgentes, luego enteras de nuevo como lunas llenas bajo la luna diminuta del cielo.

La mujer se zambulló en el agua. El aire era fresco, el agua cálida y salada. Los cangrejos le corretearon por los pies, notó el roce aterciopelado y punzante de las piedras del fondo. Solo entonces recordó que había estado en esa misma balsa muchos años atrás, antes de que sus hijos aprendieran a nadar. Un nítido recuerdo de los ojos de su marido mirándola desde el otro lado. Llevaba abrazado a uno de los niños, mientras ella nadaba con otro en los brazos. Ningún dolor acompañó la dulzura de esa reminiscencia. Ninguna pérdida o arrepentimiento o regusto de muerte. Los ojos de Gabriel. La risa de su hijo, resonando desde los acantilados hasta el agua.

Las voces de los bañistas también rebotaban en la roca. ¡Ah!, exclamaban como si vieran fuegos artificiales cuando los chicos jóvenes hacían un salto. Se mecían en el agua vestidos de blanco. Era una fiesta, la ropa revoleaba como si danzaran un vals. Más abajo, el mar dibujaba delicadas tracerías en la arena. Una pareja se arrodilló en la orilla. No se tocaban, pero estaban tan enamorados que a la mujer le pareció como si disparasen dardos y saetas diminutas que caían en el agua, igual que luciérnagas o peces fosforescentes. Iban los dos vestidos de blanco, pero parecían desnudos contra el cielo oscuro. La ropa se pegaba a sus cuerpos negros, a los hombros y costados fuertes de él, a los pechos y el vientre de ella. Al compás de las olas su larga melena flotaba y los cubría en zarcillos de niebla negra que luego se escurrían

negros e impenetrables en el agua.

Un hombre con un sombrero de paja le preguntó a la mujer si podía ayudarle a meter a sus bebés en el agua. Primero le entregó al más chico, que estaba asustado. Resbaló por los brazos de la mujer como un mandril temeroso y se trepó encima de su cabeza, tirándole del pelo, enroscando las patas y la cola en su cuello. Ella se desenredó del bebé chillón. «Coja al otro, es más dócil», dijo el hombre, y ese niño se dejó llevar plácidamente mientras ella nadaba. Tan quieto que pensó que debía de haberse dormido, pero no, tarareaba. Otra gente también cantaba y tarareaba en la noche fresca. El gajo de luna se volvió blanco como la espuma a medida que más gente bajaba los escalones hasta el agua. Al cabo de un rato el hombre le quitó al bebé y luego se marchó, con los niños.

En las rocas una chica intentaba convencer a su abuela de que se bañara.

–¡No! ¡No! ¡Me caeré!

–Métase –dijo la mujer–. Yo la llevaré nadando alrededor de la balsa.

–Verá, es que me rompí una pierna y me da miedo rompérmela otra vez.

–¿Cuándo fue eso? –preguntó la mujer.

–Hace diez años. Lo pasé muy mal. No podía cortar la leña para el fuego. No podía trabajar en los campos. No teníamos qué comer.

–Venga. Iré con cuidado de que no se lastime la pierna.

Al final la anciana dejó que la ayudara a bajar de la roca y la metiera en el agua. Se reía, mientras la aferraba del cuello con sus frágiles brazos. Era liviana, como un saco de conchas. Su pelo olía a hogueras de carbón. «¡Qué maravilla!», susurró contra la nuca de la mujer. Su trenza plateada ondeaba detrás de ellas en el agua.

Tenía setenta y ocho años y nunca antes había visto el océano. Vivía en un rancho cerca de Chalchihuites. Había viajado en la trasera de un camión hasta el puerto marítimo con su nieta.

–Mi esposo murió el mes pasado.

–*Lo siento.*

Nadó con la anciana hasta la pared más alejada, donde las olas frías se derramaron sobre ellas.

–Por fin Dios se lo llevó, por fin atendió mis plegarias. Ocho años estuvo postrado en cama. Ocho años en los que no pudo hablar, no pudo levantarse o

comer solo. Como un recién nacido. Yo sufría de cansancio, me ardían los ojos. Al final, cuando pensaba que estaba dormido intentaba escabullirme. Él susurraba mi nombre, con una voz ronca espantosa. ¡Consuelo! ¡Consuelo! Y alargaba hacia mí sus manos esqueléticas, manos de lagarto muerto. Fue una época terrible, terrible.

–*Lo siento* –dijo de nuevo la mujer.

–Ocho años. Yo no podía ir a ningún sitio. Ni a la vuelta. ¡*Ni hasta la esquina!* Todas las noches le rezaba a la Virgen para que se lo llevara, para que me diese un respiro, unos días sin tener que cargar con él.

La mujer agarró otra vez a la anciana y volvió a nadar por la balsa, estrechando el cuerpo frágil contra su cuerpo.

–Mi madre murió hace solo seis meses. Para mí fue lo mismo. Una época terrible, terrible. Estaba atada a ella día y noche. No me conocía y me decía cosas feas, un año tras otro, apresada en sus garras.

¿Por qué le cuento a esta anciana semejante mentira?, se preguntó. Aunque no eran del todo mentira, las malditas garras.

–Ahora ya se han ido –dijo Consuelo–. Estamos liberadas.

La mujer se rio; «liberadas» era una palabra tan típica de Estados Unidos. La anciana pensó que se reía de felicidad. Abrazó a la mujer y le dio un beso en la mejilla. No tenía dientes, así que el beso fue suave como los mangos.

–¡La Virgen atendió mis plegarias! –dijo–. A Dios le alegra ver que tú y yo somos libres.

Las dos mujeres se dejaron mecer por el vaivén del agua oscura, las ropas de los bañistas daban vueltas a su alrededor como un ballet. Cerca de ellas la joven pareja se besó, y por un momento las estrellas centellearon en el firmamento, hasta que una bruma las cubrió y veló la luna y la luz opalina de la farola de la calle.

–¡*Vamos a comer, abuelita!* –gritó la nieta.

Temblaba de frío, con el vestido chorreando sobre las piedras. Un hombre izó a la anciana del agua, la llevó en brazos entre las rocas serpenteantes hasta el *malecón*. Tocaban mariachis, a lo lejos.

–¡*Adiós!* –dijo la anciana desde el parapeto, saludando con la mano.

–¡*Adiós!*

La mujer la saludó también. Se quedó flotando junto al borde más lejano

en el agua cálida y sedosa. La brisa era indescriptiblemente suave.

Un apunte sobre Lucia Berlin

LA ESCRITURA

Lucia Berlin (1936-2004, pronunciado Lu-sí-a) publicó setenta y seis cuentos a lo largo de su vida. La mayoría, pero no todos, se recogieron en tres volúmenes de Black Sparrow Press: *Homesick* (1991), *So Long* (1993) y *Where I Live Now* (1999). En ellos se recopilaban anteriores colecciones de 1980, 1984 y 1987, y se incluía material nuevo.

Empezó a publicar sus relatos con veinticuatro años, en la revista de Saul Bellow, *The Noble Savage*, y en *The New Strand*. Más adelante aparecieron cuentos en *Atlantic Monthly*, *New American Writing*, y un sinfín de revistas pequeñas. «Homesick» ganó un American Book Award.

Berlin fue creando un repertorio deslumbrante pero esporádico a lo largo de las décadas de 1960, 1970 y buena parte de los años ochenta. A esas alturas sus cuatro hijos ya eran mayores y ella había logrado vencer un alcoholismo inveterado (la crónica de los horrores que vivió, las noches durmiendo la borrachera en comisaría, los delirium trémens y los momentos puntuales de hilaridad ocupan un rincón particular de su obra). Desde entonces siguió en activo hasta el momento de su temprana muerte.

LA VIDA

Lucia Berlin (de soltera, Brown) nació en Alaska en 1936. Su padre estaba en la industria minera, así que sus primeros años de vida transcurrieron en asentamientos y pueblos mineros de Idaho, Kentucky y Montana.

En 1942, el padre de Berlin partió al frente, y la madre volvió con Lucia y

su hermana pequeña a El Paso, donde su abuelo era un dentista eminente, pero embrutecido.

Poco después de regresar de la guerra, el padre de Berlin trasladó a la familia a Santiago de Chile, y ella se embarcó en lo que serían veinticinco años de una vida poco convencional. En Santiago asistió a cotillones y bailes de gala, le pidió fuego al príncipe Alí Khan para fumar su primer cigarrillo, acabó la escuela y ejerció de anfitriona por defecto en las reuniones de sociedad de su padre. La mayoría de las noches, su madre se retiraba temprano con una botella.

A la edad de diez años, Lucia padecía escoliosis, una dolorosa afección en la columna que la acompañaría de por vida y a menudo requeriría un corsé ortopédico de acero.

En 1955 se matriculó en la Universidad de Nuevo México. Gracias a su dominio del español, estudió con el novelista Ramón J. Sender. Pronto se casó y tuvo dos hijos. Para cuando nació el segundo, su marido escultor la había dejado. Berlin se graduó y, todavía en Albuquerque, conoció al poeta Edward Dorn, una figura clave en su vida. También conoció al profesor de Dorn del Black Mountain College, el escritor Robert Creeley, y a dos de sus compañeros de Harvard, Race Newton y Buddy Berlin, ambos músicos de jazz. Y empezó a escribir.

Newton, pianista, se casó con Berlin en 1958. (Ella firmó sus primeros relatos como Lucia Newton.) Al año siguiente, la pareja y los hijos se trasladaron a Nueva York. Race trabajó sin descanso y la pareja trabó amistad con sus vecinos Denise Levertov y Mitchell Goodman, así como con otros poetas y artistas, entre otros John Alton, Diane di Prima y Amiri Baraka (entonces LeRoi Jones).

En 1960, Berlin y sus hijos dejaron a Newton y Nueva York, y viajaron con su amigo Buddy Berlin a México, donde él se convirtió en su tercer marido. Buddy era un hombre carismático y acomodado, pero resultó ser también adicto a las drogas. Entre 1961 y 1968 nacieron dos hijos más.

Para 1968 los Berlin se habían divorciado y Lucia trabajaba en una maestría en la Universidad de Nuevo México. La contrataron como profesora sustituta. No volvió a casarse.

Entre 1971 y 1994 vivió en Berkeley y Oakland, California. Berlin trabajó

como profesora de secundaria, telefonista en una centralita, administrativa en centros hospitalarios, mujer de la limpieza y auxiliar de enfermería a la par que escribía, criaba a sus cuatro hijos, bebía, y finalmente ganaba la batalla al alcoholismo. Pasó buena parte de 1991 y 1992 en Ciudad de México, donde su hermana estaba muriendo de cáncer. Su madre había fallecido en 1986, un posible suicidio.

En 1994, Edward Dorn llevó a Berlin a la Universidad de Colorado, y ella pasó los seis años siguientes en Boulder como escritora residente y, en última instancia, profesora adjunta. Se granjeó la popularidad y el cariño de sus alumnos, y apenas en su segundo año allí obtuvo el premio a la excelencia académica de la facultad.

Durante sus años en Boulder cobró un papel relevante en su círculo más próximo, compuesto por Dorn y su esposa Jennifer, Anselm Hollo, y su vieja amiga Bobbie Louise Hawkins, entre otros. Estrechó fuertes lazos de amistad con el poeta Kenward Elmslie, así como con el prosista Stephen Emerson.

Al deteriorarse su salud (la escoliosis había degenerado en un pulmón perforado, y desde mediados de la década de 1990 se vio obligada a ir a todas partes con un tanque de oxígeno), se retiró en 2000 y al año siguiente se trasladó a Los Ángeles alentada por sus hijos, varios de los cuales residían allí. Libró con éxito una batalla contra el cáncer, pero murió en 2004, en Marina del Rey.

ADENDA

En 2015, once años después de la muerte de Lucia, el volumen para el que se escribió este apunte apareció publicado: *A Manual for Cleaning Women: Selected Stories*. Se convirtió en un éxito de ventas y estuvo nominado en la lista de los diez mejores libros del año del *New York Times*. La edición española, *Manual para mujeres de la limpieza*, de Alfaguara, fue elegida Libro del Año por el diario *El País*. Se ha publicado o está en proceso en veintiocho países. Nuevos lectores siguen descubriendo su obra cada día.

Stephen Emerson

Agradecimientos

Gracias.

Especialmente a Katherine Fausset, Emily Bell, y Barbara Adamson.

Este libro no existiría sin la publicación previa de *Manual para mujeres de la limpieza*. Gracias a FSG.

A Stephen Emerson, Barry Gifford y Michael Wolfe, que encabezaron el empeño para reeditar la obra de Lucia. Mención especial y un profundo aprecio para Stephen Emerson, cuyo extraordinario trabajo y esmero hicieron de *Manual para mujeres de la limpieza* el gran libro que es.

A Lydia Davis, por escribir el prólogo de *Manual para mujeres de la limpieza*.

A Jennifer Dunbar Dorn y Gayle Davies.

En Curtis Brown: a Katherine Fausset, Holly Frederick, Sarah Gerton, Olivia D. Simkins, Madeline R. Tavis y Stuart Waterman.

En FSG: a Emily Bell, Stephen Weil, Amber Hoover, Devon Mazzone, Naoise McGee y Jackson Howard.

A los amigos (viejos y nuevos): Keith Abbott, Staci Amend, Karen Auvinen, Fred Buck, Tom Clark, Robert Creeley, Dave Cullen, Steve Dickison, Ed Dorn, Helene Dorn, María Fasce, Joan Frank, Ruth Franklin, Gloria Frym, Marvin Granlund, Anselm Hollo, Elizabeth Geoghegan, Sidney Goldfarb, Bobbie Louise Hawkins, Laird Hunt, Chris Jackson, Steve Katz, August Kleinzahler, Erika Krouse, Steven Lavoie, Chip Livingston, Kelly Luce, Jonathan Mack, Elizabeth McCracken, Peter Michelson, Dave Mulholland, Jim Nisbet, Ulrike Ostermeyer, Kellie Paluck, Mimi Pond, Joe Safdie, Jenny Shank, Lyndsy Spence, Oscar van Gelderen, David Yoo y

Paula Younger.

A los editores de los libros anteriores: Michael Myers y Holbrook Teter (Zephyrus Image), Eileen y Bob Callahan (Turtle Island), Michael Wolfe (Tombouctou), Alastair Johnston (Poltroon), y John Martin y David Godine (Black Sparrow).

A la familia: Buddy, Mark, David, Dan, C. J., Nicolas, Truman, Cody, Molly, Monica, Andrea, Patricio, Jill, Jonathan, Josie, Pao, Nacé, Barbara, Paul, Race y Jill Magruder Gatwood. Mucho amor.

Jeff Berlin



Lucia Berlin (1936) publicó sus primeros relatos a los veinticuatro años en *The Atlantic Monthly* y en la revista de Saul Bellow y Keith Botsford, *The Noble Savage*. Sus historias se inspiran en sus propios recuerdos: su infancia en distintas poblaciones mineras de Idaho, Kentucky y Montana, su glamurosa adolescencia en Santiago de Chile, sus estancias en El Paso, Nueva York, México o California, sus tres matrimonios fallidos, su alcoholismo, o los distintos puestos de trabajo que desempeñó para poder mantener a sus cuatro hijos: enfermera, telefonista, limpiadora, profesora de escritura en distintas universidades y en una cárcel. Berlin publicó seis libros de cuentos, pero casi toda su obra se puede encontrar en los volúmenes *Homesick: New and Selected Stories* (1990), *So Long: Stories 1987-1992* (1993) y *Where I Live Now: Stories 1993-1998* (1999). En 1991 fue galardonada con el American Book Award por *Homesick*. Murió en 2004, en el día de su cumpleaños. Tras el éxito de *Manual para mujeres de la limpieza* (Alfaguara, 2016), publicamos *Una noche en el paraíso*, una recopilación de sus relatos inéditos en castellano.

Notas

[1] En adelante, en cursiva las palabras que aparecen en español en el original.
(*N. de la T.*) <<

[2] Muy probablemente lo que se oyese fuera: «Las doce han dado. Han dado y sereno». No lo corregimos porque «Andado» es el título del relato y por la importancia del verbo para la historia. (*N. de los E.*) <<